

Don DeLillo

Mao II



Lectulandia

Bill Gray, un escritor de éxito, vive recluido trabajando en una novela fallida que no consigue acabar. Cuando le piden ayuda para la liberación de un rehén secuestrado por un grupo terrorista maoísta, emprende un viaje sin retorno al centro de la violencia política. Su ausencia perturbará las vidas de Scott, su obsesivo asistente, y de Karen, pareja de Scott y amante de Bill.

Don DeLillo descubre un mundo inseguro y brutal, con constantes movimientos de masas: multitudes de revolucionarios, multitudes de víctimas, multitudes en televisión, multitudes en las calles. Cautivado por el espíritu de figuras como Andy Warhol o Mao Tse Tung, DeLillo nos enfrenta a nuestros miedos, y desde la catástrofe logra construir un relato íntimo sobre la esperanza y la salvación.

Galardonada en 1992 con el PEN/Faulkner Award, *Mao II* predijo de forma impresionante la era del terror, y confirmó a su autor como uno de los mayores y más provocadores genios literarios contemporáneos: «DeLillo nos arrastra a un viaje sin aliento, más allá de las versiones oficiales de la historia cotidiana, detrás de las fáciles presunciones sobre quién se supone que somos, con una visión audaz y una voz elocuente y moralmente definida únicas en la literatura norteamericana», Thomas Pynchon.

Lectulandia

Don DeLillo

Mao II

ePub r1.1

Castroponce & Sibelius 02.01.15

Título original: *Mao II*
Don DeLillo, 1991
Traducción: Gian Castelli Gair
Imagen de portada: Andy Warhol

Editor digital: Sibelius
Primer editor: Castroponce (r1.0a)
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EN EL YANKEE STADIUM

Aquí llegan, iluminados por el resplandor del sol de Norteamérica. Vienen agrupados de dos en dos, la eterna pareja chico-chica, surgiendo de la pista que rodea la verja del campo de béisbol. La música los arrastra sobre la hierba a docenas, a cientos, demasiado numerosos para poder contarlos. Atraviesan el amplio arco del extremo del campo, tan estrechamente apiñados que producen un efecto de transformación. La larga serie de parejas se convierte en una única y enorme ola que cubre de azul y blanco los espacios abiertos.

Al contemplarlos desde la tribuna, el padre de Karen no puede evitarlo y piensa: de eso se trata. Ahora, constituyen un único cuerpo, una masa homogénea, y ese pensamiento le produce desasosiego. Enfoca sus prismáticos sobre una joven, luego sobre otra, luego sobre otra más. Tantas y tantas columnas apretadas entre sí. Jamás había visto nada similar, ni imaginaba que fuera posible. Aunque no es el espectáculo lo que le ha impulsado a acudir, lo cierto es que no puede por menos de asombrarle. Son ya miles, casi una división, y el sonido de las viejas melodías, solemnes y sentimentaloides, comienza a parecerle sarcástico. Su mujer, Maureen, permanece sentada junto a él. Su aspecto es vigoroso y llamativo, y se ha ataviado con alegres colores que disimulan la zozobra que experimenta su corazón. Rodge la comprende perfectamente. Los ha cogido prácticamente por sorpresa. Subirse a un avión, reservar un hotel, tomar el metro, someterse al detector de metales y aquí están, intentando aún asimilar todo aquello. Rodge no está indefenso ante los bruscos giros de la experiencia cotidiana. Es licenciado, tiene una empresa, un asesor fiscal y un cardiólogo y cuenta con un fondo de pensiones y un seguro médico y de vida. Sin embargo, ¿acaso funcionan siempre estas ayudas? Ahí abajo, se extiende ante sus ojos algo más extraño de lo que nunca pensó que llegaría a ver en un estadio. Ve cómo un suceso ya dignificado por el tiempo es repetido, repetido y repetido hasta que algo nuevo llega a incorporarse al mundo.

Observa a la muchacha de la primera fila, ¿acaso la que integra la vigésima pareja comenzando por la izquierda? Ajusta la graduación del ocular y extiende el teleobjetivo al máximo con la esperanza de llegar a distinguir sus facciones a través del velo nupcial.

De la pista siguen surgiendo parejas que alimentan la muchedumbre, aunque no es «muchedumbre» la palabra justa. No sabría cómo denominarlo. Los imagina mostrando una sonrisa uniforme, revelando la expresión que adoptan cada mañana cuando estrujan el tubo de pasta de dientes. Los novios visten todos el mismo traje azul, y las novias avanzan ataviadas con vestidos de satén y encaje. Maureen recorre con la vista a los asistentes sentados en las gradas a su alrededor. Los padres y las madres son fácilmente reconocibles, y hay también algunos curiosos desperdigados, ociosos y paseantes normales y corrientes, otros personajes ya más imbuidos de misterio, de ojos oscuros, separados entre sí, disimulando su atención, gente que parece llevar encima todas sus pertenencias, cubiertos por capas y capas de prendas a las que faltan algunas de sus partes, nómadas urbanos que le resultan más extraños

que los pastores de Sahel, los cuales, por lo menos, aparecen en los documentales televisivos. No ha habido que pagar entrada, y turbas de chiquillos recorren las zonas del fondo del estadio arrojando petardos que estallan con un potente estampido mientras petardos y cubos de basura ruedan con estruendo por las gradas de cemento, produciendo en los asistentes un encogimiento autoprotector reflejo. Maureen concentra su atención en los progenitores y parientes. Algunas mujeres han acudido enternecedoramente ataviadas con sus mejores vestidos y corpiños blancos, y sus ojos atónitos contemplan la escena desde el fondo de sus maquillajes. Informa a Rodge de que abundan los intercambios de miradas. Nadie sabe muy bien cómo sentirse, y todos investigan a su alrededor en busca de alguna indicación. Rodge permanece clavado a sus prismáticos. Seis mil quinientas parejas, y su hija allá abajo, quién sabe dónde, a punto de contraer matrimonio con un individuo al que ha conocido hace dos días. Es japonés, o coreano. Rodge no llegó a enterarse bien. Y apenas habla cuatro palabras de inglés. Karen y él se comunicaron por medio de un intérprete que les enseñó a decir Hola, hoy es martes, aquí está mi pasaporte. Un cuarto de hora en una habitación vacía y ya han sido unidos para toda la vida.

Recorre con los prismáticos la masa, la muchedumbre, el movimiento, los miembros, el rebaño, los seguidores. Se sentiría algo mejor si pudiera encontrarla.

—¿Sabes qué sensación me produce esto? —dice Maureen.

—Deja que me concentre.

—Es como si alguien lo hubiera diseñado para alcanzar el máximo grado de ansiedad entre los parientes.

—Ya nos lamentaremos en el hotel.

—Era sólo una observación.

—¿Acaso no te sugerí que te quedaras en casa?

—¿Cómo no iba a venir? ¿Qué excusa tenía?

—Veo muchos rostros que no parecen norteamericanos. Viajan en grupos de misioneros. Quizá opinan que hemos descendido al nivel de país en vías de desarrollo. Han venido a mostrarnos el camino y la luz.

—Y a hacer un buen negocio. ¿Podemos ir luego al teatro?

—Déjame mirar, ¿quieres? Intento encontrarla.

—Ya que estamos aquí, no pasa nada por aprovechar.

—Resulta difícil de concebir. Mil trescientas personas.

—¿Qué vas a hacer cuando la encuentres?

—¿A quién demonios se le ocurrió esto? ¿Qué significa?

—¿Qué vas a hacer cuando la encuentres? ¿Decirle adiós con la mano?

—Sólo quiero asegurarme de que está ahí —dice Rodge—. Verlo con mis propios ojos, ¿entiendes?

—Porque de eso se trata. Si aún no la habíamos perdido, ahora ya puedes jurar que sí.

—Oye, Maureen. Cállate.

La banda, situada en la primera base, acomete la marcha nupcial de Mendelssohn, que se extiende por el estadio como un eco del que los recovecos de las gradas devuelven notas perdidas. Banderas y toques de sacrificio por doquier. Las parejas escogidas dirigen su mirada al campo, donde su verdadero padre, el Maestro Moon, preside en tres dimensiones. Les contempla desde un púlpito con barandilla situado sobre una plataforma de plata y carmesí. Viste una túnica de seda blanca y una alta corona adornada con estilizados lirios. Le conocen a nivel molecular. Él habita en ellos en forma de cadenas de materia que determinan su identidad. Un hombrecillo rechoncho que vio a Jesús en la ladera de una montaña. Se pasó nueve años orando, y lloró con tanta amargura e intensidad que sus lágrimas formaron charcos, empaparon el suelo, se filtraron hasta la habitación inferior y calaron los cimientos del edificio hasta alcanzar la tierra. Las parejas saben que hay cosas que tiene que callar, palabras cuyo impacto planetario nadie sabría soportar. Con su aspecto ordinario, con su piel dorada como el bronce, encarna el secreto mesiánico. Cuando los comunistas le enviaron a un campo de concentración, el resto de los internos sabían quién era porque habían soñado con él antes de que llegara. Compartía con los demás la mitad de sus raciones, pero jamás menguaron sus fuerzas. Trabajaba diecisiete horas diarias en las minas, pero siempre hallaba tiempo para orar, para mantener su cuerpo aseado y para recoger los faldones de la camisa bajo el pantalón. Las parejas escogidas comen potitos para bebés y utilizan nombres en diminutivo porque se sienten como niños en su presencia. Tienen ante sí a un hombre que vivió en una choza construida con latas de racionamiento del Ejército de los Estados Unidos y que ahora está ahí, bajo el sol de Norteamérica, dispuesto a conducirles al final de la historia de la humanidad.

Los novios y las novias intercambian anillos y votos, y muchos de los asistentes que ocupan las gradas toman fotografías desde los laterales y las tribunas, familias enteras disparando ansiosamente sus cámaras, intentando construir una reacción u organizar un recuerdo, tratando de neutralizar el acontecimiento, despojarlo de misterio y de poder. El Maestro entona el cántico ritual en coreano. Las parejas desfilan bajo la plataforma y él salpica de agua sus cabezas. Rodge ve cómo las novias alzan sus velos y extiende el teleobjetivo apresuradamente, sintiendo al mismo tiempo cómo se aleja cada vez más del curso de los acontecimientos, cómo la amargura invade su espíritu. Pero observa y cavila. Cuando el Viejo Dios abandona el mundo, ¿qué ocurre con toda la fe aún no empleada? Contempla cada uno de aquellos rostros dulces, redondeados, alargados, extraños, oscuros, corrientes. Constituyen una nación, supone, fundada sobre el principio de la creencia fácil. Una unidad alimentada por la credulidad. Hablan una semilengua, un conjunto de términos prefabricados y de repeticiones vacuas. Todas las cosas, la suma de la sabiduría, el conjunto de las verdades, todo se reduce a unas cuantas fórmulas sencillas que han sido copiadas, memorizadas y transmitidas. Y ahí está el drama de la rutina mecánica aplicada a las figuras vivientes. La pérdida de escala e intimidad, el modo en que el

amor y el sexo se multiplican, el número y forma de la muchedumbre, todo le sume en un estado de estupor. Se encuentra realmente atemorizado frente a aquella masa de gente convertida en un objeto esculpido. Es como un juguete que, dotado de trece mil componentes, avanza inocente y amenazador a la vez. Permanece clavado a los prismáticos, experimentando ahora una leve desesperación, una necesidad de hallarla y recordarse a sí mismo de quién se trata. Sana, inteligente, de veintiún años de edad, más bien seria, dotada de individualidad, de un espíritu inquieto, de matices y sombras, de un entramado de singularidades que jamás conseguirán eliminar en ella. O al menos eso espera, y por ello reza mientras piensa en el poder de sus propias oraciones colectivas. Cuando el Viejo Dios parte, rezan a las moscas y a los insectos. Lo más terrible es que siguen a ese hombre porque les da aquello que buscan. Responde a sus necesidades, les libera de la libre voluntad y de la independencia de criterio. Mira qué felices parecen.

Alrededor del estadio se extienden desolados edificios de viviendas, kilómetros de delirio, de hombres arrellanados en sillas apoyadas contra los muros de edificios vacíos, de sofás que arden en los descampados, y en el cántico de aquella multitud que guiña bajo la luz del sol se advierte un sentido de que el futuro apremia y se desploma hacia ellos, de que se hallan rodeados por doquier de signos del paisaje condenado y del estertor de la humanidad de los últimos Días, y allí, en el centro de la masa en formación, espera Karen Janney, claramente distinguible con sus cabellos lacios, sosteniendo un ramillete de estrellados jazmines y pensando en el baño de sangre que se avecina. Aguarda su turno para desfilar frente al Maestro y le contempla a través del ojo individual de la multitud, inseparable de su propio aparato de visión pero dotado de mayor agudeza, capaz de percibir con más profundidad. Se siente intacta, iluminada de bienestar. Todos sienten lo mismo, jóvenes procedentes de cincuenta países, inmunizados contra el lenguaje de su individualidad. Olvidan quiénes son bajo sus vestiduras, dejan atrás sus pequeñas desdichas y miserias corporales, la lista diaria de encías doloridas, nuca sudorosa, deseos de orinar, antiguos crujidos de tripas, escalofríos y tics momentáneos; las húmedas infecciones de hongos entre los dedos de los pies, el profundo espasmo junto al omóplato que se anuncia cargado de una certeza mortal. Todo ha sido olvidado. Permanecen allí y cantan, fortificados por la sangre de su número.

Karen mira de soslayo a Kim Jo Pak, de ojos serenos y cuerpo rechoncho, ataviado con su elegante traje nuevo y sus zapatos boxy, su marido hasta la eternidad.

Sabe que sus progenitores carnales se encuentran en algún lugar de las gradas. Sabe lo que están diciendo, puede ver sus gestos y sus expresiones. Papá intenta servirse de su vieja lógica de universitario para encontrar un sentido a todo aquello. Mamá muestra esa expresión espantada que significa que ha venido al mundo sólo para sufrir. Nos rodean, miles de padres y madres, temerosos de nuestra intensidad. Esto es lo que les asusta. Que realmente creemos. Nos educan para creer, pero cuando les mostramos la verdadera fe corren en busca de psiquiatras y policías. Sabemos

quién es Dios. Y ello nos convierte en locos a los ojos del mundo.

De tanto en tanto, el pensamiento de Karen aminora su marcha y se remansa en conjuntos de palabras completas. El rudimentario inglés que hablan algunos de los principales acólitos del Maestro adquiere una graciosa forma chata y respingona.

Tienen Dios una vez semana. No comprenden. Preciso es sacrificio juntos. Construir con manos casa de Dios en tierra.

Karen se dirige a Kim:

—Aquí es donde juegan los Yankees.

Kim asiente y sonríe inexpresivamente. Nada hay en él que llame tanto la atención de Karen como sus cabellos, finos, brillantes y negros como la tinta, como los de un personaje de tebeo. Es el rasgo que le proporciona realidad frente a ella.

—Béisbol —dice Karen, sirviéndose del término para aunar docenas de felices abstracciones, cuestiones que nacen a la vida en los gritos de la multitud y la simetría diamantina, en los polvorientos detalles de cada deslizamiento. Para los norteamericanos, la palabra posee resonancia propia, un sentido de voluntad compartida y de sabiduría intraducible. Sin embargo, ella no pretende sino sugerir el clamor democrático, la historia de sudor y de juego en que se ocupan atardeceres de sol abrasador, un carácter abierto que convierte el juego en una especie de bienvenida a mi país.

La otra palabra es «secta». Les encanta utilizarla contra nosotros. Les proporciona el falso término que necesitan para definirnos como niños de expresión estupefacta. Y cómo detestan nuestra voluntad de trabajo y esfuerzo. Intentan devolvernos a su tierra de jardincitos de césped. Odian que estemos dispuestos a vivir en perpetuo movimiento, a dormir en el suelo, a apretujarnos en furgonetas y conducir toda la noche, acumulando fondos, sirviendo al Maestro. Que nuestro verdadero padre sea un extranjero, y que no sea blanco. Cómo nos desprecian en silencio. Tienen preparadas nuestras habitaciones. Tienen nuestros nombres en los labios. Pero nosotros nos hallamos a una vida de distancia, orando durante horas entre sollozos y golpes de pecho.

El mundo en pedazos. El trauma de los traumas. Pero hay un plan. Pali-pali. Llevar tiempo de apresuramiento a todos hombres.

Ya no sueña, a no ser con el Maestro. Todos sueñan con él. Aparece en sus visiones. Le ven en la estancia, con ellos, incluso cuando su cuerpo tridimensional se encuentra a miles de kilómetros de distancia. Hablan de él y rompen en sollozos. Las lágrimas resbalan por sus mejillas y forman charcos en el suelo y caen a la habitación del piso inferior. Forma parte de su estructura proteínica. Les arranca de los estratos corrientes de espacio y tiempo y les muestra la santificación de una vida dedicada a lo ordinario, al trabajo, la oración y la obediencia.

Rodge ofrece los prismáticos a Maureen, y ésta los rechaza con un rotundo gesto negativo. Sería como buscar el cuerpo de un ser querido tras el paso de un ciclón.

Se elevan grupos de globos, por miles, hasta rebasar el borde de las tribunas

superiores. Karen se alza el velo y desfila bajo el púlpito, tres de cuyos costados están protegidos por cristales antibala. Siente el estallido de la presencia del Maestro, la fuerza solar de un alma carismática. Nunca había estado tan cerca. Él salpica su rostro con la lluvia del recipiente sagrado. Ve a Kim que mueve los labios, siguiendo el cántico del Maestro palabra por palabra. Se encuentra lo suficientemente cerca de la tribuna como para distinguir a la gente que abarrota las gradas, haciendo fotos desde todos los ángulos posibles. ¿Acaso pensó jamás que llegaría a ser fotografiada por miles de personas en un estadio neoyorquino? Debe de haber tanta gente tomando fotos como novios y novias. Uno de ellos por cada uno de nosotros. Clic-clic-clic. La idea basta para marear ligeramente a las parejas. Sienten que el espacio se ha convertido en algo contagioso. Están aquí, pero también allí; figuran ya en los álbumes y en los proyectores de diapositivas, llenando las pantallas con sus cuerpos microcósmicos, con las diminutas identidades en las que intentan convertirse.

Regresan a la zona exterior del campo y retornan a su formación. Junto a las entradas de los vestuarios hay grupos folclóricos que bailan acompañándose con el son de gongs y de tambores. Karen se desvanece entre la masa, entre la muchedumbre formada en hileras. Puede sentir el ritmo de su respiración. Se han convertido en una familia global en la que cada matrimonio constituye una vía hacia la salvación. El Maestro elige a las parejas, pues sus visiones le revelan qué antecedentes y características encajan mejor entre sí. Se trata de un mandato divino, de algo prefijado, en el que cada persona está destinada a encontrar su pareja perfecta. Cuarenta días de separación antes de poder compartir la misma alcoba, antes de que les sea permitido tocarse y amarse. O quizá más. Acaso años, si es que el maestro lo considera necesario. Tomarán duchas frías. El rigor sirve para seleccionar los espíritus fuertes. Su autocontrol se enfrenta a la edad, a los códigos personales, a los sistemas aislados de deseo. Marido y mujer acuerdan vivir en países distintos, trabajar como misioneros, extender el aliento de la comunidad. Satanás detesta las duchas frías.

La mirada de la muchedumbre resplandece sobre ellos como el ojo triangular de los billetes de un dólar.

Estalla un petardo, otro M-80 que escapa de una de las rampas de salida con un estampido crudo y potente que obliga a los presentes a hundir la cabeza entre los hombros. Maureen muestra la fatiga de la batalla. En las filas superiores pueden verse hileras de muchachos que zigzaguean entre las gradas vacías. Algunos de ellos apenas tienen diez o doce años, pero se contonean con la chulería de viejos criminales callejeros. Decide no verles.

—Una cosa te aseguro —dice Rodge—. Estoy decidido a investigar con detalle esta organización. Consultaré bibliotecas, hablaré por teléfono, me pondré en contacto con los padres, hurgaré donde haga falta. No sé si sabes que hay grupos de apoyo a los que la gente llama en busca de ayuda para todo tipo de situaciones.

—Necesitamos ese apoyo. En eso tienes razón. Pero llegas con años luz de

retraso.

—Opino que deberíamos cambiar el vuelo nada más llegar al hotel. Pagar la cuenta y marcharnos.

—De cualquier modo, van a cobrarnos la estancia de esta noche. Igual nos da comprar entradas para algún espectáculo.

—Cuanto antes empecemos, mejor.

—Ansioso por marcharse. Chico, cómo nos lo vamos a pasar.

—Quiero leer todo lo que caiga en mis manos. Sólo he investigado superficialmente, pero también es cierto que ignoraba que estuviese involucrada en algo tan ambicioso. Tenemos que encontrar algún teléfono donde podamos hablar con alguien.

—¿Sabes? Pareces una de esas personas que contraen una extraña enfermedad y se dedican a aprenderse todo lo que encuentran en los libros de medicina y a llamar a médicos de tres continentes distintos y a buscar durante noche y día personas que sufran del mismo problema.

—No es mala idea, Maureen.

—En ese caso, vete a Houston y pide una entrevista con el mejor especialista. Los mejores especialistas siempre están en Houston.

—¿Qué hay de malo en enterarnos de todo lo que podamos?

—No veo la necesidad de *disfrutar* de todo esto.

—No se trata de disfrutarlo. Se trata de la responsabilidad que tenemos hacia Karen.

—¿Dónde está, por cierto?

—Pienso hacerlo.

—Mirabas con tanta atención. ¿Qué pasa, te has aburrido ya?

Se levanta el viento, agitando y alzando los velos. Las parejas dejan escapar exclamaciones de sorpresa, sorprendidas por el fresco hálito, sustentadas por el aire. Recuerdan que son niños en su mayor parte, no del todo inmunes a accesos de regocijo. Después de todo, comparten el mismo pasado. Karen piensa en todas las noches que ha pasado en una furgoneta, o en una habitación atestada, levantándose a las cinco para la oración y saliendo luego a la calle con su equipo floral. Conoció a una muchacha llamada June que afirmaba sentir cómo se encogía, cómo regresaba al tamaño que tenía de niña. La llamaban Junette. Sus manos no alcanzaban a abarcar las diminutas pastillas de jabón de los servicios de los moteles norteamericanos, lo que tenía cierto sentido para el resto de su equipo, pues ella sólo veía lo que había realmente allí, la forma furtiva de la eternidad bajo las capas de pintura y los glutamatos de la tierra física.

Y los paisajes perdidos. Las noches en la ciudad, los espectáculos pornográficos en vivo en oscuras catacumbas, en garitos, en nidos de basura. Las calles despobladas de los distritos situados en las fronteras de Metroplex, con árboles que apenas llegan a la altura de la cintura y alquitrán fresco y humeante en las calzadas y serpientes de

casabel de buen tamaño que anidan tras las rocas de las últimas capas. Karen se esforzaba por alcanzar el mínimo diario de cuatrocientos dólares, vendiendo capullos de rosa y minutisas por las calles. Entrando ensimismadamente en un sitio para luego salir apresuradamente. Hileras de hermosas casas bajo la lluvia. En el desierto, gente derrumbada sobre las mesas de los casinos a las cinco de la madrugada. Máquinas tragaperras con acumulación de premio. Grupos de bienvenida. Dieta líquida durante una semana para luego atiborrarse de Big Macs. Puertas giratorias que dan al interior de vestíbulos de hoteles y grandes almacenes hasta que llegan los encargados de seguridad con sus transmisores de bolsillo y sus avisadores y sus pistolas de campaña.

Rezaban de rodillas, entrelazando las manos sobre la frente, inclinando profundamente la cabeza, doblados sobre sí mismos como criaturas aún no nacidas.

En la furgoneta, todo tenía su importancia, cada palabra contaba, a veces quince o dieciséis hermanas apretujadas en el vehículo, cantando tú eres mi luz, sí sí sí, entonando sus aspiraciones monetarias. Satanás domina el mundo decadente.

Agrupaba los asfódelos en paquetes de siete, el número simbólico de la perfección. Había ocasiones en las que no sólo pensaba en un inglés chapurreado sino que hablaba en voz alta con las voces de los talleres y las sesiones de adiestramiento, arengando a las hermanas en la furgoneta, animándolas a vender, a alcanzar el objetivo, a llevarse el dinero, hasta que no sabían si sentirse inspiradas por su extraña mímica o denunciarla por irrespetuosa.

Junette era un torbellino de admiración. Todo era demasiado para ella, demasiado grande y demasiado vivo. Las hermanas oraban con ella y sollozaban. El agua chapoteaba en los cubos de flores. Disputaban concursos de venta de veintiún días de duración, con tres horas de sueño al día. Cuando una hermana huía, exorcizaban con sal las ropas que hubiera dejado. Cantaban, Somos los más grandes, no hay duda; padre celestial, lo venderemos todo.

Pasada la medianoche, en algún bar, la calma del invierno despertaba la vida interior. La llamada privada de Dios. Compre un clavel, señor. Karen bendecía la oportunidad de caminar entre los desheredados, entre las legiones de la noche. Se deslizaba hacia un semitrance de aislamiento y martirio y desfilaba frente a los escaparates vacíos escuchando en el aire la voz del prójimo. Alguno que otro bebedor medio borracho le compraba una o dos flores, hombres de dedos largos y aplastados y uñas perladas, divertidos ante la novedad, y hombres con sombrero y aspecto escrupuloso que fijaban una mirada dura en la muchacha empapada por la lluvia. ¿Qué nueva forma de importunar han sacado ahora a las calles? Un viejo borracho le contaba cosas divertidas, su labio superior adornado por una línea de sudor. A menudo tenía que soportar un azote en el trasero. No sea usted tan subjetivo, señor. Y recorría la calle con la mirada en busca de otro barucho.

La jefa de equipo decía, Tenemos que irnos, chicas. Pali-pali.

En la furgoneta, las verdades eran aumentadas, todo cuanto decían y hacían les

apartaba de la miseria del mundo exterior. Miraban a través de las ventanillas y veían los rostros de gente en el último estado de decadencia. Aquello totalizaba su unión con el verdadero padre. A veces rezaban durante toda la noche, todas ellas, cantando, gritando, abandonando la postura de oración para saltar, para gemir hermosas oraciones dirigidas al Maestro, oh *por favor*, oh *sí*, encerradas en una habitación de hotel perdida en mitad de Denver.

Karen les decía: ¿Qué preferís dormir, cinco horas o cuatro?

CUATRO.

Decía: ¿Qué preferís dormir, cuatro horas o tres?

TRES.

Decía: ¿Qué preferís dormir, tres horas o ninguna?

NINGUNA.

En la furgoneta, las normas contaban por partida doble, cada hermana era sometida a un escrupuloso escrutinio de su vestido, de su modo de orar, de su modo de cepillarse el cabello y los dientes. Sabían que sólo había un modo de abandonar la furgoneta sin arriesgarse al horror de una vida errante y culpable. Las muñecas cortadas. O lanzarse desde una ventana elevada. Es mejor incorporarse al espacio gris que contrariar al Maestro.

Decía la jefa de equipo, Pensadlo con anterioridad como vuestro día total y, luego, saltad, saltad, saltad.

Harina de avena y agua. Pan y gelatina. Rema rema rema en tu barca. Karen les decía, Perded horas de sueño, es por vuestros pecados. Perded peso, es por vuestros pecados. Perded pelo, perded las uñas de los dedos, perded la mano entera, el brazo entero, todo se acumula contra vuestros pecados.

El tipo de Indiana que se comió la rosa que acababa de comprarle.

Recorriendo los paseos a toda velocidad al atardecer para alcanzar el objetivo diario. Tomando por asalto las lavanderías y las terminales de autobuses. De puerta en puerta, como un perro policía, diciendo el dinero es para un centro contra la droga, señora. Junette secuestrada por sus padres en Skokie, Illinois. En la llanura, un tiempo disparatado. Durmiéndose durante las comidas, con los párpados pesados, amodorrándose en el retrete, rescatando un par de minutos de sueño, cuarenta guiños, cabeceando, dejándose caer sobre la paja, donde se pueda, derrotada, insensible al mundo, dormida como un cesto, como un tronco, desesperada por cerrar los ojos, por un rato de cama, lo que sea por una camita, una siesta, un suspiro, un minuto con Morfeo. El estado de oración les permitía estirarlo al máximo, mantener en movimiento la sangre. Conscientes de la prensa negativa que multiplicaba una tonelada de dudas de las hermanas menos piadosas. Vendiendo golosinuchas. El invierno más frío que se recuerda en estas tierras. Entonando el objetivo monetario como un cántico.

La jefa de equipo decía, Hay que darse prisa, deprisa, deprisa. Pali-pali, chicas.

Rodge permanece allí sentado, envuelto en su arrugado abrigo de sport, con los

bolsillos atiborrados de cheques de viaje, tarjetas de crédito y mapas del metro, y mira a través de los prismáticos, y mira y mira, y todo cuanto ve es repetición y desesperación. Han comenzado a cantar de nuevo, esta vez una palabra, una y otra vez, y le resulta imposible determinar si es en inglés o en otra lengua conocida o si se trata de un eslogan de hinchas deportivos procedente del cielo. Ni rastro de Karen. Deja los prismáticos. La gente continúa tomando fotos. Casi espera ver a la masa de cantores ascender lentamente en el aire, los trece mil presentes levitando poco a poco hasta la altura del tejado del estadio, elevados por sus imágenes captadas mientras a su alrededor se forma un aura; novias radiantes que asen sus ramos, novios de dientes resplandecientes. Una bomba de humo sale despedida del graderío dejando una estela neblinosa a su paso.

El Maestro dirige el cántico, *Mansei*, diez mil años de victoria. Las parejas escogidas mueven los labios al unísono, siguiendo el eco de su voz amplificada. Sus rostros muestran una conciencia desnuda, una sensación casi dolorosa de adoración arrobada. Es el Señor del Segundo Advenimiento, el que tantas calamidades resuelve. Su voz les lleva más allá del amor y del gozo, más allá de la belleza de su misión, más allá de los milagros y de la autoentrega. Hay algo en el cántico, en el hecho de cantar, en ser uno, que los transporta con su poder. Sus voces crecen en intensidad. Se hallan transportados por el sonido, por sus crestas y sus senos. El canto se convierte en la frontera del mundo. Contemplan a su Maestro, inmóvil en su blancura frente a la penumbra y las sombras, el faro que domina el estadio. Alza los brazos y el canto se hace más fuerte, y los jóvenes brazos se elevan. Los conduce más allá de la religión y de la historia; ahora, sollozan ya por miles, todos alzando los brazos. Se sienten atenazados por la fuerza de un anhelo. Son conscientes de ello de inmediato, lo sienten, todos ellos juntos, un anhelo antiguo que recorre su sangre terrenal. Esto es lo que el mundo ha ansiado desde que la conciencia humana se corrompiera. El cántico acerca la hora del Fin de los Tiempos. El cántico es el Fin de los Tiempos. Sienten el poder de la voz humana, el poder de una sola palabra repetida que los sumerge cada vez más en la unidad. Cantan por un éxtasis que sacuda el mundo, por la verdad de las profecías y de la maravilla. Cantan por una nueva vida, por la paz eterna, por el fin del dolor espiritual y solitario. Un miembro de la banda golpea un enorme bombo. Cantan por una lengua, por una palabra, por el tiempo en que se hayan perdido los nombres.

Curiosamente, Karen sueña despierta. Tardará en acostumbrarse a un marido con el nombre de Kim. Ha conocido a chicas que se llamaban Kim desde que era un renacuajo de falda corta. Bastantes, la verdad. Kimberleys y Kims a secas. Mira sus cabellos, relucientes bajo el sol. Mi marido, por extraño que suene. Orarán juntos, como un solo hombre, y memorizarán cada palabra de las enseñanzas del Maestro.

Los miles de asistentes permanecen en pie, cantando. A su alrededor, en el mundo, la gente asciende en escaleras mecánicas echando vistazos furtivos a los rostros que bajan. La gente agita bolsitas de té sobre el agua caliente de sus tazas

blancas. Los automóviles recorren las autopistas en silencio, como brochazos de luz. La gente se sienta frente a la mesa de trabajo y contempla el muro de su despacho. Oliscan sus camisas y las dejan en el cesto de la ropa sucia. La gente se reparte en asientos numerados y atraviesa volando zonas horarias y altos cirros y la noche profunda, sabiendo que han olvidado algo que tenían que hacer.

El futuro pertenece a las masas.

PRIMERA PARTE

I

Deambuló entre las estanterías de la librería, el aire inundado de música ambiental. Hileras y más hileras de cubiertas hermosas, prósperas y seguras. Experimentaba una agradable excitación, sopesando las novedades, abarcando los delicados lomos con la mano, observando las líneas impresas que danzaban entre sus dedos a medida que dejaba resbalar las páginas. Era joven, de aficiones sagaces; sabía que había libros que quería leer y otros que tenía que poseer fuera como fuese, esos que parecen guiñarnos de un modo especial, que resultan extraños u osados, como una carga de calor que impregnara el aire que los rodea. Hojeaba invariablemente las últimas páginas en busca de las fotografías de los autores. Examinaba los libros apilados sobre las mesas y dispuestos en montones cerca de las cajas registradoras. Recorría las pilas de metro y medio esparcidas por el suelo, organizadas con atractivos diseños de abanico. Había libros situados en pedestales y agrupados en pequeñas estancias góticas. A veces, las librerías llegaban a marearle ligeramente. Contempló los relucientes superventas. La gente desfilaba a través de la tienda, aparentemente sumida en un estupor apesadumbrado. Había libros en hileras escalonadas y en estanterías de Lucite, libros formando pirámides y muestrarios ordenados por temas. Bajó al piso inferior en busca de las ediciones en rústica y permaneció allí, contemplando las cubiertas de los títulos más vendidos, recorriendo eróticamente sus letras abultadas con la punta de los dedos. Tapas doradas y lacadas. Libros apilados en grupos de nueve, como embriones en experimentación. Podía oírlos chillar *Cómprame*. Había carteles anunciando semanas del libro y ferias del libro. La gente se abría paso en torno a cajas de cartón, salvando libros desparramados sobre el suelo. Se dirigió a la sección de clásicos modernos y halló las dos últimas ediciones de las delgadas novelas de Bill Gray, encuadernadas a juego con austeros ocres terrosos. Le gustaba buscar las obras de Bill en las estanterías.

Cuando se disponía a salir de la librería vio entrar a un hombre vestido con una chaqueta deshilachada, la barba salpicada de saliva escarchada y la frente marcada por varias contusiones antiguas, reblandecidas y despellejadas. Los presentes se tornaron inmóviles, cuidando de mantenerse fuera de la zona de posible infección. El hombre buscó alguien a quien dirigirse. La sala era grande y luminosa, llena de figuras congeladas que desviaban la mirada. En la calle, rugía el tráfico. El tipo llevaba una de las perneras del pantalón remetida bajo una vieja bota de goma; la otra colgaba hecha jirones. Del entresuelo acudió un guardia de seguridad y el hombre alzó ambas manos en gesto de explicación.

—He venido a firmar mis libros —dijo.

Todos esperaron a medida que las palabras recorrían la estancia, asimilando lentamente su significado.

—Tráiganme una pluma para que pueda firmar mis libros de una vez.

El guardia se aproximó, sin mirarle realmente, y el tipo se apresuró a retroceder.

—Ojo con las manos. No tiene usted por qué tocarme. No le digo más; sencillamente, no me ponga las manos encima.

La gente comprobó que no había peligro en ponerse de nuevo en movimiento. Simplemente, una nueva escena neoyorquina. El guardia siguió al hombre hasta que hubo traspasado las puertas giratorias y Scott salió tras ellos. Iba ya con cierto retraso, pero quería contemplar los warhols expuestos a tan sólo unas manzanas de distancia. El vestíbulo del museo estaba atestado. Bajó al piso inferior, donde la gente se movía con pasos dubitativos y nerviosos en torno a las pinturas. Pasó junto a los lienzos de sillas eléctricas, las imágenes repetitivas de choques de automóviles y estrellas de cine, y llegó a habituarse a aquel ansioso agrupamiento que resultaba perfectamente oportuno, con gente deseosa de no ser distraída, de evitar el rayo letal de la fama y de la muerte. Scott nunca había visto una obra tan indiferente al efecto que causaba en los que acudían a contemplarla. Los muros abrían su rostro al cielo desplegando una maravillosa mirada plana. Se detuvo frente a una pieza titulada *Multitud*. La imagen era irregular, con profundas pinceladas que señalaban el lienzo, y se le antojó que la propia multitud, la enorme malla del gentío, se hallaba hendida por quién sabe qué catástrofe fugaz. Reanudó su recorrido y alcanzó finalmente una sala repleta de imágenes del presidente Mao. Mao en fotocopia, Mao en serigrafía, Mao en papel pintado, Mao en polímero sintético. Sobre una superficie de serigrafías murales aparecía instalada una serie de serigrafías más estrechas en las que el rostro del presidente mostraba un color púrpura pensamiento y flotaba prácticamente ajeno a su fuente fotográfica. A Scott le agradaba el arte inconsciente de la historia. Lo encontraba liberador. ¿Acaso había sido consciente del significado más profundo de Mao antes de conocer aquellos cuadros? El metro pasó retumbando por las oscuras cercanías de piedra. Permaneció allí un rato contemplando las obras, sintiendo una calma peculiar a pesar de la gente que entraba y salía constantemente. El manantial de cuerpos producía un suave rumor propio.

En el exterior, una mujer ataviada con una chaqueta con coderas le siguió a lo largo de la calle. Tenía la impresión de que era pequeña y de cabellos cortos, y que transportaba un animal bajo el abrigo. Apresuró el paso, pero ella se mantuvo a su altura, diciendo, Con usted puedo hablar, porque no es de la ciudad.

Estuvo a punto de volverse y mirarla, pero luego pensó que no.

Diciendo, No se asuste, señor, sólo quiero hablar.

Apresuró el paso, dirigiendo la mirada al frente, y ella seguía allí, junto a su hombro, diciendo, He elegido su cara entre todas las demás como alguien de quien se puede una fiar.

Scott señaló el parpadeo del semáforo, esperando que la mujer comprendiera que tenía prisa y que aquello equivalía a decir adiós y, por favor, no me guarde rencor, pero ella le siguió apresuradamente hasta la acera opuesta y se situó de nuevo a su lado tan pronto le alcanzó. Fue entonces cuando intentó entregarle el animal. No se volvió para ver de qué se trataba. La impresión que le dio fue de algo oscuro y

enfermo. Ahora avanzaba casi a la carrera, pero ella se mantenía a su altura, diciendo, Cójalo, señor, cójalo. La escuchaba pero se negaba a responder o a permitir que le tocara o que le entregara nada que hubiera tocado previamente. Pensó en el pobre hombre de la librería retrocediendo al ver aproximarse al guardia. Ninguna de ambas partes quería ser tocada.

Diciendo, Lléveselo de la ciudad, a algún lugar donde tenga oportunidad de sobrevivir.

Cuando en el mundo reina el suficiente desorden, nada parece fuera de lugar. Ascendió hasta el vestíbulo del octavo piso de un hotel del centro, un palacio en el caos de Broadway, con hiedras colgando de las repisas en hilera, con emparrados y bosquecillos de árboles, y ascensores que se desplomaban suavemente a través del interior desnudo, como un sueño perteneciente en otro tiempo a las ciudades de autopista. La vio sentada a una mesa cerca del bar, junto a una bolsa de viaje y un portafolios depositados en el suelo al lado de su silla. Se figuró que andaría ya avanzados los cuarenta, con aquellos cabellos rubios y blanquecinos, espesos y rígidos que surgían de un rostro empalidecido por el mar. Sus ojos eran de un color azul claro, tan límpidos y casi sobrecogidos que supo que tendría que hacer un esfuerzo para no contemplarlos abiertamente.

—Usted debe de ser Brita Nilsson.

—¿Por qué?

—Por el aspecto. No sé, profesional, de éxito, cosmopolita, ligeramente aislada. Por no mencionar la cámara en su funda. Yo soy Scott Martineau.

—Mi guía hasta la frontera.

—A decir verdad, me he perdido varias veces al entrar en la ciudad, luego me he visto metido en un atasco de tráfico a pesar de ser fin de semana y, por fin, he conseguido arreglarlo e incluso encontrar un sitio para aparcar, pero aún me quedaban por vivir momentos inquietantes, como intrusos psíquicos o especies de sombras vivientes que hablan. Hace años que no vengo a Nueva York, y no me importaría que nos sentáramos y charláramos un poco antes de salir. ¿Está alojada aquí?

—¿Está loco? Vivo cerca del centro, pero pensé que sería más sencillo encontrarnos en un lugar más práctico. Me alegro de disponer de esta oportunidad. Aunque usted mencionó ciertas condiciones sin especificar cuáles. Quiero decir, ¿cuánto tiempo voy a poder pasar con él? Y cuánto piensa usted que estaré fuera, porque tengo un programa bastante ajustado y no he traído, ya sabe, ropa interior suficiente para días y días.

—Un momento. ¿Nos estamos moviendo?

—Es un bar giratorio —dijo ella.

—Dios mío. ¿Dónde me he metido?

—¿No le parece extraño? Nueva York ha caído.

Contempló cómo flotaba Broadway sobre la ventana curvada y se sintió como si

los bloques de espacio y tiempo se hubieran liberado y se deslizaran a la deriva. El hotel provinciano fuera de lugar. Los anuncios de Mita, Midori, Kirin, Magno, Suntory, palabras que formaban parte de cierta masa sintética de lenguaje, del esperanto del síndrome de vuelo. Y la torre en construcción al otro lado de la calle, entelada y envuelta contra la intemperie, con figuras que desfilaban fugazmente a través de los huecos de su cubierta anaranjada. Ahora podía verlos con claridad, tres o cuatro chiquillos que jugaban sobre las vigas, proporcionando al edificio un aspecto de ruina y abandono.

—También debo decir que no entiendo el proceso. Hubiera preferido ir por mi cuenta.

—¿Ir adónde? No hubiera sabido dónde iba.

—Podía habérmelo dicho, ¿no? —dijo.

—Bill ha insistido en que lo hagamos así.

—¿No le parece un poco melodramático?

—Bill ha insistido en ello. En cualquier caso, resulta muy difícil encontrarnos.

—De acuerdo. Pero, por su propia tranquilidad, ¿por qué no haber escogido un lugar neutral? De ese modo, no habría habido peligro de revelar su lugar de residencia. Habría permanecido en secreto.

—No creo que haya mucho que pueda revelar. Y, de todos modos, Bill sabe que no hablará.

—¿Por qué lo sabe?

—La vimos en Aperture. Por eso decidimos que tenía que ser usted. Y no ha querido encontrarse con usted en ningún otro sitio porque nunca va a ningún sitio si no es para huir del libro que está escribiendo.

—Me encantan sus libros. Solían tener una enorme importancia para mí. Además, ¿cuánto hace que nadie le fotografía? Siglos, diría yo. ¿Por qué no me tranquilizo, sencillamente?

—¿Por qué no se tranquiliza, sencillamente?

Sobre la zona del bar había un reloj que giraba en una torre abierta. Desde la mesa, podía ver los ascensores a través del enrejado desnudo y la estructura del reloj. Pensó que no le costaría ningún trabajo pasarse la tarde observando el ascenso y el descenso de los ascensores, sus vainas transparentes enmarcadas por hileras de bombillas. Se desplazaban en silencio, sujetos a la superficie de un enorme cilindro central. Todo se movía, todo giraba lentamente, y se oía música procedente de un lugar indeterminado. Observó a la gente transportada por la grácil caída de los ascensores. Arriba, en las pasarelas, surgía de vez en cuando una figura que miraba hacia abajo, asomando tan sólo la cabeza y el torso. Se preguntó si lo que la mujer había intentado entregarle en la calle podía haber sido un niño recién nacido. La misma frase musical una y otra vez, procedente de un lugar indeterminado.

—Hoy en día, sólo fotografía escritores.

—Sólo escritores. Puede decirse francamente que padezco una enfermedad

llamada escritores. Tardé mucho tiempo en averiguar qué quería fotografiar realmente. Hace quince años que llegué a este país. De hecho, a esta ciudad. Y ya el primer día me lancé a recorrer las calles, tomando fotos de sus distintos rostros, de los ojos de la gente que en ella vive, de tipos vapuleados, de prostitutas, de salas de urgencias, yo qué sé. Así, durante años. Con frecuencia, me servía de un gran angular y oprimía el disparador con la cámara colgando de su correa a la altura del pecho con objeto de no llamar la atención de ciertas personas, muchas gracias. Seguía a esas ruinas humanas prácticamente hasta su tumba. Y solía pasarme por los juzgados de guardia sólo por verles las caras. Me refiero a Nueva York, por favor, a mi religión estatal oficial. Pero tras varios años así comencé a pensar que curiosamente, de algún modo, ya no era válido. Fotografiara lo que fotografiara, horror, realidad, miseria, cuerpos destrozados, rostros ensangrentados, al final todo resultaba jodidamente precioso. ¿Entiende? De modo que tuve que resolver por mí misma ciertas cuestiones complicadas que, probablemente, son muy simples. Uno alcanza cierta edad... ¿no es eso lo que ocurre? Y, por fin, descubre qué es lo que quiere hacer.

Comía almendras tostadas que extraía del puño semicerrado, una por una, mientras bebía vodka con pimienta.

—¿No le inspira tranquilidad este lugar? —dijo Scott—. Me siento hipnotizado por los ascensores. Igual se trata de una nueva forma de adicción.

—No me atosigue —dijo ella, y el leve acento, combinado con una frase tan clásica y con el tono de formalidad con que la había pronunciado, sin enlazar las dos primeras palabras en una, le hicieron sentirse muy feliz.

—Sólo escritores.

—Sólo escritores —repitió ella.

—Y está organizando un archivo, una especie de censo de instantáneas.

—Me limitaré a seguir fotografiando escritores, todos los que pueda, novelistas, poetas, dramaturgos. Estoy, como quien dice, al acecho. Nunca dejo de viajar y de sacar fotos. A eso me dedico ahora. A escritores.

—Todos sus rostros.

—Todos los hombres y mujeres asequibles. Y si alguno es poco conocido, tanto mejor. Puesta a elegir, prefiero buscar escritores que permanecen en la sombra. La gente me da pistas continuamente, obtengo nombres y libros de editores y de otros escritores que comprenden lo que hago o que al menos así lo afirman para que me sienta mejor. Un archivo planetario. Para mí, constituye una forma de sabiduría y de memoria. Mi forma personal de testimonio. Intento hacerlo de un modo sistemático, país por país, pero siempre hay problemas. Hallar a algunos escritores es un problema. Y hay muchos escritores en prisión. Eso siempre es un problema. En algunas ocasiones he obtenido permiso para fotografiar a escritores sometidos a arresto domiciliario. La gente ha empezado a conocerme, y eso, a veces, es una ayuda.

—Frente a las autoridades.

—Sí, y frente a los escritores. Desean verme porque saben que tan sólo estoy construyendo un archivo. Un recuento de especies, como dijo uno de ellos. Elimino la técnica y el estilo personal en la medida de lo posible. Secretamente, soy consciente de estar haciendo ciertas cosas para obtener ciertos efectos. Pero tanto usted como yo haremos caso omiso de ello. Llevo cuatro años con este proyecto que, claro está, por su propia naturaleza no tiene fin.

—La cuestión es, ¿qué sucede luego con las fotografías de Bill?

—Eso depende enteramente de él. Pongo algunas de mis fotografías a disposición de los editores o de los medios de comunicación, pero sólo si el autor me lo autoriza. Con ello financio el proyecto, y con varias subvenciones. Cuento con una subvención para viajes de la que dependo absolutamente. Las revistas harían cualquier cosa por publicar un ensayo fotográfico de Bill Gray. Pero no deseo hacer fotografías que constituyan una revelación, que digan aquí está, después de todos estos años. Es preferible una pieza de estudio, sencillamente. Pretendo realizar fotografías discretas. Tímidas, de hecho. Como una obra a medio terminar. No tan permanentes ni acabadas. Al final, les enseño las pruebas y ustedes deciden qué quieren que haga con ellas.

—Ésa es la respuesta que esperábamos.

—Perfecto. Seguimos adelante, pues.

—¿Y qué ocurrirá en el futuro con su colección de fotografías de escritores?

—En el futuro, lo ignoro. La gente sugiere realizar una especie de instalación en una galería. Arte conceptual. Miles de fotografías tamaño pasaporte. Pero, personalmente, yo no le veo sentido. Opino que mi trabajo es, básicamente, una referencia. Algo destinado a almacenarse. A guardarse en el sótano de alguna biblioteca. Si alguien quiere verlas, que vaya y lo diga. Quiero decir, ¿qué importancia tiene una fotografía si uno conoce la obra del escritor? Lo ignoro. Pero, aun así, la gente quiere ver la imagen, ¿no es cierto? El rostro del escritor representa, la superficie de la obra. Nos proporciona una pista sobre el misterio que la obra encierra. ¿O es en el rostro donde está el misterio? A veces, pienso en rostros. Todos intentamos leer los rasgos de los demás. Algunas caras son mejores que algunos libros. O podemos meterlas en una cápsula espacial, eso sí que sería estupendo. Enviarlas al espacio. Saludos. Somos escritores de la Tierra.

Los ascensores suben y bajan, el reloj gira, el bar se desplaza lentamente, vuelven a aparecer los signos, cambian los semáforos, los taxis amarillos van y vienen. Magno, Minolta, Kirin, Sony, Suntory. ¿Cómo dice Bill? La ciudad representa un sistema para medir el tiempo.

—Allí arriba hay críos. ¿Los ve? En el piso veinte, más o menos. ¿No es increíble?

—Están ahí más a salvo que en la calle. Déjelos —dijo ella.

—La calle. Bien, creo que estoy preparado.

—En ese caso, vámonos.

Hallaron su automóvil, y Scott enfiló hacia el Norte, a lo largo del Hudson, atravesando el puente de Beacon en dirección al crepúsculo y las carreteras secundarias, tomando brevemente la autopista de circunvalación e internándose luego en laberintos de calzadas de doble sentido, horas y horas a través de la noche, el paisaje reducido a lo que iluminan los faros, a curvas y cambios de rasante y señales que los anuncian, por caminos de tierra y senderos de grava y viejas trochas de leñadores, junto a empinadas colinas, soportando el aguanieve de guijarros con que las ruedas rocían el parabrisas, viendo bosques de pinos iluminados por la luna. Dos seres prácticamente desconocidos en un confinamiento nocturno, envueltos por el laborioso zumbido del pequeño vehículo, abandonando abruptamente sus silencios para hablar tras largas reflexiones y encadenamientos de recuerdos y sueños en vigilia y toda clase de actividad mental, de narrativas que desfilan justamente detrás de los ojos, con palabras que resuenan claras y moduladas en el vacío de la noche.

—Me siento como si me llevaran a entrevistar al cabecilla de un grupo terrorista en su refugio secreto de las montañas.

—Dígaselo a Bill. Le encantará —dijo Scott.

II

La habitación estaba sumida en la oscuridad, y el hombre permanecía frente a la ventana esperando ver aparecer los faros sobre la cima de la colina para luego descender zigzagueando por el campo, entre tocones de árboles, tallos doblados y desechos rocosos. No se trataba de una espera ansiosa ni urgente, sino tan sólo de la sensación de que estaba a punto de ocurrir, y de que si seguía allí un momento más vería el automóvil enfilarse las rodadas del camino como una sombra oscilante tras los faros y descender la colina en dirección a la casa adquiriendo gradualmente dimensión. Resolvió contar hasta diez. Si las luces no habían aparecido para entonces, regresaría a su mesa, encendería la luz y trabajaría un poco, revisando lo que había escrito durante el día, el escaso goteo, las manchas rezumadas, el estornudo de la sangre, la pálida secreción diaria, los retazos de tejido humano pegados a la página. Contó hasta diez y, al comprobar que las luces no aparecían, contó hasta diez de nuevo, esta vez más lentamente, de pie en la oscuridad, asegurándose a sí mismo que esta vez retornaría realmente a su mesa y encendería la luz si el automóvil no aparecía sobre la cima de la colina cuando alcanzara la última cifra, el utilitario salpicado de barro, y se sentaría a trabajar porque sólo los niños creían que era posible hacer que las cosas sucedieran a base de contar números, y llegó una vez más a diez, y otra vez, y por fin se limitó a permanecer allí, observando, hasta que finalmente aparecieron los faros, inundando el camino de luz blanca mientras el automóvil superaba el borde de la colina y las luces barrían brevemente la maleza y, si a eso vamos, sólo niños un poco raros, bizcos o sucios, esos niños que acostumbran a apretar los puños cuando lloran.

El automóvil se detuvo bajo el resplandor de las luces del porche. Mostraba los flancos sucios de lodo, con capas de polvo aposentadas sobre el cristal más allá del límite de los arcos superpuestos de los limpiaparabrisas. Cuando salieron y avanzaron hacia las escaleras del porche, el hombre se dirigió a la puerta de su estudio y les oyó limpiarse los pies en el felpudo y entrar a la planta inferior, sus voces mezcladas, el alboroto de las personas cuando acceden a una casa, quitándose los abrigos, realizando todos los ruidos accidentales de la transición, el suspiro del cuerpo en plenitud, el profundo alivio de lo acogedor, semejante en cierto modo a un peligro y a una mentira.

Cerró la puerta y permaneció en la habitación en penumbra, recorriendo la mesa con la mano en busca de sus cigarrillos.

Satisfechos de estar en casa después de un largo viaje a ninguna parte en una noche fría. Sopa de goulash y pan negro. Satisfechos de recordar que las cocinas son lugares diseñados para largas conversaciones, para la madrugada, con la estufa de leña y un vaso de vino mohoso. Brita había compartido miles de extraños diálogos con

desconocidos a bordo de aviones, intensos y superficiales, susurrantes de *Existenz*. En realidad, totalmente falsos. Era incapaz de hablar seriamente en un automóvil. El automóvil era el traslado serial, un movimiento de ruedas dentadas que destrozaba su ámbito de atención. Incluso cuando el automóvil generaba un paisaje tedioso y plano, encontraba difícil desembarazarse de la realidad tartamuda de la blanca línea interrumpida y de la imagen de la ventanilla y de los kleenex de la caja y acometer una conversación seria. Hablaba en las cocinas. Constantemente seguía a la gente a su interior cuando cocinaban o iban a buscar hielo para las bebidas, y hablaba a sus rostros o a su espalda, daba lo mismo, logrando que olvidaran lo que estaban haciendo.

Scott se sentó a la mesa frente a ella, esbelto, de cabellos abundantes, casi monocromo, sus pálidas cejas iluminadas por un brillo marítimo. Brita pensó que debía de hallarse contento de tener compañía, una voz sólida de las ciudades sin aliento, retazos de experiencia, y Scott se inclinó hacia ella como si le hubiera hablado en un susurro para revelarle cosas íntimas e imprevisibles. Pero lo único que hizo fue descargar palabras, comer y hablar, elaborar el borboteo humano. Y él permaneció mirándola, contemplándola abiertamente, examinándola con franco interés. Si las mujeres de su edad eran criaturas que pasaban básicamente desapercibidas, y si ella misma era una escandinava ligeramente curtida en vaqueros y camiseta que aplasta las colillas sobre los platos, acaso él se preguntaría qué elementos fascinantes podrían quizá tener en común. Se hallaba en los absurdos comienzos de la treintena, levemente inseguro.

—Le diré la verdad. No tengo ni idea de dónde estamos. Ni la más mínima pista. Y me imagino que cuando nos marchemos lo haremos por la noche para que no pueda recordar los rasgos del paisaje.

—Es un paisaje sin rasgos —dijo—. Pero sí, lo haremos cuando haya anochecido.

—Ahora que estoy aquí, me resulta difícil mantener una conversación mínimamente larga acerca de algo que no sea él. Siento que hay algo cerca de mí, y no puedo evitar el impulso de referirme a ello de vez en cuando. Estoy convencida de que muchas personas habrán intentado encontrarle.

—Nadie ha llegado tan lejos. Nos han llegado noticias de incursiones de la prensa, de intrépidos equipos de fotógrafos con teleobjetivos. Y su editor le envía cartas de gente que se ha propuesto encontrarle, que revelan sus progresos, que creen saber dónde se encuentra, que han oído rumores, que sencillamente quieren conocerle y decirle lo que sus libros han significado para ellos y hacerle las preguntas habituales, gente bastante corriente que tan sólo quiere contemplar su rostro.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Arriba, escondido. Pero no se preocupe. Mañana tendrá sus fotos.

—Es una sesión muy importante para mí.

—Quizá aliviará en parte la presión de Bill. El hecho de permitir la salida de unas cuantas fotografías. Últimamente, ha estado sintiendo que se aproximaban, que cada

vez estaban más cerca.

—La gente corriente.

—Alguien le envió por correo un dedo cortado. Pero eso sucedió en los sesenta.

Scott le mostró una habitación contigua a la cocina en la que se guardaban algunos de los papeles de Bill. Junto a la pared se alineaban siete armarios de metal. Abrió una serie de cajones y pasó revista a su contenido, en el que se incluía correspondencia de las editoriales, contratos y declaraciones de derechos de autor, libretas de notas y viejas cartas de los lectores, cientos de sobres con los bordes oscurecidos, atados con bramante. Hablaba con naturalidad. Había viejos manuscritos elaborados a mano, pruebas escritas a máquina, galeradas. Había críticas de las novelas de Bill, entrevistas con antiguos colegas y conocidos. Había pilas de revistas y periódicos en los que figuraban artículos sobre su obra y acerca de su desaparición, de su ocultamiento, de su retiro, de su supuesto cambio de identidad, de los rumores de su suicidio, de su regreso al trabajo, de la última obra en la que estaba trabajando, de su muerte, de su reaparición. Scott leyó extractos de algunos de aquellos artículos. Más tarde, salieron al vestíbulo con sus vasos de vino a contemplar los estantes repletos de gruesos ensayos sobre la obra de Bill y de obras acerca de sus obras. Scott destacó algunos números especiales de ciertas publicaciones trimestrales dedicados por entero a Bill. Entraron en otra habitación pequeña en la que se conservaban los dos libros de Bill en todas sus ediciones nacionales y extranjeras, en tapa dura y blanda, y Brita recorrió los estantes estudiando los diseños de las cubiertas, los textos escritos en lenguas oscuras, moviéndose con suavidad, sin experimentar la necesidad de hablar. Bajaron al sótano, donde se guardaba el trabajo actual de Bill en recias carpetas de color negro, cada una de ellas marcada con un número de código y una fecha para facilitar su búsqueda, todas ellas dispuestas sobre estantes independientes clavados a los muros de cemento, acaso doscientas carpetas que representaban borradores, borradores corregidos, notas, fragmentos, nuevas correcciones, material desechado, material puesto al día, revisiones iniciales, revisiones finales. Las elevadas claraboyas de los muros aparecían cubiertas por trozos de tela oscura, y había dos grandes deshumidificadores situados a ambos extremos de la estancia. Esperó oír a Scott referirse a aquel cuarto como el bunker, pero no lo hizo. Y tampoco pudo sorprender el menor asomo de inflexión irónica en sus comentarios. Pero percibió fácilmente su orgullo de cicerone, la satisfacción que obtenía de formar parte de aquella conservación épica, de aquella pulcra evidencia amasada de arte en progreso. Aquello era el santuario, el libro sagrado, largas hileras de textos mecanografiados enterrados en un sótano de las pálidas colinas.

Una escalera trasera conducía desde la cocina al vestíbulo del segundo piso. Recogieron la chaqueta, la bolsa y el equipo de Brita y ascendieron por ella. Pudo vislumbrar los estantes de la despensa, incrustados en el muro, y aún más cartas de lectores, gruesos archivos de cajas etiquetadas con el mes y el año. Siguió a Scott a través de la puerta y del vestíbulo. Aquélla era la habitación de Brita.

En el dormitorio del piso inferior, Karen permanecía aún viendo la televisión. Scott entró y comenzó a desnudarse.

—Ha sido un largo día —dijo ella.

—Dímelo a mí.

—Después de conducir tanto, tienes que estar realmente...

Se puso el pijama y se metió en la cama, y ella se incorporó y apagó la luz. A continuación, cogió el mando a distancia y bajó el volumen del televisor, tic tic tic, hasta suprimirlo por completo. La cabeza de Scott reposaba hundida en la almohada, ya casi dormido. Ella siguió viendo las noticias del día. Normalmente, lo que le interesaba eran trozos de películas, y no le importaba ver las imágenes sin el sonido. Resultaba interesante hasta qué punto era posible adivinar las noticias tan sólo con ver las imágenes.

Al principio tan sólo ve hombres y muchachos, una enorme masa masculina, un océano de cuerpos apretados unos contra otros. A continuación, una muchedumbre, miles de personas que llenan la pantalla. Parece desplazarse a cámara lenta, pero sabe que no es así. Está filmado en tiempo real, con cuerpos que se oprimen y empujan como agitados por la cresta de las olas, varios brazos elevados sobre las cabezas de la multitud. Algunos cuerpos presentan extraños ángulos. Hombres que, desde los extremos, contemplan la escena con tibio interés. Ve un enorme nudo de personas que se debaten, oprimidas contra una verja, empujadas despiadadamente hacia delante. Muestran la verja de metal y los cuerpos estrujados contra ella, con los brazos alzados. Muestran el esfuerzo, la resistencia, terriblemente lentos. ¿Cómo se dice eso? ¿Retorcimiento? La cámara está situada al otro lado de la verja y enfoca directamente a través del alambre de acero forjado. Ve cómo al fondo algunos tipos han llegado a trepar sobre la masa de cuerpos, dos hombres que avanzan a gatas sobre las cabezas y los hombros. Ve a la multitud impulsada contra la verja y a los que, espantosamente retorcidos, están en contacto con ella. Una auténtica agonía de brazos alzados y doblados, de rostros en sufrimiento. Muestran a los hombres que contemplan la escena sin perder la calma. Muestran hombres vestidos con pantalón corto y jersey, jugadores de fútbol con sus altas medias, inmóviles sobre el césped. Cuerpos apretados entre sí formando una masa sólida, llenando la pantalla, y los de la verja, que ya no pueden moverse y permanecen obligados a conservar su postura retorcida. Ve un muchacho tocado con una gorra blanca de visera roja, y la expresión de su rostro parece decir qué buen día hace o aquí estoy camino de casa, vengo del colegio, y a su alrededor la gente está muriendo, partiéndose y descomponiéndose con la boca abierta, con la lengua hinchada visible entre los dientes. En el extranjero, al balompié lo llaman fútbol^[1]. Ve la verja en primer plano y detienen la filmación y el efecto es similar al de una imagen religiosa, la escena podría formar parte de un fresco pintado en una iglesia turística, compuesto y equilibrado y repleto de

personajes sufrientes. Ve los rostros de una mujer y de una muchacha, y la enorme mano de un hombre situado tras ellas, las húmedas trenzas de la mujer, su brazo doblado contra los alambres de acero de la verja, la joven aplastada y doblada bajo el codo de otra persona, el muchacho de la gorra blanca con visera roja allí en medio, entre el caos, ahora se da cuenta, cierra los ojos, siente que se encuentra atrapado, en su rostro se lee la desesperación. Ve a la gente sucumbir bajo llaves no intencionadas, alzando los brazos, con el rostro a punto de estallar frente a ella, intentando alcanzar la verja con las manos pero incapaces de hacer otra cosa que agitarlas en el aire, la enorme mano de un hombre, un muchacho de pelo largo vestido con una camisa vaquera, de espaldas a la verja, el rostro de la mujer de las trenzas oculto tras su propio brazo retorcido, las uñas pintadas de rosa brillante, una mujer o una muchacha con los ojos cerrados y la lengua fuera, muerta o agonizante. Muestran a los tipos que contemplan serenamente la escena. Muestran la verja de lejos, los cuerpos que se amontonan tras ella, sofocados, en algunos casos moviendo tan sólo los dedos, y parece un fresco de alguna oscura iglesia, una visión atestada y partida del encuentro con la muerte que sólo un maestro de la época habría sabido pintar.

III

Brita extrajo el reflector de cuarzo del equipaje y lo enroscó en su soporte portátil. Se mostraba nerviosa, sin cesar de parlotear. Bill esperaba, apoyado contra la pared. Llevaba puestos sus pantalones de faena y un viejo jersey, un tipo robusto de rostro curtido y cabellos cenicientos peinados hacia atrás en amplios surcos que habían llegado a tornarse amarillentos en los bordes. Brita percibía una fuerza inquietante, el desasosiego que causa ver a un hombre que había habitado su mente durante años como un lenguaje... la fuerza de un cuerpo en una estancia. Le resultaba casi imposible dirigirle la mirada. Le observaba de modo indirecto, intentando disimular sus ojeadas por medio de la agitación de los preparativos. Pensó que bien podía él haber adoptado un aire de venerabilidad, un gesto y apariencia más profundos que sus años estimables. Se limitaba a contemplar cómo manipulaba su equipo, atravesándola con la mirada para enfocarla en otro momento y lugar distintos. De hecho, le parecía sentirle desvanecerse del interior de la estancia.

—Voy a reflejar la luz contra esta pared. Usted puede situarse allí mientras yo me coloco aquí con la cámara. Con eso bastará.

—Resulta amenazador.

Había una máquina de escribir sobre una mesa y enormes hojas de dibujo pegadas con cinta adhesiva a las paredes y a la parte inferior de las ventanas. Se trataba evidentemente de programas, de planos de actividad de su trabajo, cubiertos de palabras garabateadas, de casillas, de líneas que conectaban los distintos elementos, de diminutos apuntes en los casilleros. Se veían números rodeados por círculos, nombres tachados, grupos de figuras realizadas con palotes, marcas crípticas. Brita podía distinguir libretas de notas apiladas sobre la tapa del radiador. Sobre la mesa había montones de papeles junto a un cenicero repleto de colillas.

—Hay algo especial acerca de los escritores. No sé por qué, pero siento que debería conocer a la persona —y no sólo su obra—, por lo que generalmente intento planificar un paseo previo que me permita charlar con ella, hablar de sus libros, su familia, cualquier cosa. Sin embargo, comprendo que quizá no quiera usted alargar este proceso, así que intentaré darme prisa.

—Podemos hablar.

—¿Le interesan las cámaras? Ésta es una lente de ochenta y cinco milímetros.

—Solía hacer fotografías. No sé por qué lo dejé. Sencillamente, un día se acabó para siempre.

—Creo que cabría decir que no es lo único que ha terminado para siempre.

—Se refiere a que, por fin, un escritor sale de su escondrijo.

—¿Me equivoco al calcular que hace treinta años que nadie ve una fotografía suya?

—Scott podría decírselo con seguridad.

—Y, entre ambos, han decidido que ya ha llegado el momento.

—La verdad es que resulta agotador vivir con la certeza de que la gente le da tanta importancia. Cuando un escritor no muestra su rostro, se convierte en un síntoma local de la célebre renuencia de Dios por aparecersenos.

—Pero resulta intrigante para muchas personas.

—También se interpreta como una forma espantosa de arrogancia.

—Sin embargo, todos nos sentimos atraídos por un concepto de lo remoto. Opino que un lugar difícil de alcanzar se convierte necesariamente en hermoso. Hermoso y, quizá, sagrado en parte. Y una persona que se torna inaccesible posee una gracia y una plenitud que el resto envidian.

—El mundo visible es corrupto: aquí tenemos un hombre que oculta su rostro.

—Sí —repuso ella.

—La gente puede sentirse intrigada por esta figura, pero también experimenta rencor hacia ella, y se burla de ella y quiere mancillarla y observar cómo sus facciones se distorsionan por la sorpresa y el temor cuando el fotógrafo oculto surge de repente de la maleza. En las mezquitas no hay imágenes. En nuestro mundo nos dormimos y devoramos las imágenes y las glorificamos y las llevamos puestas. El escritor que no muestra su rostro no hace sino aislarse en terreno sagrado. Jugar al mismo juego que Dios.

—Quizá tan sólo es tímido, Bill.

Le vio sonreír a través del visor. Su aspecto obtenía claridad visto por la cámara. Mostraba una mirada intensa, discreta, un rostro apuestamente tallado y elaborado, recamado en torno a la frente y las comisuras de los ojos. En su trabajo, los despojos humanos se veían a menudo reconstruidos por medio de la energía de su propia contemplación, por la pura voluntad que la cámara descubría en ella, la voluntad de ver en profundidad.

—¿Puedo decirle algo?

—Adelante.

—Me da miedo hablar con escritores acerca de su obra. Es demasiado fácil decir cualquier estupidez. No deje caer la barbilla. Bien, mucho mejor, me gusta así. Existe un lenguaje secreto que no he conseguido aprender. Paso mucho tiempo con escritores. Me encantan los escritores. Pero este don que usted tiene —este don que tanto me gusta—, me hace sentirme como una intrusa, como alguien incapaz de conversar en un lenguaje privado, en un lenguaje que signifique algo para usted.

—El único lenguaje privado que conozco es el de la autoexageración. Creo que he llegado a desarrollar un segundo yo en esta habitación. Es el yo autocomplaciente lo que mantiene activo al escritor. Exagero el dolor de escribir, el dolor de la soledad, del fracaso, de la ira, de la confusión, de la indefensión, del miedo, de la humillación. Cuanto más estrechos son los límites de mi vida, tanto más me exagero a mí mismo. Si el dolor es real, ¿por qué lo exagero? Acaso es el único placer que me es permitido.

—Levante la barbilla.

—Levanto la barbilla.

—Francamente, no esperaba semejantes discursos.

—Los tenía reservados.

—Esperaba que posara unos minutos y que luego se cansara y se fuera.

—Una de mis debilidades es que revelo a extraños, a mujeres que conozco momentáneamente, cosas que nunca he dicho a mi esposa, a mis hijos, a mis amigos más cercanos.

—No tiene secretos con Scott.

—Hablo con Scott. Pero cada vez resulta menos necesario. Ya lo sabe todo. Es capaz de ver las profundidades de mi mente como lo haría un neurocirujano con un bisturí.

Agotó el carrete y hurgó en su maletín en busca de otro. Bill permaneció junto a la mesa, sacudiendo el paquete de cigarrillos. Sus zapatos aparecían apelmazados de barro y hierbas aplastadas. No parecía estar trasladando su propia imagen, su idea del aspecto que debía mostrar o quién quería ser durante las siguientes horas. Resultaba evidente que no se había molestado en reflexionar al respecto. A Brita le complacía la atmósfera de la habitación con su presencia. Parecía su habitación del mismo modo que el resto no parecía su casa. Le pidió que se situara junto a uno de los diagramas de la pared; él no opuso objeción alguna y Brita ajustó el foco y comenzó a disparar. Bill fumaba y hablaba. Pensaba que sufría al igual que todos los demás. Todos pensaban que eran unos chapuceros y unos desgraciados, y que estaban atormentados, pero ninguno quería hacer nada que no fuera escribir, y todos creían que la única persona que podía encontrarse en peor situación que ellos tenía que ser algún otro escritor, en alguna parte, y cuando uno de ellos mezclaba demasiadas copas de brandy con píldoras de color violeta y oprimía el cañón de un revólver contra la oreja, los demás se sentían a la vez apesadumbrados y comprendidos.

—Le diré qué es lo que no exagero. La duda. Cada minuto de cada día. Lo que huelo en mi lecho. La pérdida de la fe. De eso se trata todo.

El espacio parecía cerrarse: siempre ocurría así cuando una sesión marchaba bien. La exposición y la luz se estrechaban hasta alcanzar una elección automática. Bill posaba frente a las extrañas anotaciones de sus tablas y Brita era consciente de tener frente a ella todo lo que podría desear o necesitar. Allí estaba la vieja, curtida y melancólica testa, el aislado hombre de letras, allí estaba el antiguo alfabeto sobre el muro, el mapa de su libro perdido en forma de casilleros ladeados y garabatos trazados con rotulador y conjuntos de signos indicativos como flechas trazadas por el puño de un chiquillo provisto de un lápiz. Y Bill aparecía animado, apoyado sobre el codo mientras hablaba. Sus manos eran romas y desportilladas. Mostraba una suerte de embrutecimiento, una sensación de todos los límites que había tenido que rebasar para superar una labor permanentemente difícil. Brita intentaba situarle en su contexto, encajar su voz y su cuerpo con sus obras. Lo primero que pensó al penetrar en la estancia fue, espera un momento; no, no puede ser él. Había esperado ver a

alguien delgado y enjuto, con unos ojos como signos de conjuro sobre un granero Amish. Pero, poco a poco, Bill comenzaba a cobrar sentido frente a ella, empezaba a corresponderse en un grado razonable con su obra.

—Me veo obligada a robarle un cigarrillo —dijo—. Llevo veinticinco años dejando el tabaco, y creo que he avanzado mucho, ¿sabe? Pero siempre acaba llamando mi atención el leve brillo del paquete.

—Hábleme de Nueva York —dijo él—. Ya no voy nunca allí. Cada vez que pienso en las ciudades en que he vivido no veo más que grandes cuadros cubistas.

—Le diré lo que yo veo.

—Esa susceptibilidad, esa densidad, esos viejos tonos pardos y ese modo que tienen las ciudades de envejecer y de ensuciarse en tu mente como si se trataran de muros romanos.

—Donde yo vivo sí, de acuerdo, hay un paisaje caótico de tejados, un revoltijo, cuatro, cinco, seis, siete pisos, llenos de depósitos de agua, cuerdas de tender la ropa, antenas, campanarios, palomares, chimeneas, todo lo que la parte inferior de la isla tiene de humano: pequeños jardines acurrucados, estatuas, señales pintadas. Y despierto a todo ello, y lo amo, y dependo de ello. Pero lo están arrasando y llevándose para construir sus torres.

—Con el tiempo, esas torres resultarán humanas, familiares y graciosas. Déles tiempo.

—Cuando llegue ese momento, me daré de cabeza contra las paredes. Y no sabré cuándo parar.

—Se preguntará qué la enfureció.

—Ya tengo el World Trade Center.

—Que ya hoy resulta inofensivo y eterno. Olvidado. Y piense hasta qué punto podría ser peor.

—¿Cómo? —inquirió ella.

—Si en vez de dos torres sólo hubiera una.

—Quiere decir que interactúan. Que establecen un juego de luz.

—¿Acaso no sería mucho peor una sola torre?

—No, porque el tamaño no es más que una pequeña parte de mi problema. El tamaño resulta letal. Pero el hecho de tener dos es como un comentario, como un diálogo, con la diferencia de que ignoro qué están diciendo.

—Dicen: Que tengas un buen día.

—Uno de estos días, salga a pasear por esas calles —dijo ella—. Gente enferma y agonizante sin ningún sitio adonde ir, y cada vez torres más y más grandes, edificios fantásticos con miles de metros cuadrados de espacio para alquilar. Todo el espacio está dentro. ¿Le parece que exagero?

—Soy yo quien exagera.

—Le parecerá extraño, pero siento que le conozco.

—Lo es, ¿verdad? Nos las estamos ingeniando para desarrollar una conversación

normal mientras usted se agita y zigzaguea de un lado a otro con una cámara fotográfica y yo permanezco aquí, tieso e inmóvil, con aspecto de payaso.

—¿Sabe? Normalmente, no suelo hablar. Hago una pregunta y dejo que el escritor la conteste. Ayuda un poco a relajar la tensión.

—Deja que hable el majadero.

—Sí, si quiere verlo de ese modo. Y, como norma general, sólo escucho vagamente, porque estoy trabajando. Me mantengo distante, estoy trabajando, escucho por encima.

—Y viaja sin parar. Buscádonos.

—Está dejando caer la barbilla —dijo ella.

—Cruza continentes y océanos para tomar fotografías de rostros ordinarios, para registrar un millar de rostros, diez millares de rostros.

—Es una locura. Estoy dedicando mi vida a un gesto. Sí, viajo. Lo que significa que hay ciertos días en los que no hay momento en que no piense en el terrorismo. Nos tienen en su poder. En las zonas de espera para embarque nunca me siento cerca de las ventanas por miedo a los cristales. Llevo conmigo un pasaporte sueco, por lo que ese problema está solucionado salvo que uno piense que fueron terroristas los que mataron a su primer ministro. Quizá no sea tan prudente. Y en mi agenda empleo códigos para escribir el nombre y la dirección de los escritores, porque nunca puede saberse hasta qué punto puede ser peligroso llevar consigo el nombre de un escritor que podría ser un disidente, un judío o un blasfemo. Tengo cuidado con lo que leo. Nunca llevo conmigo nada religioso, ningún libro que muestre símbolos religiosos en la solapa o que contenga fotografías de armas de fuego o mujeres provocativas. Eso, por un lado. Por otro, el corazón me dice que voy a morir de una enfermedad lenta y espantosa, por lo que si sube conmigo a un avión puede considerarse a salvo.

Introdujo otro carrete. Estaba segura de tener ya lo que necesitaba, pero le había ocurrido mil veces pensar que tenía las fotografías que buscaba y luego hallar otras mejores enterradas en los contactos. Le gustaba superar la sensación del ya hemos terminado. Era importante continuar, combatir la certeza de lo ya seguro y alcanzar el instante furtivo y afortunado.

—¿Le pregunta a sus escritores qué se siente al ser un muñeco?

—¿A qué se refiere?

—Es usted quien me ha hecho hablar, Brita.

—Adoro cualquier cosa viva y animada.

—No le importa lo que pueda decir.

—Como si habla en suajili.

—Existe un curioso lazo que une a los escritores y a los terroristas. En Occidente, nos convertimos en efigies célebres a medida que nuestros libros pierden su capacidad para formar e influenciar. ¿Consulta la opinión de sus escritores acerca de esto? Hace años, solía pensar que un novelista poseía la capacidad de alterar la vida interior de la cultura. Ahora, ese territorio está usurpado por los pistoleros y por los

que construyen las bombas. Son ellos quienes someten la conciencia humana a sus ataques, es decir, lo que hacíamos los escritores antes de vernos unidos a ellos.

—Continúe. Me gusta verle enfadado.

—Usted ya sabe todo esto. A eso se debe que recorra millones de kilómetros fotografiando escritores. Porque somos nosotros quienes damos lugar al terror, a las noticias sobre el terror, a las grabadoras y a las cámaras, a los transistores, a las bombas ocultas en los transistores. Las noticias catastróficas constituyen la única narrativa que precisa la gente. Cuanto más siniestra sea la noticia, más poderosa es su narrativa. Las noticias representan la última adicción antes de... ¿qué? Lo ignoro. Pero usted es lo suficientemente lista como para atraparnos con su cámara antes de que desaparezcamos.

—Soy yo a quien quieren eliminar. Usted se limita a permanecer en su habitación, construyendo sus teorías.

—Pónganos en un museo y cobre una tarifa por vernos.

—Los escritores siempre escribirán. ¿Está loco? Los escritores ejercen una influencia de largo alcance. No puede equiparar a esos terroristas con ellos. Tengo que robarle otro cigarrillo. Lo que resulta obvio es que usted no me sirve. Esa expresión en su rostro, no sé, como un mal actor representando una situación de hastío espiritual.

—Soy mal actor.

—No para mí, ni para mi cámara. Veo a la persona, no a la idea que quiere asimilar.

—Hoy soy todo idea.

—Decididamente, no lo veo.

—Estoy representando la idea de la muerte. Observe con atención —dijo.

Brita ignoraba si se suponía que debía encontrar aquello gracioso.

Dijo él:

—Hay algo en torno a esta ocasión que me hace pensar que me encuentro en mi propio velatorio. Posar para un retrato constituye una actividad morbosa. Un retrato no significa nada hasta que el sujeto ha muerto. De eso se trata precisamente. Estamos haciendo esto para crear una especie de pasado sentimental para la gente de décadas futuras. Lo que estamos inventando aquí es su pasado, su historia. Y lo que importa no es el aspecto que yo tenga ahora, sino el que tendré dentro de veinticinco años, cuando la ropa y los rostros hayan cambiado, del mismo modo que cambian las fotografías. Cuanto más profundamente me sumo en la muerte, más poderoso resulta mi retrato. ¿No es a esto a lo que se debe que la fotografía sea tan ceremonial? Como un velatorio. Y yo soy el actor al que han maquillado para protagonizarlo.

—Cierre la boca.

—Recuerde que solía decirse, Hoy es el primer día del resto de tu vida. Anoche, de repente, se me ocurrió que estas fotografías representan el anuncio de mi muerte.

—Cierre la boca. Bien, bien, bien, bien.

Agotó el carrete, cargó de nuevo la máquina, extendió la mano para alcanzar su cigarrillo, aspiró una bocanada, volvió a dejarlo en el cenicero, se acercó a él y elevó la mano hacia su rostro, torciéndolo ligeramente hacia la izquierda.

—Quieto, ahora. No se mueva. Me gusta como está.

—¿Ve? Lo que quiera, y yo me apresuro a hacerlo.

—Haber tocado a Bill Gray...

—¿Se da cuenta de lo íntimo que resulta lo que estamos haciendo?

—Le garantizo que lo incluiré en mis memorias. Y, dicho sea de paso, no tiene aspecto de payaso.

—Aquí estamos, en una habitación, inmersos en este misterioso intercambio. ¿Qué estoy cediendo ante usted? ¿Y de qué me está invistiendo usted, o qué está arrebatándome? ¿De qué modo me está cambiando? Puedo sentir el cambio como una corriente que fluyera bajo la piel. ¿Acaso me va asimilando a medida que trabaja? ¿Estoy realizando una parodia de mí mismo? Y, en cualquier caso, ¿desde cuándo fotografían las mujeres a los hombres?

—Lo comprobaré cuando regrese a casa.

—Parece que nos llevamos muy bien.

—Sí, ahora que hemos cambiado de tema.

—Estoy perdiendo una mañana entera de trabajo sin el menor remordimiento.

—No es eso lo único que está perdiendo. No olvide que desde el momento en que aparezca su imagen todos esperarán que muestre usted el mismo aspecto que tiene en ella. Y, cada vez que se encuentre con alguien, la gente no dudará en disputarle su derecho a resultar distinto a como es en la fotografía.

—Me he convertido en el material de alguien. En el suyo, Brita. Está la vida y está el objeto de consumo. Todo cuanto nos rodea tiende a canalizar nuestras vidas hacia una realidad final impresa o filmada. Dos enamorados discuten en el asiento trasero de un taxi y surge una pregunta implícita en el acontecimiento. ¿Quién escribirá el libro y quién representará a los protagonistas en la película? Todo reclama su propia versión ensalzada. O, por ponerlo de otro modo: nada ocurre hasta que no es consumido. O, de otro modo: la naturaleza ha cedido ante el aura. Un hombre se corta al afeitarse y contratamos a alguien para que escriba la biografía del corte. En la vida, todo el material resulta canalizado hacia el aura. Aquí estoy yo, en su lente, y ya me veo distinto. Duplicado o reducido.

—Y también puede pensar en sí mismo de modo diferente. Resulta interesante las profundidades a las que nos traslada una fotografía. Podemos ver algo que pensábamos que manteníamos oculto. O algún aspecto perteneciente a nuestra madre, nuestro padre o nuestros hijos. Uno toma una instantánea y ve su rostro en la semipenumbra, pero en realidad se trata de su padre que le devuelve la mirada.

—Lo que usted hace es preparar el cadáver.

—Papel y productos químicos, eso es todo.

—Colorear mis mejillas. Maquillando mis manos y mis labios. Pero cuando haya

muerto realmente, todos pensarán que sigo vivo en su fotografía.

—El año pasado, en Chile, conocí a un editor al que habían encarcelado después de que su revista publicara diversas caricaturas del general Pinochet. Se le acusaba de asesinar la imagen del general.

—Suenan perfectamente razonable.

—¿Está perdiendo el interés? Lo digo porque a veces no me doy cuenta de que me estoy apropiando de una sesión. Llegado cierto punto, me vuelvo sumamente posesiva. Resulto amable y simpática en lo que respecta a la superficie de la operación pero el núcleo, el marco, son míos.

—Creo que necesito estas fotografías más que usted. Para derribar el monolito que he construido. Me da miedo ir a cualquier sitio, incluso al cafeticho del cruce más cercano. Continúo convencido de que se acercan los rastreadores con sus teléfonos móviles y sus teleobjetivos. Cuando uno elige esta vida, comprende lo que representa vivir en un permanente estado de disciplina religiosa. No existen soluciones a medias. Todos los movimientos que realizamos son rituales. Todo cuanto hacemos que no se halle directamente centrado sobre el trabajo gira en torno al ocultamiento, la reclusión, los modos de evasión. Scott elabora las rutas de los sencillos viajes que realizo de cuando en cuando, cuando tengo que ir al médico, por ejemplo. Existen procedimientos que es necesario seguir cada vez que alguien viene a la casa. Obreros, repartidores. Se trata de un modo de vida irracional, pero dotado de una poderosa lógica interior. Como el modo en que la religión se apodera de una vida. El modo en que una enfermedad se apodera de una vida. Existe una fuerza totalmente independiente de mi elección consciente. Una fuerza irritable y rencorosa. Quizá se debe a que no quiero sentir lo que sienten otros. Poseo mi propia cosmología del dolor. Déjenme solo con ella. No me miren, no me pidan que les firme ejemplares de mis libros, no me señalen con el dedo por la calle, no se arrastren hasta mí con una grabadora sujeta al cinturón. Sobre todo, no me hagan fotografías. He pagado un precio terrible por este maldito aislamiento. Y ya estoy harto de él.

Hablaba en voz baja, desviando la mirada. Daba la impresión de que aprendía todo aquello por primera vez, de que por fin lograba escucharlo. Qué extraño resultaba todo. No lograba comprender cómo nada de todo ello había sucedido, cómo un joven inexperto y desconfiado frente a los mecanismos de deslumbramiento y distorsión, celoso de su trabajo y sumamente tímido y autorromantizante, podía verse tantos años después atrapado en su propia y colosal inmovilidad.

—¿Pierde concentración?

—No.

—Siempre olvido lo que un esfuerzo tan concentrado puede llegar a fatigar a una persona. Pierdo la conciencia cuando se trata de trabajo. Espero del sujeto que comparta la fijeza de mis ideas.

—Esto no es para mí.

—Después de todo, estamos haciendo fotografías juntos.

—El trabajo es algo que hago para sentirme mal.

—¿Por qué debería nadie sentirse bien?

—Exacto. Cuando era un crío, solía hacer comentarios de partidos para mí mismo. Me sentaba en una habitación y me inventaba los partidos, y describía las jugadas en voz alta. Era a la vez los jugadores, el comentarista, el público, los oyentes y la radio. Desde entonces, apenas ha habido ocasiones en las que me haya sentido tan bien.

Tenía risa de fumador, quebrada y gutural.

—Recuerdo los nombres de todos aquellos jugadores, las posiciones en las que jugaban, sus puntos de colocación en orden de bateo. Me paso la vida dibujando programas de bateo mentalmente. Y desde entonces no he hecho otra cosa que intentar trasladar a la escritura esa clase de inocencia. El puro juego de la invención. Uno se sienta y se mantiene suspendido en una perfecta claridad de invención. No existe separación alguna entre uno mismo y los jugadores y la estancia y el campo. Todo resulta transparente, sin costuras. Y completamente espontáneo. Se trata del juego perdido del yo, sin dudas ni miedos.

—No sé, Bill.

—Yo tampoco.

—A mí me suena a trastorno mental.

Se echó a reír de nuevo, y Brita fotografió su risa hasta terminar el carrete. A continuación, cargó otra vez la cámara, le hizo separarse de la lámpara de cuarzo y comenzó a disparar de nuevo, utilizando esta vez la luz de la ventana.

—Por cierto, le traigo un mensaje de Charles Everson.

Bill se ajustó los pantalones. Su mirada parecía traspasarla mientras se registraba los bolsillos en busca de cigarrillos.

—Me encontré con él en no sé qué cena de editores. Me preguntó qué tal marchaba mi trabajo. Le dije que probablemente le vería.

—No tenía por qué no hacerlo.

—Espero que no le importe.

—Las fotografías tienen que salir a la luz algún día.

—De hecho, el único mensaje que traigo es que Charles quiere hablar con usted. No quiso decirme de qué se trataba. Le dije que le escribiera, y respondió que no lee la correspondencia.

—Mi correspondencia la lee Scott.

—Dijo que lo que tenía que contarle no podía ser visto ni oído por nadie más. Demasiado delicado. También me dijo que en otro tiempo fue su editor y un buen, buen amigo suyo. Y que era desconsolador no poder ponerse en contacto con usted directamente.

Ahora, Bill rebuscaba entre los papeles de la mesa a la caza de cerillas.

—¿Cómo está el viejo Charlie?

—Igual. Grueso, sonrosado y feliz.

—Siempre nuevos escritores, ¿sabe? Se sientan en sus despachitos y nunca tienen que preocuparse en sobrevivir a los libros que resultan un fracaso, porque siempre hay uno nuevo en marcha, siempre hay un nuevo motivo de excitación. Ellos viven, nosotros morimos. Un estado de perfecto equilibrio.

—Ya me avisó de que diría algo así.

—Y usted decidió esperar un poco para hablarme de él. No quería sorprenderme prematuramente.

—Primero quería tener mis fotografías. Ignoraba cómo reaccionaría a las noticias del exterior.

Bill encendió la cerilla e, inmediatamente, la olvidó.

—¿Sabe lo que más les gusta? Publicar esos anuncios bordeados en negro sobre los escritores que han muerto. Les hace sentir que forman parte de una tradición augusta.

—Sólo quiere que le llame. Dice que se trata de una cuestión de cierta importancia.

Giró la cabeza hasta que la punta del cigarrillo que sujetaba con la comisura de los labios entró en contacto con la llama.

—Cuantos más libros publican, más nos debilitamos nosotros. La fuerza secreta que impulsa a la industria es esa compulsión por volver a los escritores inofensivos.

—Le gusta resultar un poco fanático. Créame, conozco la sensación. Pero ¿qué es más inofensivo que el simple juego de inventar? Quiere jugar al béisbol en su propia habitación. Quizá tan sólo se trate de una metáfora, de una inocencia, pero ¿acaso no es eso lo que hace que sus libros sean tan populares? Usted lo califica de juego perdido que ha intentado recuperar como escritor. Quizá no esté tan perdido.

»Eso que dice que intenta escribir: ¿no es lo mismo que la gente ve en su obra?

—Yo sólo sé lo que veo. O lo que no veo.

—Explíqueme qué significa eso.

Dejó caer la cerilla en un cenicero situado sobre la mesa.

—Al término de cada frase aguarda una verdad, y el escritor sabe reconocerla cuando por fin la alcanza. En un determinado nivel, esa verdad constituye el ritmo de la frase, su cadencia y su equilibrio, pero a un nivel más profundo representa la integridad del escritor enfrentado al lenguaje. Yo siempre me he visto a mí mismo en las frases. A medida que elaboro una frase, comienzo a reconocerme, palabra por palabra. El lenguaje de mis libros me ha modelado como hombre. Una frase que nos sale bien está dotada de fuerza moral. Revela la voluntad de vivir del escritor. Cuanto más profundamente me sumerjo en el proceso de lograr la perfección de las sílabas y el ritmo de una frase, más aprendo de mí mismo. He trabajado mucho y muy duramente en las frases de este libro, pero no lo bastante, dado que no me veo a mí mismo en su lenguaje. La imagen en movimiento ha desaparecido, el código de existencia que me animaba y me hacía confiar en el mundo. Este libro y estos años me han desgastado. He olvidado qué significa escribir. He olvidado mi propia regla

fundamental. No te compliques, Bill. Me han faltado valor y perseverancia. Me siento agotado. Harto de luchar. He decidido que lo que está bien, está bien. Este libro pertenece a otra persona. Suena raro y forzado. He intentado engañarme a mí mismo para continuar, para creer. ¿Acaso comprende cómo puede ocurrir eso? Estoy sentado sobre un libro muerto.

—¿Sabe Scott todo eso?

—Scott. Scott está a años luz de mí. Scott no quiere que publique.

—Pero todo esto es una locura.

—No, no lo es. Hay cosas que aguardan para ser dichas.

—¿Cuándo lo acabará?

—Acabarlo. Yo mismo estoy acabado. El libro lleva dos años escrito. Pero continúo reescribiendo las páginas y luego las reviso en detalle. Ahora, escribo para sobrevivir, para mantener latiendo mi corazón.

—Enséñeselo a alguien más.

—Scott es inteligente, y absolutamente honrado.

—Pero sólo es una opinión.

—Cualquier juicio estrictamente basado en el mérito va a resultar exactamente igual que el suyo. Y duele ver que el veredicto es correcto. Y que uno intenta evadirse de él, deformarlo, desfigurarlo. Y podría correrse la voz. Y una vez que eso ocurre...

—Termínelo, publíquelo y enfréntese a las consecuencias, sean las que sean.

—Lo publicaré.

—Es muy fácil, Bill.

—Es cuestión de decidirme, lanzarme y hacerlo.

—Y deje de reescribir las páginas. El libro está terminado. No pretendo caer en la frivolidad de afirmar que las cosas son muy simples. Pero ya está hecho, así que termine de una vez.

Al mirarle, vio que su mirada penetrante cedía y se suavizaba para convertirse en una expresión de temor que parecía extraída de su niñez. La expresión desorbitada de una última oración. Intentó asimilarla. Su rostro aparecía pálido y flácido, aplanado, en blanco y negro, con los labios agrietados y las cejas llameantes, las arrugas que enmarcan la barbilla, testimonios de viejas sorpresas y remordimientos. Se aproximó a él y volvió a enfocar, disparó y disparó, y él permaneció allí, sin desviar de la lente sus suaves ojos brillantes.

IV

Durante el almuerzo, Scott le relató una historia de sus días de trotamundos, diez años atrás, enfermo y sin un céntimo en Atenas, intentando hacerse con algunos dólares yanquis de los turistas para tomar uno de esos autobuses de anfetamina que te transportan al Himalaya a lo largo de cien horas de terror ininterrumpido, a través de guerras y desfiladeros de montaña, pero no lograba nada. Llegó a la plaza mayor y vio unas cuantas personas reunidas en los escalones de un agradable hotel de aspecto antiguo con un nombre europeo que no conseguía recordar.

—Grande Bretagne.

Exacto. Había un equipo de filmación y unos tipos que tenían aspecto de ser funcionarios gubernamentales, y otras cincuenta o sesenta personas que sencillamente paseaban por allí, y Scott se aproximó y vio en el escalón superior a un hombre ataviado con una sahariana caqui y un turbante de cuadros, un individuo de corta estatura con una barba rasposa, era Yaser Arafat, saludando con la mano a la gente que había en la acera. Un huésped del hotel salió a la calle y Arafat sonrió e inclinó la cabeza y la multitud respondió con otra sonrisa. A continuación, Arafat le dijo algo a un oficial y el hombre se echó a reír y todos los que le contemplaban desde la acera sonrieron un poco más. Scott se dio cuenta de que él mismo estaba exhibiendo una amplia sonrisa. Podía sentir la sonrisa estirándole las mejillas, y contempló a los que le rodeaban, y éstos se la devolvieron, y todos experimentaron la sensación compartida de que se encontraban a gusto allí juntos. Y Arafat sonrió de nuevo mientras seguía hablando con los oficiales, exagerando sus ademanes frente a la cámara, señalando en dirección a la entrada y dirigiéndose a ella a continuación. Entonces todos rompieron a aplaudir. Alguien le estrechó la mano y los aplausos arreciaron. Permite que un extraño le estreche la mano. Scott sonrió y aplaudió, y vio cómo aplaudían todos los que ocupaban la escalinata. Cuando Arafat entró, la gente que permanecía en la acera sonrió y aplaudió por última vez. Deseaban que se sintiera feliz.

—¿Llegaste al Himalaya?

—Llegué a Minneapolis. Regresé al instituto durante un año, pero luego volví a dejarlo y caí en una nueva espiral de drogas y de falta de identidad. Ni yo mismo hallaba nada particularmente especial en ello. Durante una temporada, trabajé como vendedor en una zapatería decorada con tupidas moquetas. Alguien me dejó la primera novela de Bill para que la leyera y dije, Anda, ¿qué es esto? De algún modo, aquel libro trataba de mí. Tenía que leerlo despacio para no salirme de mi propia piel. Me veía a mí mismo. Era mi libro. Algo que se refería a mi pensamiento y a mis sensaciones. Captaba mi modo de ir dando tumbos de un lado para otro. El modo en que las cosas encajan casi en cualquier lugar sin que nada llegue a olvidarse por completo.

—Sí. Frases incrustadas de recuerdos.

—Cuando leo a Bill pienso en fotografías de casas prefabricadas situadas al borde del desierto. Se percibe una amenaza de fondo. Esa magnífica fotografía Winogrand de un chiquillo situado en el comienzo de una autopista con el triciclo caído y la sombra de la tormenta sobre las colinas desnudas.

—Es una fotografía espléndida.

—Termina de comer. Te enseñaré el ático.

—¿Por qué no quieres que publique?

—Es cosa suya. Hace lo que le parece. Pero él mismo te dirá que el libro se queda cojo. Patéticamente cojo. Bill lleva veintitrés años trabajando a intervalos con este libro. Lo deja, y luego vuelve. Lo reescribe y luego lo olvida. Comienza algo nuevo y luego retorna a él. Hace un viaje, regresa, continúa trabajando, se marcha, vuelve, trabaja todos los días del año durante tres años, vuelve a dejarlo, lo coge, lo huele, lo sopesa, lo reescribe, lo deja, comienza algo nuevo, se marcha, regresa.

—Suenas como una situación sin salida.

—Lo es. El trabajo le ha quemado. Está quemado. Bill siempre ha tenido que esforzarse al máximo con cada palabra. Bill se aleja cinco pasos de su mesa y las dudas le asaltan como un mazazo. Tiene que regresar a la mesa y recurrir a un pasaje que sepa de antemano que va a reconfortarle. Una hora más tarde, en el coche, experimenta la misma sensación de nuevo, la página está mal, el capítulo está mal, y no consigue sacudirse la duda hasta que no regresa al trabajo y lee un pasaje que le tranquilice. Lo lee y se tranquiliza. Lleva toda la vida haciendo lo mismo, y ahora se le han terminado los pasajes tranquilizadores.

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

—Ocho años. Los últimos han sido muy duros para él. Ha vuelto a beber, aunque no tanto como antes. Toma medicamentos para curarse enfermedades aún desconocidas por la ciencia. Rara vez duerme más allá de las cinco de la madrugada. Se despierta y se queda con los ojos como platos. Cuando sale el sol, se arrastra hasta su mesa.

—En mi opinión, lo que necesita es publicar, ni más ni menos. Uno tiene que enseñar a la gente lo que ha hecho. ¿Cómo, si no, pueden resolverse las cosas?

—Bill está en el punto culminante de su fama. ¿Quieres saber por qué? Porque no ha publicado en años y años y años. Cuando salieron sus primeros libros (y esto es algo que la gente olvida o que nunca ha sabido) se consideraron como una especie de curiosidad. Como diciendo, mira, ¿qué será esto tan raro? Son los años transcurridos desde entonces los que le han hecho grande. Bill ha ganado fama a base de no hacer nada. El mundo se acostumbró a él. Edición tras edición. Disfrutamos de unos bonitos ingresos fijos, la mayor parte de los cuales van a parar a sus dos ex esposas y sus tres ex hijos. Podríamos obtener cualquier fortuna, millones y millones, con el nuevo libro. Pero representaría el fin de Bill como mito, como fuerza. Bill crece a medida que profundiza la distancia que le separa de la escena.

—En ese caso, ¿por qué queréis estas fotografías?

—Yo no las quiero. Las quiere él.

—Entiendo.

—Me he cansado de decírselo. Es una locura. Le he soltado al pobre mil sermones. No lo hagas. Es una locura. Es autodestructivo.

—No lo hubiera adivinado a juzgar por tu actitud.

—Porque me limito a hacer mi trabajo. Él toma las decisiones, y yo las acato. Si decide publicar, trabajaré junto a él noche y día revisando galeradas, pruebas, todo. Y él lo sabe. Pero, para Bill, sólo existe algo peor que escribir, y es publicar. Cuando el libro sale a la calle. Cuando la gente lo compra y lo lee. Se siente total y terriblemente vulnerable. Sabe que se están llevando su libro a casa, que están volviendo las páginas. Que están leyendo realmente las palabras.

El ático contenía archivadores repletos de material de investigación. Scott comenzó a recitar los títulos de los temas y le mostró docenas de carpetas ordenadas por colores. Allí estaban su mesa y su máquina de escribir. Había cajas de cartón llenas de hojas manuscritas sueltas. Había una enorme fotocopidora y numerosos estantes atestados de libros de referencia, manuales de estilo y pilas de periódicos. Alargó a Brita una caja de manuscritos de color gris pálido, sin etiqueta, señaló con un gesto otras seis cajas idénticas dispuestas sobre la mesa y dijo que aquello era la versión final; la copia mecanografiada, corregida y leída de la nueva novela de Bill.

Pero Bill seguía trabajando, haciendo cambios. Le oyeron escribir a máquina mientras bajaban las escaleras.

Tomó café y un emparedado sin abandonar la mesa de trabajo. A continuación, golpeó las teclas, y pudo oír un viejo gemido acuoso que surgía de las profundidades de su cuerpo. El modo en que las primeras palabras del día desencadenan una serie de alarmas físicas, un gimoteo, una inquietud, la resistencia que ofrecen los sistemas vivientes enfrentados a un trabajo duro. La ocasión pide un cigarrillo, ¿no te parece? Les oyó descender por la escalera y los imaginó haciendo un esfuerzo por evitar el crujido de los escalones, apoyando los pies con suavidad, con los hombros encogidos. Evitemos distraer al chiflado de la familia, encerrado en su habitación. Ignoraba si ella se marcharía enseguida. Pensó que resultaría embarazoso verla de nuevo. ¿Acaso había algo más que decir? Habían compartido una cercanía que se le había antojado patética y mezquina desde el mismo instante en que la vio abandonar la estancia. No podía recordar con claridad qué le había dicho, pero sabía que había sido una equivocación, una presunción, agravada por el hecho de ser fundamentalmente cierta. ¿Quién era ella, al fin y al cabo? Algo duro en su rostro, el rigor de una vida escogida, de lo que hace que uno elija su camino, una fuerza desnuda, una tranquilidad diáfana pero no imprudente. Le resultaría fácil abandonar su mesa, y marchar a Nueva York y vivir con ella para siempre en un apartamento con terraza y vistas al parque o al río o a ambos. Su mirada derivó más allá de las teclas. Aquellas

épocas que se abatían sobre él cuando empezaba un libro, sometido a la presión del tiempo, y el alivio al terminar. Ahora no sentía alivio. Pero tampoco había terminado. Vivir en un apartamento grande y luminoso, con sábanas grises en la cama, leyendo revistas del corazón. Existe el espacio-tiempo épico y flexible del físico teórico, el tiempo independiente de la experiencia humana, la curva pura de la naturaleza, y existe el tiempo maldito del novelista, íntimo, agobiante, rancio y amargo. Se había levantado con los dientes sensibles. Necesitaba escabullirse hasta su dormitorio y prepararse una mezcla de vitaminas fluoradas amarillas y rosadas y entretanto concentrémonos en la página, escribamos una letra, luego otra. Deseaba joderla violentamente sobre una cama dura, con la lluvia sacudiendo las ventanas. Por favor, Dios mío, déjame trabajar. Cada libro es una continua sorpresa, admitámoslo. Hay que terminarlo. No puedo morirme aún. Golpeó suficientes teclas como para formar una frase y pensó en bajar a despedirse de ella, pero con eso sólo habría conseguido que se sintieran violentos los dos. Ha conseguido lo que quería, ¿no? Ahora ya soy una imagen, tan plana como una cagada de pájaro en el parabrisas de un Buick. Advirtió que había invertido el orden de dos letras, cosa que lleva haciendo con frecuencia últimamente, uno de tantos signos de que algo se está gestando en su mente, y elevó la página para corregir el error y luego esperó a que el líquido blanco se secara. Cómo se castigaba a sí mismo por repetir las mismas equivocaciones en la máquina, los eternos errores de mecanografiado, hasta qué punto aquellos errores se tornaban en desesperación, en meteduras de pata sin sentido que prestaban a su mirada una expresión enloquecida, mientras contemplaba cómo se secaba el líquido, sin reanudar el trabajo hasta que no se fundía con aquella página que era a la vez su castigo y su escape. Ella, su mano sobre su rostro, qué sorprendido se había sentido ante la impresión que había producido en él aquel gesto, la profundidad del contacto puro. Quiero vivir como el resto de la gente, comer pasta tricolor en *trattorias* próximas al parque. Constantemente corrigiendo y reescribiendo. Contempló la frase, seis palabras desconsoladas, y contempló la forma ocasional que el libro adoptaba en su mente, una criatura infrahumana y castrada arrastrándose a través de la casa, jorobada, hidrocefálica, de labios fruncidos y piel traslúcida, babeando líquido cefalorraquídeo por las comisuras. Había tardado todos esos años en darse cuenta de que aquel libro era su adversario más odiado. Encerrado con él en el mismo cuarto prohibido, inmovilizado por su presencia. Contempló la complejidad inmensa de tener que cambiar la cinta de la máquina. Tantos pros y tantos contras, alteres y egos. Sintió que le venía y estornudó sobre la página, a placer, advirtiendo la presencia, si bien escasa, de un humor sanguinolento. Se negaba a dignificarlo con el nombre de moco. Ella disfruta con mi cólera. Vivir en el centro de una ciudad cubista, con los periódicos del domingo esparcidos por doquier y un plato lleno de brillantes panecillos. Estoy a caballo entre dos novelas, solía decir, así que no me importa morir. El problema de su segunda mujer. Pero, qué más da. Vivir cerca de los museos y las galerías, hacer cola para el cine, descorchar los vinos, reorganizar las

habitaciones, dormir entre las sábanas grises, amándola, encargar la cena por teléfono —encarguemos hoy la cena por teléfono—, pasear a los perros, decir esas palabras, oír el silbido de los porteros que llaman a los taxis, con la lluvia sacudiendo las ventanas.

Brita había empaquetado sus cosas y estaba lista para salir en cualquier momento. Descendió al piso inferior y se sirvió una taza de café. Se sentó a la mesa de la cocina y miró a su alrededor. Entró una joven y dijo Hola. Se apoyó sobre la mesa, sirviéndose de una de las manos para conservar el equilibrio, alzando vagamente el pie izquierdo. Sus cabellos eran largos y lisos, de color castaño claro, y poseía una boca ligeramente respingona que le confería un aire implacable.

—¿Cuántas fotografías has tomado?

—Charlamos y trabajamos un rato, y luego saqué unos cuantos carretes más cuando la conversación decayó, y más aún después de eso.

—¿Llamarías a esto un día normal o considerarías que has entrado en el reino de los más terribles excesos?

—¿Cómo te llamas?

—Karen.

—Y vives aquí.

—Scott y yo.

—Te diré la verdad, Karen. No me interesa la fotografía. Me interesan los escritores.

—En ese caso, ¿por qué no te quedas en casa leyendo?

Alargó la mano hacia una caja de panecillos y la depositó junto a la taza de café de Brita. A continuación, se enroscó en una butaca y comenzó a jugar con una cucharilla. Iba vestida con una amplia blusa y unos vaqueros; su cuerpo mostraba las formas propias de una adolescente, con sus corvas, sus sesgos y su brillo sudoroso, y parecía fundirse con el mobiliario, como poseída por una indecisión arropada.

Brita dijo:

—Leo en casa, leo en los hoteles, llevo un libro encima aunque sólo vaya a una cita de veinte minutos con el dentista, para poder leer en la sala de espera.

—¿Supiste siempre que querías ser fotógrafa?

—Leo en los aviones, en las lavanderías. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro.

—Y ayudas aquí.

—Scott se encarga de la mayor parte del trabajo. Administra los gastos, el dinero, hace la declaración de renta, hace las gestiones, contesta todo el correo de Bill excepto el de los chalados, de los que hacemos altivamente caso omiso para no darles ánimos. Compartimos las tareas de compra y cocina, aunque probablemente hace él más cosas que yo. Lleva todo el archivo, organiza los papeles. Yo limpio, como una

asistente, cosa que me da igual. Finjo que estoy gorda y anadeo al caminar. Nos distribuimos el mecanografiado al cincuenta por ciento, pero Scott se encarga de realizar la última copia impecable, y luego leemos juntos las pruebas, que es probablemente cuando mejor lo pasamos.

—Y piensas que estas fotografías son una equivocación.

—Queremos a Bill, eso es todo.

—Y me odiáis a mí por salir de aquí con toda esa película.

—Es tan sólo una sensación de que se está cometiendo algún error. Aquí, llevamos una vida cuidadosamente equilibrada. Tras el modo de vida de Bill hay un montón de planificación y de reflexión, y ahora, de repente, parece surgir una grieta. ¿Cómo se dice? Una fisura.

Fuera, el automóvil se detuvo y una de las portezuelas se abrió y volvió a cerrarse. Karen golpeaba una y otra vez el cuenco formado por el extremo de la cucharilla, haciéndola oscilar.

—¿Qué opinas del matrimonio para la mujer trabajadora?

—Llevo años divorciada. Él vive en Bélgica y no hablamos nunca.

—¿Tenéis hijos que aún sigan destrozados por el divorcio, de modo que todo el mundo se sienta en tensión a su alrededor porque aún es posible distinguir el resentimiento que acecha tras su mirada incluso después de todos estos años?

—Lo siento, no.

—No he conocido a mucha gente que haya hecho una carrera universitaria. Suena tan importante. Tener una carrera. ¿Sueles tener una botella de vodka a mano en el congelador?

—Sí.

—¿Te dice la gente que le gusta tu trabajo? Se acercan a ti en las fiestas de Nueva York y te dicen, Sólo me apetecía que lo supiera. O Usted no me conoce, pero quería decírselo. O, Realmente, no puedo evitar decírselo. Espero que no lo considere una intrusión. Y entonces, tú los miras y sonrías con timidez.

Entró Scott con las bolsas de la compra. Se sirvió una taza de café y relató la historia de su viaje al exterior de la inexistencia. Cómo comenzó a escribir cartas a Bill a través de su editor. Le escribió nueve o diez cartas, ambiciosas y autoinquisitivas, repletas de las cosas que un muchacho sin fortuna desea decir a un escritor cuya obra le ha conmovido. Ignoraba ser capaz de identificar aquellos sentimientos tan profundos y expresarlos con tanto placer y en un estilo tan osado, ciertas palabras cósmicas mecanografiadas en mayúsculas y otras escritas con una ortografía extraña destinada a revelar segundos y terceros sentidos. Aquellas cartas liberaban algo, acaso una sensación de no estar solo, de que el mundo era un lugar en el que los viajeros del lenguaje podían llegar a saber las mismas cosas. Cómo, por fin, había recibido una carta de respuesta, dos líneas garabateadas apresuradamente, diciendo que nunca hay tiempo para responder como es debido pero que gracias por escribir. Cómo Scott había interpretado aquello como una forma de estímulo y había

escrito cinco cartas más, intensas y huracanadas, en la última de las cuales afirmaba que salía en busca de Bill, que necesitaba ver y conocer y hablar a Bill, que ya no podía contener más el impulso de viajar en busca del hombre que escribía aquellos libros. Cómo Bill no contestó. Y cómo Scott lo interpretó nuevamente como un estímulo, dado que Bill podía haber escrito diciendo, Olvídalo, mantente alejado de mí, no te acerques ni remotamente. Conservaba el sobre en el que había llegado la nota de Bill, con el matasellos de Nueva York, pero Scott sabía —porque lo había leído en un artículo de revista que trataba de Escritores Perdidos— que Bill, con objeto de mantener oculto su emplazamiento, enviaba la correspondencia al editor para que éste volviera a echarla al correo.

—Viajaste haciendo auto-stop.

Sí. Se puso en camino alzando el pulgar en los arcones de autovías desgarradas, iniciando una empresa tan incierta que le hacía sentirse ingrátido, envuelto por el aire que despedían los ejes de los camiones. Llevaba gafas de espejo y un libro intemporal del Este, y contaba a los conductores que estaba en camino dispuesto a hallar a un famoso escritor. Algunos de ellos le hablaban de gente célebre que les habría gustado conocer, y resultaba interesante observar hasta qué punto eran escasas las que aún se hallaban vivas. Todos los famosos estaban o bien muertos o bien pasados de moda. Una de las camionetas en las que viajó se incendió al oeste de Fort Wayne, y el suceso se le antojó natural, apropiado, las cosas eran demasiado vividas como para no penetrar en otros estados más profundos. Se sentía regocijado, reducido a un aullido sensorial, viendo desfilar ante sí el sordo hedor de lo cotidiano. En las afueras de Toledo, un conductor comenzó a sentir dolores en el pecho y Scott le condujo a un hospital, sintiéndose comunicativo, contándole al tipo el argumento de una película que había visto la semana anterior. El automóvil respondía bien, y su aplomo creció a medida que conducía, tomando suavemente las curvas. Me alegro de que hayamos tenido esta oportunidad de charlar, dijo, trotando junto a la camilla mientras los enfermeros transportaban al hombre bajo un baño de luz blanca. Tres días más tarde, había conseguido un puesto de trabajo en el departamento de correo de la editorial que publicaba los libros de Bill Gray.

Cómo fue haciendo amigos. Cómo se enteró de que las cartas que Bill enviaba para su reexpedición llegaban en un sobre manila de 30 x 23 dirigido al jefe del departamento, un individuo amable y soñoliento, antiguo miembro del IRA, llamado Joe Doheny, que abría el sobre y daba curso normal a las cartas. Scott esperó. Vivía en albergues de estudiantes y comía de pie frente a estrechos mostradores dispuestos frente a los escaparates de los locales, lo que le permitía estudiar el paso de los rostros y las patologías, la gente que avanzaba en estados de trance o sometida a una fiebre danzarina, el torrente urbano de razas y formas y decadencias, a través de aquellas ásperas calles en las que incluso los sanos y bien vestidos mostraban un aspecto afligido. Porque iban deslizándose cada vez más hacia el fondo del pozo de sus propias vidas. Porque sabían que el futuro habría de prescindir de ellos. Porque

rehusaban concederse a sí mismos la estrecha estructura precisa, el destino secreto. Transcurridas unas semanas, topó con uno de los sobres manila dirigidos a Joe Doheny con la apretada caligrafía de Bill. Por supuesto, carecía de remite, pero Scott estudió el matasellos y a continuación acudió a la biblioteca, arrastró un atlas hasta una de las mesas y descubrió que el pueblo en cuestión —no reveló su nombre a Brita— se encontraba a unos trescientos kilómetros de las murallas de la ciudad medieval. No se sintió necesariamente aliviado al enterarse de que Bill se hallaba tan sólo a unas horas de Nueva York. Hubiera sido igual de fácil trasladarse al Chad o a Borneo o al Himalaya, acaso con un mayor beneficio existencial.

Parte del camino lo realizó en autobús y luego, provisto de un saco de dormir y unos pocos efectos imprescindibles, hizo auto-stop a lo largo de carreteras secundarias. Paseó por el pueblo y vigiló el supermercado y la oficina de correos durante cinco semanas de inútil acecho. Tampoco es que le importara. Por fin tenía una vida, y eso era lo que contaba. Se encontraba inmerso en la estructura material de Bill, aspirando el mismo aire, viendo las cosas que él veía. No preguntó a nadie si conocía a Bill, o si sabía dónde vivía. Era un excursionista en mitad del camino, decidido a pasar desapercibido. Tras el quinto fin de semana, dejó su trabajo, comenzó a vivir en zonas de acampada de la comarca y, tan sólo ocho días después de abandonar la ciudad vio a un hombre que tenía que ser Bill saliendo de un automóvil estacionado frente al almacén.

—¿Por qué tenía que ser Bill?

—Tenía que serlo. No me cabía la menor duda. ¿Cómo alguien que se dedica a la fotografía puede hacer semejante pregunta? ¿Acaso su obra y su vida no se reflejan en su rostro? ¿Había otras personas en aquella diminuta comarca rural cuyo aspecto pudiera ni remotamente indicar que podían haber escrito aquellos libros? No, tenía que ser él. Corpulento, pasándose la mano por los cabellos. Avanzando hacia mí. Recorriendo la calle. Volviéndose más familiar con cada paso que daba. Tenía que ser Bill, y venía directamente hacia mí, y tenía la sensación de necesitar oxígeno. Diversas partes importantes de mi cuerpo parecían clausurarse.

Cómo se acercó a Bill y le dijo quién era, el persistente corresponsal, esforzándose por hablar despacio y con claridad, formando frases completas, sintiendo cómo se le secaba la boca y oyendo aquellas palabras vacuas que salían despedidas de su lengua. Oyendo el sonido de su propio corazón, un profundo *staccato* pectoral que tan sólo había escuchado en una ocasión anterior, tras trepar durante horas a lo largo de parajes agrestes bajo un calor extremo, con el sonido de la sangre recorriendo la aorta y estremeciendo el corazón.

Cómo, al observar que Bill aguzaba la mirada hasta que sus ojos no fueron sino dos rendijas, logró decir que se preguntaba si el escritor había pensado alguna vez que un ayudante podría serle útil, alguien que se ocupara del correo (ya tenía experiencia), un personaje tranquilo que mecanografiara y archivara, que incluso se encargara de cocinar si es que no había nadie que lo hiciera, una persona que

intentaría aliviar el asedio del escritor (llegado este punto, su rostro mostró un amargo vestigio de humor). Y, a continuación, de un modo instintivo, se calló sencillamente para permitir que Bill asimilara su oferta mientras él seguía allí, adoptando un aspecto de formalidad y eficacia. Viendo los cambios que se producían en el rostro de Bill. Cómo los músculos de la mandíbula iban relajándose y los ojos adquirirían una expresión de sosiego. El rostro de un gran hombre muestra la belleza de su obra.

V

Karen estaba en el dormitorio, contemplando el regalo que Scott le había traído de la ciudad. Se trataba de una reproducción de un dibujo a lápiz titulado *Mao II*. La desenrolló sobre la cama y se sirvió de diversos objetos para sujetar las esquinas. Estudió la imagen para averiguar en qué residía su interés o por qué Scott había llegado a la conclusión de que le gustaría. El rostro de Mao Tse Tung. Le gustaba el nombre. Resultaba extraño el modo en que bastaban unas pocas líneas a lápiz y allí estaba, un poco de sombreado, el cuello garabateado y luego las cejas. Había sido realizado por un pintor famoso cuyo nombre nunca conseguía recordar, pero era famoso, había muerto, su rostro era como una máscara blanca y poseía una blanca cabellera brillante. O quizá tan sólo se suponía que había muerto. Scott decía que no parecía muerto porque nunca había parecido real. Andy. Eso era.

Scott estaba fregando las tazas del café. Bill entró y dijo:

—¿Qué estás haciendo?

Scott dirigió la mirada a la pila mientras frotaba el interior de una taza con la esponja.

—Podríamos dar un paseo hasta el molino. Hace un buen día.

—Tienes que trabajar —dijo Scott.

—Ya he trabajado.

—Aún es pronto. Vuelve a tu estudio y trabaja un poco más.

—Hoy he aprovechado bastante el tiempo.

—Tonterías. Te han estado haciendo fotos.

—Pero ya lo he compensado. Vamos. Llamaremos a las chicas y caminaremos hasta el molino.

—Vuelve arriba.

—No quiero volver arriba.

—No empieces. No estoy de humor.

—Recogeremos a las chicas —dijo Bill.

—Es pronto. Has echado a perder la mañana con tanta fotografía. Vuelve arriba y termina tu trabajo.

Scott sostuvo la esponja bajo el chorro de agua caliente, aclarando los restos de jabón.

—Nos quedan tres horas de luz. Tiempo de sobra para llegar hasta allí y volver.

—Te lo digo por tu bien. Ha sido idea tuya continuar escribiendo eternamente el mismo libro. Yo sólo digo lo que se supone que debo decir.

—¿Sabes lo que eres?

—Sí sí sí sí.

—Sí sí —repitió Bill.

—No creo que hayas llegado a aprovechar ni diez minutos.

—Si si si.

—Así que sube y siéntate a trabajar.

—Estamos desperdiciando la luz.

—La verdad es que es muy fácil.

—No es fácil. Es todo lo que hay de difícil en el mundo, recogido en un pequeño hatillo.

Scott ya había terminado, pero permaneció allí, contemplando el interior de la pila.

—Es facilísimo. En serio. Basta con que subas y te sientes a trabajar de nuevo.

—Las chicas lo pasarían bien.

—Me limito a decir lo que ambos sabemos que se espera que debo decir.

—Podría regresar allí arriba y limitarme a permanecer sentado frente al escritorio. ¿Cómo podrías saber que estaba trabajando?

—No podría, Bill.

—Podría quedarme allí sentado arrancando sellos de un rollo de veinticinco dólares con la maldita bandera estampada en cada uno de ellos.

—De acuerdo, mientras permanezcas en tu habitación. Te quiero sentado en la habitación.

—Te diré lo que eres —dijo Bill.

Scott alargó la mano hasta el paño y se secó las manos, pero no se volvió. Colgó el paño de un gancho de plástico y esperó.

Brita permanecía frente a la puerta abierta del estudio de Bill, observando el interior. Tras unos instantes, alargó la mano y golpeó la puerta suavemente con los nudillos a pesar de que resultaba evidente que la estancia estaba vacía. Siguió inmóvil, esperando. A continuación, avanzó un paso, contemplando detenidamente todos los objetos ordinarios que contenía como si se hallara obligada a memorizar los detalles de cualquier cosa que hubiera podido escapar a la cámara, la ubicación de las cosas, los títulos de las obras de referencia, el número de lápices que contenía el tarro de mermelada. Escudriñando por el bien de la historia, por una relación obsesiva de qué hay en la mesa y quién hay en las fotografías, las peculiaridades que tan preciosas parecen para nuestra comprensión del hombre.

Pero todo cuanto deseaba era un cigarrillo. Avistó el paquete, atravesó rápidamente la estancia y extrajo uno. Oyó pasos en las escaleras. Encontró unas cerillas y cuando Bill apareció en el umbral hizo un gesto con la mano que sostenía el cigarrillo y le dio las gracias.

—Pensé que probablemente se habría marchado —dijo él.

—¿No conoce las normas? Esperamos a que oscurezca, y entonces nos limitamos a carreteras de segundo orden o a campo traviesa con objeto de evitar señales de

dirección que pudieran indicarme dónde nos hallamos.

—Scott le ha dedicado semanas a esto.

—A su modo, se tarda el doble.

—Creo que se supone que debería apreciar los aspectos laberínticos.

—Me esforzaré más. Pero en este momento le estoy apartando de su trabajo, así que nos veremos durante la cena temprana, si es que ése es el plan.

Bill cogió unos papeles colocados sobre un banco próximo a la ventana y al hacerlo pareció olvidar su intención de sentarse allí, por lo que permaneció en pie, sosteniendo la pila a la altura del pecho.

—Dije muchas cosas, ¿no es cierto?

—Acerca de su trabajo, fundamentalmente.

—Ávido de consuelo. Y quiero seguir diciendo cosas ahora, pero fracaso por completo. He olvidado cómo hablar de un modo corriente, a excepción de cuando farfallo en la mesa para que me pasen la sal.

—No deberían pasársela.

—Tengo sesenta y tres años, y resulta doloroso.

—Yo nunca llegaré a los sesenta. Siento que algo se aproxima, y siento que es algo absoluto. Lento, desgastante, espantoso, enterrado en las profundidades de mi cuerpo. Algo que he conocido durante años.

—El miedo tiene su propio ego, ¿no le parece?

—¿Es horrible lo que digo? —preguntó Brita.

—Acaso algo jactancioso.

—¿Qué es lo que quiere decir pero no puede?

—Quiero pedirle que vuelva alguna vez. O que me diga dónde vive. O que se quede y que hablemos.

—No me importa hablar. Pero en esta casa no resulta demasiado fácil. Opino que posee una intensidad que hace que ciertos temas resulten ligeramente peligrosos. Y no tenemos la cámara entre nosotros. Eso lo cambia todo, ¿no cree? Scott habló de las seis y media.

—Entonces, debe ser cierto.

—Me contó cómo le encontró.

—Durante los primeros treinta segundos le hubiera asesinado. Pero no tardó en hacerse con la situación. Se había enseñado a sí mismo demasiados ardidés y habilidades. Hablamos y discutimos constantemente. Me proporciona otras perspectivas.

—Y Karen.

—Según Scott, es una invención mía. Pero fue él quien la materializó en el aire. A veces me asusta. Cinco palabras tuyas bastan para despertar en mí temor o placer. Es perspicaz en lo que se refiere a la gente. Sabe ver a través de nosotros. Cuando está delante del televisor, adivina lo que van a decir los personajes a continuación. Y no sólo acierta, sino que imita sus voces.

—¿Vino mucho tiempo después que Scott?

—Unos cinco años, quizá. Imita sus voces con una fidelidad sorprendente. Así es nuestra Karen.

Brita permanecía tendida casi por completo en la larga bañera, oyendo cómo alguien cortaba leña bajo la ventana. Envuelta por nubes de vapor. Primero, el chasquido del hacha, y luego el suave golpe de los troncos partidos al caer. Se sentía poco a poco invadida por una velada amargura, sin saber con seguridad de qué se trataba. Si había un día de su vida profesional reciente que pudiera considerarse especial, era aquél. Tampoco es que siguiera pensando en construir una carrera profesional. Carecía de carrera. Sólo tenía escritores arrellanados en sillas de allí a la China. Los ingresos eran pequeños, y apenas obtenía mención pública de su trabajo. Las fotografías de la mayor parte de los escritores no aparecían en ningún sitio, y otras se incluían en oscuros diarios y guías. Ella era la persona que viajaba de modo compulsivo para fotografiar lo desconocido, lo no traducido, lo inaccesible, lo políticamente sospechoso, lo perseguido, lo silenciado. De este modo, cada vez que un escritor como Bill se ofrecía a posar ante su cámara, ello constituía una forma de validación, una dulce autenticación. ¿A qué venía entonces aquel extraño desasosiego? Abrió de nuevo el grifo del agua caliente. Sabía que era él quien se hallaba allí abajo, respirando con fuerza, gruñendo por el esfuerzo. Primero el chasquido, y luego la suave caída. Mantente a distancia. Se encuentra al borde del precipicio. La temperatura del baño era ahora perfecta, casi demasiado caliente para poderse soportar. Sintió el rostro empapado en sudor y se sumergió más profundamente. ¿No es por eso por lo que las sesiones de fotografía resultan tan ceremoniosas? El vapor inundaba la estancia. El calor era profundo y penetrante. Aturdía. Casi paraba el corazón. Sabía que era fuerte, lo había visto en sus manos, en sus dimensiones, en la densidad portuaria de su cuerpo. Alargó la mano hacia una toalla y se secó la cara. Al cabo de unos instantes, salió de la bañera y se dirigió a la ventana, donde se sirvió de la toalla para eliminar a la altura del rostro el vapor que cubría los cristales. ¿Cómo podía mantenerse a distancia si ya había tomado su fotografía? En eso consistía la sociedad, en aquellas pequeñas miserias. Bill arrojaba troncos partidos hacia el cajón de leña atado con cuerdas y dispuesto bajo un toldo junto a uno de los costados de la casa. El anuncio de mi muerte. Tuvo que volver a eliminar el vapor varias veces mientras contemplaba el exterior a través de la ventana.

Bill alzó su copa. Este lugar resulta muy acogedor esta noche. ¿No os parece que produce una sensación de totalidad? De extensión y realización. Y todos sabemos por qué. Brindo por los huéspedes y por lo que aportan a la civilización.

Bebió un sorbo y tosió.

—Resulta interesante el modo en que se interrelacionan los términos «huésped» y «anfitrión» —dijo—. Poseen etimologías curiosas. Convergen, se entremezclan, actúan de modo recíproco. Como los grupos humanos que señalan las palabras. Los huéspedes nos traen ideas del exterior.

Scott estaba sentado frente a Brita, y parecía hablar con ella incluso cuando sus observaciones se dirigían a Bill.

—No creo que se considere a sí misma huésped en el verdadero sentido de la palabra. Ha venido a realizar un trabajo.

—Un trabajo jodidamente raro. Endiabladamente quijotesco. Pero creo que la admiro.

—La admiras por realizar una labor que a menudo pasa desapercibida. Una labor que describe una suerte de misión, de dedicación. Exactamente lo que siempre te he animado a que hagas. Mantén este libro apartado de la vista. Construye sobre él. Utilízalo para definir una idea, un principio.

—¿Qué principio? —dijo Brita.

—Que la única elocuencia que nos queda es la obra de arte retenida.

—Este cordero está muy sabroso —dijo Bill. Karen salió de la cocina llevando el pan sobre una tabla de madera.

Scott miró a Brita.

—El arte flota constantemente a nuestro alrededor, forma parte del englobamiento común. Pero, si retiene el libro... Si lo mantiene en versión mecanografiada y permite que adquiera una luz y un calor reales. Así es como renovará su derecho a obtener la atención general. Ahora, el libro y el escritor son ya inseparables.

—Lo siento mucho, pero creo que no es cierto —dijo Brita.

—Él sabe que tengo razón. Lo que le pone nervioso no es que discuta con él, sino que me muestre de acuerdo. Que saque a la superficie sus pequeños deseos.

De tanto en tanto, Bill se inclinaba para coger una botella de whisky irlandés que mantenía pegada a la pata trasera derecha de su butaca y se rellenaba la copa.

—Necesitamos un tema que domine la cena —dijo—. Esta noche somos cuatro. Cuatro es el primer cuadrado. El cuadrado. Pero también se halla presente una redondez, un redondeamiento. Tres más uno. Y sucede que nos encontramos a mediados de abril, el cuarto mes.

—Hemos estado a punto de ser cinco —dijo Scott—. Ayer, una mujer intentó entregarme un niño. Lo sacó del abrigo. Una criaturita que apenas tendría unas horas.

Mantén la mirada fija en Brita.

—¿Por qué no lo aceptaste? —dijo Karen.

—Porque iba camino del hotel en el que había de encontrarme con Brita, y allí no permiten la entrada de niños. Tienen detectores de niños en todas las puertas. Acompañan a los niños hasta la puerta y los invitan a salir.

—Podríamos haberle encontrado un sitio, aunque no nos hubiéramos quedado con él. Deberías haberlo aceptado. ¿Cómo pudiste ser capaz de no aceptarlo?

—La gente siempre ha regalado a sus hijos. Es una vieja costumbre. Más o menos, sospecho que incluso yo mismo fui regalado. Explicaría muchas cosas —dijo Scott.

—Mi madre solía hablar de las compensaciones que nos ofrece Dios —dijo Brita—. Cuando su corazón empezó a fallar, su reumatismo pareció aliviarse. Ésa era su idea del equilibrio del Todopoderoso. Me pregunto qué compensación tendrá establecida Dios para los niños regalados en la calle o abandonados en la basura o arrojados por la ventana.

Karen hablaba con Scott de una señal de tráfico que había visto aquella mañana durante un paseo.

—Porque cada vez que eso ocurre, siento que alguien me debe algo —dijo Brita—, aunque, ¿quién podría ser si Dios no existe?

Scott dijo:

—Karen cree. Bill dice que cree, pero no estamos muy convencidos.

—Nuestro tema es el cuatro —dijo Bill—. El nombre de Dios tiene cuatro letras en numerosas lenguas antiguas.

Brita tomó la botella de vino y rellenó su copa y la de Scott.

—No me gusta no creer. No consigo reconciliarme con ello. Me reconforta ver que otros sí creen.

—Karen opina que Dios está aquí. Cuando hablamos o caminamos.

—Quiero que los demás crean, ¿me explico? Que haya muchos creyentes en todos sitios. Puedo percibir la enorme importancia de todo esto. Cuando estuve en Catania y vi a cientos de hombres que corrían transportando a un santo en unas parihuelas... realmente corriendo. Cuando vi a la gente arrastrándose a gatas durante kilómetros y kilómetros en Ciudad de México el Día de la Virgen, dejando un rastro de sangre sobre la escalinata de la basílica y uniéndose a la muchedumbre que llenaba su interior, el tumulto, tanta gente que faltaba el aire. Siempre la sangre. El Día de la Sangre en Teherán. Necesito a toda esa gente para que crean por mí. Dependo de los creyentes. Muchos, en todas partes. Sin ellos, el planeta se enfriaría.

Bill habló sin apartar la mirada de su plato.

—¿Os he dicho que me gusta mucho este cordero?

—Si es así, cómetelo —dijo Scott.

—No lo estás comiendo —dijo Karen.

—Pensé que se suponía que tenía que mirarlo. Os referís a comer realmente. Tal y como lo define el diccionario.

El comedor era pequeño, y estaba provisto de sillas distintas dispuestas alrededor de una mesa rectangular. En un rincón, ardía la lumbre en la vieja chimenea de ladrillo.

—¿Quieres que te lo parta? —dijo Karen.

Scott continuaba mirando a Brita.

—Si lo que deseas son creyentes, Karen es lo que necesitas. Una creyente

incondicional. El Mesías está aquí, en la Tierra.

—Está aquí, en la Tierra, pero yo estoy allá arriba, en el cielo —dijo Brita—. Acumulando kilometraje.

Bill dijo:

—¿Alguna vez habéis volado sobre Groenlandia cuando sale el sol? Cuatro estaciones, cuatro orientaciones principales en la brújula.

Alzó la botella de whisky del suelo.

Brita contestó:

—Una vez oí una historia de un hombre y una mujer que estaban recorriendo el perímetro de la Gran Muralla China, aproximándose el uno al otro en sentidos opuestos. Cada vez que pienso en ellos, me parece verlos desde arriba, con la muralla que serpentea y se ondula a través del paisaje y dos figuras humanas diminutas que se aproximan la una a la otra desde provincias remotas, paso a paso. Creo que se trata de una historia basada en la reverencia hacia el planeta, como un intento de comprender que pertenecemos al planeta de un modo nuevo. Resulta extraña la naturalidad con que logro elaborar esa vista aérea.

—Excursionistas con botas peludas —dijo Karen.

—No, artistas. Y la Gran Muralla representa supuestamente la única estructura construida por el hombre que resulta visible desde el espacio, por lo que la contemplamos como parte integrante del mismo. Y el hombre y la mujer caminan y caminan. Son artistas. Ignoro de qué nacionalidad. Pero es como una obra de arte. No se trata de Mao y Nixon estrechándose la mano. No se trata de nacionalidades, ni tampoco de política.

—Botas de pelo de yak —dijo Scott.

—Esas botas peludas que utilizan en la tierra de la nieve azul, o lo que sea.

—¿En qué pensamos cuando pensamos en China?

—En gente —dijo Karen.

—En multitudes —dijo Scott—. Gente que avanza a lo largo de amplias avenidas, empujando carromatos o montando en bicicleta, muchedumbre tras muchedumbre en el teleobjetivo de la cámara, de tal modo que parecen aún más apiñados de lo que están, completamente juntos entre sí, y se me ocurre que se encuentran fundidos con el futuro, y que el futuro deja lugar para los fracasados, para los no agresivos, para los peregrinos, para los antiindividualistas. Calma total en el teleobjetivo, multitud tras multitud, pedaleando, caminando, sin rostro, como si no les costara trabajo sobrevivir.

Karen se inclinó sobre la mesa y partió el cordero de Bill en trozos pequeños.

—Le contaba a Scott... —dijo—. ¿Qué estaba diciendo?

—Tienen un cuerpo de seguridad especializado en niños —dijo Scott—. Una cadena nacional de hoteles a prueba de niños.

—Le hablaba de aquella señal oficial de carreteras del estado, de color naranja.

Brita dejó escapar una carcajada a destiempo mientras escudriñaba la mesa

buscando cigarrillos.

—Yo creo en el dios de los tropezones —dijo Bill—. En el de las camareras con dolor de muelas.

Scott se echó a reír al ver reír a Brita.

Cortó unas rebanadas de pan.

—El libro está terminado, pero se mantendrá en su versión mecanografiada —dijo—. Entonces, las fotografías de Brita aparecerán en alguna publicación destacada. Todo cuidadosamente planeado. No necesitamos el libro. Tenemos al autor.

—Me siento dolorida —dijo Brita—. Sírveme más vino.

Se echó a reír y giró en su asiento, recorriendo la estancia con la mirada en busca de cigarrillos. Scott se echó a reír a su vez.

Bill contemplaba su comida. Parecía percibir que estaba de algún modo cambiada.

—O quizá no en una publicación destacada. Quizá en un pequeño periódico rural.

—No, no, no, no —dijo Karen—. Imaginémosle en televisión. Sentado en el sofá y hablando.

—Tenemos las fotografías. Aprovechémoslas. La imagen del libro se funde con la del autor.

—No, espera, está sentado en una silla, frente a un anfitrión sentado en otra, inclinado hacia él, muy cerca, un anfitrión con gafas y la mano apoyada sobre la barbilla.

—¿Llegaste a ver al niño? —preguntó Brita. Scott se echó a reír, provocando en ella la misma reacción.

Bill dijo:

—Nuestro tema es el cuatro. Aire, fuego, tierra y agua.

—¿Qué es el Día de la Sangre? —dijo Karen—. Aunque lo cierto es que me lo imagino.

Scott no apartaba los ojos de Brita.

—Bill está convencido de que los escritores se están viendo consumidos por la aparición de las noticias como fuerzas apocalípticas.

—Eso me dijo, más o menos.

—La novela solía nutrir nuestra búsqueda de significado. Y cito a Bill. Se trataba de la gran trascendencia secular. La misa latina del lenguaje, el carácter, las nuevas verdades ocasionales. Pero nuestra desesperación nos ha conducido hacia algo mayor y más tenebroso, por lo que recurrimos a las noticias y a la constante atmósfera de catástrofe que proporcionan. En ellas encontramos una experiencia emotiva imposible de hallar en otras partes. No precisamos de la novela. Cito a Bill. Ni siquiera precisamos necesariamente de las catástrofes. Tan sólo necesitamos las crónicas, las predicciones y las advertencias.

Karen miró a Bill, ocupado en desplazar un trozo de carne con el tenedor.

Bill dijo:

—Sé a qué señal de tráfico os referís. A la que pusieron por el niño sordo.

—Y no es una señal casera. Es oficial, fabricada en los colores negro y naranja, y la pusieron ahí porque en la vecindad habita un niño que no podría oír el sonido de un automóvil o un camión que se abalanzaran sobre él. Cuando la vi, pensé, niño sordo. Pensé que un estado que instala una señal por un solo niño no puede ser tan horrible ni tan despiadado.

—Sí, es una hermosa señal. Da gusto pensar que existe una criatura que cuenta con su propia señal de tráfico. Pero, volviendo a esa ridícula controversia en la que estabais. La desaparición del libro. La definición del principio. ¿He captado bien las palabras? ¿Son ésas las palabras?

Mientras hablaba, sostuvo el vaso en el regazo y asió la botella para servirse una nueva copa.

—Conservar el libro. Ocultar el libro. Convertir al escritor en el libro. Se me escapa.

—¿Por qué sigues escribiendo cuando sabes que el libro está terminado, y cuando todos sabemos que está terminado y que aún sigues escribiendo?

—Los libros nunca están terminados.

—Las obras de teatro nunca están terminadas. Los libros, sí.

—Os diré cuándo un libro está terminado. Cuando su escritor cae desplomado sobre él con un golpe sordo.

Karen dijo:

—Cada vez que contemplo esa señal, me siento reconfortada.

—Tantos libros como haya publicado su editor. Ésos son los libros que el escritor sigue escribiendo, a los que habría que añadir el que descansa en su máquina de escribir. Los antiguos libros nos persiguen como una maldición.

Brita sirvió más vino.

—Aún me queda, gracias —dijo Scott.

Tomó un sorbo.

Bill bebió y tosió.

Brita le miró. Ahora, sacaría los cigarrillos.

—No puedes permitir que vean el libro —dijo Scott—. Si lo haces, todo habrá terminado. Ese libro es la monumentalidad. Nos vemos obligados a inventar palabras para describir la corpulencia, el peso, la falta de discernimiento, ritmo y energía.

—Este muchacho se cree el dueño de mi espíritu.

—Lo sabe. Es el gran cataclismo. Es un fracaso tan profundo que nos hace sospechar de sus grandes obras anteriores. La gente las contemplará con ojos nuevos, tratando de descubrir en ellas señales de debilidad y de torpeza.

—Ese libro se publica. Voy a hacerlo. Y antes de lo que cualquiera de vosotros piensa.

Scott seguía mirando a Brita.

—Sabe que tengo razón. Lo que sucede es que detesta que estemos de acuerdo.

Ver sus palabras en mis labios. Le pone enfermo. Pero yo me limito a intentar garantizar que se mantendrá donde debe estar.

Bill buscaba con la mirada algo que derribar, alguna cosa, cualquier objeto apropiado para hacerlo caer de la mesa y verlo partirse en mil pedazos.

—Opino que esta casa necesita un animal —dijo Karen.

Scott recogió las migas de pan que se extendían sobre la mesa y las depositó en la palma de su mano.

—Me limito a decir lo que sé que él desea íntimamente que diga.

Karen miró a Brita.

Intercambiaron sus sitios y Karen se sentó cerca de Bill, arrimando su silla a la del escritor.

—Veamos, ¿un perro o un gato? —dijo con voz ajena.

Bill propinó al plato de la mantequilla un manotazo que lo hizo salir despedido a través de la mesa.

La tapa golpeó a Scott en el rostro.

Aquello enfureció aún más a Bill, quien intentó levantarse y comenzar a destrozarlo en serio.

—No hay ninguna necesidad de hacer eso —dijo Karen.

Le retuvo sentado.

Scott se llevó la mano izquierda al rostro. En la otra, sostenía aún las migas de pan.

—Los animales de compañía constituyen una terapia universalmente reconocida —dijo.

—Nadie se ha hecho daño, así que cierra la boca de una puñetera vez.

—Para los ancianos, los solitarios, los depresivos y los locos.

—Cuatro de cuatro. El cuatro es nuestro tema.

Karen cubrió con la mano los ojos de Bill para evitar que pudiera ver cualquier cosa que terminara de enfurecerlo.

Brita dijo:

—Que alguien me diga que esto ha sido un suceso aislado.

Un ademán, una mirada, casi cualquier cosa bastaría para que Bill se tornara incontrolable.

Scott se limpió las manos y el rostro con una servilleta y se situó tras la silla de Brita. Le ofreció el brazo cuando se incorporó y la acompañó fuera de la habitación.

Karen separó las manos de los ojos de Bill.

—Gente que se ama, Bill; es la misma historia estúpida de siempre, y ya la hemos oído mil veces.

Aún permanecieron unos minutos sentados a la mesa.

Por fin, Bill ascendió las escaleras en dirección a su estudio, cerró la puerta y permaneció junto a la ventana, envuelto por la oscuridad.

Scott quería que Brita viera una última cosa antes de partir. Salieron por la puerta trasera y recorrieron los escasos metros que separaban la puerta de un cobertizo de techo bajo adosado a una de las esquinas de la casa. Brita le siguió al interior, inclinando la cabeza. Scott encendió la luz y ambos contemplaron los estantes y compartimentos construidos personalmente por Scott, todos ellos repletos de fotocopias del borrador final, copias en papel carbón de borradores anteriores, copias de notas y de fragmentos, cartas de amigos y conocidos de Bill, más galeradas, más cartas de lectores archivadas y etiquetadas, más cajas de cartón atestadas de manuscritos y papeles.

El cobertizo estaba revestido de material aislante y había sido construido a prueba de agua. Brita permaneció inclinada y en silencio, observando los gruesos legajos repletos de palabras, y al pensar en todas las palabras que existían en las páginas almacenadas y archivadas en otros lugares de la casa sintió la necesidad de salir de allí, de echar a correr por aquella oscura carretera y alejarse de aquel trabajo agotador y de las siniestras vidas que anidaban tras él.

Regresaron a la fachada principal de la casa y Brita esperó en las escaleras del porche mientras Scott entraba en busca de sus cosas. Había esperado sentir la separación que experimenta un observador casual ante cualquier escena desagradable, su seguridad y complacencia, pero no había resultado así. Se sentía culpable de algo, implicada en algo, y no se sentía capaz de despedirse de Bill.

Scott salió y ambos se encaminaron al automóvil.

—Si miras por encima del hombro izquierdo, verás que te está mirando desde la ventana.

Volvió la vista sin darse cuenta, pero la ventana carecía de luz y miró de nuevo hacia delante con un gesto rápido. Sentía la fuerza del aire de la noche, húmedo y erizado. Ya en el interior del coche, mientras maniobraban para abandonar los ásperos surcos labrados en el barro y alcanzar el camino de grava, volvió a mirar y le pareció ver el leve vestigio de una silueta en el centro de la ventana, una forma humana inmóvil. Siguió mirando hasta que la casa desapareció en la distancia, perdida entre los árboles, la perspectiva cambiante y el espacioso poder de la noche.

VI

Scott escudriñó la oscuridad e inició el relato de su tercera historia del día, accionando los limpiaparabrisas a intervalos para despejar la suave neblina.

Hablan de la gente que conduce sin rumbo. Había descubierto a Karen caminando sin rumbo a lo largo de la calle principal de una población del noreste de Kansas llamada White Cloud, de unos doscientos diez habitantes, y la había seguido con el coche. Bajo un cielo plomizo y agobiante, se había detenido frente a un edificio de ladrillo rojo con las ventanas clavadas. Él había estacionado el automóvil de frente y había permanecido largo rato viendo cómo con la uña intentaba sacar una barra de dulce de un paquete pegajoso. Una camioneta de granja había pasado junto a ellos, conducida por un muchacho con el pecho desnudo que cubría su cabeza con un pañuelo anudado. La calle era ancha, de un gris arenoso, con hierbajos que asomaban del bordillo de las aceras y de los viejos tejadillos de lata que remataban los accesos al café y al taller de automóviles y bicicletas. Karen había logrado extraer el dulce de la bolsa, pero luego había sido incapaz de separarlo de su envoltura individual. Del almacén de ultramarinos sobresalía un signo en el que se veía escrita una única y misteriosa palabra.

Durante un rato, Scott caviló intentando descubrir qué había en aquella escena que le resultaba familiar. Se dirigía hacia el Este, de regreso de una visita a su hermana, quien vivía no lejos de allí con su marido médico y un niño procedente de Perú. Le había agradado librarse de Bill durante un par de semanas: el sujeto acababa de recordar que existía el whisky y últimamente se pasaba las noches farfullando frases repetitivas.

Salió del automóvil y se apoyó sobre el parachoques, observando a Karen, que se peleaba con el dulce medio fundido entre sus dedos. En teoría, y a juzgar por su nombre, se trataba de caramelo duro, pero lo cierto es que se negaba a separarse de la envoltura, pegándose a ella con delgados hilillos a medida que la muchacha tiraba del papel.

¿Tú qué crees? ¿Es la ola de calor o acaso es que los métodos de fabricación de segundo orden no pueden competir con el reto de la tecnología de ultramar?

No le hizo ni caso.

Cualquiera pensaría que ya deberían haber aprendido a fabricar bolas de dulce.

Sacó las gafas de sol del bolsillo exterior de la chaqueta y extrajo de los pantalones un trozo de camisa con el que limpiarlas. Se trataba de tener algo que hacer con aquel espacio de tiempo muerto.

¿Has venido para desprogramarme?, había dicho Karen.

Fue entonces cuando localizó lo que le resultaba familiar de todo aquello. Parecía algo extraído de Bill Gray, y hubiera debido adivinarlo antes. Una muchacha de aspecto peculiar en una calle destartada sobre la que parecía pender una difusa amenaza, cielos iluminados por la tormenta o quién sabe qué palabra disparatada que

inicia una frase dotada de cierta influencia maléfica.

Si es por eso por lo que estás aquí, más vale que lo olvides desde ahora, había dicho, porque ya lo han intentado y no han conseguido Nada, con mayúscula.

No tardaron en verse atravesando el extremo superior de Missouri, conociéndose, y en el mismo automóvil, doblando luego hacia el Sur. Scott contó a Brita cómo Karen hablaba a retazos de los recuerdos de su época de Moonie, si bien ella no utilizaba aquella expresión ni hubiera permitido jamás que nadie la utilizara en su presencia.

En la furgoneta, la ropa era la misma para todos. Se arrojaba a una pila, se lavaba y posteriormente se entregaban tantos artículos por persona, sin importar nunca a quién hubiera pertenecido originariamente ni quién la hubiera llevado antes. En ello residía la certeza del cuerpo común. Sin embargo, no deja de producir una sensación extraña el hecho de llevar puestos los calcetines y la ropa interior de otra persona. Resulta grimoso y pone los pelos de punta. Hace que uno intente desplazarse ligeramente encogido con objeto de no entrar en contacto con las ropas que lo cubren.

Había estado vendiendo cacahuetses en la calle, cosa que no podía evitar considerar como una degradación personal después de las flores. Una reflexión inconfesable y peligrosa. Su equipo de vendedoras de cacahuetses se componía de unas cuantas hermanas apenas centradas en su propósito que vagaban por la comarca sin lograr afianzar el concepto de que sus oraciones colectivas afectaban a las vidas de cada una de las personas que habitaban el planeta.

Y a menudo pensaba en su esposo, Kim, asignado a una misión inglesa, el marido que nunca había conocido. La separación concluiría al cabo de seis meses, pero sólo si cada uno de ellos aportaba tres nuevos miembros a la iglesia.

Creía profundamente en el Maestro y aún se consideraba a sí misma una indagadora, preparada para recibir todo cuanto hay de vasto y cierto. Pero echaba de menos las cosas más sencillas. Los cumpleaños de sus padres, una alfombra bajo sus pies, las noches en las que no se había visto obligada a descansar en un saco de dormir. Había comenzado a pensar que no era persona adecuada para los estrictos y simples designios de la fe de la iglesia. Al terminar el día, se veía asaltada por dolores de cabeza. Acudían acompañados de un brillo deslumbrante, electroquímico, como una luz que surgiera de la nada, alimentada por su cerebro, el aura extraña de la individualidad.

Scott la llevó a un motel y la escuchó durante la mayor parte de la noche. Karen hacía pis sin cerrar la puerta del cuarto de baño y Scott pensó, Es fantástica. Nada de sexo por ahora. La muchacha dividía su charla en espasmos de diez minutos de duración. No podía dormir, o acaso temía hacerlo. Scott salía continuamente a traerle refrescos de la máquina instalada en el pasillo, y regresaba cada vez con el convencimiento de que se habría marchado y que si no hallaba la ventana abierta y una cortina agitada por el viento se debería tan sólo a que las cortinas eran demasiado pesadas para agitarse y a que, en cualquier caso, la ventana no se abría.

A continuación, la acción, los cuerpos moviéndose a través de la noche. Porque justamente cuando ya empezaba a dudar y a temer y a divagar, salió de la furgoneta una tarde nubosa y vio que tres hombres que esperaban apoyados sobre la pared de un frontón se enderezaban para acercarse a ella; dos desconocidos y el gorila de su primo Rick, un jugador de rugby que llevaba el pelo cortado a cepillo a excepción de un único bucle ondulado que surgía de la parte superior del cráneo, teñido de un color, no sé, como verde papagayo. Los otros tipos iban de traje y su actitud traslucía una suerte de rutina fruto de la experiencia. Francamente, no es fácil saber cómo dirigirse a alguien que en una población anónima se despegaba de un muro y avanza hacia ti cuando incluso las robustas facciones de tu propio primo muestran una expresión neutra.

La empujaron al interior de un automóvil y la trasladaron a una habitación de motel en la que esperaba su padre sentado en una butaca ignífuga y, curiosamente, en calcetines. Durante largo rato, todo se redujo a charla emotiva, a firmes garantías acerca del amor, de mamá y de casa. Karen escuchaba astutamente, más o menos conmovida y aburrida al mismo tiempo. Luego, papá lloró un poco y la besó y, por fin, se calzó y partió en compañía de Rick, del Rick que le había metido la mano bajo las bragas cuando tenían diez años, un recuerdo que flotaba entre ambos como el aroma acre de un dedo ensalivado; y allí estaba Scott, en su propio motel, maravillado ante el sórdido argumento que constituía la vida de aquella muchacha.

Brita permanecía reclinada, descansando la nuca sobre el reposacabezas y sintiendo que sus ojos se cerraban mientras detectaba el incremento en el volumen de su voz cada vez que volvía la cabeza hacia ella.

Durante ocho días, aquellos individuos la desprogramaron en sesiones de dieciocho horas al día. Le citaron casos históricos. Le repitieron frases clave. Le hicieron escuchar cintas magnetofónicas y la obligaron a presenciar películas proyectadas sobre la pared. Durante todo aquel tiempo, las persianas permanecieron bajadas y la puerta cerrada. No había un solo reloj a la vista. Cada vez que se dormía o intentaba dormir se marchaban, y una misionera local les relevaba, se sentaba en una butaca y se colocaba unos auriculares a través de los cuales escuchaba el canto de las yubartas.

En aquellos tranquilos ratos de duermevela, amaba a sus padres a intervalos y se agitaba inquieta por el fantasma del secuestro.

Te lavaban el cerebro.

Te programaban.

Te paralizaban la mirada.

En otras ocasiones, sentía que odiaba a todos los que intervenían en el proceso y pensaba que no constituían sino la extensión lógica y brutal de la relación entre padres e hijos, en la que los últimos se ven forzados a permanecer en una estancia y escuchar aquellas arengas rutinarias. Ni que decir tiene que eso era precisamente lo que todos afirmaban que la iglesia le había obligado a hacer desde el principio.

Su madre la telefoneó, y ambas sostuvieron una charla normal en torno a temas tales como si comes lo suficiente y la ropa que te hemos enviado.

Los dolores de cabeza se hicieron más frecuentes, esta vez acompañados de pesadillas. Comenzó a desarrollar la sensación de que aquello no representaba sino una transición. No lograba determinar con exactitud quién vivía en aquel cuerpo. Su nombre le parecía algo ya descompuesto en unidades sonoras y absolutamente ajeno. Quería regresar con sus hermanas y sus guías. Todo lo que existía fuera de la iglesia se le antojaba fabricado por Satanás. ¿Qué nos enseña la iglesia? Sed niños de nuevo. Si tenéis teorías propias, dejadlas de lado. Si poseéis sabiduría, abandonadla para poder poseer el corazón puro de los pequeños.

Programada.

Mentalmente lavada.

Adoctrinada.

En cierta ocasión en que intentó una inocente huida —se limitó a dirigirse hacia la puerta con aire ausente— se abalanzaron sobre ella y la sujetaron contra la pared. Sentía sus manos por todo el cuerpo, y pensó que le arrancarían la ropa por el simple placer de disfrutar del sonido de aquel tejido acrílico coreano al rasgarse, y Scott se acercó a ella en la oscuridad de la estancia, amable y compasivo, como una tierna recompensa que equilibrara el extremo opuesto de aquella ecuación masculina, pero cuidado, nada de sexo compasivo aún, chato.

Viajaron en silencio durante un rato.

Brita dijo:

—No he llegado a enterarme bien de toda esa historia del marido. He conocido a pocas personas con menos aspecto de casadas.

—Se casaron en una boda multitudinaria. Se casaron en una ceremonia pública en la que intervenían miles de parejas. Bill lo llama histeria milenaria. Al comprimir millones de instantes de amor, de contacto y de cortejo en una única misa acelerada, uno afirma que la vida debe tornarse más ansiosa, más surrealista, más centrada en la imagen, más susceptible de acelerar su propia transformación o, ¿de qué se trata, si no? Aceptas el matrimonio, la fe de la especie, el medio de continuidad, y lo conviertes en catástrofe, en una total implosión de futuro. Cito a Bill. Pero creo que se equivoca de medio a medio.

Atravesaron Iowa e Illinois, y Scott contemplaba el paisaje duplicado de su viaje original —en busca de Bill— superpuesto a su regreso en compañía de un personaje extraído de sus novelas. Vieron a un caballo desensillado que galopaba por la autopista. Karen insistió en que le tomaran la tensión en una clínica ambulante porque, dijo, le gustaba sentir la rechoncha presión del brazalete al apretarse sobre su brazo.

Te paralizan la mirada.

Sin embargo, si la desprogramación implicaba regresar a casa, a una habitación apacible y a la propia cama y al horario regular de comidas, acaso durante una

temporada (y sólo porque sus padres la querían y porque tampoco ella deseaba pasar otro invierno en la furgoneta), les permitiría que deformaran un poco su mente.

Trajeron a Junette, una antigua hermana rescatada por sus padres, desprogramada, convertida en enemiga de la iglesia y ocupada por fin en suavizar el mensaje para las otras. Lucía la gran mácula de la experiencia. Karen la observó mientras penetraba en la habitación como una tromba, mientras fingía mostrar una profunda empatía —ésa es la palabra— pero sintiéndose en realidad altiva y superior. En cualquier caso, ambas siguieron el juego, adoptando sus papeles de fraternidad e intimidad y uniéndose en tres abrazos sollozantes. Los hombres esperaron fuera, mezclando sus sombras sobre la cortina corrida. Junette hizo pedazos las enseñanzas del Maestro. Le leyó cartas de miembros decepcionados adoptando el solemne tono de voz de los muertos. Karen advirtió que necesitaba arreglarse los dientes, que tenía los espacios interdentes cegados por sedimentaciones amarillentas. El célebre problema del sarro, del sarro y de la placa dental. Desde el interior de su mente, permanecía astutamente al acecho, contemplando a la mantequillosa Junette.

Quién sabe si no conoces la sensación de sentirse, como dicen, en profundo conflicto, como si quisieras quedarte pero también quisieras marcharte, como cuando te presentan a alguien a quien querrías degollar con un cuchillo oxidado.

Se detuvieron en un motel situado en el centro de Ohio y la atmósfera se tornó incómoda. Estaban fatigados y sin ganas de hablar. Scott sabía que ella se preguntaba qué demonios pintaba allí, viajando con un desconocido, con un tipo sospechosamente cordial, ¿quién es éste, después de todo?, y sentada en una habitación que era idéntica al receptáculo marrón en el que habían intentado desdoblarse su mente como si se tratara de un matasuegras de fiesta. Se repite la misma estancia en una cadena internacional de hoteles y este tipo va a obligarme a parar en cada uno de ellos.

Con que, al final, Scott le habló de Bill, le contó cuanto sabía, le habló del hombre, de su trabajo, de la lobreguez, de la profundidad de su propio compromiso. Ella no respondió, pero parecía intentar escuchar, recordar otro mundo, la tierra del lenguaje, de la soledad y de los húmedos prados de juncias.

Fueron a cenar como es debido a un restaurante en el que la carta se hallaba decorada con borlas y en el que había que atravesar un puente levadizo para llegar al comedor principal. Le contempló por primera vez. En otras palabras, le asimiló de un modo retroactivo, absorbiendo el estupor accidental del último día y medio tal y como aparecía registrado en su rostro. Regresaron a la habitación. Aún no era el momento de recurrir al rescate del sexo compasivo, del sexo de la humildad, y Scott se preguntó si no estaría haciendo algo mal. Karen habló y se quedó dormida, y luego le despertó para seguir hablando.

Le habían dicho, El problema cuando te desenganchas es que has perdido el eslabón que te unía al destino de la humanidad.

Le habían dicho, Sabemos que eres una buena persona, pero que estás

atravesando un difícil momento de adaptación mientras tus padres esperan, rezan y firman un torrente inagotable de cheques que permitan tu rescate emocional.

La obligaron a admitir que la iglesia la había convertido en una zángana, y ella canturreaba, Me han convertido en una zángana, me han convertido en una zángana. Aquella noche, se levantó de la cama, iluminada por el resplandor de una luz estremecida e intentó decirle algo a la mujer de los auriculares, pero no logró pronunciar palabra y hubo de verse a sí misma, algo más tarde, arrodillada sobre el suelo del cuarto de baño mientras vomitaba comida procedente de innumerables naciones.

Le dijeron, Muy bien, ahora vas a ir a un centro de desprogramación en el que recogemos a los perdidos, a los fantasmas y a los damnificados de las diversas sectas para proporcionarles consejo humano.

Llegó Rick, provisto de ropa y de dinero de bolsillo y una caja de manjares selectos empaquetados en elegante mimbre ondulado, y partieron todos juntos en dirección al aeropuerto. Karen descubrió un cuaderno para colorear en el revistero de la portezuela y se dedicó a hojearlo. Cuando salieron del automóvil, vio un policía y decidió acercarse a él y comunicarle que había sido secuestrada. Señaló a los responsables, quienes mostraban un aspecto... ¿cómo es esa palabra que significa tranquilo y resuelto pero que en realidad implica que uno se encuentra desconcertado? Mostraban una expresión estupefacta. Estupefacta y culpable, cosa que todos eran, incluido el primo del mechón de cabellos verdes. Así pues, en la acera de acceso a la terminal se inició una discusión múltiple arropada por el trajín habitual de los aeropuertos. Uno de los hombres intentó discutir con el agente las leyes de protección del estado, las cuales les daban derecho... y Karen ya había salido corriendo, perdiéndose en la terminal, descendiendo un tramo de escaleras, sintiéndose ligera y veloz y joven, abriéndose paso entre la multitud, para por fin regresar al exterior en la planta baja, tomar un taxi y decir suavemente, *Al centro*.

Ignoraba a qué ciudad pertenecía la zona centro, pero tan pronto llegó allí apartó cincuenta dólares y gastó el resto en adquirir un billete de autobús —viaje en *Greyhound*, viaje en galgo— del que descendió tres horas más tarde en White Cloud, un nombre celeste, donde Scott la halló zigzagueando a lo largo de una calle prácticamente desierta.

Brita dijo:

—Tengo una fotografía de White Cloud, Kansas, tomada por Eve Arnold. Estoy casi segura de que se ve la calle principal, con una estructura que podría ser el edificio de ladrillo frente al que se hallaba Karen cuando te aproximaste a ella. Y, desde luego, sé que aparece también un tractor o un remolque o alguna clase de maquinaria agrícola.

—Pero ella y yo no estamos allí.

—Y se ve el pequeño signo que has mencionado, colgando de uno de los almacenes con una palabra extraña escrita sobre él, una palabra india o algo así y, en

cierto modo, toda la imagen, el amplio firmamento y la ancha calle, todo tan solitario y tan elocuente y tan rutinario al mismo tiempo, no sé... todo parece derivar hacia la curiosa palabra escrita en el signo.

—Ahora la recuerdo. Ha-Hush-Kah. El toque de Bill Gray. Se trata de un lugar típico de Bill Gray. En serio.

Terminaron por recorrer aquellas mismas carreteras, claro está que en sentido contrario, y Karen comenzó a hacerle preguntas acerca de Bill. Scott advirtió que era la primera vez que pronunciaba más de diez palabras seguidas que no tuvieran que ver con ella misma. Ignoraba si Bill le permitiría quedarse. Al final, sucedió que ni siquiera llegó a abordarse el tema. Entraron y le relataron el viaje a Bill, a quien pareció gustarle Karen. Sus ojos mostraban una expresión divertida e indiferente que significaba que existen ciertas cosas que tienen que ocurrir antes de que podamos decidir hasta qué punto son positivas.

Cuando hubo leído las novelas de Bill se trasladó del viejo sofá a la cama de Scott, quien no pudo evitar experimentar la sensación de que siempre la había tenido allí.

Bill fumaba, tendido sobre la cama, con el cenicero sobre el pecho. Siempre que hacía aquello pensaba en los viejos chiflados que viven en residencias con fachada de arenisca y terminan por sucumbir bajo el lento humo de un colchón incendiado.

Entró Karen, vestida únicamente con sus bragas y una camiseta que le venía grande.

—¿Te encuentras mejor, señor Bill?

Se subió a la cama y se sentó a horcajadas sobre él, a la altura de la cintura. Mantenía el cuerpo erguido, y apoyaba las manos sobre los muslos.

La luz deslizándose desde el pasillo.

—¿No quieres apagar el cigarrillo y probar la marihuana de Scott? Te ayudará a dormir si aún no te encuentras bien.

—No quiero dormirme todavía.

—No sé a qué melindroso motivo se deberá, pero nunca me he acostumbrado a la droga.

—A mí me produce pesadillas. Sueño con ataques al corazón.

—Scott la utiliza fundamentalmente para mantenerse en forma cuando tiene que trabajar hasta tarde con los manuscritos o los archivos.

—En este momento, la dirección operativa es hacia arriba, no hacia abajo.

Karen inició una oscilación suave que arrancó un gemido de Bill y, a continuación, dejó caer las nalgas.

—Afirma que conoces una serie de sustancias que alteran la bioquímica.

—Se trata de medicamentos conocidos. Hay un médico que se encarga de recetarlos. Todo absolutamente controlado.

—No hay duda: siento algo que se mueve bajo las sábanas.

—¿Te he hablado alguna vez de mi primera mujer?

—No creo. ¿Por qué?

—Solía decir de mí que era todo polla. Pasaba tanto tiempo encerrado, y era tan reservado con mi trabajo —con todo, al final— que lo único que nos quedaba era sexo desnudo. Y tampoco hablábamos de eso.

—Os limitabais a hacerlo.

—No le gustaban los escritores. Fui lo bastante estúpido como para no darme cuenta de ello hasta que ya era demasiado tarde.

—Si tú eras estúpido, ¿qué era ella? Casarse con un escritor...

—Esperaba que llegaríamos a adaptarnos el uno al otro. Las mujeres creen en la mecánica del acoplamiento mutuo. Una mujer siempre sabe cómo desear las cosas, y correrá los riesgos que sean necesarios con tal de asegurar su futuro.

—Yo nunca pienso en el futuro.

—Tú procedes del futuro —dijo él, suavemente.

Karen apagó el cigarrillo, depositó el cenicero en el suelo y lo empujó hacia los pies de la cama.

—¿En qué consisten esas pesadillas?

—Se siente pánico. Taquicardia. Luego, me despierto y no consigo determinar con seguridad si he soñado la taquicardia o si era real. Lo que no significa que los sueños no sean reales...

—Todo es real.

Con un gesto, se despojó de la camiseta, alzando los brazos por encima de la cabeza. Bill se sorprendió a punto de volver la cabeza. Cada vez que hacía aquello, cada vez que contemplaba la oscilación de sus cabellos y de sus pechos, experimentaba el estupor de contemplar las cosas en su tamaño natural, casi abandonándose a su potencia. Se adelantaba al gesto con tiempo suficiente como para proporcionarle momento y coherencia, para convertirlo en el recuerdo de una forma y una gracilidad sorprendidas. Ella nunca podría saber cuan penetrante resultaba para él el instante pintado en el que sus codos, desdoblándose como tijeras, se liberaban de la camisa enrollada, el modo en que su bostezo fingido al estirarse le hacía olvidar dónde estaba.

—Ya sé que no es de buena educación andar haciendo preguntas.

—¿De qué se trata? —dijo ella.

—¿Sabe Scott que vienes aquí?

Ambos concentrados en la chaqueta del pijama, primero un brazo y luego el otro. Un acceso de tos de Bill les hizo detenerse unos instantes.

—¿Acaso hay algo en esta casa que Scott no sepa?

—Eso pensé —dijo él.

—Se ha hecho amigo hasta de los ratones. Sabe qué ventana recibe la mejor iluminación nocturna en cualquier noche del calendario lunar.

Cambió de posición para desplazar las sábanas y deshacer el nudo de los pantalones.

—Y no le importa —dijo Bill.

—No sé qué remedio le queda. Quiero decir, que aún no nos ha pegado un tiro.

—No, no lo ha hecho.

—Y nunca lo haría.

—No, no lo haría, ¿verdad?

—En fin, en fin, en fin. ¿Acaso no me trajo aquí para ti?

Bill no lograba hallar motivo de optimismo en aquel argumento. Quería creer que Karen se había topado con aquellas palabras en la punta de la lengua, más o menos lo que venía a suceder con todo lo que decía. Pero quizá pensaba que era cierto, y acaso lo era, y no dejaba de resultar interesante para Bill imaginar que, desde el principio, estaba traicionando a Scott según designios previamente establecidos por éste.

Su sexo danzaba en la mano de la muchacha.

—Creo que ahora deberíamos copular.

—Sí, querida —dijo Bill.

Karen atravesó la estancia en dirección a la cómoda y sacó un pequeño paquete de su cajón central. Extrajo un preservativo, regresó a la cama, se encaramó de nuevo a horcajadas sobre los muslos de Bill y comenzó a acoplarle el artilugio.

—¿A quién estás protegiendo, a ti o a mí?

—Hoy en día, es la norma.

La observó, absorta en su tarea, pulcra y decidida a parecer experta, como una niña que vistiera solemnemente a su muñeca.

Scott miró a su alrededor, contemplando el interior del ático. La estancia aparecía sustentada por una hilera de columnas. Una ancha sábana de plástico colgaba atravesada bajo las goteras del tragaluz. Brita iba de un lado a otro encendiendo las luces. Una pequeña cocina, un espacio destinado a comedor y una zona medio escondida en la que se almacenaban estantes y archivos. La siguió a medida que se movía, apagando dos luces a lo largo del recorrido. Un sofá y algunas sillas agrupadas. A continuación, un cuarto oscuro con retales de tela negra colgados sobre las puertas. Frente a las ventanas que daban al Sur, las torres del World Trade Center se recortaban frente al cielo nocturno formando una masa apiñada. En ellas, el término «cernerse» se prolongaba hasta adquirir todo su poder.

—Una taza de té para los viajeros.

—Ahora, por fin, siento que ya he visto Nueva York por dentro y por fuera. Me ha bastado mirar por la ventana desde aquí.

—Cuando llueve fuera, también llueve dentro.

—Independientemente de sus inconvenientes, Brita.

—Resulta pequeño para lo que suelen ser esta clase de sitios. Pero ya no puedo

permitírmelo. Y me veo obligada a contemplar unas torres que han costado millones de dólares.

—Una de ellas tiene una antena.

—El macho.

—Sí, té. Gracias.

En la cocina, Brita comenzó a extraer cosas de armarios y cajones, una por una, sintiéndose como si hubiera estado ausente un mes, seis semanas, notándose arropada por una sensación de hogar. Aquellas tazas y cucharas lograban que volviera a sentirse intacta, la reclamaban de la ruta trazada por los reactores, de la física del tránsito. Se sentía tan fatigada que le parecía escuchar su propio cansancio, la vibración de sus huesos, y no podía por menos recordarse una y otra vez que apenas había pasado fuera dos días. Scott permanecía sentado ante una mesa, en el extremo opuesto de la habitación, hojeando las revistas diseminadas y haciendo comentarios de un modo más o menos compulsivo.

El ascensor comenzó a traquetear a través del edificio. Se oyeron los golpes y sacudidas de su antigua verja verde de acceso.

Se tomaron el té.

—Esta ciudad se diferencia de otras en que nadie pretende pasar diez minutos seguidos en el mismo sitio. Todo el mundo se desplaza constantemente. Todo pertenece a siete tipos anónimos que nos rodean. La gente se ve arrojada a la calle porque los dueños necesitan el espacio que ocupan. Luego, se ve expulsada de la calle porque hay alguien que necesita el aire que respiran. Hombres que compran y venden el aire que nos rodea y cuerpos apiñados en cajas de cartón tiradas sobre la acera. Por fin, viene alguien que retira las cajas y se las lleva.

—Te gusta exagerar.

—Exagero para mantenerme viva. Ahí está el misterio de Nueva York. Amo a esta ciudad, y confío plenamente en ella, pero sé que en el momento en que permita que ceda mi cólera estaré acabada para siempre.

Scott dijo:

—Yo solía comer solo. Me avergonzaba no tener con quién comer. Y no sólo eso; comía de pie. Ahí tenemos uno de los secretos más vergonzosos de nuestra época: que estamos dispuestos a comer de pie. Yo solía hacerlo porque resulta más anónimo, y porque encajaba con la relación que mantenía con la ciudad. Cientos de miles de personas que comen solas. Comen solas, caminan solas, hablan consigo mismas en plena calle y desarrollan atribulados y profundos monólogos, como santos sumidos en las profundidades de la tentación.

—Me está entrando mucho sueño —dijo Brita.

—En este momento no quiero volver al coche.

—Eres tú quien conduce, Scott.

—Me siento incapaz de conducir cinco metros más.

Se puso en pie y apagó otra luz.

Sonido de sirenas procedente de la parte este de la ciudad.

Se sentó en el sofá, junto a ella. Se inclinó y acarició su mejilla con el dorso de la mano. Ante los ojos de Brita, un ratón ascendió por la superficie de una ventana y desapareció. Siempre había mantenido la teoría de que enloquecían con el ruido de las sirenas.

—En algunos de esos lugares en los que se come de pie, uno se ve obligado a permanecer frente a un espejo —dijo—. Con ello, se obtiene un control absoluto de las reacciones del individuo; es como una prisión del consumo. Y el espejo está situado literalmente a centímetros del rostro, de tal modo que apenas puedes llevarte la comida a la boca sin tropezar con él.

—Utilizamos el espejo como elemento de seguridad, de protección. Nos sirve para ocultarnos en él. Uno se encuentra totalmente solo en primer plano pero, al mismo tiempo, forma parte de la muchedumbre, de la amalgama cambiante de cabezas que asoman tras nuestras diminutas facciones. Bill no comprende la necesidad que tiene la gente de integrarse, de perderse en un conjunto amplio. El propósito de las bodas multitudinarias es demostrar que tenemos que sobrevivir como comunidad en lugar de como individuales que intentan dominar la totalidad de las complejas fuerzas que los rodean. Bodas multitudinarias e interraciales. La conversión de los blancos por los negros. Todo concepto revolucionario implica peligro y doble filo. Conozco todos los inconvenientes del sistema Moon, pero en teoría resulta valiente y visionario. Comprobad hasta qué punto puede resultar deprimente pensar en el futuro. No parece poseer un solo aspecto positivo. Es imposible que sobrevivamos a base de necesitar más, de querer más, de abrirnos paso para agarrar todo lo que podamos.

—Hablando del futuro...

—No irás a echarme ahora.

—Necesito dormir, detener el zumbido que me golpea la cabeza. Siento como si os conociera a los tres desde hace años y la verdad es que resulta agotador.

Estaban sentados lejos de la estufa, sobre la que flotaba la última luz mortecina.

—Hemos alcanzado un punto demasiado avanzado del espacio como para insistir sobre nuestras diferencias. Como esa gente de la Gran Muralla de quien a veces oímos hablar. Un hombre y una mujer que caminan el uno hacia el otro a través de China. Esta historia no tiene nada que ver con una visión nueva del planeta, sino con una visión nueva de la gente. Contemplamos a la gente desde el espacio, allí donde el género y los rasgos carecen de importancia, donde los nombres carecen de importancia. Hemos aprendido a contemplarnos a nosotros mismos como si nos halláramos en el espacio, como si nos escudriñáramos a través de satélites en órbita, constantemente, invariablemente. Como si nos viéramos desde la luna. Somos todos *moonies*, o deberíamos aprender a serlo^[2].

Brita oyó el chasquido de la puerta del ascensor al cerrarse de nuevo. Mantenía los ojos cerrados. Pero fue Scott el primero en quedarse dormido. Al advertirlo, se

levantó del sofá y le cubrió con una manta. A continuación, se dirigió al otro extremo de la estancia, más allá de la cocina, y ascendió por la escalera de mano hasta su cama.

Se despojó de las zapatillas de deporte y permaneció tumbada boca arriba sin quitarse la ropa, súbitamente espabilada. El gato apareció junto a ella, observándola. Oía gritos procedentes de la calle, las voces nocturnas que desde hacía algún tiempo sonaban ininterrumpidamente, muchachos que orinaban sobre los ancianos, la mujer que vivía entre bolsas de basura, que se cubría con ellas, dormía dentro de ellas, que iba de un lado a otro con una enorme bolsa de plástico repleta de otras bolsas de plástico. Brita la oyó hablar, oyó su voz transportada por la brisa del río, como el crujido de las interferencias que pueblan la noche.

A los pocos instantes, comenzó a recrear el viaje en su mente, el deshilachado camino a través de las horas. Resultaba curioso el poder permanecer inmóvil en un rincón y sentir el poder del movimiento, aquel remolino de aire sobre la cabeza. Una memoria sensorial pulsante bajo la piel. El gato se deslizó junto a su mano como un temblor lunar de músculos y pelaje. Pudo oír el sonido de diversas alarmas de automóviles que saltaban sucesivamente, como una información siniestra que nutría su vida. Todo nos nutre, todo nos llega codificado, todo tiene su significado oculto. ¿En qué clase de crisis confió? Sentía que necesitaba sus propios significados ocultos para alcanzar el final de cualquier día corriente. Alargó la mano y cogió al gato, depositándolo sobre su pecho. Intuía que su cuerpo se había vuelto defensivo, que añoraba una seguridad perdida. Pugnaba por convertirse en un refugio frente al desarrollo habitual de las cosas, frente a las fuerzas que gobiernan el exterior. Amar, tocar... la redondez de aquellos momentos se entrecruzaba con algo nostálgico. El sexo constituye siempre una forma de nostalgia, incluso mientras tiene lugar. Quizá porque desafía el peso del tiempo. Porque la superficie del acto es pública, es un entramado de temor y de deterioro. Quería preservar su propio cuerpo como un secreto del pasado, intacto por la complejidad y el remordimiento. Sentía un temor supersticioso a hablar con los médicos en detalle. Creía que usurparían su cuerpo, que nombrarían todas las partes dañadas, que pronunciarían todas aquellas palabras espantosas. Permaneció largo rato tendida con los ojos cerrados, intentando deslizarse hacia el sueño. Por fin, acarició el manto del gato y sintió que allí se conservaba su niñez. Intacta, completa en un solo gesto, extraída de viejos caserones y campos y días de verano, vertida en el río que formaba su mano.

Se deslizó bajo el edredón, girando sobre un costado y volviendo el rostro hacia la pared para demostrarse que iba en serio. Lentamente ahora, sumiéndose en esa indefensa existencia a medias del autocomentario, la película de voz que discurre entre la luz y las sombras. Pero llegó el momento en que hubo de admitir que aún estaba despierta. Apartó el edredón a un lado y permaneció tendida sobre su espalda. Al cabo, descendió de nuevo por la escalera y se aproximó a una ventana, desde la que pudo ver el vapor que despedían los respiraderos de la calzada. Sonó el teléfono.

Como un arte geodésico, aquellas columnas de vapor se elevaban a lo largo de toda la ciudad, blancas y silenciosas en sus calles vacías. Oyó la respuesta del contestador y esperó las palabras del comunicante. La elevada estancia se llenó con una voz de hombre que resultaba absolutamente familiar, si bien realizada, pero al principio no pudo identificarla, no pudo fijar el contexto de sus observaciones, y pensó que podría tratarse de alguien que hubiera conocido años atrás, durante largo tiempo y a fondo, una voz que parecía arroparla curiosamente de tan cercana como resultaba.

—Te marchaste sin despedirte. Aunque no llamo por eso. Estoy completamente despierto y necesito hablar con alguien, pero tampoco llamo por eso. ¿Puedes imaginar lo extraño que me resulta estar aquí sentado, hablando con una máquina? Me siento como un aparato de televisión que alguien hubiera dejado enchufado en una habitación vacía. Estoy hablando con una habitación vacía. Me estás introduciendo en una nueva clase de soledad, Brita. Qué agradable resulta pronunciar tu nombre. La soledad que supone la certeza de que nadie habrá de oírme hasta transcurridas algunas horas o algunos días. Aunque me imagino que controlas tus mensajes constantemente. Que te comunicarás con tu máquina desde puntos lejanos. Esa frase (comunicarte con tu máquina) contiene una enorme violencia. Si no me equivoco, para ello uno necesita disponer de un código secreto. Basta introducir el código desde Bruselas y un edificio salta por los aires en Madrid. Ahí tenemos el oscuro deseo al que sirve la industria de la comunicación. Estoy sentado en mi butaca de mimbre, mirando por la ventana. Los pájaros están despiertos, igual que yo. Alcanzo un nuevo amanecer, perezoso y difuso, con la garganta en carne viva, pero los he tenido peores. Dejé de beber cuando os marchasteis anoche. Y si hablo despacio es porque no carezco de la sensación de tener un interlocutor, ni siquiera dispongo de los silencios que realizaría alguien que me escuchara, docenas de silencios distintos, densos y expectantes, aburridos e irritados, y me produce cierto embarazo el hecho de hablar con una amiga ausente. Espero que seamos amigos. Pero no llamo por eso. No hago más que ver cómo mi libro se pasea por los salones. Lo veo arrastrándose débilmente. Imagínate a una criatura gibosa y desnuda de genitales atrofiados; peor aún, porque esta criatura posee una cabeza desmesurada, su lengua le cuelga de una de las comisuras como si se tratara de una gárgola y tiene unos pies horribles. Intenta agarrarse a mí, tocarme e inmovilizarme. Un cretino, un deforme. Hidrocéfalo, baboso, incontinente. Hablo despacio para no equivocarme. Al fin y al cabo, es mi libro, por lo que soy el responsable de definirlo correctamente. La soledad de las voces almacenadas en cinta. Para cuando oigas esto, ya no recordaré qué había dicho. Para entonces, seré un mensaje atrasado y enterrado entre muchos otros. La máquina convierte todo en un mensaje, lo que estrecha el ámbito del discurso y destruye la poesía de saber que no hay nadie en casa. El hogar es un concepto fallido. La gente ya no está en casa ni deja de estar. Sencillamente, cogen el teléfono o no lo cogen. Lo cierto es que tampoco me siento violento. Resulta probablemente más fácil hablar contigo de este modo. Pero no te he llamado por eso.

Te he llamado para describirte el amanecer. Una luz pálida y movediza que se extiende a lo largo de las colinas. El cielo está parcialmente encapotado, lo que hace que la luz parezca adherirse a la tierra; una luz tranquila, suave, apacible, pálida, un resplandor terrestre más que una luz procedente del cielo. Pensé que te gustaría saber todo esto. Pensé, es una mujer a la que le gustará saber todo esto más que las otras cosas que pueden intentar decirle otros. El banco de nubes es alargado, hermoso, de un color gris pizarra. Realmente, poco más puede decirse de él. La ventana está abierta, por lo que puedo sentir el viento. No tengo una resaca excesiva, por lo que el aire no me agrade. El aire resulta agradable. Precisamente eso, agradable. Estoy sentado en mi vieja butaca de mimbre, con los pies apoyados sobre un banco y la máquina de escribir a mi espalda. Los pájaros también son agradables. Los oigo cantar en los árboles cercanos y en los campos distantes, salpicados de bandadas de cuervos. El aire es acerado, frío y vivo, y huele como debe olerle en una mañana de primavera a un hombre que habla por una máquina. Pensé, éste es el tipo de cosas que querrá escuchar. Intenta adherirse a mí, suave y húmedo; intenta enlazar su piel fruncida y pegajosa con la mía.

La máquina le cortó.

Advirtió que Scott se hallaba a sus espaldas. Se apoyó sobre ella, ardoroso y adormilado, rodeándola con los brazos, manos y pulgares, pulgares que se deslizaban bajo el cinturón de sus vaqueros. Dejó caer la cabeza sobre su hombro, concentrándose, y sintió que se apretaba contra ella. Bostezó y se echó a reír. El hombre deslizó las manos bajo su jersey, le desabrochó el cinturón, se inclinó sobre ella, paseó las manos por su vientre, alerta, su cuerpo sorprendido y despierto a cada contacto. Sintió que le alzaba el jersey hasta los hombros y que frotaba la mejilla contra su espalda. Se concentró, como alguien al acecho de sonidos procedentes del muro. Sentía todo. Se sentía especulativa, expectante, animada por una respiración cauta y regular. Se movió lentamente bajo sus manos y sintió el roce de lija de su mejilla sobre su espalda.

Sabía que no pronunciaría palabra, ni siquiera mientras ascendieran la escalera — ni siquiera la broma obligada de la escalera— y agradeció su silencio, el tacto del muchacho esbelto y pálido que escalaba su cuerpo con un gemido.

VII

Bill abrió la puerta en medio del tráfico, de la espesa y ahogada explosión de metal amarillo, y se sumergió en él. Scott le gritó que se detuviera, espera, ten cuidado. Avanzó entre taxis atascados cuyos conductores permanecían arrellanados en la penumbra como prisioneros que contemplaran el programa matutino de televisión. Scott le gritó el nombre de un lugar, seguido de una hora de cita. Bill le devolvió un saludo con la mano y se detuvo frente al borde del único carril en movimiento hasta hallar una abertura que le condujera hasta la acera.

La vorágine de las cosas, de las visiones barajadas, el contoneo mezclado de la avenida, los escaparates ruidosos, las joyas esparcidas frente a la acera, el profundo torrente de reflexiones, las cabezas que flotan en las ventanas, las torres licuadas sobre las puertas de los taxis, los cuerpos temblorosos y alargados; todo ello interesaba a Bill hasta un punto que impedía el comentario, el modo en que todo le había asaltado masivamente, como el primer día vertiginoso que uno ha pasado en Jalalabad. Nada nos dice qué se supone que debemos pensar de todo eso. Bien, era su primer día en Nueva York después de muchos años, y no había calle ni edificio que quisiera volver a ver, ningún viejo recuerdo que le persiguiera y que pudiera despertar en él sensaciones de anhelo o de dulce remordimiento.

Encontró el número y se aproximó a una mesa de forma ovalada situada en el vestíbulo en la que dos guardias de seguridad permanecían sentados tras una batería de teléfonos, monitores de televisión y pantallas de ordenador. Dio su nombre y esperó a que la mujer lo comprobara en la lista de visitantes de la pantalla giratoria. Le hizo algunas preguntas, descolgó el teléfono y, al cabo de un par de minutos, hizo acto de presencia un individuo uniformado que había de acompañarlo a la planta apropiada. La mujer de la mesa le entregó un distintivo de visitante, un trozo de papel adhesivo que pegó a la solapa de Bill.

Frente a los ascensores había otro punto de control que sortearon con rapidez. Un ascensor de alta velocidad les llevó hasta el último piso del edificio, las puertas se abrieron y allí estaba Charlie Everson, ataviado con una corbata de tonos brillantes, esperándole. Oprimió los brazos de Bill por encima de los codos y le miró francamente a los ojos. Ninguno de los dos pronunció una palabra. Por fin, Charlie hizo un gesto en dirección al guardia y condujo a Bill a través de una puerta que se abría en el extremo opuesto de la sala de recepción. Recorrieron un largo pasillo decorado con fundas de libros hasta llegar a un enorme despacho soleado repleto de vida vegetal y de superficies bruñidas.

—¿Qué hay de tu Bushmills? —dijo Bill—. Un trago de whisky de malta me vendrá estupendamente.

—Últimamente no bebo.

—Pero siempre guardas algo en el armario para los escritores que vienen de visita.

—Ballygowan. Es agua.

Bill le contempló con detenimiento. Se sentó y se desató los cordones de los zapatos, que eran nuevos y le apretaban.

—Bill, es difícil creerlo.

—Lo sé. Tantos años, tan deprisa, todo tan extraño.

—Tienes aspecto de escritor, cosa que nunca tuviste. Te ha costado todos estos años. ¿Reconozco esa chaqueta?

—Creo que es tuya.

—¿Es posible? La noche en que Louise Wiegand se emborrachó e insultó a mi chaqueta.

—Y tú te la quitaste.

—La tiré al suelo.

—Y yo dije que necesitaba una chaqueta —y es cierto que la necesitaba— y ella o alguien dijo, llévate ésta.

—No sería yo. Me gustaba esa chaqueta.

—Es de lana. Vieja y agradable.

—No es de tu talla.

—Apenas me la habré puesto cuatro veces.

—Te regaló mi chaqueta.

—Louise era encantadora para esas cosas.

—Murió, ¿lo sabías?

—No empieces, Charlie.

—¿Qué has sabido de Helen?

—A propósito de muertos, ¿no? Nada.

—Siempre me gustó Helen.

—Deberías haberte casado con ella —dijo Bill—. Me habrías evitado montones de problemas.

—Ella no era un problema. Tú, sí.

—En cualquier caso —dijo Bill.

Charlie poseía un rostro ancho de aspecto saludable y rubicundo que recordaba los bronceados de brisa que llenan las paredes de espejo del club náutico. Su cabello, pálido y delgado, se hallaba finamente recortado. El traje habitual. La tradicional corbata chillona que constituía su eslabón con la alegre camaradería, que recordaba a la gente que aún era Charlie E. y que aún se suponía que aquello era el negocio editorial, no una especie de guerra global de tecnología láser.

—Recuerdo aquellos años con perfecta claridad. Y aún continúan acumulándose. Recuerdo cosas nuevas constantemente. Me sorprende a mí mismo rememorando trozos de conversaciones mantenidas en 1955.

—Ten cuidado, o terminarás escribiendo todo eso.

—Si viviera, viviera y viviera y terminara siendo un anciano aburrido de ochenta y tantos años, me pregunto cuánto más conseguiría añadir al placer de esos recuerdos,

de aquellas intensas conversaciones, de aquellas interminables cenas y copas y discusiones que disfrutábamos. Teníamos tantas cosas que decirnos, tantos argumentos que apenas habíamos rozado, que solíamos salir de algún bar a las tres de la madrugada y detenernos a charlar en una esquina. Literatura, pintura, mujeres, jazz, política, historia, béisbol, todo cuanto existe bajo el sol. Nunca veía el momento de irme a casa, Bill. Y, cuando por fin llegaba, no conseguía dormir. La charla seguía zumbándome en la mente.

—Eleanor Baumann.

—Por Dios, sí. Una mujer fantástica.

—Era más lista que tú y yo juntos.

—Por desgracia, también estaba más chiflada.

—Le olía el aliento de forma extraña —dijo Bill.

—Escribía unas cartas magníficas. Me escribió unas cien cartas espléndidas.

—¿A qué olían?

—A lo largo de años y años. Tengo años de cartas de aquella mujer.

Charlie permanecía sentado en dirección paralela a su mesa, con las piernas extendidas y las manos entrecruzadas tras la nuca.

—Me alegré de tener noticias tuyas —dijo—. Hablé con Brita Nilsson cuando regresó y se negó a decirme nada, aparte de que te había transmitido mi mensaje. Tardaste en llamar.

—Estaba trabajando.

—¿Y marcha bien?

—No hablemos de eso.

—Has tardado un mes. Siempre he creído saber con exactitud por qué decidiste aislarte.

—¿Es para hablar de eso para lo que nos hemos reunido?

—Tienes un sentido erróneo del lugar que ocupa el escritor en la sociedad. Crees que el lugar del escritor se halla en el límite, haciendo siempre cosas peligrosas. En América Central, los escritores van armados. No les queda más remedio. Y ésa ha sido siempre tu idea de cómo debería ser. El Estado debería intentar eliminar a todos los escritores. Cada gobierno, cada grupo de poder o aspirante al poder debería sentirse tan amenazado por los escritores como para verse obligado a perseguirlos allá donde se encontraran.

—Yo nunca he hecho nada peligroso.

—No, pero has experimentado esa clase de visión.

—Así pues, mi vida es una especie de simulación.

—No exactamente. No hay nada falso en ella. De hecho, has llegado a convertirte en una pieza de caza.

—Entiendo.

—Y eso es lo que hemos venido a discutir aquí. En Beirut hay un joven rehén. Un suizo, un empleado de las Naciones Unidas que había acudido a realizar tareas de

investigación sobre las condiciones sanitarias en los campos palestinos. También es poeta. Ha publicado unos quince poemas cortos en periódicos de habla francesa. Apenas sabemos nada del grupo que lo mantiene en cautiverio. El propio rehén constituye la única prueba de que existen.

—¿Qué tienes tú que ver con todo ello?

—Soy presidente de un noble comité para la defensa de la libertad de expresión. Se encuentra compuesto fundamentalmente por académicos y gente del mundo editorial. Acabamos de empezar, y ahí viene lo más absurdo de todo este asunto. El grupo en cuestión toma un rehén sencillamente porque se encuentra ahí, porque se halla disponible. Por lo visto, él les dice que es poeta y, ¿qué es lo primero que hacen ellos? Nos llaman a *nosotros*. Tienen a un tipo en Atenas que llama a nuestra oficina de Londres y dice, En Beirut hay un escritor encadenado a la pared de una celda. Si quieren verle de nuevo, quizá podamos hacer un trato.

—Invítame a comer, Charlie. Después del viaje que he hecho...

—Espera y escucha esto. He hablado con el tipo de Atenas siempre que he podido. Durante semanas. A veces, oigo sonar su teléfono; otras, oigo el rumor del océano, a veces está y a veces no. Finalmente, hemos acordado un plan. Queremos celebrar una conferencia de prensa, reducida y estrictamente controlada. Pasado mañana, en Londres. Hablaremos del escritor cautivo. Hablaremos del grupo que lo mantiene secuestrado. Y, por fin, anunciaré que el rehén está siendo liberado en ese momento y entregado a las cámaras de televisión en directo desde Beirut.

—A mí me suena jodidamente turbio.

—Lo sé. Es un elemento de interés mutuo. Pero escucha.

—Tu nuevo grupo obtiene publicidad, su nuevo grupo obtiene publicidad, el joven poeta es liberado del sótano en que se encuentra, los periodistas obtienen una historia. ¿Qué hay de malo en todo ello?

—Exacto. Y tan sólo este éxito nos permite flexibilizar la mente del público. ¿Cómo logra uno cambiar actitudes enraizadas y posturas de fuerza si no es logrando que los acontecimientos públicos nos muestren otras posibilidades? Además, es el único modo de sacar de allí a ese pobre diablo. ¿Acaso no bastaría con eso? Estamos obligados a hacer cuanto esté en nuestra mano para salvarle, y si de paso aprendemos algo de los que lo secuestraron, tanto mejor.

—¿Y dónde demonios entro yo?

—De no haberme tropezado con Brita aquella mañana, en ninguna parte. Pero cuando me dijo que iba a fotografiarte, en mi mente sonó una campana. Si después de todos estos años estás dispuesto a dejarte fotografiar, ¿por qué no ir un poco más allá? Haz algo que nos ayude a mostrar quiénes somos en tanto que organización y cuan importante es para un escritor el adoptar una postura pública. Francamente, confío en crear una sensación optimista. Quiero que aparezcas en Londres y leas unos breves extractos de la obra del poeta, una selección de cinco o seis poemas. Eso es todo.

—Búscate un escritor suizo. ¿No se sentirán los suizos dejados de lado?

—Puedo conseguir cualquier escritor que desee. Pero quiero a Bill Gray. Escucha, no le he dicho a nadie que venías aquí hoy. Ni siquiera a mi secretaria. Porque si lo hubiera hecho, detrás de esa puerta se habría formado una cola de cuatro manzanas. Tu nombre despierta una sensación de emoción, lo que nos ayudará a hacer de esto un acontecimiento señalado; obligará a la gente a hablar de ello y a seguir pensando en ello mucho después de que se haya desvanecido el recuerdo de los discursos. Quiero que un escritor ausente se encargue de leer la obra de otro. Quiero al famoso novelista evocando el sufrimiento del poeta desconocido. Quiero al escritor inglés leyendo en francés y al hombre de más edad dirigiéndose a su joven colega a través de la noche. ¿No te das cuenta del maravilloso equilibrio que encierra?

Bill no respondió.

—Te hablo de un asunto del espíritu, Bill. Creo que es algo que necesitas hacer. Abandonar tu habitación, tus preocupaciones. Y anota mi promesa: no se anunciará tu presencia con antelación. No habrá entrevistas después de tu aparición. Tan sólo las cámaras. La conferencia se reducirá a un máximo de cincuenta o sesenta personas. Quiero un efecto similar al de las ondas de un estanque. Se correrá la voz, aparecerán artículos de fondo, crecerá la curiosidad. Quiero proporcionarle un futuro a nuestra labor. ¿Sigues hablando francés pasablemente?

Bill comenzó a rebuscar entre la ropa, a la caza de un cigarrillo. Transcurrió en silencio un período de pensativa recapitación. La brillante tarjeta prendida en la solapa de Bill decía Acceso Reservado a Visitantes.

Charlie dijo suavemente:

—Solíamos pararnos a discutir en las esquinas a las tres de la mañana.

—Cierto, Charlie.

—Había veces en que lograbas ponerme furioso. Esas ideas descabelladas tuyas. Me hacías sentir tan sensible y tan mezquino. Casi nunca tenías razón, pero no me dabas oportunidad de ganar discusión alguna de un modo que mereciera la pena.

—Me imagino que tendría que irme pronto de aquí.

—¿No te sorprendes a ti mismo recordando? Las cosas regresan a nosotros formando una avalancha imposible de detener. Dios mío, Bill, si supieras cuánto me alegro de verte.

—Lo recuerdo todo. De un modo casi constante.

—¿Qué has sabido de Sara?

—¿Vamos a pasar revista a mis ex mujeres en orden cronológico?

—¿Qué has sabido de ella?

—Está bien. Le gusta mantener cierta clase de contacto. Para ella resulta muy importante que aún hablemos de cuando en cuando.

—Claro está que yo apenas la conocí. Habías declarado una especie de cuarentena.

—Sara era aún joven, eso es todo.

—Demasiado joven. No estaba preparada para acometer la irrealizable empresa

de intentar ser la esposa de un escritor como tú.

—Son todas como yo.

—Tampoco es que yo estuviera mucho más preparado. Nunca llegué a saber con claridad de qué se me suponía culpable.

—Eras culpable de ser mi editor. Los escritores tienen quejas.

—Eso es probablemente cierto.

—Eras culpable de hallarte próximo a mí. Independientemente de lo que dijeras o hicieras, siempre encontraba un modo de utilizarlo en provecho propio.

—He pasado numerosos años felices escuchando las brillantes quejas de los escritores. Cuanto más éxito tienen, mayores son sus protestas. Me resulta de lo más interesante. Me pregunto si las cualidades que hacen de alguien un maestro de la literatura son también las causantes de la ingenuidad y tamaño de sus quejas. ¿Surge la capacidad de escribir de la amargura y el odio o acaso los produce?

—Ambas cosas —dijo Bill.

—Todos protestan de su soledad. La soledad les mata. No duermen por las noches. Pasan los días en tensión, preocupados y entristecidos. Gimien sin parar. Los novelistas realizan entrevistas. Los entrevistadores escriben novelas. El dinero nunca les parece suficiente. El reconocimiento público desciende. Adelante, Bill, ¿qué más?

—Tiene que ser duro para ti el tener que enfrentarte a esos desdichados día tras día.

—No, resulta muy sencillo. Les llevo a un restaurante de fama. Digo, Bah, bah, bah, bah. Digo, Copas, copas, copas. Les cuento que sus libros se están vendiendo espléndidamente bien en las cadenas de librerías. Les digo que los lectores se arremolinan en los paseos. Digo, Vamos, Vamos, Vamos. Les recomiendo el rape a la plancha con col. Les cuento que los que se disputan la reedición no paran de aullar sus ofertas. Que existe interés por hacer miniserias, por hacer cassettes, que la Casa Blanca quiere un ejemplar para su biblioteca. Que los publicitarios están organizando acontecimientos. Que a los italianos les ha encantado el libro. Que los alemanes parecen haber alcanzado nuevos grados de éxtasis. Dios mío Dios mío Dios mío.

—¿Y tú, Charlie?

—Yo procuro ajustarme al nuevo estilo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Dos años.

—¿A quién pertenece esta compañía?

—Mejor que no lo sepas.

—Cuéntamelo en dos palabras.

—Tiene que ver con limusinas.

Bill se inclinó para atarse el cordón del zapato.

—De acuerdo. ¿Quién más ha muerto que deba yo saber?

—¿En serio quieres seguir adelante con esto?

—Probablemente no.

—Somos los siguientes —dijo Charlie.

—Yo soy el siguiente, cabrón.

—Quiero la nueva novela, Bill.

—Aún estoy con ella.

—Independientemente de la relación que mantengas con la vieja, roñosa, querida y polvorienta casa.

—Estoy en las últimas páginas.

—Sean cuales sean los restos oxidados de tus contratos, siempre hay modos de saltárselos.

—La estoy puliendo. Eso es lo que estoy haciendo.

—Quiero ese libro, hijo de puta.

Rebulleron en sus asientos. Charlie flexionó la rodilla derecha con una mueca de dolor. Se pusieron en pie al mismo tiempo y se estiraron, sacudiendo los músculos de los hombros. Bill dirigió la mirada a través del ventanal este y vio un mural celeste de puentes y grúas portuarias, de humo de fábricas flotando sobre Queens.

—Tú no eres el anacoreta, el escritor retirado; no eres el excéntrico dotado de una visión nativa. Eres la pieza de caza. No escribes novelas políticas, ni libros basados en la historia, pero aún puedes escuchar el clamor que despierta a tus espaldas. Ahí está el conflicto, Bill.

—Creo que me han timado con estos zapatos.

—Llámame esta noche a casa para decirme lo de Londres. Aquí tienes el número. O mañana como muy tarde, aquí, a la oficina, a mediodía si es posible. Tengo que coger un vuelo nocturno. Creo que es algo que necesitas hacer. Recuerda. Un escritor menos en manos de los asesinos.

El guardia de seguridad esperaba en el vestíbulo de recepción. Bill le preguntó por los servicios de caballeros. El guardia tenía una llave, y permaneció junto a la secadora eléctrica mientras Bill se revisaba los bolsillos en busca de su pastillera. Cuando la encontró, extrajo de ella unos cuantos segmentos previamente cortados de tres clases distintas de anfetamina. Los colores eran azul, blanco y rosado. Los depositó sobre su lengua, pero al darse cuenta de que el grifo se negaba a expulsar agua a no ser que mantuviera la mano sobre la válvula volvió a sacárselos y le pidió al guardia que accionara el agua fría. Éste aceptó de buen grado. Bill volvió a colocarse los medicamentos en la lengua, juntó las manos en un cuenco, se llevó el agua a los labios y bebió, echando la cabeza hacia atrás para tragar. El guardia le miraba, como preguntándole si todo había salido de acuerdo con sus planes. Bill asintió con la cabeza y ambos salieron en dirección al ascensor y se dirigieron juntos hasta el vestíbulo.

Bill permaneció cerca de la entrada, a unos quince metros de la mesa ovalada, justamente debajo de la placa en la que figuraban los nombres de los ocupantes del edificio. Podía ver a Scott esperando fuera, en el extremo de un escaparate que surgía en ángulo de un rincón de la galería de acceso, formando un límite que se extendía

hasta la acera. Llevaba consigo un pequeño paquete —de libros, probablemente— y permanecía de espaldas al local. Bill se apartó de las puertas de cristal y fumó un cigarrillo. Se mantuvo sumido en sus cavilaciones, con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda. Su mirada parecía alcanzar apenas el extremo del cigarrillo que colgaba de su mano derecha. Cuando volvió a escudriñar el exterior, Scott se había acercado a la entrada, pero se hallaba de espaldas, contemplando el escaparate. Bill atravesó el vestíbulo y cruzó dos puertas giratorias. Salió por la última puerta individual y retiró de su solapa la tarjeta de visitante. Alcanzó la acera y se incorporó a la masa formada por la multitud de mediodía.

SEGUNDA PARTE

VIII

El muchacho retiraba la capucha al prisionero cuando entraba a llevarle la comida. También él llevaba una capucha, toscamente fabricada con un trozo de tela dotado de aberturas para los ojos.

El tiempo, ese elemento original que está siempre ahí, se había convertido en algo peculiar que rezumaba hasta empapar su fiebre y sus delirios, la cuestión de quién era él. Cuando escupía sangre, observaba el tiempo estremeciéndose en el líquido rosado al deslizarse por el desaguadero.

Al prisionero le causaba ansiedad el no saber por qué el muchacho necesitaba mantenerse oculto.

Le habían llevado hasta allí en un automóvil al que le faltaba una puerta. Pudo ver a un anciano descamisado atrapado en una barrera de alambre de espino instalada en un cenagoso descampado de aguas residuales.

Una grabación mental le repetía concienzudamente Mantente alerta y anota los detalles: la voz que nos susurra que somos más listos que nuestros captores.

El prisionero sintió cómo el muchacho se acercaba para retirarle la capucha y llenarle la boca de comida y concentró la mirada en los orificios abiertos en la suya.

El tiempo se escurría a través del aire y la comida. La hormiga negra que trepaba por su pierna transportaba consigo la inmensidad del tiempo; su viejo, lento y sabio ritmo.

Probablemente, el pobre tipo se perdió en mitad de la noche y derivó inconscientemente hacia el alambre, senil, descamisado, atrapado, aún vivo.

Esperó el momento en que pudiera contar los destellos de los cohetes al ser lanzados. Cuando los oyó, pudo distinguir su resplandor a pesar de llevar la cabeza cubierta con una capucha sin agujeros.

Era nuevo en esto, y estaba ansioso por salir con éxito. Cada vez que masticaba sus alimentos se ocupaba en calcular los metros que separaban los muros. Mide las paredes, luego los ladrillos de las paredes, luego el cemento que une los ladrillos, luego las delgadas grietas que se abren en el cemento. Considéralo como una prueba. Demuéstrales tú categoría.

Atisbando a través del hueco de la puerta que faltaba vio cuerdas de tender la ropa extendidas a lo largo de boquetes abiertos por las granadas en los muros grisáceos.

El muchacho le retiraba la capucha y le alimentaba a mano, siempre demasiado deprisa, empujando el siguiente bocado antes de que hubiera podido terminar de masticar el primero.

Se resignaba al hecho de su confinamiento. Se resignaba a la presencia del cable forrado de plástico con el que habían atado sus muñecas a las tuberías del agua. A la capucha. Su cabeza estaba cubierta por una capucha.

El prisionero rebosaba de planes. Con el tiempo y los medios necesarios, aprendería árabe. Impresionaría a sus captores saludándoles en su propia lengua y

mantendría con ellos conversaciones básicas... tan pronto como le proporcionaran los medios para hacerlo.

Ocasionalmente, el muchacho le torturaba. Le derribaba sobre el suelo, le ordenaba ponerse en pie. Le derribaba, le ordenaba incorporarse. El muchacho había intentado arrancarle los dientes con las manos desnudas. Cuando por fin abandonó la estancia, el dolor había sobrevivido largo rato a su partida. Aquello formaba parte de la estructura del tiempo, acerca del modo en que el tiempo y el dolor se convertían en inseparables.

Y había también autoridades a las que impresionar. Cuando le pusieran en libertad, le trasladarían a un lugar secreto y recitarían sus preguntas en el mismo tono de voz que había escuchado en la cinta magnetofónica de adiestramiento, y entonces él impresionaría a las autoridades con sus minuciosos detalles y su análisis de todas las facetas y aspectos, y ellos no tardarían en determinar el emplazamiento del edificio e identificar al grupo que le había hecho prisionero.

Sabía cuándo llegaba la tarde por el ruido de la guerra. Durante las primeras semanas, había comenzado al ponerse el sol. Primero, el tableteo de las ametralladoras, luego las bocinas de los automóviles. Resultaba interesante imaginar atascos de tráfico provocados por la guerra. En cierto sentido, todo era normal. Las quejas y maldiciones de costumbre.

El muchacho le obligaba a tenderse sobre su espalda doblando las piernas hacia arriba y golpeaba las plantas de los pies del prisionero con una varilla de acero. El dolor entorpecía su sueño y hacía que el tiempo se estirara y se volviera más profundo, proporcionándole consciencia y cierta cualidad de permanencia tan elemental como permanente.

Pensaba en el hombre descamisado atrapado por el alambre de espino. Sus recuerdos no se prolongaban más allá del momento del secuestro a excepción de pequeñas y débiles evocaciones, de destellos de verano, de instantes compactos situados en una casa indeterminada.

Pero ni incluso las autoridades... ¿qué saben las autoridades? ¿Realmente esperaba que fueran capaces de deducir datos importantes de la longitud y anchura de un ladrillo incluso si hubiera ladrillos que contar y medir —que no los había—, o de sonidos significativos que apenas lograban traspasar las paredes?

No había secuencia, ni narrativa, ni días que condujeran a otros días. Había un cuenco y una cuchara abandonados junto al borde de su colchón de gomaespuma, pero el muchacho continuaba alimentándole a mano. A veces olvidaba cubrirle la cabeza de nuevo después de las comidas, lo que aumentaba el nerviosismo del prisionero.

A continuación resonaban los morteros, con el polvoriento estruendo de la pesada demolición causada por sus proyectiles, un polvo depositado a cámara lenta, millones de motas de polvo que entrechocaban unas contra otras.

Resultaba difícil pensar en hombres y mujeres si no era en momentos de

desesperación y, aun así, de modo incompleto. Si pudieran enviarle a una mujer, aunque sólo fuera una vez, durante medio segundo, lo suficiente como para verla unos instantes...

El único sonido lógico era el que provenía del magnetoscopio instalado en el piso superior. Se dedicaban a contemplar vídeos de la guerra que se desarrollaba en la calle. Querían verse a sí mismos en sus andrajosos uniformes caqui, la vivida tropa callejera, ahí estamos nosotros, disparando nerviosas ráfagas en dirección a las milicias que ocupan el otro extremo de la calle.

Las hormigas y las crías de araña transportaban el tiempo en toda su inmensidad junto con el descontento, y cada vez que sentía algo que se arrastraba por su espalda sentía la necesidad de hablar con ello, de explicarle su situación. Quería decirle quién era, ya que incluso ese concepto se había convertido en algo relativamente confuso. Aislado de las personas cuyas voces constituían el entramado de su ser, tornándose delgado y pálido porque no había nadie cerca que pudiera devolverle su cuerpo.

El muchacho olvidaba ponerle la capucha después de las comidas, olvidaba las comidas, el muchacho era el heraldo del azar. El último elemento que aún guardaba cierta lógica —el horario de las comidas y de las palizas— corría riesgo de desmoronarse.

Si pudieran enviarle a una mujer con medias capaz de susurrar a su oído la palabra «medias». Tan sólo eso le ayudaría a vivir una semana más.

Por fin, lo que había estado esperando, el resplandor sonoro de los enormes cohetes Grad despedidos desde sus lanzaderas múltiples, veinte treinta acaso cuarenta al mismo tiempo a través del crepúsculo incandescente de una escaramuza sería librada sobre la Línea Verde.

Deseaba tener papel y algo con qué escribir, algún modo de conservar los pensamientos, su lugar sobre la tierra.

Se negó a hacer ejercicio o a contar ladrillos, o a inventar ladrillos que pudiera luego medir y contar. A primera hora de la mañana, cuando los sonidos de la guerra ya se habían apagado, solía hablar con su padre en voz alta. Le decía a su padre dónde estaba, qué postura adoptaba en ese instante, de qué modo le habían atado a la tubería, el dolor qué sentía, el estado de ánimo que experimentaba, asegurándole siempre que confiaba en ser rescatado, tal y como recomiendan las cintas de adiestramiento del hombre occidental.

Intentó evocarlas, mujeres envueltas por redes y correas, pero apenas lograba construir imágenes evasivas y a medio terminar.

El sonido de los cohetes al salir despedidos tenía algo que parecía inducir un destello cortical, una luminosidad que se encendía bajo la capucha y que significaba musulmanes y cristianos, que significaba que el cielo resplandecía, que la ciudad se iluminaba en franjas y rapsodias de luz y de fuego hasta el amanecer, momento en que los hombres, en paños menores, abandonaban sus sofocantes refugios para retirar los escombros y comprar pan.

No había nadie para recordarle quién era. Los días estaban desconectados entre sí. El prisionero sentía desvanecerse simples cosas que anteriormente había dado por añadidura. Comenzó a identificarse con el muchacho. A medida que sus voces huían imaginó que compartía cierta situación con él.

Intentó rememorar las viejas historias, el sexo con una oscura mujer en un vuelo comercial nocturno a través del océano (necesariamente de noche y necesariamente sobre el agua) o encuentros en lugares inesperados con mujeres ataviadas con prendas ajustadas, atravesadas por correaes negros, cerradas a todo menos a él, pero no lograba llegar al final, ceñidas y sujetas, mujeres suspendidas en el centro de sus pensamientos.

Nadie acudía a interrogarle.

A través de la puerta que faltaba vio niños que jugaban entre los escombros y distinguió un arma que le apuntaba a un costado del cuello y se repitió a sí mismo Estoy viajando en un coche al que le falta una puerta.

Las viejas historias, tan ciertas como ya ensayadas. Sexo con una oscura mujer en unas escaleras, un día lluvioso. Cuanto más banales, más corrientes, más previsibles, más triviales, más rancias, más estúpidas, mejores. Si había algo para lo que le faltaba tiempo era para la originalidad. Deseaba experimentar las mismas fantasías juveniles que había tenido el muchacho, nutriéndose de imágenes que habrían de conducir las hasta su mediana edad, hasta su decadencia final: patéticos episodios gráficos tan ciertos como imprescindibles.

Por lo general, el menú se componía de alimentos preparados para llevar, y le eran entregados en una bolsa impresa con caracteres árabes y con un logotipo formado por tres pollos de color rojo dispuestos en fila.

No, no odiaba al muchacho de manos ajadas y dedos roídos: no era él el responsable de sus terrores solitarios. Aunque sí le odiaba, ¿o no?, ¿o sí?

Al cabo de poco tiempo, sin embargo, comenzó a sentir que aquellas charlas con su padre constituían una forma de ejercicio, de autosuperación, y dejó de hablar, dejó escapar aquella última voz, dijo de acuerdo y se limitó a mascullar para sí mismo.

Pensó en el hombre descamisado atrapado en el alambre de espino y le vio relucir con un brillo de neón frente al sublime amanecer de la guerra.

Y, al principio, ¿qué?

Al principio existían en numerosas ciudades personas que albergaban su nombre en el aliento. Sabía que estaban allí, el servicio de inteligencia, las redes diplomáticas clandestinas, los técnicos, los militares. Había tropezado con la nueva cultura —con el sistema mundial del terror— y alguien le había proporcionado un segundo yo, una inmortalidad, el espíritu de Jean-Claude Julien. No era sino un mosaico digital del entramado de procesamiento, una serie de líneas de la fantasmagórica mecanografía registrada sobre los microfilms. Se dedicaban a construir su perfil, a almacenar sus datos en satélites con forma de estrella, a enviarse mutuamente su imagen haciéndola rebotar sobre la superficie de la luna. Se vio a sí mismo flotando hacia las costas más

lejanas del espacio, más allá de su propia muerte y ya de regreso. Pero sentía que para entonces ya habían olvidado su cuerpo. Se hallaba perdido entre las bandas de frecuencia, como un código más destinado al entramado de computadoras, destinado al recuerdo de crímenes demasiado absurdos para poder ser resueltos.

¿Quién le conocía ya?

Nadie, salvo el muchacho. El primero en abandonarle fue su Gobierno; a continuación, sus jefes; por fin, su familia. Y ahora, los hombres que le habían secuestrado y que le mantenían recluido en un sótano habían olvidado también que se encontraba allí. Resultaba difícil determinar qué desinterés le inquietaba más.

Bill estaba sentado en un pequeño apartamento situado sobre una lavandería automática, aproximadamente a una milla al este de Harvard Square. Llevaba un jersey sobre el pijama y un viejo albornoz de felpa sobre el jersey.

Su hija Liz se afanaba en preparar la cena y entretanto hablaba con él a través de una tronera de comunicación medio oculta por pilas de revistas y guiones.

—Resulta imposible ahorrar un solo centavo, por lo que ni siquiera me molesto en pensar en mudarme de aquí. Me encuentro en una situación en la que me siento afortunada de, al menos, hacer algo que me gusta.

—Y a paseo los pequeños inconvenientes.

—Pero cuidado con los grandes.

—La última vez que estuve aquí.

—Exacto.

—Tienes mucho mejor aspecto, hija.

—La última vez se trataba de una crisis. Por cierto, veo que has encontrado tu albornoz y tu pijama. Siempre dejándote cosas por ahí, papá.

—He salido a ti.

Estaba descalzo, leyendo el periódico.

—Y avisa a alguien cuando vengas, por lo que más quieras. Podía haber ido a buscarte al aeropuerto.

—Se me ocurrió sobre la marcha. Pensé que estarías trabajando.

—Tengo los lunes libres.

—Apuesto a que eres competente en tu trabajo.

—Eso, díselo a *ellos*. En cualquier momento voy a cumplir treinta años y aún no he conseguido quitarme el título de «adjunta».

—Escucha, en lo que se refiere a todas estas molestias: me marcho mañana.

—El sofá es tuyo el tiempo que haga falta. Quédate unos días. Me gustaría que lo hicieras.

—Ya me conoces.

—Vamos a ir todos a pasar el Día de la Conmemoración de los Caídos a Atlanta. Podré informarles de la extraña visita del Padre Mítico.

—Les echarás a perder el fin de semana.

—¿Por qué no me preguntas cómo les va?

—No me importa un comino.

—Gracias.

—He llegado a un acuerdo a larga distancia con esos dos acerca del valor que tiene que no me importen un comino. Mediante percepción extrasensorial. Mantenemos una comunicación perfecta.

Depositó sobre la mesa una sección del periódico y empezó la siguiente.

—Les interesa lo que estás haciendo —dijo ella.

—¿Lo que estoy haciendo? Estoy haciendo lo que siempre hago. ¿Cómo podría nadie estar interesado en eso?

—Aún eres un tema popular. Excepto con mi madre, por supuesto. No quiere ni oír hablar de ello.

—Ni yo tampoco, Lizzie.

—Pero sale en la conversación. Somos como cachorritos que juegan a disputarse un trapo a base de tirar de sus extremos.

—Puedes informar de que tengo la bebida completamente bajo control.

—¿Y qué hay de tu ausencia?

—¿Qué pasa con eso? —dijo él.

—Tu cólera. El espacio prohibido al que se nos negaba acceso cada vez que te daba por reflexionar. Tus numeritos de desaparición.

—Escucha, ¿qué interés tenéis en mí si realmente pensáis que era tan difícil?

—No sé. A lo mejor soy una cobarde. No soporto la idea de que el rencor se afiance entre nosotros y que tenga que envejecer sumida permanentemente en el remordimiento. Quizá se debe a que me aguarda un futuro desprovisto de niños. Me niego a vivir mi vida como una lección de historia sobre cómo no ser como mi padre. No habrá nadie a quien pueda joder como hiciste tú con Sheila y Jeff.

Asomó la cabeza por la abertura que separaba ambas habitaciones y dibujó en su rostro una sonrisa maliciosa.

—*Nosotros* no creemos que tu comportamiento tuviera nada que ver con la literatura. *Nosotros* opinamos que el Padre Mítico se servía de la literatura como una excusa para casi todo. Así es como *nosotros* analizamos la cuestión, papi. *Nosotros* pensamos que la literatura nunca representó la verdadera carga ni la verdadera amargura que tú pretendías sino que, en realidad constituía para ti un magnífico punto de apoyo al tiempo que una excusa para que cualquier posible fracaso resultara aceptable.

—¿A qué se dedica un director escénico, después de todo?

Su sonrisa se hizo más amplia y le miró como si hubiera realizado la única observación con la que podía probar que la amaba.

—Me encargo de recordar a los actores que tienen que desplomarse en la escena de la muerte.

Gail salió del dormitorio y sacó una chaqueta del armario.

Bill dijo:

—¿Te estoy echando? Quédate y actúa de arbitro. Siento que se abate sobre mi cabeza una tormenta de arena bíblica.

—Esta noche tengo hora con mi hipnotizador. Constituye mi última esperanza de perder algunos kilos.

—Yo le he dicho que pruebe a no comer —dijo Liz.

—Sí, lo dice como si fuera una cuestión de sentido común. A veces mantengo hasta ocho días de dieta estricta y entonces algo sucede de un modo tan automático que me siento liberada de culpa y de responsabilidad.

—Habla con mi padre. Los escritores saben mucho de disciplina.

—Lo sé. Los envidia. Yo sería incapaz de hacerlo. Sentarse frente a la máquina día tras día.

—Las hormigas soldado sí que tienen disciplina —dijo Bill—, pero no me preguntéis qué es lo que tienen los escritores.

Gail partió y los dos se sentaron a cenar. Para Bill, su hija representaba el dique principal del tándem, la encargada de tomar decisiones y de restañar las heridas. Intentó sentirse impresionado. Escancié el vino que había comprado cuando, tras abandonar el taxi, se dedicó a vagar por la zona en busca de calles y casas que le resultaran familiares al darse cuenta de que no tenía ni idea del nombre de su calle y de que no lograba encontrar su dirección ni su número de teléfono en la cartera, preguntándose cómo iba a arreglárselas para llegar a su apartamento incluso aunque supiera dónde vivía, hasta que finalmente avistó un teléfono público y llamó para descubrir que no sólo figuraba en la guía sino que, además, estaba en casa.

—Escucha, estoy intentando recordar de qué más pude olvidarme la última vez.

—Gail usa tu albornoz.

—Hipnosis. Podría ser la respuesta a todo.

—Te dejaste una cartera con cheques de viaje y un pasaporte. Pon cara de sorpresa, papá.

—Me he estado preguntando dónde demonios estaría.

—Sabías dónde estaba. Por eso estás aquí, ¿no es así?

—Estoy aquí por verte, chiquilla.

—Ya lo sé.

—Dios mío, qué control.

—No pasa nada. No dedico las horas muertas a obsesionarme con los motivos de los actos de papá.

—Sólo de su negligencia.

—Sí, claro, está eso.

—Lo cierto es que ni siquiera estaba presente cuando naciste. ¿Alguna vez te lo han contado?

—Hace poco.

—Estaba en Yaddo.

—¿Qué es eso?

—Un refugio, un lugar al que acuden los escritores cuando necesitan un poco de puñetera paz y tranquilidad. De hecho, ése es el lema de la institución. Está grabado en un friso que domina la entrada principal. La *u* de «puñetera» aparece como una *v*, de acuerdo con la grafía clásica.

Alzó la mirada del plato para comprobar si sonreía. Parecía estar considerándolo. La ayudó a recoger y, a continuación, llamó a Charles Everson a Nueva York.

—Poco después de que te marcharas, apareció tu amigo Scott —dijo Charlie—. Cuando vino yo estaba en la sala de reuniones, asistiendo a un almuerzo de negocios. Aparentemente, organizó un pequeño escándalo en el vestíbulo. Intentó subir hasta nuestras oficinas. Por fin, los encargados de seguridad llamaron por teléfono y me pidieron que hablara con él. Quería saber dónde estabas. Por supuesto, no pude decírselo, dado que lo ignoraba.

—Y aún lo ignoras.

—Exacto, Bill.

—No le dirías nada acerca de nuestro asunto de Londres.

—Londres es lo último que le mencionaría a nadie. Pero no es un tipo al que resulte fácil pacificar. Al final, no me quedó más remedio que bajar y hablar con él. Primero, convencí a los de seguridad para que avisaran al guardia que escolta a los invitados de honor, y él le convenció de que había subido contigo, que luego te había acompañado a la salida y que tu cadáver no yacía en ningún ascensor. Subiendo y bajando eternamente. Como una advertencia al resto del mundo.

Hablaron de los detalles del viaje.

—Te llamaré. Seguiré llamando. Ni una palabra —dijo Bill.

—A nadie he revelado una sola cosa de ti durante los últimos veinticinco años, Bill. Aún conservo la fe.

Gail regresó y jugaron un rato al *gin rummy*. Las chicas querían irse a dormir, y Bill intentó impedirlo durante un rato haciendo trucos de naipes. El vino se había acabado. Leyó durante una hora y se hizo la cama en el sofá, recordando lo incómodo que resultaba. Por fin, encontró una libreta de notas y un lápiz y se entretuvo anotando nuevas revisiones para su novela.

Scott salió del cuarto de baño llevando en la mano el cepillo y la pasta de dientes. Miró a Karen que, sentada en la cama, veía la televisión. Esperó a que ella le viera. Había veces que la muchacha parecía perderse en la luz polvorienta mientras observaba al superviviente de algún desastre anunciado por las noticias —ahí está: el solitario fuselaje humeando en mitad de un campo— y poseía la habilidad de estudiar su rostro y fundirse con él al mismo tiempo, incluso de adelantarse medio segundo para deducir su extraña mirada vidriosa o el gesto de su mano, lo que hacía que

pareciera intervenir no sólo en el relato de la noticia sino en el horror que avanzaba impulsado a través de la niebla.

Siguió mirándola hasta que volvió la cabeza hacia él.

—¿Dónde está, pues? —preguntó Karen.

—Ya daré con él. Hacía ya mucho tiempo que no se me adelantaba. Hijo de puta.

—¿Pero dónde podría haber ido?

—A algún sitio que tan sólo tenga sentido para él. Pero si es así, acabaré por averiguarlo.

—¿Cómo puedes estar seguro de que no está herido o enfermo?

—Entré en el edificio y hablé con ellos. De hecho, llegamos a tener un altercado con algún que otro golpe y empujón. Tienen un equipo de seguridad que parece hallarse en alerta nuclear permanente. De cualquier modo, para mí está claro que, sencillamente, cogió la puerta y se fue.

—En ese caso opino que estará con Brita.

Scott permanecía inmóvil, sosteniendo el cepillo a la altura del pecho.

—No está con Brita. ¿Por qué iba a estar con Brita?

—¿Por qué iba a quedarse en Nueva York, si no?

—No sabemos si se quedó allí. Ni siquiera sabemos con seguridad el motivo por el que fue allí. A mí me dijo que sólo se trataba de una visita a Charles Everson. Everson me contó que se limitaron a hablar de la nueva novela. No, no se ha puesto en contacto con Brita o yo lo sabría. El otro día llegó la factura del teléfono. Habría quedado constancia de las llamadas.

—A lo mejor fue ella la que le llamó a él.

—No, es algo más profundo... está metido en algo más profundo.

—Huyendo de su libro, una vez más.

—El libro ya está acabado.

—No para él.

—Nunca se había marchado sin decirme adónde iba. No, esta vez es algo más complicado.

Regresó al cuarto de baño para lavarse los dientes. Cuando salió, volvió a permanecer inmóvil, contemplándola, hasta que ella se dio cuenta.

—Tenemos que hacer listas —dijo.

—Pero, si no está aquí...

—Con más motivo. Hay que darle un buen repaso a su estudio.

—No le gusta que entremos ahí.

—No le gusta que yo entre ahí —dijo Scott—. Opino que hay veces, durante la noche, en las que decididamente consiente tu presencia. Por la noche o a última hora de la tarde, cuando yo he salido a comprar cebollas para el estofado.

—O pepinos para la ensalada.

—Hay que limpiar y ordenar el estudio. De ese modo, cuando regrese podrá encontrar las cosas, para variar.

—Cuando nos llame, mañana o pasado, le preguntaremos si le parece bien.

—No llamará.

—Yo confío en que llame.

—Si hubiera algo para lo que tuviera que llamarnos, aún estaría aquí, viviendo entre nosotros.

Se metió en la cama y se subió el cuello de la chaqueta del pijama.

—Démosle una oportunidad para llamar —dijo Karen—. Es todo lo que digo.

—Tiene algún plan profundo y siniestro, y nosotros no estamos incluidos en él.

—Nos quiere, Scott.

Devolvió la mirada al aparato de televisión situado a los pies de la cama. En la pantalla se veía a una mujer subida a una bicicleta estática. Vestía un brillante mono de tela ajustada al cuerpo y hablaba a la cámara mientras pedaleaba. En una esquina de la pantalla aparecía una segunda mujer del tamaño de un dedo pulgar que repetía su monólogo en lenguaje de signos. Karen paseó la mirada por la pantalla, estudiando a ambas. Era una muchacha accesible. Lo absorbía todo, lo creía todo, el dolor, el éxtasis, la comida para perros, los sueños seráficos, la felicidad infantil que descendía desde el aire. Scott la miró y esperó. Llevaba en sí misma el virus del futuro. Palabras de Bill.

IX

Bill se recordó a sí mismo la necesidad de leer los signos del pavimento antes de cruzar la calle. Resultaba tan endiabladamente responsable que debería ser obligatorio por ley en todas las ciudades: palabras escritas con letras alargadas que nos dicen a qué lado debemos mirar si queremos sobrevivir.

No le interesaba Londres. Ya lo había visto anteriormente. Un atisbo de Trafalgar Square desde el taxi, tres rutinarios segundos de recuerdo, de aura, de repetición, y el lugar no había cambiado a pesar de las vallas de construcción y las fachadas cubiertas de plástico: un punto onírico, una doble identidad que comparten los lugares célebres y que los hace parecer remotos e inaccesibles a la vez que resultan íntimamente familiares, como experiencias que uno hubiera llevado consigo eternamente. Los signos pintados en el suelo fueron lo único a lo que prestó atención. Mire a la izquierda. Mire a la derecha. Parecían dirigirse directamente a la molesta cuestión de la existencia.

Odiaba aquellos zapatos. Sentía las costillas blandas. Tenía la garganta ligeramente tomada.

Quería regresar al hotel y dormir un rato. No se hospedaba en el sitio de Mayfair que Charlie había mencionado, sino en una reliquia mediocre y grisácea, y ya empezaba a refunfuñar para sí mismo por no haber pedido que se le pagara el alojamiento.

Una vez en su habitación, se quitó la camisa y sopló sobre el interior del cuello, eliminando cabellos y pelusas y secando el leve sudor. Había llevado consigo la bolsa de viaje de Lizzie con su albornoz y su pijama, y contaba también con unos cuantos calcetines, ropa interior y artículos de aseo que había adquirido en Boston.

No estaba seguro de si quería hacer aquello. Ya no se le antojaba tan lógico. Tenía un presentimiento, esa pequeña sensación atenazadora en la garganta que tan bien conocía por su trabajo, las veces que se sentía atemorizado y vacilante ante las dudas, sabiendo que se avecinaba algo a lo que no quería enfrentarse, un personaje, una vida que no creía poder controlar.

Telefonó al hotel de Charlie.

—¿Dónde estás, Bill?

—Puedo ver un hospital desde mi ventana.

—Y lo encuentras alentador.

—Sólo pido una cosa a los hoteles. Proximidad a los servicios básicos.

—Se suponía que tenías que estar en el Chesterfield.

—Su mismo nombre resulta incompatible con mi estructura de precios. Huele a terciopelo de imitación.

—No pagas tú. Pagamos nosotros.

—Pensé que quedamos de acuerdo en el billete de avión.

—Y el hotel. Eso se sobreentiende. Y gastos imprevistos. ¿Quieres que

compruebe si la habitación aún está libre?

—Ya me he instalado aquí.

—¿Cómo se llama ese sitio?

—Lo recordaré en un momento. Entretanto, dime si tenemos plan para esta noche.

—Estamos organizando un cambio de emplazamiento. Uno de mis colegas, un tipo con grandes contactos, nos había conseguido un sitio magnífico. La biblioteca de la catedral de San Pablo. Precisamente el noble escenario que esperaba encontrar. Madera de roble, piedra tallada, miles de libros. Pero a mediodía empezaron a recibir llamadas anónimas.

—Amenazas.

—Amenazas de bomba. Estamos intentando mantenerlo bajo la máxima discreción. Pero el director de la biblioteca preguntó si no querríamos celebrar la reunión en otro sitio. Tenemos casi comprometido lo que creemos un lugar seguro, y estamos organizando una vigilancia policial muy discreta. Pero fastidia, Bill. Contábamos con una galería y con un techo abovedado. Con suelos de entarimado.

—Los que llaman no ponen las bombas. Los verdaderos terroristas llaman cuando el daño ya está hecho. Si es que llaman.

—Lo sé —dijo Charlie—, pero aun así queremos tomar todas las precauciones posibles. Hemos disminuido el número de periodistas invitados. Y no revelaremos el lugar a nadie hasta el último momento. La gente se reunirá en un punto de cita falso y desde allí se les conducirá al verdadero en un autocar alquilado.

—¿Te acuerdas de la literatura, Charlie? Tenía que ver con emborracharse y follar.

—Ven al Chesterfield a las siete. Te dará tiempo a echarle una ojeada a los poemas que vas a leer. Luego, saldremos juntos. Y cuando haya terminado cenaremos solos en algún sitio que permanezca abierto hasta tarde. Quiero que hablemos de tu libro.

Bill se sentía mejor con respecto a su misión ahora que sabía que alguien corría con sus gastos de hotel. Colocó un menú sobre la mesilla de café y extrajo su lata de pastillas del bolsillo de la chaqueta. Vacío el contenido sobre el menú: en total, cuatro pastillas sin cortar. El resto de su suministro descansaba en preciosas ampollas ambarinas de plástico guardadas en un cajón del buró del dormitorio de su casa. Depresivos, antidepresivos, inductores del sueño, excitantes, diuréticos, antibióticos, tónicos cardíacos, relajantes musculares. Ahora tenía frente a él tres clases distintas de sedantes y un único esteroide cortical rosado destinado a aliviar pruritos cutáneos rebeldes. Patético. Pero, claro está, no había sabido con antelación que habría de viajar a Boston y a Londres. Y la escasez de suministro no disminuiría el placer quirúrgico de cortar y dividir, el feliz sacramento de la mezcla de colores. Se inclinó sobre la mesilla, sintiéndose envuelto por la paz que siempre le poseía cuando cortaba sus pastillas. Le gustaba esa sensación de preparación militar, esa diligencia y rigor que le ayudaban a fingir que sabía lo que estaba haciendo. La mano y la vista se

unían en el dulcísimo juego de seccionar las pastillas, escogiendo al mismo tiempo qué elementos habrían de combinarse. Ahí estaban, sobre la tarjeta de cartulina, aquellos guijarros brillantes que constituían un modo de superar la confusión, de buscar un estado de ánimo, de escoger entre los colores una fuerza alteradora que pudiera ayudarle a enfrentarse a un pánico momentáneo o a un infortunio corporal o que pudiera transportarle a salvo a través de las largas mareas de la tarde, del extremo occidental del día, cuando se sintiera invadido por una oleada de desesperación.

Sintió no llevar consigo sus prospectos ilustrados con sus precauciones y advertencias y efectos secundarios e incompatibilidades y preciosas tablas en color. Pero no había sabido con antelación que tendría que atravesar el océano.

Se concentró profundamente, seccionando las pastillas con la vieja y ajada navaja de mango de asta que había conseguido atravesar los controles de seguridad de tres aeropuertos.

El taxi enfiló Southwark Bridge. Bill transportaba los poemas sobre el regazo y, de vez en cuando, alzaba una página frente a sus ojos, murmurando las líneas. Una lluvia suave y cálida dibujaba oscuras formas sobre el río, franjas de luz trémula agitadas por el viento.

—Acerca de ese tipo... —dijo Charlie.

—¿Quién?

—Ese tipo de Atenas que inició todo esto. Me gustaría saber tu opinión sobre él.

—¿Es libanés?

—Sí. Un científico político. Afirma ser tan sólo un intermediario y dice que posee un conocimiento limitado sobre el grupo de Beirut. Asegura que están ansiosos por liberar al rehén.

—¿Qué son, un nuevo elemento fundamentalista?

—Un nuevo elemento comunista.

—Como para sorprenderse —dijo Bill.

—Existe un Partido Comunista Libanés. Entiendo que cuenta con elementos de izquierda alineados con Siria. La OLP desde siempre ha tenido un componente marxista, y últimamente vuelven a actuar en Líbano.

—Así pues, no nos sorprendemos.

—No nos sorprendemos excesivamente.

—Dependo de ti para que me avises cuándo debo sorprenderme.

Dos detectives los recibieron en una calle desierta no lejos de Saint Saviours Dock. La zona estaba atravesando un proceso de renovación, pero los edificios permanecían intactos, en su mayor parte estructuras de ladrillo rojo dotadas de montacargas y de muelles de carga. Se aproximaron a un viejo almacén de grano arrendado a una compañía de suministros de fontanería que había quebrado recientemente. La policía había obtenido permiso de acceso y aún existía un teléfono

dotado de línea.

Los cuatro hombres penetraron en su interior. Estudiaron el espacio destinado a la conferencia. Un estrado, unas sillas plegables y algo de iluminación auxiliar. A continuación, se dirigieron a la oficina principal y Charlie telefoneó a sus colegas para decirles que cargaran el autobús y se pusieran en marcha. Bill miró a su alrededor en busca de los servicios. Unos segundos después de que Charlie colgara el teléfono, éste volvió a sonar. Uno de los detectives atendió la llamada y todos pudieron oír la voz que gritaba desde el otro extremo, «Bomba, bomba, bomba». El acento del hombre hacía que sonara como «Bumba, bumba, bumba». Aquello se le antojó divertido a Bill, que necesitaba orinar y no veía motivo para hacerlo en mitad de la calle.

La llamada irritó a los detectives. Al menos a uno de ellos. Los demás se limitaron a escudriñar de lejos una estantería llena de manuales de especificaciones que se alzaba al otro extremo de la estancia. Bill encontró el retrete y fue el último en salir. Uno de los detectives tomó posiciones cerca de la puerta principal y el segundo hombre trasladó el automóvil unos cincuenta metros calle abajo y llamó a la central.

—Me gustaría poder comprender el motivo —dijo Charlie.

Atravesó la calle con Bill y ambos esperaron la llegada de la unidad de desactivación de explosivos que habría de registrar el edificio.

—El motivo reside en el control —dijo Bill—. Quieren creer que tienen el poder de hacernos salir de un edificio y echarnos a la calle. En su imaginación ven un centenar de personas atropellándose unas a otras mientras descienden por la escalera de incendios. Ya te lo dije, Charlie. Hay personas que ponen bombas y personas que hacen llamadas telefónicas.

No tardaron en cambiar de conversación. La lluvia cesó. Charlie atravesó la calle, le dijo algo al detective y regresó encogiéndose de hombros. Charlaron acerca de un libro que Charlie tenía entre manos. Hablaron del día en que Charlie se divorció, seis años atrás. Recordó el tiempo que hacía, el cielo limpio y diáfano, sin distancia, las banderas de la Quinta Avenida azotadas por el viento y una actriz de cine que descendía de un taxi. Bill echó mano del pañuelo. La explosión le hizo dar media vuelta, pero no logró separarle del suelo ni estrellarle contra el muro. Sintió cómo el sonido le golpeaba en el pecho y en los brazos. Giró sobre sus talones y agachó la cabeza, resguardándose la cabeza con el antebrazo al estallar las ventanas. Charlie dijo cuidado o a un lado. Se volvió para dar la espalda a la onda expansiva, apoyando los codos contra la pared y entrelazando los dedos tras la nuca, y Bill pensó que tendría que recordar haberse sentido impresionado. Supo también que ya había acabado, que lo peor había pasado, y se enderezó lentamente, sin apartar la vista del edificio pero extendiendo el brazo para tocar el brazo de Charlie, para asegurarse de que aún estaba allí, de pie y capaz de moverse por sí mismo. El detective situado en la acera opuesta permanecía agachado, intentando hacer uso de la radio que llevaba sujeta a la cintura. La calle aparecía alfombrada de cristales rotos, relucientes como

una capa de nieve. El segundo detective permaneció unos instantes en el interior del automóvil, pegado a la radio, y al fin echó a andar hacia su compañero. Volvieron la mirada hacia Charlie y Bill. Una nube de polvo flotaba suspendida a la altura del segundo piso del almacén. Los cuatro hombres se reunieron en el centro de la calzada. Los cristales crujían bajo sus pies. Charlie se sacudió las solapas.

Llegaron los desactivadores de explosivos, seguidos por el autobús de periodistas, algunos editores y unos cuantos detectives más, y Bill se sentó en el asiento trasero del automóvil policial camuflado mientras Charlie se agazapaba de grupo en grupo, modificando los planes.

Transcurrida una hora aproximadamente, ambos se hallaban sentados frente a sendos platos de lenguado bajo la bóveda acristalada de uno de los comedores del Chesterfield.

—Supone un día de retraso. Dos, a lo sumo —dijo Charlie—. Decididamente, deberías cambiar de hotel. Eso nos permitiría movernos con más rapidez cuando estemos listos.

—Demostraste gran presencia de ánimo al adoptar ese gesto de protección.

—En realidad, es la posición que recomiendan en caso de accidente aéreo. Nunca se hace de pie. Sabía que debía bajar la cabeza y entrelazar los dedos tras la nuca, pero no lograba situar la maniobra en el contexto de la situación. Pensé que me hallaba en un avión a punto de estrellarse.

—Tu gente se las arreglará para encontrar otro sitio.

—No queda más remedio. Ahora ya no podemos detenernos. Incluso si nos vemos obligados a rebajar la asistencia al mínimo. Quince personas en quince barcas de remo flotando en algún lago aislado.

—¿Qué teorías han sugerido?

—Mañana tengo que hablar con un experto en lucha antiterrorista. ¿Te apetece venir?

—No.

—¿Dónde te alojas?

—Me mantendré en contacto, Charlie.

—Aunque, pensándolo bien, la solución no está en barcas de remo. ¿No fue en una de ellas donde cazaron a Mountbatten?

—En un barco de pesca.

—Bueno, es parecido.

Bill notó que alguien le miraba, un hombre solitario sentado a una mesa situada al otro extremo de la estancia. Resultaba interesante el grado de información que lograba transmitir la curiosidad del hombre. Se veía que sabía quién era Bill, que nunca habían sido presentados, que dudaba entre si debía acercarse o no. Bill sabía incluso de quién se trataba, aunque no hubiera sido capaz de explicar cómo lo sabía. Era como si el hombre se hubiera situado a sí mismo en un lugar predeterminado, en una idea de algo que esperaba el momento de ocurrir. Bill no le dirigió una sola

mirada directa. Todo se reducía a una forma, a un destino, a una corriente de información.

—Quiero hablar de tu libro —dijo Charlie.

—Aún no está acabado. Cuando esté acabado.

—Tú no tienes que decir nada. Lo diré yo. Y cuando esté acabado, hablaremos los dos.

—Hace un rato, casi nos matan. Hablemos de eso.

—Sé cómo debe publicarse tu libro. No hay nadie en este negocio que lo sepa tan bien como yo. Sé lo que necesitas.

—¿Qué necesito?

—Necesitas una editorial importante que, además, tenga buena memoria. Por eso me contrataron. Quieren prestar más atención a lo tradicional. Para esa gente, yo represento algo. Represento a los libros. Quiero establecer una lista sólida, responsable y lógica y proporcionarle el poder de lanzamiento de nuestra capacidad en el terreno del mercado de masas. Contamos con enormes recursos. ¿Acaso no quieres ver despegar un libro que te ha costado años escribir?

—¿Qué tal marcha tu vida sexual, Charlie?

—Puedo sacar ese libro al mercado con cifras sorprendentes.

—¿Tienes alguna novia?

—Tuve pequeños problemas de próstata. Tuvieron que redirigir mi fluido seminal.

—¿Adónde lo enviaron?

—No lo sé. Pero no sale por el sitio de costumbre.

—Sin embargo, aún realizas el acto.

—Con gran entusiasmo.

—Pero sin eyacular.

—No sale nada.

—E ignoras dónde va a parar.

—No les pregunté dónde iba a parar. Regresa al interior. Me basta con saber eso.

—Una historia preciosa, Charlie. Breve, como a mí me gustan.

Estudiaron la carta de postres.

—¿Cuándo estará listo el libro?

—Estoy revisando la puntuación.

—Un elemento interesante, la puntuación. Siempre me ha gustado observar el modo en que cada escritor utiliza las comas.

—Así que piensas que en dos días como máximo nos habremos marchado —dijo Bill.

—En ello confiamos. Esperamos que esto no continúe. La bomba era el punto culminante. Con ella dijeron lo que tenían que decir, incluso aunque no sepamos de qué se trata.

—Quizá necesite comprarme una camisa.

—Cómpratela. Y déjame que te registre aquí. Dadas las circunstancias, opino que deberíamos poder ponernos en contacto lo más rápidamente posible.

—Lo pensaré durante el café.

—Últimamente utilizamos papel neutro —dijo Charlie.

—Prefiero dejar que se pudran mis libros a imprimirlos en papel neutro. ¿A santo de qué tienen que sobrevivirme? Ellos constituyen la causa de que esté muriéndome antes de tiempo.

El hombre permanecía junto a la mesa, esperando a que concluyeran su conversación. Bill desvió la mirada hacia la nada y esperó a que Charlie advirtiera su presencia. La mesa era lo bastante grande como para que cupiera otra persona, y Charlie realizó las presentaciones mientras el camarero iba en busca de otra silla. El hombre era George Haddad, y cuando Charlie se refirió a él como portavoz del grupo de Beirut hizo un gesto de modestia, alzando las manos como si quisiera desentenderse de las palabras. Obviamente, no creía haberse ganado aún el título.

—Soy un gran admirador —dijo, dirigiéndose a Bill—. Y cuando el señor Everson sugirió que usted se uniera a nosotros en la conferencia de prensa me sentí tan sorprendido como profundamente complacido. Sabiendo, por supuesto, cuánto le disgustan las apariciones públicas.

Era alto, e iba bien afeitado. Debía de hallarse en la mitad de la cuarentena, y el cabello de su frente comenzaba a clarear. Tenía los ojos húmedos y su aspecto era triste y algo voluminoso. Lucía un traje gris sumamente corriente y un reloj de plástico que podría haber tomado prestado de cualquier chiquillo.

—¿Cuál es su relación? —preguntó Bill.

—¿Con Beirut? Digamos que comparto sus objetivos, ya que no sus métodos. La unidad que secuestró al poeta no es más que uno de tantos elementos que forman un movimiento. De hecho, apenas puede calificarse de movimiento. Por ahora, no pasa de ser una corriente clandestina, una afirmación de que no todas las fuerzas libanesas tienen que ser necesariamente musulmanas, cristianas o sionistas.

—Tuteémonos —dijo Charlie.

Les trajeron el café. Bill notó un agudo punto de calor, una señal dolorosa: su mano izquierda mostraba una brillante esquirra.

—¿A quién le interesa tanto impedir que se celebre esta reunión? —dijo Charlie.

—Quizá ocurra simplemente que la lucha callejera se está extendiendo. Lo ignoro. Acaso existe una organización que se opone en principio a la puesta en libertad de rehén alguno, incluso si se trata de alguien que no ha sido secuestrado por ellos. Desde luego, saben perfectamente que la liberación de este hombre depende de la publicidad que se le dé. Su libertad está ligada al anuncio público de la misma. Imposible lograr lo primero sin lo segundo. Es una de tantas cosas que Beirut ha aprendido de Occidente. Beirut es una tragedia, pero aún respira. Londres es el verdadero montón de escombros. Yo he estudiado aquí, y he enseñado aquí, y cada vez que regreso advierto más claramente los daños.

—En tu opinión, ¿qué debemos hacer para lograr que esta reunión tenga lugar sin riesgos? —dijo Charlie.

—Quizá eso no sea posible aquí. La policía os recomendará que la cancelen. La próxima vez, ni siquiera creo que haya llamada telefónica. Os diré lo que creo que habrá. —Se inclinó sobre la mesa—. Una enorme explosión en una sala atestada.

Bill extrajo un trozo de vidrio de su mano. Los otros le observaban. Comprendió por qué el dolor le había resultado familiar. Se trataba de una herida de verano, de una herida infantil, como cualquiera de las quemaduras y rozaduras de rodilla y astillas de medio siglo atrás, como una de las picaduras de abeja, de los cortes cotidianos. Resbalabas en una base y te daban un abucheo. Te peleabas y te ponían un ojo morado.

—Tenemos a un hombre inocente encerrado en un sótano —dijo.

—Claro que es inocente. Por eso lo han secuestrado. Es un concepto de lo más simple. Aterrorizar a los inocentes. Cuanto más despiadados se muestren, mejor captaremos su cólera. ¿Y acaso no son los novelistas, Bill, quienes (mejor que nadie, mejor que ninguna otra clase de escritores) saben comprender esa cólera, saben en lo más íntimo de su ser lo que los terroristas piensan y sienten? A lo largo de la historia, han sido los novelistas los únicos que han sentido afinidad hacia el individuo violento que permanece oculto en las tinieblas. ¿Hacia dónde diriges tus simpatías? ¿Hacia la policía colonialista, hacia el ocupador, hacia el rico terrateniente, el gobierno corrupto y el estado militarista? ¿O hacia el terrorista? Y no reniego de esa palabra, aunque se le puedan conceder un centenar de significados. Es la única que cabe utilizar honestamente.

La servilleta de Bill descansaba frente a él, hecha una bola. Los dos hombres le observaron mientras depositaba el fragmento de cristal en una arruga del tejido. Brillaba como la arena, como la arena de guijarros verdosos que identificamos con la niñez, con las magulladuras y los cardenales, con los dedos lacerados por las puntas malas. Se sentía sumamente fatigado. Escuchó la conversación entre Charlie y el otro hombre. Sentía el peso del viaje, la apatía y vaguedad de encontrarse en un lugar que no representaba nada para él, de resultar invisible frente a sí mismo, de dormir en una habitación que luego no sería capaz de reconocer aunque le mostraran una fotografía de ella.

—El primer incidente no tuvo importancia, puesto que se limitó a una serie de llamadas telefónicas —decía George—. El segundo incidente no tuvo importancia, puesto que no murió nadie. Para ti y para Bill se limitó a un trauma. Por lo demás, pura rutina. Hace unos años, un grupo neonazi alemán inventó el eslogan «Cuanto peor, mejor». El eslogan de los medios de comunicación occidentales. Por el momento, carecéis de identidad, no sois más que víctimas sin público. Dejaos matar y acaso se fijan en vosotros.

Por la mañana, Bill desayunó en un pub cercano a su hotel. Descubrió que, a pesar de ser poco más de las siete, era posible pedir una pinta de cerveza para

acompañar sus huevos con jamón debido a que era el turno de almuerzo de los obreros del mercado de carne. La mesa contigua se hallaba ocupada por médicos del hospital de San Bartolomé, ataviados con sus batas blancas. Observó el corte de su mano. Parecía estar cicatrizando sin problemas, pero no deja de ser reconfortante saber que hay un doctor en las cercanías en caso de que uno precise consejo o ayuda. Cuando se sufren cortes o laceraciones, los mejores hospitales a los que uno puede acudir son las instituciones antiguas bautizadas con nombres de santos. Aún no han olvidado cómo tratar las heridas clásicas de los cruzados.

Extrajo una libreta de notas y apuntó el importe del desayuno y del taxi de la noche anterior. Su piel aún conservaba el eco de la explosión.

Avanzado el día, acudió a la cita que tenía con Charlie frente al Chesterfield. Caminaron por Mayfair bajo un perezoso resplandor de luz cálida. Charlie iba vestido con un *blazer*, pantalones de franela gris y zapatos de color azul y hueso atados con cordones.

—He estado hablando con un tal coronel Martinson o Martindale. Le dije que pusiera todo por escrito. Es uno de esos viejos tecnócratas ingeniosos que tienen como única religión ser más listos que nadie. Se conoce todas las frases y todas las jergas. Los que conocen el idioma de los listos nunca se resfrían, ni les ponen multas, ni se mueren.

—¿Iba de uniforme? —inquirió Bill.

—Demasiado listo para eso. Dijo que hoy no habría conferencia de prensa. No había suficiente tiempo para encontrar un sitio seguro. Dijo que nuestro amigo George forma parte de una interesante clase de académicos. Su nombre figura en una libreta de direcciones hallada en un apartamento registrado por la policía en algún lugar de Francia... una fábrica de bombas. Y ha sido fotografiado en compañía de líderes terroristas bien conocidos.

—Todo asesino cuenta con su portavoz.

—Y tú eres casi tan listo como el coronel. De hecho, te mencionó. Dijo que deberías coger un avión y marcharte a casa. Él se encargaría de arreglarlo todo.

—¿Cómo sabe que estoy aquí, o por qué estoy aquí, o quién soy?

—Se enteró a raíz de la primera serie de amenazas —dijo Charlie.

—Pensaba que mi presencia constituiría una sorpresa. Pero le dijiste a George que estaba aquí. Y ahora, a este coronel con bigote de cepillo.

—Tenía que dar el nombre de todas las personas invitadas a la conferencia. Por las llamadas. La policía exigía una lista. Y la verdad es que se lo dije a George el día anterior porque pensé que ayudaría. Cualquier cosa con tal de que sirviera de ayuda.

—¿Por qué quiere el coronel que me marche a casa?

—Afirma que ha recibido información según la cual podrías estar en peligro. Insinuó que serías mucho más valioso para el grupo libanés que el rehén que tienen ahora. Circula la opinión de que han ido a dar con un tipo demasiado poco conocido.

Bill se echó a reír.

—Todo esto es tan difícil de creer que apenas puedo creérmelo.

—Pero nosotros sí que nos lo creemos, por supuesto. No nos queda más remedio. No se enfrenta con ninguna de las leyes lógicas o naturales. Si resulta increíble, es tan sólo de un modo impreciso. Sólo la gente imprecisa insiste en la incredulidad, pero tú y yo no entramos en ese género. Comprendemos cómo se inventa la realidad. Una persona se sienta en una habitación y elabora un pensamiento y lo destila frente al mundo. Se permite cualquier reflexión. Y no existen ya morales o distinciones espaciales entre el pensamiento y la acción.

—Pobre infeliz, comienzas ya a hablar como yo.

Caminaron en silencio. Por fin, Charlie dijo algo del magnífico día que hacía. Escogían sus tópicos cuidadosamente, manteniéndose siempre en un hábil plano indirecto. Necesitaban algo más de espacio para que el tema se enfriara.

Finalmente, Bill dijo:

—¿Cómo planean convertirme en rehén?

—Oh, lo ignoro. Atrayéndote hacia Oriente Medio de un modo u otro. El coronel se mostró vago en ese punto.

—No podemos reprochárselo, ¿verdad?

—En absoluto. Dijo que el explosivo era Semtex H. Una cantidad controlada. Podían haber demolido el edificio, de haberlo deseado.

—El coronel debe de haber disfrutado al mencionar ese nombre.

—Se trata de un material que procede de Checoslovaquia.

—¿Sabías tú eso?

—No, no lo sabía.

—Para que veas lo estúpidos que somos.

—¿Dónde te alojas, Bill? En serio, tenemos que saberlo.

—Estoy convencido de que el coronel lo sabe. Límitate a organizar la conferencia. Yo he venido a leer unos poemas y es lo único que pienso hacer.

—Nadie quiere dejarse intimidar. Pero el hecho es que... —dijo Charlie.

—Me vuelvo a mi hotel. Te llamaré mañana a mediodía. Busca un nuevo emplazamiento y hagamos lo que hemos venido a hacer.

—Pienso que deberíamos cenar tú y yo juntos. Hablaremos de algo completamente distinto.

—Me preguntó de qué.

—Quiero ese libro, hijo de puta.

La gente se hallaba reunida en un descabellado espacio blanco dispuesto varios niveles por debajo de tuberías, extintores de techo y luces de posición, charlando y sosteniendo plateados cócteles en la mano. En los muros aparecían colgadas obras de rusos vivos, principalmente grandes lienzos de atrevidos colores, pintura de superpotencia, ambiciosa e impregnada de mensaje.

Brita se desplazaba a través de la muchedumbre, abriéndose paso de costado, alzando la copa en alto, percibiendo el intercambio de miradas, el modo en que los ojos consumen su alimento captando rostros, traseros, chaquetas de terciopelo, camisas de seda, el modo en que los cuerpos se inclinan involuntariamente hacia toda figura bien conocida que haga su aparición en la estancia, el modo en que la gente participa en un diálogo mientras presta atención a otro, el modo en que todos dirigen su energía a otro lugar diferente, a algún brillante destello en sus proximidades, toda la forma y el estado y la historia de esta breve hora de la verdad. Parecía existir cierto punto imaginario de interés común, cierto agrupamiento central y cambiante de conversación, si bien todos los presentes conservaban la consciencia de la calle que se extendía al otro lado de las lunas. En cierto modo, se hallaban allí para la gente de la calle. Sabían exactamente el aspecto que ofrecían a los peatones y conductores que pasaban frente a ellos, a los pasajeros que viajaban de pie en los autobuses atestados. Parecían flotar en un mundo exterior. No eran más que curiosos del arte, pero su aspecto era privilegiado e inviolable, como el de almas trascendentales iluminadas frente a la noche que avanzaba. Compartían una inmovilidad propia, una afilada calidad de aguafuerte que proporcionaba a aquella escena casual un derecho adquirido de permanencia, como si creyeran que aún podrían estar allí transcurridas mil noches más, limpios e ingrátidos, despertando una leve admiración en los transeúntes.

Le costó algún trabajo alcanzar el cuadro que tanto la había atraído. Una serigrafía sobre lienzo con unas medidas aproximadas de un metro y medio por uno ochenta. Se titulaba *Gorby I* y mostraba la cabeza y los hombros del presidente soviético dispuestos frente a un dorado fondo bizantino formado por las manchas de diversas pinceladas expresivas y señaladas por la textura del tiempo. Su piel mostraba el rubicundo color del maquillaje televisivo, y aparecía adornada por un cabello rubio, unos labios pintados de rojo y una sombra de ojos de color turquesa. Tanto su traje como su corbata eran de un intenso color negro. Brita se preguntó si aquella pieza no sería aún más warholiana de lo que se esperaba de ella, como algo situado entre la parodia, el homenaje, el comentario y la apropiación. En unos pocos kilómetros cuadrados a la redonda de aquella galería habitaban seis mil expertos en Warhol, y aunque ellos ya se habían encargado de decirlo todo y de sugerir todos los argumentos posibles, Brita pensó que le parecía detectar en aquel cuadro una manifestación máxima de la solubilidad del artista y la exaltación de la figura pública, de hasta qué punto es posible fundir entre sí las imágenes, la de Mijaíl Gorbachev con la de Marilyn Monroe, y apropiarse de las auras, la Dorada Marilyn y el Blanco-cadáver de Andy, y acaso otras seis cosas más. En cualquier caso, no resultaba divertido. Se había molestado en atravesar la estancia para contemplar de cerca aquel divertido icono fotográfico pintado por encima para encontrar que no resultaba divertido en absoluto. Quizá debido al traje de sepulturero que llevaba Gorby. Y la sensación de que los apelmazados polvos faciales y el color amarillo-

limón de los cabellos no eran sino una imitación de la muerte a través de los cosméticos. Y el eco mismo de Marilyn y el hechizo necrófilo que impregnaba la obra de Andy. Brita le había fotografiado años atrás y ahora una de sus fotografías colgaba en una exposición montada unas pocas manzanas más abajo, en Madison Avenue. La imagen de Andy sobre lienzo, masonita, terciopelo, papel y acetato, Andy con pintura metálica, con pintura serigráfica, con lápiz, polímero, pan de oro, Andy en madera, metal, vinilo, algodón y poliéster, bronce pintado, Andy en postales y en bolsas de papel, en mosaicos fotográficos, en series múltiples, en transparencias teñidas, en copias de Polaroid. La cicatriz de Andy, la fábrica de Andy, Andy posando de turista en Pekín frente al gigantesco retrato de Mao expuesto en la plaza principal. Le había dicho a Brita, «El secreto de ser yo reside en que sólo estoy aquí a medias». Y ahora estaba allí por completo, reprocesado a través de cadenas de existencia pintadas, escudriñando la multitud desde un par de bruñidos ojos rusos.

Brita oyó a alguien pronunciar su nombre. Se volvió y vio a una mujer joven vestida con una chaqueta vaquera que silabeaba lentamente la palabra Hola.

—Escuché el mensaje que dejaste en el contestador diciendo que quizá estarías aquí alrededor de las siete o las ocho.

—Lo dejé para la persona con quien he quedado para cenar.

—¿Te acuerdas de mí?

—¿Te llamabas Karen?

—Que qué hago aquí, ¿no?

—Creo que temo preguntártelo.

—He venido en busca de Bill —dijo.

Tendido sobre la cama, con los ojos abiertos en la oscuridad. Podía oír gemidos intestinales procedentes de su costado izquierdo, allí donde los gases describen una curva cerrada al alcanzar el ángulo del bazo. Sentía la presencia de una masa de flema bamboleándose en su garganta, pero no quería levantarse de la cama para expulsarla, así que decidió tragarse aquella porquería, aquel amasijo resbaladizo y viscoso. Así era la textura de su vida. Si algún día alguien escribe su verdadera biografía, hallará que no es sino una crónica de punzadas causadas por los gases, palpitaciones cardíacas, dientes que rechinan, mareos y alientos disimulados, con detalladas descripciones de Bill abandonando su mesa para dirigirse al cuarto de baño a escupir mucosidades, y veremos fotografías de coágulos elipsoides formados por células, agua, lodos orgánicos, sales minerales y manchas de nicotina. O descripciones igualmente largas y detalladas de Bill quedándose donde está y tragándose todo. Ésas eran sus opciones, sus días y sus noches. En la vida solitaria existía una tendencia a coleccionar momentos que, de otro modo, se habrían desvanecido en el violento alboroto y oscilación de un cuerpo al atravesar calles y habitaciones llenas de gente. Vivía profundamente inmerso en aquellas pausas

peculiarmente cósmicas que se aferraban a él. Era como una industria sedente de pedos y eructos. A eso se dedicaba para ganarse la vida: a permanecer sentado y expectorar mucosidades y flatos. Se vio a sí mismo contemplando los cabellos enterrados en su máquina de escribir. Se inclinó sobre sus pastillas ovaladas, oyendo el corte granuloso de la hoja. Su insomnio le llevó a recordar por orden la lista de bateadores de los Indians de Cleveland en 1938. Ahí estaba el verdadero hombre, despierto a causa de sus fantasmas. Los vio salir al campo, inundados por el amplio optimismo de aquellos viejos uniformes y aquellos diminutos guantes blanqueados por el sol. Los nombres de aquellos jugadores constituían sus oraciones nocturnas, su reverente súplica a Dios, elaborada con palabras eternamente inmutables. Atravesó el vestíbulo para orinar o escupir. Se detuvo ante la ventana, soñando. Ése era el hombre que veía como sí mismo. El biógrafo que no examinara aquellas cosas (tampoco es que fuera a existir nunca tal biógrafo) jamás podría intuir los embalsamientos ni las extrañas profundidades de la auténtica vida de Bill.

Su libro, ligeramente oloroso a saliva infantil, estaba al otro lado de la puerta. Le oyó gemir solemnemente, produciendo el mismo sonido grave que brotaba de sus tripas.

Por la mañana llamaron a la puerta. Bill estaba sentado en una butaca, vestido a excepción de sus zapatos y calcetines y ocupado en cortarse las uñas de los pies, de un color sepia. El visitante era George Haddad. Bill apenas se sintió ligeramente sorprendido. Regresó a la butaca y reanudó su tarea. George permaneció en un rincón desnudo de la habitación con los brazos cruzados.

—Pensé que podríamos hablar —dijo—. Me pareció notar que nos hallábamos algo inhibidos en presencia del señor Everson. Por otra parte, resulta difícil desarrollar un diálogo productivo cuando no hacen más que estallar bombas alrededor de uno. Y, además, es imposible hablar en Londres. Constituye el más reciente agujero verbal de todo el mundo occidental.

—¿De qué tenemos que hablar?

—No será posible salvar a este joven. Ni siquiera liberarle. No puede ser salvado. Su vida está en peligro a no ser que podamos trabajar sin presiones de la organización y sin la constante presencia de la policía.

—Dijiste que su libertad dependía de los medios de comunicación. ¿Vamos a trabajar sin ellos?

—Londres ha fracasado. Aquí cada uno viene con su propio guión. Nadie habla de ideas. Creo que tendríamos que reducir la escala de esta operación.

—De eso ya se ha encargado la bomba.

—Reducirla de un modo drástico. Tú y yo tenemos que confiar lo bastante el uno en el otro como para empezar de nuevo, solos, en otro lugar. Actualmente, vivo en Atenas. Dirijo un seminario en el Instituto Helenístico Norteamericano. Es muy posible (no puedo prometerlo, pero es muy posible) que pueda organizarte una entrevista con el único hombre que puede literalmente abrir la puerta del sótano y

permitir la partida del rehén.

Bill no dijo nada. Transcurrieron unos instantes y George se sentó en una butaca próxima a la ventana.

—Hay una cosa que quería preguntarte la otra tarde, durante la cena.

—¿De qué se trata?

—¿Utilizas un tratamiento de textos?

Bill tenía el pie derecho doblado en el interior de su mano izquierda e intentaba introducir la hoja curvada de las tijeras bajo un repliegue interior formado en la gruesa uña del dedo gordo. Hizo una breve pausa, frunció los labios y sacudió la cabeza negativamente.

—Porque yo encuentro que me sería imposible trabajar sin uno. Mover palabras, párrafos, mover cien páginas seguidas, además de la posibilidad de realizar correcciones instantáneas. Cada vez que preparo el material de mis conferencias descubro que la máquina me ayuda a organizar mis propios pensamientos, que me proporciona textos que luego son susceptibles de revisión. Hubiera pensado que un tratamiento de textos habría constituido una bendición para un hombre que rehace y retoca tanto como tú.

Bill negó una vez más con la cabeza.

—Evidentemente, me he preguntado qué ganas tú con viajar a Atenas en unas circunstancias que podrían calificarse de... ¿cómo quieres calificar las actuales circunstancias, Bill?

—Tenebrosas.

—Me he preguntado a mí mismo: ¿Por qué tendría que acceder? ¿Qué gana él con todo esto?

—¿Y a qué respuesta has llegado?

—No ganas nada. No existe la menor garantía de que se pueda conseguir nada. No hay más que riesgo. Cualquier consejero procuraría subrayar la posibilidad de correr un peligro personal.

—Necesitaría comprarme una camisa —dijo Bill.

—En Atenas podríamos hablar. Bajo su ritmo frenético existe algo que en mi opinión induce a la razón y a la calma, a la solución de cualquier diferencia. No es que piense que tú y yo mantenemos desacuerdos profundos a nivel de ideas. De hecho, justamente lo contrario. Sostendremos un diálogo, Bill. Con total libertad. No habrá nadie que venga a dirigir las pautas ni a amenazarnos con ultimátums. Desde mi terraza se contempla una amplia vista.

Bill desayunó con los médicos. Poco antes del mediodía hizo la maleta, se detuvo en el umbral de la puerta y recorrió la habitación con la mirada para asegurarse de que no olvidaba nada. Descendió al vestíbulo, pagó la cuenta y anduvo un par de manzanas hasta la parada de taxis. Mire a la izquierda. Mire a la derecha. Imaginó a Charlie, sentado frente a un espejo, anudándose una reluciente pajarita y esperando a que sonara el teléfono. Un taxi dobló la esquina y se dirigió hacia él mostrando el

intenso resplandor de su oscura superficie. Entró en el vehículo, bajó la ventanilla y se reclinó sobre el asiento. Por primera vez, pensó en el rehén.

X

Ya casi a finales de mayo, Scott seguía redactando listas; listas de cosas que había que hacer, haciéndolas, revisando proyecto por proyecto, habitación por habitación. Claro está que las listas de cosas también eran cosas. Cualquiera de los puntos de una lista podía generar toda una lista nueva. Sabía que si no iba con cuidado corría el riesgo de verse empantanado en una teoría de listas y perder de vista las cosas que realmente había que hacer. Hallaba placer en la pulcritud y el orden de las listas. En hacer las listas, en tachar cada punto de ellas a medida que las tareas iban siendo realizadas. Un placer íntimo y completo, un modo de avanzar hacia una nueva realidad.

Sabía dónde estaba Karen, pero aún ni una palabra del hijo de puta de Bill.

Recorrió la casa, anotando las cosas que había que hacer, determinado a hacerlas, facturas, correo, pequeñas grietas que rascar y remozar, reordenar todos los papeles. El sentido de aquellas listas de tareas parecía consistir en que tan pronto uno llevaba a cabo cada una de ellas y tachaba la entrada correspondiente, tan pronto como uno podía arrugar y tirar todas las listas, lograba al fin hallarse inmerso en una sensación de autoconfianza dentro de un entorno libre de listas, aislado del contacto exterior; uno se había probado a sí mismo que podía salir adelante por sí solo.

Estaba sentado frente a la mesa del estudio, limpiando la máquina de escribir. Sopló sobre las teclas, sirviéndose de un trapo húmedo para eliminar el polvo y la pelusa de la almohadilla de fieltro. Abrió el cajón de su izquierda y recordó el siguiente punto importante de la lista, un plan destinado a reorganizar el correo de los lectores. El cajón contenía un par de relojes de pulsera y unos cuantos sellos, gomas elásticas, gomas de borrar y monedas extranjeras.

Bill no era un novelista de listas. Pensaba que las frases perdían su peso y su intención si se alargaban demasiado, y no parecía hallar la menor alegría instintiva en denominar y enumerar, en penetrar la relación existente entre las cosas y las palabras, entre esas frases veladas que latían con una nueva exuberancia.

Scott permaneció inmóvil, contemplando los gráficos de las paredes, las líneas básicas del largo libro de Bill. En los ocho años que había pasado allí, nunca había podido verlo con tanto detalle. Grandes hojas remendadas repletas de místicos garabatos. Incluso la cinta adhesiva que fijaba el papel a la pared aparecía descolorida por el sol y comenzaba a despegarse. Resultaba interesante estudiar todo aquello, todas aquellas flechas y trazos y pictogramas, aquellas líneas que conectaban entre sí elementos no relacionados previamente. Todo ello parecía destilar algo bravo y primitivo. Al menos, así le parecía a Scott a medida que examinaba cada una de las páginas. Temas y caracteres intentando aproximarse los unos a los otros, unidos por círculos y líneas alargadas, una necesidad obsesiva de entrar en contacto y mantenerlo. El libro de Bill, penosamente laborioso. Y la voz rasposa del propio Bill en una de sus diáfanos semiborracheras de años anteriores, diciendo, «Las historias

carecen de sentido si no logran absorber nuestro terror».

Charles Everson no devolvía las llamadas. Tampoco es que supiera dónde estaba Bill, ni que tuviera intención de decírselo a Scott de haberlo sabido. Nadie lo sabía. Desde el punto de vista de Scott, en ello residía la esencia de su desaparición. Scott la entendía como una especie de muerte simulada.

Se sentó nuevamente ante la mesa. Acercó el rostro a las teclas y sopló con fuerza.

Bill se había dejado fotografiar no porque quisiera abandonar su retiro, sino porque quería ocultarse aún más profundamente, quería revisar las características de su aislamiento, necesitaba esa crisis de exhibición para que le proporcionara un poderoso motivo que le permitiera intensificar su desaparición. Años atrás, habían circulado historias acerca de su muerte, Bill estaba en Manitoba, Bill vivía con nombre falso, Bill no volvería a escribir una palabra más. Eran las historias más viejas del mundo, y no se referían tanto a Bill como a la necesidad de la gente de elaborar misterios y leyendas. Ahora, Bill estaba elaborando su propio ciclo de muerte y resurrección, lo que hacía a Scott pensar en los grandes líderes que logran regenerar su poder a base de desaparecer de nuestra vista para luego escenificar mesiánicos retornos. Mao Tse Tung, por supuesto. Mao había sido declarado muerto numerosas veces por la prensa; muerto o senil o demasiado enfermo para dirigir una revolución. Scott había topado recientemente con una fotografía de Mao tomada en el curso de su célebre recorrido de quince kilómetros a nado, realizado poco después de una larga ausencia. La vieja cabeza esponjosa de Mao surgiendo del Yangtse, cómica como la de un diosecillo.

Abrió el cajón de su derecha y halló unas cuantas monedas extranjeras más, algunos sujetapapeles y unos permisos de conducir caducados. Sabía dónde estaba Karen, en Manhattan, desprovista de expresión y con todos los receptores en funcionamiento. El siguiente punto importante de la lista eran las cartas de los lectores, cómo sacarlas de su orden cronológico y estructurarlas geográficamente, país por país, estado por estado.

Acercó el rostro a las teclas y sopló.

Alzó la parte anterior de la máquina de escribir y deslizó el trapo húmedo sobre la almohadilla, eliminando polvo y pelusa.

Mao utilizaba fotografías para anunciar su regreso y demostrar su vitalidad, para reinspirar la revolución. El retrato de Bill era el anuncio de su muerte. Su imagen aún no había sido publicada y ya había desaparecido. Aquello representaba el punto crucial que necesitaba para desaparecer por completo, incluso frente aquellos a los que había amado y en quienes había confiado todos estos años. Regresaría a su modo, viviendo en otro lugar aún más remoto, disfrazado de algún modo. Scott pensó que la fotografía acaso le hiciera parecer más viejo. No en la propia imagen, sino en sí mismo, frente al hecho de la fotografía. Su imagen representaría un medio de transformación. Le mostraría el aspecto que ofrecía frente al mundo y le

proporcionaría un punto de partida fijo. Las imágenes de nuestras facciones nos obligan a elegir. Viajamos hacia el interior o hacia el exterior de nuestras fotografías.

Abrió el cajón central y halló un cepillo negro y estrecho, unos cuantos sellos, unas gomas elásticas entre las que se veían algunos antiguos peniques de plomo y una botellita de líquido corrector.

Bill regresaría a su libro. Ahí descansaba la esencia de su regreso. Reanudaría su trabajo con nuevas energías, lo abriría, desentrañaría y desnudaría de todos los modos posibles. Se ha convertido en un hombre nuevo. Posee el poder de los secretos reconstruidos. Scott le imaginaba inclinado sobre una mesa, trabajando los viejos territorios vírgenes de la palabra.

Alzó la tapa de la máquina de escribir y limpió los tipos con el cepillo negro.

Acercó el rostro a las teclas y sopló.

La vida de Karen carecía de punto de referencia con Bill ausente. Sin él, giraba a la deriva. Scott la echaba de menos en todos los sentidos. Allí estaba, solo, con su cuerpo memorizado, con aquella forma eterna, aquella cadencia, aquel modo que tenía de arquearse y retorcerse, con los ojos embotados frente al terror de aquello cada vez más próximo, seguido por el sonido que descendía sobre el último impulso contenido por ambos. En su mente, aparecía todo reducido a un montón de astillas. Medio la detestaba por un lado, y por el otro deseaba fervientemente su regreso. Ella representaba su único amor, su asombro rutinario, alguien en quien podías soñar como tu hermana para luego despertarte y hallarla tendida en la cama junto a ti sin que en ello hubiera vergüenza ni contradicción. Cada vez que la muchacha oía crujir el entarimado creía que se enfrentaban a un ataque armado. Siempre alerta frente a lo desconocido. Solía decirle, Si la gente supiera las cosas que pienso me encerrarían permanentemente. Nos encerrarían a todos, respondía él. Nos han encerrado ya. De un modo u otro, nos han encerrado a causa de nuestros pensamientos. Nos hemos encerrado a nosotros mismos, decía él. Hallamos placer en confeccionar listas. Las viejas teclas negruzcas mostraban las señales de largos años de ansiosa mecanografía. Cogió el trapo húmedo y fue limpiándolas una por una. Aquellas pequeñas misiones reparadoras contenían felicidad, contenían la dignidad que implica seguir adelante.

Encerrado en el reducto de su torreón, Everson no despegaba los labios. Mao flotando en su río. La noche anterior, Scott había visto en televisión unas cuantas secuencias rodadas por un turista en ciertas zonas rurales de China. Mostraban cosas extrañas, mostraban una reunión celebrada por cierta secta chino-cristiana junto a un río, en medio de una ascensión colectiva en la que jóvenes de ambos sexos se introducían en el agua con los brazos levantados, vacilando, girando sobre sus talones, arrastrados muchos de ellos por la corriente. La filmación era temblorosa y poseía una calidad delirante, una subjetividad anormal, esa textura efímera e imprevista de las tomas de aficionado que tan difíciles resultan de creer, pero los programadores empleaban recursos tales como la cámara lenta y la parada de imagen, y rodeaban las cabezas flotantes con círculos, y luego volvieron a reproducirla desde

el principio, aquella gente vestida casi por entero de blanco que penetraba en el río en grupos de dos y de tres, agitando aún los brazos cuando ya las cabezas habían desaparecido. Y Karen no está aquí para verlo. Menudo espectáculo para nuestra amiga Karen. Karen girando a la deriva. Contempló los esquemas de la pared. Podía archivar las cartas de los lectores geográficamente, o bien libro por libro, aunque había gran cantidad de misivas que se referían a ambos libros o que no mencionaban ninguno, el correo filosófico, las historias de vocaciones literarias, las verdades y las nulidades. Bill se estaba ocultando de su propia fotografía. Había organizado todo aquel maldito proceso del mismo condenado modo que había desarrollado una serie de enfermedades impresionistas que luego pudiera controlar a base de medicación.

Acercó el rostro a las teclas y sopló.

Abrió el cajón inferior de la derecha, el profundo compartimento diseñado para contener carpetas de archivo, y vio algunos pasaportes cancelados, unos cuantos libros de cheques ya fuera de uso, algunas tarjetas postales enviadas por su hija Liz.

Claro está que el regreso de Bill no resultaría completo sin Scott. Cuando llegara el momento, Bill se pondría en contacto con él. Una llamada telefónica, unas cuantas instrucciones cortantes. Scott se ocuparía de la casa y de su contenido, de todas las formalidades legales necesarias para venderla y cerrarla, y pasaría varios días empaquetando manuscritos y libros y enviándoselos a Bill y, por fin, adoptaría discretamente las últimas medidas y completaría las pequeñas tareas finales y se sentaría al volante frente a la larga noche para reunirse con Bill e iniciar un nuevo comienzo.

Había un paquete de cartas de la hermana de Bill. Sabía que Bill había crecido con una hermana mayor con la que había vivido en diversos lugares del Medio Oeste y de las grandes llanuras, pero la más reciente de las cartas databa de once años atrás, así que quizá ya había muerto. Halló la cartilla militar de Bill, algunas pólizas de seguros y un documento titulado Notificación del Registro de Nacimiento. En aquel trozo de papel se informaba de la existencia de un certificado de nacimiento conservado en la oficina del estado para el registro de estadísticas vitales, Des Moines, Iowa. Casi al final de la página aparecía un sello del Departamento de Comercio. La fecha del documento correspondía a la fecha de nacimiento de Bill, que Scott había visto repetidas veces en impresos y formularios, y el nombre del niño era Willard Skansey Junior.

Acercó el rostro a las teclas y sopló.

Trasladó la máquina de escribir y el resto de los objetos a la tapa del radiador y deslizó el trapo húmedo sobre la superficie de la mesa.

Al contemplar más detenidamente la cartilla militar comprobó que el nombre que aparecía en ella era el mismo que figuraba en el Registro de Nacimiento.

Bill no era un novelista autobiográfico. Era imposible hacer una recopilación de las creaciones de su forma de vida a base de investigar su obra en busca de pistas. Su savia y su médula, el afilado argumento de su espíritu podía aparecer vertido en una

página cualquiera escogida al azar, pero en ningún sitio era posible hallar una palabra acerca de sus comienzos, los lugares en los que había vivido o la clase de persona que había sido su padre.

Volvió a colocar la máquina de escribir sobre la mesa.

Un nombre de atracador de banco. O de duro pugilista de peso welter en los años treinta, peinado con la raya en medio. Un atracador de banco que se oculta temporalmente entre un trabajo y otro.

Leyó algunas de las cartas. Leyó las postales de Liz, contempló las fotografías de los pasaportes caducados y leyó los nombres de los lugares estampados en sus viejas y gruesas páginas, grabadas con un entramado. Leyó el resto de las cartas de su hermana Clair, acercando la silla a la ventana a medida que avanzaba el crepúsculo, tan sólo las noticias ordinarias del tiempo, de los niños, escritas sobre papel rayado con tinta de color azul pálido y letra de garrotillo.

Cuánto papel hay en esta casa.

A continuación, encendió la lámpara y se dispuso a trabajar en sus listas hasta la hora de cenar.

Habló con la mujer que vivía en una bolsa de plástico a media manzana de distancia de su edificio. Aquella persona sabía todo lo que había que saber de nudos y paquetes. Supervivencia significa que aprendes a estrechar el espacio que ocupas por miedo a despertar intereses antagonistas, y significa también que ocultas tus pertenencias en el interior de otras cosas de tal modo que parezca que posees un único objeto cuando en realidad se trata de muchas cosas amontonadas y atadas y colocadas una dentro de otra, un universo secreto de cosas, insusurrable, bolsas de plástico en el interior de otras bolsas de plástico, incluida la propia mujer, que también se encuentra allí dentro, empaquetada junto con sus posesiones.

Karen habló con ella sobre lo que comía, de si alguna vez probaba algo caliente, de si había algo que necesitara que ella pudiera conseguir. Pura conversación práctica. La mujer la contemplaba con sus ojos oscuros y tiznados, sin apenas ofrecer respuestas, revelando el hollín que penetra en las profundidades del rostro hasta convertirse en parte de la textura de la persona.

Resulta difícil descubrir un lenguaje para comunicarse con los desdichados. Basta una palabra fuera de lugar para que sus ojos conjuren el vacío.

Vio a un hombre que se abría paso entre los transeúntes del metro diciendo, «Tengo agujeros en los costados». Ni siquiera pedía dinero ni agitaba una taza de plástico. Tan sólo se desplazaba de vagón en vagón con el paso firme que uno aprende a adoptar cuando viaja en metro incluso cuando su cuerpo ya está destrozado. Intentó leer las instrucciones de actuación en caso de emergencia, escritas en español. «Tengo agujeros en los costados». Debe de haber algo en los túneles y criptas de la ciudad que hace que la gente se crea Jesucristo.

En la parte alta de la ciudad había escolares ataviados con corbata y bandas para el pelo. Habían estirado la parte correspondiente a la nuca para que encajara sobre la frente, con el nudo cerca de la oreja derecha y la parte principal colgando sobre el hombro. Disparando con las carteras. En otras palabras, alzando las carteras a la altura de la cadera como si fueran ametralladoras Uzi y diseminando un fuego imaginario a su alrededor con los labios fruncidos. Tan sólo los católicos regresaban a casa de uniforme. Recordaba a las monjas que conducían automóviles de tipo ranchera y cómo había caminado entre ellas durante los partidos de rugby. Vestían en blanco y negro; ella, en color.

Se producían roturas de tuberías de agua y explosiones de tuberías de vapor, con trozos de amianto volando por los aires, barro despedido desde los cráteres del pavimento y gente a su alrededor que decía, «Parece Beirut, es igual que en Beirut».

En el autobús, tienes que oprimir una estrecha cinta para indicar que deseas descender en la próxima parada. Inglés en los autobuses, español en el metro. Tiempo de urgencia para todos los hombres.

El saxofonista calzado con zapatillas blancas tocaba profundamente agachado sobre sí mismo, sosteniéndose en equilibrio sobre los dedos de los pies, elevando las rodillas dobladas, casi rozando el suelo con el metal colgado de su cuello, autobuses, automóviles, camiones, revistas en venta sobre la acera, antiquísimos ejemplares de *Life* y de *Look*, viejas portadas generosas, inspirando lástima y consuelo, perdonándonos los años transcurridos entremedias, y el saxo cierra los ojos y mueve la cabeza al ritmo del sonido.

En el ático, contempló una fotografía de refugiados en un campo de concentración; desde el centro hasta los bordes, la imagen se componía por entero de una muchedumbre de niños agrupados entre sí, muchos de ellos gesticulando con urgencia, mostrando las pálidas palmas de sus manos, todos ellos mirando en la misma dirección, niños con la cabeza descubierta, de rostros negros, de palmas en las que se refleja el resplandor, y uno sabe que fuera de los bordes existen muchos miles más, pero entre la masa de aquellos centenares visibles en la imagen, apretados entre sí y haciendo señas a la cámara, entre aquel sofocante cuadro de niños amontonados, pudo detectar la presencia de un único adulto de rostro preocupado, una cabeza de hombre que aparecía cubierta con una gorra de punto en la esquina superior derecha, con una mano cerca de la frente, quizá defendiendo los ojos del resplandor. Todos los niños miran en la dirección aproximada en que se encuentra la cámara, pero él aparece de pie, en sentido diagonal, escudriñando algo que ocurre sobre las cabezas, más allá de los bordes de la fotografía. No tiene aspecto de oficial ni de líder. Forma parte de la masa pero se encuentra perdido en ella, pegado a una página llena de niños gesticulantes, y en ningún lugar de la imagen se distingue el más mínimo atisbo de suelo, cielo u horizonte, tan sólo cabezas y manos, y se preguntó si aquellos gestos solicitaban comida, échenos comida, todas aquellas muecas de chiquillos frente a la cámara. ¿Acaso hay camiones llenos de alimentos al otro lado de la cámara o tan sólo

dirigen sus ademanes a ella, a la cámara que les muestra una vía de acceso a la comida? Llega una persona provista de una cámara y piensan que significa comida. Y el hombre con aire perdido cuyo pensamiento no se halla en la cámara ni en la comida, sino en la multitud, en el modo de escapar antes de verse pisoteado por ella.

—No me importa que te quedes una temporada —dijo Brita—. Pero ambas sabemos que un día de éstos tendré que echarte y será más bien pronto que tarde. Por eso te adelanto que por aquí no vas a encontrar a Bill.

—No he venido a ver si me lo encontraba por la calle. Sencillamente, necesitaba alejarme temporalmente de Scott. Estoy buscando a Bill mentalmente, intentando adivinar dónde podría hallarse.

—¿Y Scott y tú?

—Quiero realmente a Scott en la mayor parte de los sentidos importantes. Dios mío, eso suena horrible. Olvida que lo he dicho. Ocurre sencillamente que dejamos de hablar como solíamos hacerlo. De hecho, carecíamos de las fuerzas necesarias para dirigirnos la palabra. Acordamos tácitamente que dejaríamos que la situación se estropeará al máximo y que ya veríamos qué pasaba. Era una cuestión de dejarlo pudrirse deliberadamente. Completamente solo en casa de Bill. Y ésas son las dos personas que mantenían una constante planificación cotidiana para hacer las cosas. Las que solían hablar ex cátedra.

Brita se marchó a hacer unas cuantas fotografías de escritores y le dejó las llaves y algo de dinero. Dio a Karen instrucciones verbales y escritas para alimentar al gato, hacer funcionar los cerrojos y la alarma y dejó números de teléfono y fechas: San Francisco, Tokio y Seúl.

En la calle, pudo experimentar un aura de premonición, una sensación de que ella misma brillaba, de que los automóviles y la gente brillaban, un estremecimiento eléctrico a lo largo del brazo y, por fin, la certeza completa del dolor, el dolor que la rodeaba por completo, vertiéndose desde las neuronas, un recorrido cerebral tan profundo que amenazaba con rasgarle la piel. Durante unos segundos, acaso medio minuto, no pudo ver, o tan sólo pudo ver un resplandor, una sombra blanca e intensa, y permaneció aturdida donde estaba, esperando que reapareciera la calle para poder salir del resplandor y regresar a las superficies y a los objetos y a los nombres con que los denominamos.

Tomó un taxi para regresar al edificio. Comenzó a tomar taxis aquí y allí, vehículos amarillos conducidos por tipos con nombres fantásticos procedentes de Haití, Irán, Sri Lanka, Yemen... nombres tan asombrosos que no siempre lograba adivinar si estaban impresos en el orden correcto de nombre y apellidos o al revés. Karen hablaba con ellos. Estaba en una ciudad de rostros desbordantes y necesitaba hallar modos de diferenciarlos. Un hombre le dijo que era de Yemen, y ella intentó imaginar dónde podría estar aquel lugar. Habló con sijs y con egipcios, bien a través de la pantalla divisoria, bien acercando la boca al cajón de las monedas, haciéndoles preguntas familiares o relativas a sus prácticas religiosas, ¿oraban quizá en dirección

al Este?

Veía fotografías de niños desaparecidos impresas sobre bolsas de la compra y cartones de leche, en carteles pegados sobre las paredes de los edificios, y luego uno oía hablar de mujeres que regalan a sus recién nacidos, que abandonan a las criaturas en cubos de basura. Llegó a un parque, podía verlo desde el taxi. Contempló la vida normativa del planeta, los hombres y mujeres de negocios que atravesaban las calles bajo las torres de cristal, una vida centrada en tomar autobuses que te transportan a destinos lógicos, la turbada superficie de un constante seguir adelante. Vio cuerpos durmientes en los túneles y las rampas, las cabezas ocultas, los pies sucios, estrechando contra las rodillas objetos cuidadosamente envueltos.

Sony, Mita, Kirin, Magno, Midori.

Vio a aquellas personas de rostros tiznados empujando carritos de la compra llenos de bultos y pensó que eran como santos peregrinos que marcharan eternamente, si bien pensando cada vez más en cómo superar los diez minutos siguientes, conscientes por fin de sus prioridades, a paseo Jerusalén.

Comenzó a formarse imágenes de personas desplomándose en la calle. Veía pasar a un hombre y de repente lo imaginaba con la cabeza cortada, quién sabe, levantándose aturdido. O veía a un hombre descender de la acera y se construía la imagen de un automóvil avanzando hacia él hasta verle tendido y ensangrentado en la calzada.

Llegó a aquel parque. Sitios ante los que detienes tu marcha cuando llegas frente a ellos. Una ciudad de tiendas. Cabañas y cobertizos, no le salía la palabra; chabolas; chabolas tapadas con plástico de color azul y un entramado de cajas y contenedores marítimos en los que vivía gente. Un campo de refugiados, o acaso el extremo más destartado de cualquier zona polvorienta. Había una plataforma con el escenario acolchado, unos cuantos cuerpos que se estiran, un trozo de acolchamiento que se incorpora súbitamente y nos muestra a un hombre arrodillado escupiendo sangre. Caminaba con una especie de ritmo oscilante, manteniendo las piernas rectas, como si quisiera burlarse de su propia curiosidad tímida u ocultar su sobrecogimiento. Sangre fibrosa despedida por su boca. Cuerpos arrojados sobre los bancos, mantas puestas a secar sobre la verja de la piscina infantil. Y refugios improvisados envueltos en azul, cabañas de cajas, estufas de carbón y espejos de afeitarse, humo elevándose de las hogueras encendidas en bidones de aceite. Un mundo aparte pero poderosamente presente, un conjunto de imágenes trituradas dotado de aliento y de carne, de un lenguaje omnipresente que sonaba como un inglés multilingüe, como un inglés de impulsos atropellados, descuartizado y cocinado. Gente que ya ha alcanzado la etapa de los harapos, algunos algo mejor equipados, pertenencias embaladas en cajas de leche y carritos de la compra. Vio a un hombre sentado sobre una butaca desvencijada frente a su contenedor; hasta que la imagen se consolidaba, parecía el esbozo de cualquier residente normal sentado en una calle oscura. Hablaba consigo mismo en tono cotidiano, un hombre con cierta educación, dotado de una historia de posesiones

y relaciones, eso era evidente. Hablando inteligentemente consigo mismo, diciéndose cosas con sentido común. Cuando vio a Karen frente a él, pasó a dirigirse a ella directamente, como si llevaran ya un rato sosteniendo aquella conversación. Desde donde estaba, a cierta distancia de la plataforma, podía ver más cuerpos que se movían, oía las toses, y advirtió que todo el escenario se hallaba cubierto de mantas y colchones y que había personas moviéndose por doquier, como una onda gimiente que se extendiera con lentitud, o sin moverse, o absolutamente inmóviles, formas semicompletas, corazones palpitantes, rostros y nombres.

Tenía que caminar lentamente para adaptarse a su sobrecogimiento. Regresó a casa para dar de comer al gato pero volvió de inmediato, diciendo plaza Tompkins en un taxi jamaicano. Acaso cuatro hectáreas llenas de palomas caminando en todos los sentidos sin que una sola de ellas alzara el vuelo e incluso cuando intentó diseminar a varias de ellas con el pie se limitaron a apartarse un poco en el mejor de los casos sin batir un ala. Gente formando pequeños y grandes grupos, esperando el crepúsculo. Alguien asaba carne atravesada en un espetón y a poca distancia se desarrollaba una pelea en la que un hombre y una mujer empujaban a un anciano, haciéndole retroceder; el viejo intentando golpearles las manos, saltando como un gato, dando media vuelta, cayendo con fuerza al suelo. El escenario parecía absorber la totalidad del episodio. Constantemente, cosas que se desvanecen, difíciles de retener. Pasó un minicoche patrulla, como una caricatura de Bombay.

Al caer la noche se halló a sí misma hablando con un muchacho alto vestido con una camiseta en la que aparecían representadas varias botellas de Coca-Cola, hilera tras hilera. Vendía marihuana junto al parque, repitiendo, *Hierba hierba hierba hierba*. El volumen de su voz descendía a medida que canturreaba hasta concluir en algo similar al bufido de un gato. La gente que pasaba junto al tal Omar. Tenía el rostro alargado, la frente inclinada, la barbilla escasa y los tupidos cabellos tan pegados al cráneo, tan claramente definidos y tan separados por la raya que mostraban la precisión y el contraste de un mapa.

El anciano seguía en el suelo, intentando extraer algo del bolsillo trasero. Llegó un viejo blanco ataviado con un abrigo andrajoso, una gorra de béisbol y unas zapatillas de baloncesto, y ambos se pusieron a conversar.

Omar dijo:

—Sin embargo, a veces aparece una PEA y viene la policía con fusiles antidisturbios y luces que te ciegan.

—Con toda la parafernalia.

—Tienen un fusil que te dispara cincuenta mil voltios. Te sorprendería ver hasta qué punto la mayoría de las veces no consigue más que atontar un poco al tío. Y si vuelven a dispararle, vuelve a ponerse de pie. Es la adrenalina.

—¿Qué es una PEA?

—Persona emocionalmente alterada. A la gente le pasa a veces por tomar metadona y cocaína. Una combinación entre la adrenalina y la temperatura de uno.

Cuando dicen que vuelas no podrían describirlo mejor.

Sobre el escenario, seguía incorporándose gente; otros se iban a dormir, o permanecían sentados con la mirada fija, subiendo la cremallera de los sacos de dormir y fumando cigarrillos, todo ello bajo un zumbido constante de afirmaciones y respuestas que hicieron a Karen pensar en oraciones formales, en protocolos de medias palabras, en gritos proferidos en sueños, en el esfuerzo de tomar aliento seguido por una maldición. Fragmentos de una bandera norteamericana pegados al plástico azul de una chabola escorada. Una mujer y un hombre permanecían sentados bajo una sombrilla de playa. Otra mujer se ocupaba en pelar una naranja. Sobre un banco dormía un hombre descamisado cuyo color de pelo, hombros y espalda eran idénticos a los de Bill.

Oyó a Omar que decía, *A diez centavos la bolsa a diez centavos la bolsa a diez centavos la bolsa.*

Alguien salió arrastrándose de una caja, se puso en pie con gesto tembloroso y echó a andar tras ella, pidiendo, acosando, dejando derrapar su voz con tono mezquino y, por primera vez desde que había llegado, notó que podían *verla*, que la zozobra de aquel lugar no conseguía ocultarla. Aquello no era un parque público, sino una especie de zona de vida o muerte en la que todo se medía según su valor. Advirtió que la *veían*. Aquello la impresionó. Entregó un dólar al hombre, que se detuvo, lo estudió, lo contempló con rencor y continuó hablando consigo mismo entre las sombras.

Oyó una voz al otro lado de la verja, una mujer que decía claramente, «Qué maravillosa noche de primavera», y la animación y deleite de su voz, la distancia recorrida por aquel puñado de simples palabras, sobresaltaron a Karen.

Se preguntó qué habría sucedido si el hombre que la seguía no se hubiera detenido cuando le entregó el dólar. Se preguntó qué hubiera pasado de no haber existido una suma precisa con la que mantenerle apartado.

—Una vez que vives en la calle, ya no existe otra cosa que la calle —le dijo Omar—. ¿Sabes a qué me refiero? Toda esta gente tiene una cosa de la que pueden hablar o en la que pueden pensar: el agujero en el que viven. Cuanto más pequeño el agujero, más ocupa tu vida. ¿Sabes a qué me refiero? Si vives en una puñetera mansión, apenas piensas en ella un par de veces al mes, diez segundos en total. Pero si vives en un agujero, te ocupa el día entero. Y si te lo reducen a la mitad, te cuesta el doble de trabajo mantenerlo habitable. Todo esto que te cuento lo he observado yo.

Imaginó los cuerpos encogidos en el interior de las tiendas y las chabolas, envueltos y atados, numerosas cosas ocultas como si fueran una sola, cosas en el interior de otras cosas, dentro de un sistema de vida eternamente plegable. Atravesó el parque de Este a Oeste escuchando el rumor y el murmullo de las almas dormidas.

Por la mañana, inició la búsqueda de botellas y latas recuperables, cualquier cosa que pudiera encontrarse en los cubos de basura o junto al bordillo de la acera, en las bolsas de desperdicios que se amontonaban en los callejones traseros de los

restaurantes. Botellas, sobres de cerillas, zapatos viejos, cualquier resto cultural utilizable que pudieran encerrar las sombras. Llevó todas aquellas cosas al parque para dejarlas frente a las puertas de las chabolas o arrojarlas a su interior como si tuviera la garantía de que no había nadie dentro. Deslizándose en aquellas apestosas callejuelas, deshaciendo las ataduras de las bolsas de basura, vaciando los desperdicios en el suelo y llevándose las bolsas. No difería mucho de vender dulces en el vestíbulo del Marriott. Se subía a los cubos de basura, recorría los vertederos de solares en demolición, recuperando clavos y cartón de yeso, trozos de aglomerado. Su principal objetivo eran las botellas y las latas, cosas susceptibles de ser transformadas en dinero.

Un hombre le mostró un brazo mutilado y le pidió algo suelto. Halló paraguas rotos, frutas golpeadas pero aún comestibles si se lavaban. Lavó la fruta y la llevó al parque. Todo se lo llevaba al parque. Dejaba las cosas en el interior de las chozas. Vio personas poniendo bancos boca abajo para convertirlos en hogares dotados de muros y techos inclinados. Alguien vomitó ruidosamente contra el edificio de mantenimiento y vio cómo el encargado de parques y jardines pasaba con su uniforme color caqui sin dirigirle siquiera una mirada. Una rutinaria salpicadura de vómito verdoso resbalando por la pared. Observó cómo los ocupantes de la plataforma se incorporaban de su sueño, encorvados y jadeantes, alzando una mirada aturdida hacia la luz y el cielo que flotaban sobre el campamento azul.

Tan sólo aquellos señalados por el Mesías sobrevivirán.

XI

Bill se detuvo frente a una tienda dedicada a la venta de artículos religiosos. Numerosos medallones con imágenes de figuras sagradas adornadas con brillantes discos que enmarcaban sus cabezas. También éstos saben organizárselo, pensó. Busca varios santos, ponlos en los escaparates, no escatimes halos, cruces, escudos ni espadas. Igualmente imponentes resultaban los sacerdotes. Los veía por doquier, con sus sombreros redondos y sus largas barbas, envueltos en flotantes túnicas. Tipos robustos, todos ellos. Incluso los más ancianos poseían un aspecto saludable. Bill pensó que en cierto modo eran inmortales, que se hallaban fijados en la memoria nacional, como grandes buques negruzcos de fe y superstición.

De regreso a su habitación, pensó en el rehén. Intentó situarse en su lugar, en su calor y su dolor, libre de los matices de la ansiedad de la civilización. Intentaba imaginar la sensación de hallarse en los extremos del aislamiento. En la soledad de las armas. Leyó numerosas veces los poemas de Jean-Claude. El tipo conservaba su invisibilidad suiza. Bill intentaba reconstruir su rostro, su cabello, el color de sus ojos, veía el color de su prisión, la desvaída pintura de las paredes. Imaginaba objetos precisos, haciéndolos brillar brevemente de inmanencia, un cuenco para la comida, una cuchara fabricada de pensamientos, percepciones, recuerdos, sentimientos, voluntad e imaginación.

Fue a ver a George Haddad.

—¿Qué quieres tomar, Bill?

—Una pequeña cantidad de brandy local lentamente escanciada en vaso corto.

—¿De qué hablamos hoy?

—Del Semtex H.

—Ya te he dicho que yo no tuve nada que ver con la explosión de aquel edificio.

—Pero sabes quién lo hizo.

—Yo no soy más que un hombre. Trabajo con conceptos. Todo este asunto de los rehenes rebosa con la complejidad de diversas facciones. No presumas que debo saber cosas importantes. De hecho, apenas sé nada.

—Pero te relacionas con gente que sabe mucho.

—Sí, quizá la Sección Especial opinaría así.

—Y alguien pensó que resultaría interesante estudiar más detenidamente la oferta de escritores disponibles.

George alzó la mirada. Vestía una arrugada camisa blanca, arremangada y con el cuello abierto, bajo cuyo tejido podía distinguirse la forma de la camiseta. Bill le observó mientras paseaba alrededor de la estancia hasta regresar finalmente a su whisky con soda.

—No había pasado de la etapa de conversaciones —dijo por fin—. Un hombre liberado en Beirut; otro, secuestrado en Londres. Atención mundial instantánea. Pero se pensó que los británicos no perderían tiempo en actuar si descubrieran que habías

sido apresado. Era un riesgo inaceptable. Tanto para ti como para los secuestradores.

—No pongas esa cara de pena —dijo Bill.

—Tu seguridad constituía la consideración principal. Y te hubieran soltado en cuestión de días. Admito que todas estas cosas fueron discutidas con demasiado apresuramiento en determinados niveles.

—Entonces fue cuando estalló la bomba. Cuanto más lo pienso, más claro lo veo. Yo no esperaba una bomba. Pero en aquel instante, en medio de la explosión, me resultó de repente completamente lógico. Parecía algo legítimo y bien argumentado. Desde el principio, había algo en esta situación que parecía dirigirse a mí directamente. Algo que iba más allá de una simple lectura de poemas para ayudar a un colega literario. Cuando Charlie concluyó su explicación, experimenté una sensación de reconocimiento. Y luego, de nuevo en Londres. Sabía quién eras tú antes de que nos presentaran. Al quitarme aquella esquirla de vidrio de la mano, sentí como si hubiera estado allí toda la vida.

—Nadie sabía que estarías cerca del edificio.

—No pongas esa cara de pena.

—Me encuentro en una posición sumamente delicada —dijo George—. Quiero que todo esto termine aquí, ¿comprendes? Que reunamos a unos cuantos periodistas, que hagas unas declaraciones de apoyo al movimiento, que liberen al rehén y que todos nos estrechemos la mano. Eso, claro está, siempre que logre convencerte de que se trata de un movimiento que merece la pena apoyar.

—Si bien no es ése tu principal problema, ¿no es cierto?

—La verdad es que no.

—Te están presionando desde Beirut. No quieren que la cosa acabe aquí.

—Aún existe la posibilidad de convencerles. Él viene a Atenas, os reunís y habla con la prensa. Resulta atractivo para mi sentido de la correspondencia, de la identidad espiritual. Dos personajes clandestinos. Personas de la misma talla, en cierto modo.

Llamaron a la puerta, y entraron la esposa y la hija adolescente de George. Bill se encargó de las presentaciones. Hubo unos momentos de inclinaciones de cabeza y tímidas sonrisas y, por fin, desaparecieron hacia el fondo del vestíbulo.

—Se llama a sí mismo Abu Rashid. Sinceramente, creo que te fascinaría.

—¿No sucede siempre así?

—Y aún confío en que acuda.

—Pero, entretanto...

—Estamos aquí para hablar.

—Para mantener un diálogo.

—Exacto —dijo George.

—Hace ya algún tiempo que tengo la sensación de que tanto novelistas como terroristas se encuentran inmersos en un juego de habilidad.

—Interesante. ¿En qué sentido?

—Lo que ganan los últimos, lo pierden los primeros. El grado de influencia que

logran sobre la conciencia de las masas depende de nuestra decadencia como modeladores del pensamiento y la sensibilidad. El peligro que representan equivale a nuestro propio fracaso a la hora de resultar peligrosos.

—Y cuanto más claramente vemos el terror, tanto menor impacto nos produce el arte.

—Creo que se establece una relación íntima y precisa dentro de las limitaciones con que tales cosas pueden medirse.

—Muy interesante, desde luego.

—¿Realmente lo crees así?

—Absolutamente maravilloso.

—Beckett fue el último escritor que realmente dio forma a nuestro modo de ver y de pensar. Después de él, la mayor parte de las obras tienen que ver con explosiones en vuelo y edificios demolidos. Tenemos ahí una nueva y trágica narrativa.

—Y no resulta fácil cuando matan y mutilan porque, ahora ya hablando sinceramente, los contemplamos como los únicos héroes posibles en nuestros días.

—No —dijo Bill.

—El modo en que viven ocultos en la sombra, en que cohabitan de buen grado con la muerte. El modo en que odian muchas de las cosas que tú odias. Su disciplina y su astucia. La coherencia de sus vidas. El modo en que provocan (*provocan*), la admiración. En estas sociedades reducidas a la indiferencia y la opulencia, el terror constituye el único acto que aún conserva sentido. Hay demasiado de todo; hay más cosas, más mensajes y más significados de los que podemos asimilar en diez mil vidas. Inercia-histeria. ¿Es posible la historia? ¿Hay alguien serio? ¿A quién tomamos en serio? Tan sólo al creyente mortífero, a la persona que mata y muere por su fe. Todo lo demás resulta absorbido. El artista ha sido absorbido, el loco callejero se halla absorbido, procesado y asimilado. Dale un dólar, contrátale para un anuncio de televisión. Sólo el terrorista se mantiene aparte. Nuestra cultura aún no ha resuelto el modo de asimilarle. Pero ahí radica precisamente el lenguaje de hacerse notar, el único lenguaje que comprende occidente. El modo en que determinan cómo hemos de verlos. El modo en que controlan esa multitud interminable de imágenes sucesivas. Lo dije en Londres, Bill. Es el novelista quien comprende la vida secreta, la ira que subyace bajo la oscuridad y la negligencia. La mayor parte de vosotros sois medio asesinos.

Encontró aquella reflexión tan feliz como atractiva, y sonrió a través del gesto despreciativo de la mano de Bill y de su negación con la cabeza.

—No. El terrorista como proscrito solitario constituye puramente un mito. Todos estos grupos se encuentran apoyados por gobiernos represivos. Representan estados totalitarios diminutos y perfectos. Conservan la vieja perspectiva delirante de la destrucción total y el orden total.

—El terror es una fuerza que se inicia con un puñado de personas reunidas en una trastienda. ¿Acaso hacen hincapié en la disciplina? ¿Acaso se muestran implacables

en cuanto a sus objetivos? Por supuesto. Opino que uno tiene que tomar partido. No basta conformarse con posturas cómodas. Ponte en el lugar de los oprimidos, de los despreciados. ¿Acaso esa gente anhela el establecimiento de un orden? ¿Y quién se lo proporcionará? Piensa en el presidente Mao. El orden encaja con la revolución permanente.

—Piensa en cincuenta millones de guardias rojos.

—Críos, en realidad, Bill. La cuestión era su fe. Iluminados, a veces estúpidos, a veces crueles. Mira hoy. Por todas partes vemos chiquillos posando con sus rifles de asalto. Los jóvenes poseen una crueldad y una rebeldía completamente maduras. Ya lo dije en Londres. Cuanto más despiadados, más visibles.

—Y cuanto más difícil resulta defender una postura, tanto más se disfruta la misma. Otra forma de rebeldía.

Tomaron otra copa, sentados frente a frente con las rodillas dobladas mientras las motocicletas seguían atravesando el estrépito de la calle.

—¿No hablarás en representación de una de esas pequeñas bandas maoístas, George?

—No deja de ser una idea. Constituye la imagen de un Líbano sin sirios, sin palestinos y sin israelíes, sin voluntarios iraníes ni guerras religiosas. Necesitamos un modelo que trascienda la amargura de la historia. Algo grande y con carisma. La figura del ser absoluto. Eso, Bill, es fundamental en toda sociedad que intenta rehacerse a sí misma, la política total, la autoridad total, el ser total.

—Incluso si lograra comprender la necesidad de una autoridad total, mi trabajo me apartaría de ella. La experiencia de mi propia conciencia me dice que la autocracia fracasa, que el control total destroza nuestro espíritu, que mis personajes se resisten a mis esfuerzos por dominarlos por completo, que preciso de una controversia interior, de una autodiscusión, que el mundo me aplasta tan pronto como pienso que he llegado a poseerlo.

Encendió una cerilla y la sostuvo en el aire.

—¿Sabes por qué creo en la novela? Es como un grito democrático. Cualquiera puede escribir una gran novela, su gran novela, casi cualquier aficionado escogido al azar. Estoy convencido de ello, George. Cualquier hormiguita anónima, cualquier osado que apenas ha llegado a acariciar sus sueños puede sentarse a la máquina y reunir la voz y la suerte suficientes como para lograrlo. Algo tan angelical que te dejaría con la boca abierta. El manantial del talento, la fuente de las ideas. Cada cosa distinta de la anterior, cada voz diferente de la siguiente. Ambigüedades, contradicciones, susurros, sugerencias. Eso es lo que buscáis destruir.

Imprevisiblemente, descubrió que se hallaba irritado.

—Y cuando el novelista pierde el talento, muere de un modo democrático: ahí está, todo el mundo puede verlo, desnudo frente al mundo, con un montón de mierda, de prosa inservible.

La medicación se agotó. Ya ingerida y absorbida. Decidió que qué más daba, ya no la necesitaba, y no se molestó en averiguar qué medicamentos había disponibles en el mostrador de la farmacia próxima al hotel. Se preguntaba si podría arreglárselas para cargar las facturas del hotel y de las comidas a la empresa de Charlie a pesar de haber roto lazos con él. Después de todo, era por el bien de la humanidad.

Hay que escalar montañas para conseguir una copa.

Permanecía ojo avizor, a la caza de sacerdotes, y se pasó medio minuto en una antigua iglesia, tan pequeña que se encontraba encajonada entre las columnas de una torre moderna, como un refugio individual frente al fragor del tiempo, con los cirios consumiéndose en la fresca penumbra.

Se perdía a menudo. En el hotel, se perdía cada vez que salía de la habitación y doblaba a la izquierda en dirección a un ascensor que se obstinaba en encontrarse a la derecha. En cierta ocasión, olvidó en qué ciudad se encontraba y divisó una guardia de honor compuesta por cuatro hombres que se dirigían hacia él desfilando por la acera. Regresaban al cuartel desde su puesto de guardia, y portaban rifles con la bayoneta calada y túnicas bordadas, faldas plisadas y zapatillas con borla. Supo entonces que no estaba en Milwaukee.

Ascendió por una colina hasta llegar a una fonda, y pidió lo que quería a base de señalar el contenido de los platos de tres mesas circundantes. No es que nadie hablara inglés. Olvidaba que lo hacían o acaso prefería abstenerse de hablarlo él mismo. Quizá le seducía la idea de señalar. Uno podía llegar a depender del gesto como de una especie de soledad autoimpuesta que nos ayuda a intensificar nuestro rigor moral. Y se encontraba cercano a un punto en que deseaba eliminar todo aquello que ya no importaba, todo lo que aún importaba, tanto el exceso como la necesidad... ¿por qué no empezar por la palabra?

Pero intentaba escribir sobre el rehén. Era el único modo que conocía de cavilar profundamente acerca de un tema. Por primera vez desde que salió de casa echaba de menos su máquina de escribir. Constituía la herramienta de la memoria y de la reflexión paciente, el punto de referencia que contenía su propia experiencia vital. Veía mejor las palabras si estaban mecanografiadas, podía con ellas construir frases que penetraban instantáneamente el mundo de los personajes, libres del desfiguramiento de su propia caligrafía. Tenía que conformarse con lápiz y libreta, trabajando en la habitación de su hotel durante las largas mañanas, construyendo lentamente cadenas de pensamiento, dejando que las palabras le guiaran hasta aquel sótano.

Averigua en qué coincides con él.

Lee de nuevo sus poemas.

Descubre su rostro y sus manos en las palabras.

El colchón de gomaespuma sobre el que vive es como una mancha profunda, como el convincente hedor de toda una vida. El aire es rancio y se halla impregnado de partículas, de polvo de escayola desprendido de las paredes por los bombardeos

más intensos. Saborea el aire, siente cómo se deposita sobre sus ojos y oídos. Olvidan desatarle de la tubería y no puede acercarse al retrete para orinar. El dolor de sus riñones le unía al tiempo, latía con el tiempo, hablaba acerca de los modos en que el tiempo consigue pasar cada vez más lentamente. La persona que le envían con la comida no está autorizada a hablar con él.

¿A quién envían? ¿Cómo va vestido?

El prisionero percibe su propia imagen desvaída en el escenario del mundo, y sabe que le ha sido concedida la mediocre categoría de santo cuyos sufrimientos avergüenzan al resto de sus habitantes.

No te compliques, Bill.

George abrió de un tirón las contraventanas de madera. La estancia se llenó de luz y de sonidos, y Bill sirvió otra copa. Advirtió que todos sus síntomas habían desaparecido desde que ya no engullía una píldora tras otra.

—Sigo convencido de que deberías comprarte uno. Correcciones al instante —dijo George—. Un texto ligero y dúctil que no te inhibe ni te restringe. Si tienes problemas con tu libro, un tratamiento de textos podría representar una diferencia considerable.

—¿Va a venir tu amigo o no?

—Hago lo que puedo.

—Porque igual puedo hablar con él allí que aquí. A mí no me importa.

—Confía en mí. Sí importa.

—Metes a un tipo en una habitación y cierras la puerta con llave. En eso hay algo serenamente puro. Destruyamos la mente que construye palabras y frases.

—Permíteme que te lo recuerde. Hay muchos modos en los que las palabras pueden resultar sagradas. Las hermosas líneas que forma la poesía descansan a menudo en la ignorancia de las condiciones que las rodean. Gente desdichada, gente joven... de ellos puede escribirse cualquier cosa. Eso lo dijo Mao. Y escribió, y escribió. Se convirtió en la historia de China escrita sobre las masas. Y sus palabras se hicieron inmortales. Fueron estudiadas, repetidas y memorizadas por toda una nación.

—Consignas. Gente que repite fórmulas y eslóganes.

—En la China de Mao, un hombre que paseaba con un libro en la mano no buscaba el placer o la distracción, sino integrarse con todos sus compatriotas. ¿Qué libro? El libro de Mao. El pequeño Libro Rojo de Citas. El libro representaba la fe que la gente transportaba dondequiera que iba. Recitaban extractos, lo blandían en alto, lo mostraban constantemente. Sin duda, había quien llegaba a hacer el amor sin soltarlo.

—Mal sexo. Rutina, rutina, rutina.

—Por supuesto. Me sorprende oír en tus labios estas respuestas tan trilladas. Por

supuesto que se trata de rutina. Memorizamos obras que nos sirven de guía para continuar con nuestra lucha. El hecho de aprendernos una obra equivale a salvarla de la putrefacción. A mantenerla intacta. Los niños se aprenden trozos de los cuentos que relatan sus padres. Y desean escuchar la misma historia una y otra vez. Si les cambias una sola palabra se llevan un disgusto terrible. No es más que la narrativa permanente que toda cultura precisa para sobrevivir. En China, la narrativa pertenecía a Mao. La gente la recordaba y la recitaba para consolidar el destino de su revolución. Así, la experiencia de Mao se convertía en algo incorruptible frente a las fuerzas externas. Se transformaba en el recuerdo vivo de cientos de millones de personas. El culto a Mao se convertía en el culto a sus textos. Representaba una llamada a la unidad, una congregación de multitudes en las que todos vestían igual y pensaban igual. ¿Acaso no ves la belleza que hay en todo ello? ¿Acaso no existe belleza y poder en la repetición de ciertas frases y ciertas palabras? Uno entra en una habitación para leer un libro. Esta gente salía de sus habitaciones. Se convertían en una única masa que agitaba el mismo libro. Mao dijo, «Nuestro único Dios son las masas del pueblo chino». Eso es lo que temes, que la historia pasa a manos de la multitud.

—Yo no soy un visionario, George. Soy un constructor de frases; como un panadero, sólo que más lento. No me hables de historia.

—Mao era un poeta, un hombre sin clase que dependía de las masas de diversos modos a cual más importante, pero también un ser absoluto. Bill, el constructor de frases. De hecho, no me resulta difícil imaginarte viviendo allí, con tus amplios pantalones de algodón, tu camisa de algodón, a lomos de tu bicicleta, viviendo en una pequeña habitación. Podrías haber sido el perfecto maoísta, Bill. Lo habrías hecho mejor que yo. He leído cuidadosamente tus libros, y hemos pasado varias horas hablando, y no me cuesta trabajo imaginarte mezclado en esa enorme masa de algodón azul y blanco. Habrías escrito acerca de lo que la cultura precisa para poder contemplarse a sí misma. Y habrías advertido la necesidad del ser absoluto como vía de escape frente a la debilidad y la confusión. Ni más ni menos que lo que pretendo ver renacer en esas madrigueras de rata de Beirut.

Entró la esposa de George portando una bandeja con café y dulces.

—La pregunta que tienes que hacerte es: ¿Cuántos muertos? ¿Cuántos muertos hubo durante la Revolución Cultural? ¿Cuántos muertos tras el Gran Salto Adelante? ¿Y hasta qué punto supo ocultar a sus muertos? Ésa es la otra cuestión. ¿Qué hace esa gente con todos los millones que mata?

—Las matanzas tendrán lugar. El genocidio se impone siempre. La muerte en masa (los muertos sin número) nunca es otra cosa que una cuestión de momento y lugar. El líder se limita a interpretar a sus fuerzas.

—El sentido de todo estado cerrado en sí mismo es que uno sabe cómo ocultar a sus muertos. Ahí tenemos el escenario. Uno predice numerosas muertes si su visión de la verdad no llega a realizarse. Y a continuación las lleva a cabo y oculta el hecho

de la matanza y los propios cuerpos. Para eso se inventó el estado cerrado. Y comienza con un único rehén, ¿no te parece? El rehén constituye la versión miniaturizada. La primera tentativa de ensayo antes del terror en masa.

—Buen café —dijo George.

Bill alzó la vista para dar las gracias a la mujer, pero ésta se había marchado. Oyeron una serie de ruidos distantes, pequeñas explosiones arrastradas por el viento. George se puso en pie y escuchó atentamente. Otras cuatro suaves detonaciones. Salió unos instantes a la terraza y cuando regresó dijo que se trataba de pequeñas cargas explosivas que cierto grupo local de izquierda adhería a los automóviles de diplomáticos y hombres de negocios extranjeros. Gustaban de detonar de diez a doce coches al mismo tiempo. La música del automóvil estacionado.

Tomó asiento y escrutó detenidamente a Bill.

—Come algo.

—Quizá más tarde. Tiene buen aspecto.

—¿Por qué sigues aquí? ¿Acaso no te espera trabajo en casa? ¿No lo echas de menos?

—No hablemos de eso.

—Termínate el café. Hay un nuevo modelo de Panasonic por el que pondría la mano en el fuego. Completamente liberador. Se acabó la necesidad de enfrentarse a pesados artefactos de acero. Uno transforma libremente, traslada las palabras de arriba a abajo y viceversa.

Bill dejó escapar una especie de carcajada.

—Escucha. ¿Qué sucede si viajo a Beirut y llevo a término esta unión espiritual que tan interesante parece hallar? Habla con Rashid. ¿Puedo confiar en que libere al rehén? ¿Y qué esperará a cambio?

—Querrá que ocupes el lugar del otro.

—Obtener la máxima atención. Y luego, dejarme en libertad en el momento más conveniente.

—Obtener la máxima atención. Y, probablemente, matarte a los diez minutos. A continuación, fotografiar tu cadáver y conservar el negativo hasta que llegue el momento en que mejor pueda aprovecharse.

—¿Acaso no piensa que puedo tener más valor que mi fotografía?

—Los sirios están peinando los suburbios del Sur en busca de rehenes. No les queda más remedio que trasladarlos continuamente. Con franqueza, no creo que Rashid se moleste.

—¿Y qué ocurre si tomo un avión en este mismo instante y me marcho a casa?

—Que matan al rehén.

—Y fotografían *su* cadáver.

—Mejor eso que nada —dijo George.

Brita siguió con la vista la película proyectada en la cabina del avión mientras escuchaba el estrépito de una banda de jazz a través de los auriculares. La película resultaba subjetiva, ligeramente ausente, con la pantalla suspendida en la penumbra, salpicada de nieve y manchas ocasionadas por turbulencias ocasionales y dotada de una banda sonora estrictamente optativa. Pensó que las películas de los aviones resultaban distintas para todos, como pequeños recuerdos flotantes de la tierra. Sobre su bandeja, junto al refresco y los cacahuets, descansaba una revista, y Brita hojeó las páginas sin molestarse en mirarlas. Un hombre sentado al otro lado del pasillo hablaba por teléfono, y sintió cómo su voz rezumaba hasta el interior de su cerebro mezclada con el bajo y la batería mientras toda Norteamérica se desdoblaba bajo ellos.

Pensaba en que había permitido a Karen permanecer en su apartamento para cuidar de su gato y que ni siquiera conocía los apellidos de la muchacha.

Pensaba que últimamente todo lo que le venía a la mente y se desarrollaba como una percepción parecía penetrar súbitamente en su cultura, transformarse en un cuadro, en una fotografía, en un estilo de peinado o en un eslogan. Reconocía los más estúpidos detalles de sus reflexiones privadas en tarjetas postales y carteles publicitarios. Veía los nombres de los escritores que debía fotografiar, los veía en periódicos y revistas, personajes oscuros que accedían a la forma impresa como si ella misma despidiera un resplandor contagioso por el mundo. En Tokio vio un cuadro reproducido en una revista de arte. Se titulaba *Rascacielos III*, y consistía en un lienzo dividido en paneles que mostraba el World Trade Center precisamente desde el mismo ángulo —y bajo la misma perspectiva tenebrosa— en que ella podía verlo desde su ventana. Aquéllas eran sus torres, alzándose sin ventanas, como dos losas negras de látex que consumieran todo el espacio disponible.

El hombre del teléfono decía, «Mañana a la una, hora tuya».

Interesante. Brita tenía una cita a la una del día siguiente con un editor de revista que le había pedido insistentemente una reunión, y sospechaba que a sus oídos debían de haber llegado noticias acerca de cierta serie de fotografías. Pensaba que tendría que revelar aquellos carretes. Pero le preocupaba el recuerdo del rostro de Bill en las últimas etapas de la mañana. Sus ojos mostraban un brillo extraño y terrible. Nunca había visto a un hombre deslizarse de un modo tan absoluto hacia sus antiguos sufrimientos. Pensó que había vidas que no cesaban de implosionar, de retornar a su certeza original, a la estupefacción, y ello constituía un punto de referencia frente a toda la desolación que atravesaba el umbral de la puerta.

Una azafata retiró su vaso vacío.

Pensaba que se sentía culpable frente a Scott. Se trataba de un caso de sexo mal enfocado, ¿o no?, y cada vez que estaban juntos ella era la mujer desnuda en el baño contemplando al escritor que cortaba leña en el jardín. Curioso, el modo que tenían

las imágenes de mezclarse entre las identidades físicas. Le hacía sentir lástima por Scott. Había intentado llamarle una vez, revisando mapas del norte del estado y esforzándose por recordar señales de dirección que hubiera podido ver en la carretera para, finalmente, llamar a los servicios de información de diversos condados. Pero no existía ningún Scott Martineau con o sin teléfono, y Bill Gray no existía a nivel alguno, y Karen carecía de apellidos.

El rostro que aparecía en la pantalla pertenecía a un actor que vivía en su edificio y que le debía ciento cincuenta dólares y tres botellas de vino y, por primera vez, al ver sus facciones en la semioscuridad con la música de jazz retumbando en su cerebro, advirtió que aún no la había pagado.

Pensaba en que a uno de los escritores que había intentado fotografiar en Seúl aún le quedaban nueve años de condena por subversión, incendio premeditado y actividades comunistas. No le habían permitido verle, y ella se había enfurecido y había maldecido a los hijos de puta. Pura desvergüenza y ego artístico, grave error, pero estaba convencida de que era importante trasladar su rostro a película, contemplar sus facciones formándose bajo la luz rojiza de un cuarto de revelado situado a once mil kilómetros de su celda.

Había confiado su hogar, su trabajo, su vino y su gato a una muchacha fantasma.

Un niño sentado en la última fila alzó la persianilla, y pensó que no deseaba mirar la revista que tenía delante de ella por si veía algo en ella perteneciente a su propia vida. Se encontraba atada, aislada, a ocho kilómetros de altitud, y el mundo era algo tan íntimo que no poseía lugar alguno en el que ella no se hallara presente.

Descendió de la acera, dio apenas siete pasos y cuando oyó los frenos del automóvil aún tuvo tiempo de dar un paso atrás y volver la cabeza. Distinguió un amuleto de cuentas colgando del espejo retrovisor de un coche que se aproximaba en sentido contrario y el primer vehículo le golpeó en ese mismo instante. Se desplazó de costado con una especie de grotesco pasodoble, agitando los brazos, cayó cuan largo era y se golpeó en el hombro izquierdo y en el rostro. Intentó ponerse en pie casi de inmediato. La gente acudía en su ayuda, iba ya formándose una pequeña multitud. Podía ya escucharse un clamor de bocinas. Se incorporó sobre las rodillas sintiéndose como un estúpido y alzó una mano con gesto tranquilizador. Alguien le ayudó a levantarse asiéndole por las axilas y se irguió sin dejar de asentir con la cabeza. Se sacudió el polvo de la ropa, notando que su mano izquierda le ardía pero negándose a contemplarla por el momento. Dirigió una sonrisa tensa a los rostros congregados y los vio retroceder. A continuación, giró sobre sus talones, regresó a la acera y buscó un lugar donde sentarse. La gente giraba a su alrededor y el sol caía con fuerza. Cerró los ojos y alzó el rostro a la luz. El tráfico había vuelto a ponerse en marcha pero, incluso en la distancia, los conductores continuaban apoyándose sobre sus bocinas, despidiendo un gemido, una advertencia que flotaba en el aire del mediodía. El sol

descendía sobre su rostro como una bendición.

Había algo en juego en aquellas frases que había escrito acerca del sótano. Abrigaban una pausa, un espacio de ansiedad que comenzó a reconocer. Siempre existe peligro en una frase cuando surge correctamente, una sensación de que sus palabras no contribuyen nada a la página. Había olvidado afeitarse o dejar la ropa en la bolsa para que la camarera la trasladara a la lavandería, o había llenado la bolsa pero había olvidado rellenar el impreso. Regresó a la habitación, contempló su ropa en el interior de la bolsa de plástico y se preguntó si estaría limpia o sucia. La sacó, la observó a la luz y distinguió manchas de sangre aquí y allá. Devolvió las prendas a la bolsa en espera de que llegara la camarera. Las páginas poseían una cualidad estupefacta, una especie de blancura. Aplicó pomada antiséptica sobre las rozaduras de la mano y baños de agua tibia para aliviar los dolores aislados. Incluso si se hubiera acordado de afeitarse, tan sólo podría haber completado la operación en medio rostro. Una mancha creciente se extendía desde su ojo izquierdo hasta la mandíbula, brillante y madura, dotada de un aspecto inquietantemente vivo. Fumó y escribió, pensando que quizá nunca conseguiría que le saliera como es debido pero experimentando la sensación familiar de algo que se hallara amenazado, cierta ley del lenguaje o de la naturaleza, y pensó que podría descubrirla línea por línea, la tensión quebrantada, aquello que había perdido entre las arenas de su novela interminable.

Aprendió a pronunciar la palabra Metaxa, acentuándola en la última sílaba, y el áspero sabor del brandy comenzó a adquirir sentido.

En Londres había médicos a su alrededor mientras desayunaba. Aquí, contaba con sacerdotes que compraban manzanas en el mercado. Acudió a una iglesia de la Plaka y advirtió una curiosa serie de emblemas de metal colgados bajo el icono de quién sabe qué santo ataviado con armadura. En su mayor parte, los objetos representaban partes del cuerpo, pero también había soldados y marinos grabados en algunos de los emblemas, había criaturas desnudas y volkswagens, había casas, vacas y asnos. Bill determinó que aquellas cosas no eran sino símbolos votivos. Si uno padecía una infección auditiva o sufría del corazón, solicitaba ayuda sobrenatural por el procedimiento de adquirir una representación prefabricada del corazón, la oreja o el pecho —había pechos femeninos, observó Bill, colocados por mujeres afectadas de cáncer— y luego, sencillamente, colocaba el objeto cerca del santo en cuestión. La idea podía aplicarse a innumerables situaciones o calamidades que pudieran afectar a los nuestros o a sus posesiones y, en principio, no dejaba de tener su lógica, pues convertía tus ruegos en algo eficaz y dinámico, inspiraba la creación de una democracia de iconos, pero pensó que acaso entraría en una tienda, compraría un símbolo que representara un hombre completo y lo colgaría cerca del santo apropiado. Tenían santos para todo, desde viruela a ataques de animales, pero dudaba que existiera algún patrono para el hombre en su totalidad, con cuerpo, alma e identidad, y además podía sentir una punzada peculiar en el costado izquierdo —un pinchazo, le gustaba llamarlo— para el que dudaba que pudiera existir un santo o una

medalla prediseñada que pudiera adquirir en los comercios.

—Tendríamos que ver a un médico, ¿no crees? —dijo George.

—Estoy bien.

—Pero tu rostro. ¿No te parece que tendríamos que dejar que lo viera un médico?

Déjame llamar por teléfono.

—Cicatriza normalmente. Cada día está mejor.

—¿Te quedaste con el nombre del conductor?

—No quiero saber su nombre.

—Te atropello, Bill.

—No fue culpa suya.

—Déjame llamar a alguien. Deberías dar parte de esto. ¿No deberíamos hablar con alguien ante una cosa así?

—Ponme una copa, George.

Hablaron hasta el comienzo de la tarde. A continuación, se sentaron en la terraza y vieron encenderse las farolas, mil automóviles por minuto lanzados hacia el golfo en una corriente continua de luces rojas, la mortal amargura de cualquier crepúsculo corriente. La hija de George salió y se apoyó contra la barandilla, una muchacha desdichada ataviada con vaqueros.

—Estoy preocupado por ti, Bill.

—Hazme un favor. No lo estés.

—¿Por qué te has involucrado en todo esto?

—Fue idea tuya.

—Pero no has dudado en venir.

—Cierto.

—Déjame que llame a alguien para lo de tu cara. Jasmine, tráeme la libreta pequeña con los teléfonos.

—Ya es tarde. Veré a un médico por la mañana.

—Lo prometes —dijo George.

—Sí.

—Y no será en Beirut. Han cerrado de nuevo el aeropuerto debido al recrudecimiento de los combates. Me he puesto en contacto con Rashid. Podría haberlo arreglado para salir por barco y luego volar hasta aquí desde Chipre, pero ahora las rutas marítimas son también muy peligrosas y, de todos modos, creo que no desea venir. Es una gran contrariedad. Esperaba con ansiedad poder trabajar contigo en esto.

—¿Y Jean-Claude?

—¿Quién es ése?

—El rehén, George.

—No me digas su nombre.

—Conoces perfectamente su nombre.

—Se me escapó. Olvidado. Olvidado para siempre.

La muchacha permanecía detrás de su padre, las manos apoyadas sobre sus hombros, moviéndose con un suave y triste masaje.

—¿Cómo le matarán?

—Vuelve a casa, Bill, y trabaja. Disfruto con estas conversaciones, pero ya no hay motivo que justifique tu estancia aquí. Y piensa en lo que te he dicho. Un tratamiento de textos. Las teclas se accionan sin esfuerzo alguno. Te lo aseguro. Lo necesitas más de lo que imaginas.

Regresó a su dormitorio e intentó dormir un poco. Había una línea que no cesaba de repetirse a sí mismo y que poseía un misterio y un poder que anteriormente sólo había experimentado en el pasado compartido de personas que se habían amado, que habían vivido tan cercanas que podían memorizar las verrugas, los rizos de pelo y las pausas confusas del otro, de tal modo que la línea no constituía una sola voz sino varias a la vez, hablando de un tema más o menos desprovisto de sentido, una línea apropiada para cualquier ocasión o para ninguna, pensada fundamentalmente para resultar graciosa, aunque también útil en los malos tiempos para recordarles que las palabras se mantienen unidas incluso cuando las vidas se separan.

Mide tu cabeza antes de pedir.

La línea que lo dice todo. Tanto más adecuada y más divertida debido a que los extraños no la comprendían, y tanto mejor en cuanto a que no había nada que comprender.

A las seis de la mañana se encontraba recorriendo las calles, la cuenta del hotel ya pagada, renqueando. Cada diez pasos volvía la vista atrás en busca de un taxi. Sólo tenía aquel par de pantalones que no se había quitado desde Nueva York, y estaban manchados de sangre procedente de su mano a la altura de la rodilla. Aún conservaba la vieja y estrecha chaqueta de lana de Charlie y la bolsa de viaje de Lizzie y la maquinilla de afeitar que había comprado en Boston —aunque no la usaba— y los zapatos que había comprado el día anterior a la maquinilla, amoldados por fin a sus pies.

Había llegado a la zona residencial, y se encontraba completamente perdido. Un hombre vestido con camiseta arrastraba tres bolsas de basura a través de la calle. Una luz límpida empapaba la corteza desgredada de un eucalipto, lo que no dejaba de constituir un potente espectáculo: todo el árbol brillaba con un aspecto eléctrico e intenso, las ramas desaparecían en minúsculas brasas, el árbol parecía revelarse. El hombre arrojó las bolsas en la esquina y volvió sobre sus pasos. Bill le dirigió un saludo con la cabeza y continuó su camino, oyendo el ruido del camión de la basura que ascendía por la colina.

Continuó volviendo la cabeza por si venía algún taxi.

XII

Transportaba numerosas voces a través de Nueva York. Hablaba con la gente del parque, contándoles historias de un hombre que vivía en un país lejano y que poseía el poder de alterar la historia. Los entramados de cajas habitadas se volvían cada vez más complicados. Las noches eran cálidas, y al parque acudía gente de todos los lugares. Gente tiznada de mugre. Una mujer transportaba sus cosas en un montón de bolsas de plástico con los cuellos anudados entre sí y caminaba penosamente arrastrándolas mediante un sólido trozo de cordel. Karen advirtió que las palomas y las ardillas adquirían cualidades ratoniles. Uno las veía penetrar sin miedo en las tiendas en busca de comida. Las palomas siempre caminando, y las ardillas agachadas, oscilantes, esperando, lanzándose osadamente hacia el interior de las bolsas de papel esparcidas a los pies de la gente que ocupaba los bancos. Las ratas auténticas llegaban con la noche, silenciosas y escurridizas.

La gente sale de las casas, se reúne en plazas polvorientas y camina en grupo, torrentes de personas que entonan una palabra o un nombre, que marchan en dirección a algún emplazamiento central en el que unirán sus cánticos a los de muchos otros.

Allí estaba Omar, agachado en su punto de venta. En un par de ocasiones la había ayudado a transportar botellas hasta el supermercado para su venta. Una vez habían ido a una galería de arte y habían contemplado una enorme construcción que serpenteaba a lo largo de una pared. Había reconocido la presencia de metal, arpillera, vidrio, pintura seca sobre el vidrio, una repisa de madera curtida, había pilas de linterna y postales de Grecia. Karen contempló una cuchara con restos de comida seca pegada sobre la arpillera. Pensó que le agradaría tocarla, tan sólo tocarla, únicamente por la sensación de depositar la mano sobre algo único en su género. Así que extendió el brazo, la tocó y luego miró a su alrededor para comprobar si alguien la miraba con reproche. Dominada por un nuevo impulso, tiró ligeramente. La cuchara se despegó de la arpillera con un crujido de Velero. Karen se quedó estupefacta al comprobar que era desmontable. Alzó la vista hacia Omar, los labios ligeramente curvados y los ojos grandes y solemnes. El joven hizo una mueca de exagerado pánico y comenzó a caminar de un lado a otro. En otras palabras, una serie de travesuras boquiabiertas con cierto componente de pavoneo. Karen sostenía la cuchara en la mano, completamente helada. No recordaba haberse sentido jamás tan asustada. Aquella cosa se había desprendido tranquilamente de la pintura. Una cuchara real conteniendo comida también real. Intentó oler la comida, cuidando de no mover la cuchara demasiado bruscamente por temor a un nuevo y horrible desprendimiento de sus componentes. Omar prosiguió sus zancadas en dirección a la puerta como un trombonista de funeral, imitando de hecho todos los movimientos. Karen no creyó que la cuchara se aviniera a adherirse de nuevo a la arpillera, y tampoco había ningún lugar cercano en el que depositarla. La estancia se encontraba

completamente desierta, únicamente muros, suelo y obras de arte. Decidió seguir a Omar sosteniendo la cuchara abiertamente de tal modo que alguien la viera y le diera la oportunidad de devolverla murmurando una excusa. Le parecía ver claramente cómo depositarían cuidadosamente la cuchara sobre la mesa situada junto a la puerta. Pero nadie dijo nada y se vio a sí misma en la calle, sosteniendo aún entre los dedos la cuchara llena de comida seca. Se sintió todavía más atemorizada que antes. Había abandonado el local con parte de una obra de arte en su poder. Omar sonreía y hacía el payaso. Le contempló mientras caminaba calle abajo, desfilando junto a maniqués vestidos con quimonos negros y con los brazos en jarras.

Se habían producido roturas de tuberías de gas y habían estallado bolas de fuego frente a restaurantes célebres, y la gente no cesaba de repetir, «Beirut, Beirut, igual que en Beirut».

Ya en las cercanías del parque, pasó junto al mendigo que decía: «¿Tenéis algo suelto? Todavía os quiero». Cada vez que pasaba junto a él le sorprendía pronunciando su estribillo diario. La gente seguía su camino. Todavía os quiero. Depositó botellas vacías y latas de soda frente a las aberturas de las chabolas y llevaba otras a devolver para, con el dinero, comprar comida para los acampados en el parque y contarles historias de un hombre que vivía en un país lejano. Omar la llevaba a edificios de apartamentos en los que realizaba sus rápidas transacciones utilizando figuras del lenguaje que nunca llegaba a comprender del todo. Los vestíbulos eran de baldosas, y las puertas mostraban diminutos orificios en los que se ponían y se quitaban los candados. Una civilización de candados. Sobre uno de los muros de una callejuela, una mano pintada parecía guiarle a uno a ninguna parte.

En el ático, revisó numerosos libros de fotografías, sintiéndose asombrada ante la cantidad de sufrimiento que contenían. Hambre, fuego, rebeliones, guerras. Aquéllos eran los temas interminables, las imágenes que no podía dejar de contemplar. Observaba las fotografías, leía los pies de foto, volvía a mirarlas, rebeldes encapuchados, hombres ejecutados, prisioneros cubiertos con sacos de patatas. Escudriñaba las extremidades de africanos famélicos. Los hambrientos se hallaban por todas partes, mujeres que conducían a sus hijos desnudos a través de tormentas de arena con las túnicas agitadas por el viento. Leyó el pie de foto y observó de nuevo la imagen. Sin las palabras, aparecía desnuda, solitaria en aquel espacio abierto. Algunas noches, cuando llegaba al ático, acudía directamente a las fotografías. Multitudes delirantes moviéndose como un torbellino bajo enormes representaciones de hombres sagrados. Llegaba a estudiar la misma fotografía siete veces en siete noches, niños que caían de la ventana de edificios en llamas, y siempre leía los pies de foto. Sufrimiento y más sufrimiento. Quién muere y quién no, entre la descomposición de la selva. Las palabras le ayudaban a localizar las imágenes. Necesitaba los pies de foto para rellenar el espacio. Las fotografías le hubieran resultado insostenibles sin aquellas pequeñas líneas de texto.

Habló con israelíes y bangladesíes. Un hombre de ojos brillantes se volvió a

medias en su asiento mientras conducía a toda velocidad en dirección al centro, y Karen se formó la imagen de un taxi en pleno derrape despidiendo llamaradas. Hablaba con todos los conductores, haciéndoles preguntas a través de la tronera destinada al pago del trayecto.

Seguían su camino. Todavía os quiero. Seguían su camino. Todavía os quiero.

Existía un dialecto de la mirada. Leía los anuncios y los eslóganes en las cercanías del parque. Bares polacos, baños turcos, hebreo sobre las ventanas, ruso en los titulares, calaveras y nombres pintados. Todo cuanto veía tenía algo de vernáculo, las bañeras de las cocinas y las viejas estufas Waterman, las repisas de las tiendas de licores, protegidas con láminas de plástico a prueba de balas como si se tratara de un museo de botellas. Veía sin cesar las palabras Sendero Luminoso escritas sobre muros medio derruidos y escaparates tapiados. Sendero Luminoso sobre las ventanas de bloques de ceniza de los edificios abandonados. Palabras de aspecto hermoso. Aparecían pintadas sobre los anuncios de los teatros y los carteles medio despegados que colgaban de todos los muros de ladrillo de la zona.

—No estoy con demasiados ánimos —dijo Omar.

—Sólo te pregunto.

—No me quieras llevar al huerto. Es todo lo que digo, ¿de acuerdo?

—Te he hecho una simple pregunta. O sabes la respuesta o no la sabes.

—Es mal momento para el sexo, ¿verdad?, y luego vienes tú cuando ni siquiera sé tu nombre.

—He descubierto qué edad tienes. Me lo han dicho en el parque.

—Oye, yo me gano la vida. Y protejo mi esquina. ¿Sabes a qué me refiero? Tenga seis años o sesenta.

—Bien, de acuerdo, eres maduro y cuentas con una enorme experiencia. Pero así es como yo me siento con respecto a ello.

—Sendero Luminoso. Shining Path. Shining Path en español.

—¿Son religiosos?

—Son guerrilleros y cosas así. Hacen sentir su presencia.

—¿Dónde?

—Donde sea —dijo Omar.

Cuerpos que se agitan sobre la plataforma, niños perdidos en las cajas de leche. Recordó la señal de NIÑO SORDO y se imaginó la escena de una caravana de fin de semana en cualquier carretera secundaria. Igual que Beirut. Hablaba con algunos conocidos del parque, contándoles cómo podían totalizar sus vidas de acuerdo con las enseñanzas del hombre dotado del poder. En el metro leía las instrucciones de emergencia en español aunque la versión inglesa colgara junto a ellas. Según su razonamiento, siempre podía cambiar al inglés si llegaba el caso en que era realmente necesario; entretanto, prefería ensayar otras voces en su mente.

En el metro, en muchas de las calles, en los rincones del parque durante la noche, el contacto podía ser peligroso. El contacto no era una palabra, ni un toque, sino el

aire que despedían entre sí los extraños. Iba aprendiendo a modificar su manera de andar y de sentarse, cómo ocultar sus miradas o acaso cómo reconocerlas. Permanecía aislada en el núcleo. Caminaba dentro de sí misma, negándose a atravesar los límites que la separaban de esa tierra de nadie que eran las miradas, los chispazos pasajeros de la reconocimiento. Como si dijéramos, yo soy una persona y tú eres una persona, lo que te concede el derecho de matarme. Se formó una imagen de gente corriendo por las calles.

Le complacía ascender por la escalera hasta la litera de Brita con el pequeño televisor en la mano y el ático en tinieblas y permanecer allí sentada, cerca del techo, frente al resplandor, contemplando las imágenes sin sonido.

Aparece la imagen diurna de un millón de personas congregadas en una enorme plaza, agitando en el aire numerosos estandartes repletos de caracteres chinos. Ve a gente sentada con las manos tranquilamente entrelazadas sobre las rodillas. En la profundidad de la distancia distingue un retrato de Mao Tse Tung. Llega la lluvia. Avanzan bajo la lluvia, un millón de chinos.

Luego, gente montada en bicicletas que desfilan junto a vehículos incendiados. Ciclistas que avanzan cubiertos por chubasqueros o sosteniendo paraguas. Ve camiones militares calcinados rodeados de gente que los inspecciona de cerca, gente impresionada por su propia proximidad, y farolas que se arquean sobre los árboles en la distancia.

Se aproxima un erguido grupo de ancianos ataviados con sus trajes Mao.

En la oscuridad distingue soldados que corren a paso gimnástico a lo largo de la calle. Permanece fascinada frente a hileras y más hileras de tropas armadas con fusiles antidisturbios que avanzan a la carrera.

Luego, gente conducida en la oscuridad, grandes masas hendidas y divididas, el modo en que la muchedumbre se desdobra dejando a su paso un espacio de aspecto confuso.

Muestran la imagen de altos oficiales ataviados con trajes Mao.

Los soldados corriendo por las calles, penetrando en la vasta área de la plaza iluminada como si fuera de día, aunque ahora ya es de noche. Hay algo en la imagen de un destacamento de tropas corriendo por calles y avenidas hasta alcanzar un gran espacio abierto. Corren arrastrando los pies, casi perezosamente, con sus fusiles en ristre y la muchedumbre dividiéndose ante ellos.

Y entonces, el retrato de Mao, en la plaza iluminada, con manchas de pintura sobre la cabeza.

Avanzan las tropas formando una única cadencia, con su paso perezoso, hilera tras hilera, y quiere que aquello continúe, quiere que se sigan mostrando más y más hileras de tropas que corran ataviadas con sus cascos pasados de moda y sus fusiles de aspecto infantil.

Muestran un cuerpo achicharrado sobre la calzada.

Hay cadáveres junto a bicicletas caídas, llamas que surgen de la oscuridad. Los

cuerpos continúan a lomos de sus bicicletas y hay otros ciclistas que los contemplan sin quitarse las máscaras sanitarias que cubren sus rostros. Podría incluso decirse que un gran montón de cuerpos, y muchos de los muertos aún a lomos de sus bicicletas.

¿Cómo es esa palabra? ¿Dispersada? La muchedumbre dispersada por tropas que avanzan a la carrera en dirección al gran espacio abierto.

Una muchedumbre reemplaza a la anterior.

Se trata de la enseñanza de la historia: aquel que pueda ocupar los grandes espacios y defenderlos durante más tiempo. La muchedumbre heterogénea contra la muchedumbre en la que todos visten igual.

Muestran un primer plano del retrato de Mao, una imagen limpia y nueva, con los pequeños mechones de pelo que sobresalen de su cabeza y la gran verruga bajo sus labios, e intenta recordar si la verruga aparece en la versión que Andy dibujara a lápiz y cuya reproducción conserva en casa, colgada de la pared de su habitación. Mao Tse Tung. Desde luego, le gusta el nombre. Pero resulta gracioso hasta qué punto una imagen... ¿Hasta qué punto una imagen, qué?

Oye saltar la alarma de un automóvil en la calle.

Cambia de canal y aparecen un millón de chinos congregados en la plaza iluminada. Confía en capturar más planos de tropas avanzando a paso gimnástico. Muestran los cadáveres de las bicicletas, el cuerpo de un soldado colgado de una viga, la hilera de viejos oficiales ataviados con el traje Mao.

¿Qué significado tiene que todos esos ancianos aparezcan con trajes Mao y que los que integran la multitud de la plaza se hallen en mangas de camisa?

La muchedumbre heterogénea dispersada.

Muestran el gran retrato oficial en las profundidades de la distancia y adquiere el convencimiento de que la verruga no aparece en el dibujo de Andy.

Hay algo en la imagen de un destacamento de tropas penetrando en una plaza, corriendo, hilera tras hilera, con su cadencia perezosa. Continúa cambiando de canal para observar a las tropas.

Muestran los cadáveres de las bicicletas.

Aparece de nuevo la plaza iluminada. Resulta curioso hasta qué punto una imagen puede mostrar el verdadero rostro de una persona incluso cuando se halla incompleta.

Y, más tarde, cuando sale a la calle, ve un taxi que ha derrapado hasta incrustarse en un automóvil aparcado. Sigue sonando la alarma de un tercero. Alrededor, gente que come y observa lo ocurrido. Las farolas de sodio se inclinan sobre la escena incandescente, y Karen permanece contemplando el coche accidentado en aquel vértigo de lugares entremezclados, la gran plaza de Pekín y la humeante calle urbana y el espacio del edificio ocupado en el que descansa el televisor, escudriñando la escena en busca de cuerpos tendidos boca abajo y salpicaduras de sangre por doquier.

Continúan su camino. Algo suelto. Continúan. Todavía os quiero. Tenéis algo suelto. Continúan. Todavía os quiero.

Siguió a un hombre que parecía Bill pero que, visto más de cerca, resultó no

responder en lo más mínimo al tipo del escritor.

Conservó con exquisito cuidado la cuchara con comida seca procedente de la galería. La colocó sobre un estante, apartando algunos libros de tal modo que pudiera descansar allí sin obstáculos y a la vista pero protegida al mismo tiempo de la luz del sol. Le preocupaba la comida. Si la comida entraba en contacto con algo o se restregaba contra otro objeto o se ablandaba por el calor del aire podría despegarse de la cuchara, lo que habría representado una mutilación que no se sentía capaz de soportar. La cuchara y la comida constituían un mismo objeto.

Habló francamente con una de las parejas del parque, un hombre y una mujer maquillados de tizne. Permanecían sentados en el interior de su cabaña de cartones. Karen se agachó frente a la entrada, apoyando las puntas de los dedos en el suelo, y pudo notar su hombro cubierto por la bolsa de plástico que hacía las veces de cortina de acceso.

Nuestra tarea consiste en prepararnos para el segundo advenimiento.

El mundo se convertirá en una familia universal.

Somos los hijos espirituales del hombre que os mencionaba, el que vive en un país lejano.

Nos hallamos protegidos por el poder absoluto de nuestro padre verdadero.

Somos las criaturas totales.

Todas las dudas se desvanecerán bajo la acción del control total.

Omar Neeley tenía catorce años. Avanzó junto a él frente al Jesucristo ucraniano que había en la fachada de la iglesia. Dejaron atrás el hotel del SIDA. Advirtió que ignoraba dónde vivía él, o si tenía padres o hermanos. Quizá debido a algo en la misma naturaleza de la palabra, solía pensar que los hermanos eran exclusivamente blancos y de clase media. Dejaron atrás la negra escultura cúbica dispuesta en equilibrio sobre un único punto. Bajo ella había diez hombres durmiendo junto a sus bolsas y sus carritos de la compra, algunos de ellos con sus muletas, algunos de ellos con brazos o piernas escayolados. Se suponía que Omar iba a ayudarla a transportar planchas de cartón de yeso abandonadas en un solar demolido. Para llevarlas al parque. Pero al llegar al final de una de las calles de la fábrica se aproximaron a ellos dos tipos ataviados con sombreros demasiado pequeños, de esos de fieltro, y camisetas de atleta. Notó el contacto en el aire, esa corriente de significado que despoja de sangre nuestros rostros. Pero se limitaron a hablar. Hablaron con Omar empleando figuras del lenguaje que no logró descifrar. Por fin, continuaron su camino en compañía de él, sin que volviera la mirada, y siguieron caminando y él los siguió. Y qué hay de mis planchas de yeso. Uno de ellos le hablaba sin apartar la mano de su antebrazo, y él seguía caminando con aquellos andares oscilantes, demasiado grandes para su edad.

Gente con carritos de supermercado. ¿En qué momento abandonaban aquellos objetos los comercios para salir a la calle? Los veía por doquier, empujados, arrastrados, habitados, disputados, desguazados, doblados, con sus paredes de

alambre, llenos de trivialidades vivientes, de la escoria holística universal, si es que está bien dicho así. Habló con la mujer de la bolsa de plástico, se ofreció para conseguirle un carrito de la compra, cosa que quizá podría hacer. La mujer se dirigió a ella desde el interior de su bolsa de plástico, crascitando como un cuervo, con un graznido ahogado que Karen intentó comprender. Se dio cuenta de que apenas comprendía a ninguno de los que allí habitaban, que ninguno de ellos hablaba lenguajes que hubiera oído antes. Todo el resto de su vida se había reducido a un modo de escuchar, y ahora tenía que aprender otro. Se trataba de una lengua completamente distinta, irreproducible e interior, el habla desolada de los carritos de la compra y las bolsas de plástico, el lenguaje de la carbonilla, y Karen se veía obligada a escuchar atentamente el modo en que la mujer extraía de su garganta una sucesión de palabras unidas entre sí como los pañuelos de un prestidigitador para luego retroceder sobre ellas y reconstruirlas.

La mujer parecía estar diciendo, «En esta ciudad tienen autobuses que se agachan para que suban las sillas de ruedas. Proporcionadnos rampas a los que vivimos en la calle. Quiero autobuses que se agachen frente a nosotros».

Parecía estar diciendo, «Quiero tener un perro lazarillo propio al que permitan entrar en los cines».

Pero quizá se trataba de algo completamente distinto.

Por doquier se ve gente formando grupos, saliendo de casas de adobe y chabolas de tejado de estaño y campamentos improvisados, seres que se reúnen en una plaza polvorienta para marchar juntos en dirección a un punto central mientras entonan un nombre, mientras recogen a otras personas por el camino. Algunos corren, algunos llevan la camisa manchada de sangre, hasta que alcanzan un vasto espacio abierto que llenan con sus cuerpos apretados, una palabra o un nombre, entonando un nombre bajo el cielo lechoso, millones, profiriendo sus cánticos.

Decía, «Dejadme vibrar», o «Lograd mi aniquilación», y cuando Karen le llevó comida caliente en una fuente de horno la introdujo en su bolsa y desapareció.

Brita regresó a casa y ambas se sentaron frente a los platos cuidadosamente preparados por la recién llegada. Había hecho la limpieza y había guardado sus pertenencias en una pequeña bolsa de asas que luego había situado junto a la puerta con objeto de demostrar que estaba dispuesta a partir tan pronto como le fuera indicado.

Brita mostraba un aspecto impresionante, frenéticamente afectada por los cambios de hora, locuaz, cargada con esa energía pura que succiona el centro y muestra tan sólo nuestros bordes inquietos. Mostraba una imagen huesuda y hermosa, como alguien que regresara de la resplandeciente soledad del trópico.

—¿Prefieres el baño o la ducha? —dijo Karen.

—Me baño cuando tengo tiempo. Me entrego por completo a mis baños. En la actualidad, es el único sitio donde me siento dichosa.

—Te pondré el baño.

—Habitualmente, sólo me siento feliz cuando pienso en las cosas con posterioridad. Unos cinco años después. Con la excepción de mis baños y de mis escritores. Me gusta trabajar con escritores.

—No creo haber dicho eso jamás. «Te pondré el baño». Me suena raro al oírlo.

—¿Y qué hay de Bill? ¿Sabe alguien dónde se ha metido ese mentecato?

—No hay noticias. De otro modo, Scott me habría llamado.

—Los hombres muestran cierta tendencia a desaparecer. ¿Qué opinas tú? Aunque imagino que tú misma has desaparecido ya más de una vez. Yo nunca he sido capaz de desaparecer así como así. Habría tenido que anunciarlo de algún modo. Que se enteraran los hijos de puta de por qué me marché. Que supieran dónde encontrarme, para que así pudieran decirme cuánto sienten que me haya marchado.

—¿Tu marido desapareció?

—Se marchó en viaje de negocios.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dieciocho años.

—Es como... ¿Cómo se llama ese mito?

—Exacto. Y corre una serie de aventuras y realiza proezas legendarias y regresa a casa con un contrato de compra de un millón de piezas de repuesto.

—Dime cuándo quieres que te abra el baño.

—¿Tu marido desapareció? —dijo Brita.

—Le enviaron a Inglaterra de misionero. Ignoro dónde se encuentra ahora.

—Y os casasteis por esa iglesia.

—Realizan un rito llamado ceremonia de unión. Eso es antes de la boda. Seleccionan a las parejas.

—No sé si realmente quiero oír esto.

—Algunos miembros llevan etiquetas en las que, por ejemplo, pone Estéril o Posiblemente Gay. Simplemente para limitar el número de sorpresas.

—Escucha, siempre va a haber sorpresas. Si yo tuviera que hacer una lista de todas mis características me etiquetarían como la Dama Tatuada.

—Que Toma Poderosos Tranquilizantes.

—¿Quién seleccionó tu pareja?

—El reverendo Moon.

—¿Cómo te sentiste?

—Me pareció absolutamente encantador. Me puse en pie cuando pronunciaron mi nombre y avancé hasta la parte delantera de una habitación parecida a un salón de baile. El Maestro se encontraba al otro extremo del escenario, con mucha gente entre nosotros, oficiales y miembros del comité de bendiciones, etcétera. Y se limitó a señalar a un hombre entre los asistentes.

—Y tú le miraste y supiste que era el adecuado.

—Pensé que le amaba realmente antes incluso de que terminara de ponerse en pie. Pensé que qué maravilla que fuera coreano porque hay muchos coreanos que han

sido miembros de la iglesia durante largo tiempo, lo que nos proporcionaría unos cimientos más profundos sobre los que edificar. Y me agradaron la negrura y el lustre de sus cabellos.

—Mi marido era calvo en gran parte.

—Pero adivina qué descubrí más tarde. El día anterior a la ceremonia, el Maestro había estado contemplando fotografías de los miembros y de hecho nos había emparejado a través de ellas. Así que pensé, magnífico, ahora tengo un marido Instamatic.

—¿Tienes idea de lo afortunada que eres de haber conseguido salir de todo eso?

—No me gusta oír decir eso.

—Eres muy afortunada.

—Existen otros aspectos —dijo Karen.

—Siempre existen otros aspectos. Yo soy parlanchina por naturaleza, ¿de acuerdo? Hago mucho ruido, veo gente, veo hombres, me gusta hablar con los hombres, tengo aventuras pero nunca he llegado a ser feliz durante cinco años. Piensa en Scott.

—Pienso en él. Pero también pienso en Kim. Era mi marido para toda la eternidad. Iba vestido con un traje azul oscuro y una corbata marrón. Todos iban igual. Y todas las novias llevaban un Modelo Sencillo del número ocho tres nueve dos con una elevación de cuello de dos centímetros.

—Regresa junto a Scott y quédate con él. Vosotros tres estáis hechos para estar juntos. Opino que en ciertos aspectos resulta un modo de vida extraño y triste pero ¿quién soy yo para decir que algo es raro? Y, de todos modos, os necesitáis los unos a los otros desesperadamente. No me gusta pensar que Bill se encuentra solo por ahí.

—¿Cómo sabes que está solo?

—Claro que está solo. Quiere estar lo suficientemente solo como para poder aprender a vivir. No desea ya nada. Quiere devolverlo todo. Estoy completamente segura de que está solo. Es como si le conociera de toda la vida.

—Te abriré el baño —dijo Karen.

Scott permanecía ocupado con las cartas de los lectores. Se hallaban diseminadas por todo el ático, todo el correo ordenado en pilas oblicuas sobre la mesa y el escritorio, sobre los archivadores y las estanterías de libros. Estaba organizándolo por países. Una vez hecho esto, ordenaría cada país en orden cronológico de modo que pudiera localizar fácilmente una carta enviada, digamos, desde Bélgica en 1972. No existía ninguna razón práctica por la que jamás pudiera tener necesidad de localizar dicha misiva ni ninguna otra carta de los lectores en particular. La cuestión es que todo estaría en su sitio. Así organizada, la casa adquiriría un mayor sentido. Y una vez hubiera ordenado todos los demás países empezaría con los Estados Unidos. Estado por estado, toneladas de cartas a lo largo de las décadas. En su mayor parte, el correo

inquietaba a Bill. Violaba su aislamiento y le hacía sentirse responsable por el estado espiritual del correspondiente. Eso, claro está, divertía a Scott. Las únicas cartas que Bill leía eran las procedentes de poblaciones y cruces perdidos, de aislados lugares de paso. Permanecía sumido en sus reflexiones mientras contemplaba matasellos y remites. Gustaba de recitar nombres de lugares impregnados de la música fantasmagórica de territorios remotos, aldeas construidas bajo el zumbido estival de un cielo indio. Quería creer que tan sólo un puñado de estudiantes tímidos o de reclutas del Ejército o de profesores de piano perdidos en diminutas poblaciones podían realmente captar los aspectos importantes de su obra.

Aquella tarde, Scott relejó las cartas de la hermana de Bill. A continuación, registró su dormitorio en busca de cualquier cosa que pudiera indicarle dónde se encontraba Bill o cuándo llamaría o si llamaría. Sus medicamentos aparecían esparcidos en los dos cajones superiores del buró. Había muchos más de los que conocía, y se detuvo a examinar las marcas. Eran como dioses de ciencia-ficción. Y recorrió con la vista las instrucciones y los antecedentes y los pequeños prospectos encuadrados en rústica. Investigó en busca de cartas y documentos personales. Sobre el armario descansaba una única maleta vacía y descubrió un viejo y diminuto ventilador guardado sobre una bolsa de papel doblada entre los zapatos. Rebuscó intentando encontrar algún sobre sellado con instrucciones, burlándose de sí mismo ante la sola idea y la frase pero aún creyendo que podía haber algo que terminaría por encontrar.

Willard Skansey. Un pugilista de peso welter que se apunta en peleas al aire libre bajo un tórrido clima de verano frente a una muchedumbre de sombreros de paja.

Scott jamás revelaría a nadie el cambio de nombre. Enmudecería por completo. Le agradaba hacerlo incluso ahora, cuando ya comenzaba a sentirse abandonado. Durante muchos años, Bill había podido confiar en las personas para que guardaran discreción con respecto a él. El hecho de guardar el secreto de su nombre serviría para alimentar y expandir a Scott, para acercarle más que nunca a Bill.

Entró en el estudio y estudió de nuevo los gráficos de la pared. Leyó las postales de Liz. Cuando terminó, elaboró una lista de las cosas que haría cuando hubiera concluido con el correo.

Karen viajaba en taxi. Le encantaban aquellos vehículos amarillos traqueteantes con sus esbeltos etíopes tras el volante. Tenían volantes acolchados, volantes peludos e imágenes religiosas pegadas al salpicadero. Contemplaba un edificio en forma de cuña erigido en Times Square, una construcción adornada con una franja de relucientes caracteres que rodeaba todo su perímetro. En otras palabras, las noticias del día destellando a través de una pantalla luminosa. Decía algo acerca del funeral de alguien famoso, pero no lograba captar una perspectiva completa desde la ventanilla del taxi, y las palabras doblaban la esquina y continuaban flotando por el otro lado.

Karen experimentó esa sensación de ansiedad que se siente cuando las noticias incluyen algún acontecimiento sobrecogedor, esa paralización del cuerpo, esa fría excitación inmóvil que nos prepara para quién sabe qué enormidad. Esperó a que surgieran de nuevo los titulares principales, pero el taxi volvió a arrancar. Se formó mentalmente la imagen de una multitud de gente agrupada en una plaza.

Se desató sobre la ciudad una tormenta enloquecida. Cabañas de cartón sacudidas y azotadas por una cortante manta de granizo. Pensó, Piedras de granizo del tamaño de piedras de granizo. Tan sólo la afortunada cubierta de las construcciones salvaba a los ocupantes de ver disolverse las cajas sobre su cabeza.

Se servían de grandes carros de lona del servicio de correos para transportar la basura y los enseres.

Hablaban y mascullaban entre ellos, asentían y hablaban, figuras aisladas y profundamente sumidas en sus monólogos, gesticulando para sí mismas y asintiendo con convicción.

El Mesías se encuentra aquí, sobre la tierra, y es un hombrecillo rechoncho que lleva traje y corbata y que vive en la República de Corea.

En ocasiones, se limitaba a permanecer inmóvil contemplando la cuchara. Le dijo a Brita que no deseaba llevársela consigo cuando se marchara. Ahora contaba con una nueva instalación separada de la arpillera, y temía que mover la cuchara de nuevo pudiera estropearla de algún modo interno y misterioso.

Preguntó en todas partes por Omar, pero nadie sabía su paradero; sólo pudo verle una vez, sentado en una salida de incendios en compañía de una mujer hispana, y Karen tardó un rato en convencerle para que bajara y hablara con ella. Todo lo que dijo fue que ya no se hacía la esquina. Tenía otros planes y se estaba organizando para llevarlos a cabo. Tenía que enfrentarse al problema de una muchacha de Coney Island a la que había dejado embarazada, y Karen experimentó una profunda pausa, algo en su pecho que se abría ante una sensación de celos y de pérdida. Además, había un tipo que rondaba la vecindad afirmando falsamente que Omar le había robado la pistola. Un trozo de metal doblado dotado de una empuñadora forrada de cinta aislante. Le escuchó, sintiendo el peso de los vestíbulos de baldosas y puertas perforadas, de las callejuelas en las que las mujeres abandonaban a sus bebés envueltos en titulares. Le contó que no echaba de menos la esquina. Tenía montones de planes. Planes que podía convertir en dinero contante y sonante. Ella le escuchaba sin comprenderle. Su mirada tendía a desviarse, y supo que no la veía realmente, lo que hizo que se sintiera extraña ante la certeza de que habría de desaparecer para siempre de su vista, de su mente y de sus recuerdos, mientras que ella conservaría a alguien en quien pensaría a menudo a pesar de que él la olvidaría, de que la estaba olvidando desde aquel mismo instante. Pero aquello constituía el peso de su vida, allí estaban esos giros del lenguaje que ella nunca había logrado comprender.

Incluso envuelta por el peor estruendo del metro, podía oír música. Veía a los músicos sentados bajo las escalinatas y dispersos a lo largo de los pasillos. Tenían

teclados y amplificadores y violines, tenían platillos automáticos y saxofones oscilantes. Los predicadores del Evangelio se trabajaban los accesos giratorios, testificando apasionadamente. Había hombres sentados entre la mugre junto a cubos de playa, esperando que alguien les echara una moneda. Los músicos transportaban sus cachivaches en carritos de tela para la compra provistos de ruedas y tocaban bajo el estrépito de los trenes que llegaban y los diáfanos anuncios que surgían como explosiones de los altavoces.

Cuando llegó el aura de advertencia, se encontraba sola en el ático. Un resplandor de mercurio realzaba los fustes de las torres exteriores. Se apartó de la ventana experimentando en el brazo una sensación similar a la que produciría una corriente eléctrica. Observó una luz plateada y serpenteante y pensó inmediatamente en el texto fugaz que recorría los costados del edificio de Times Square. De pronto, supo quién había sido enterrado en las noticias del día. Vio el torrente de palabras iluminadas como por un relámpago y el nombre que se le había escapado mientras viajaba en el taxi, y la línea referente a los millones de personas que sollozaban y entonaban plañideros cánticos. Se aferró al sofá y permaneció sentada, inmóvil durante un cuarto de hora, mientras veía desfilar las palabras por la superficie del edificio hasta doblar la esquina para continuar por el otro lado. Podía ver el otro lado. Fue entonces cuando le acometieron el dolor y la náusea. Había perdido el sentido del tiempo. La luz era metálica e intensa. Sendero Luminoso. En su interior, brillando con fulgor propio entre aquella masa de dolor. El hermoso nombre de *Shining Path*.

Advirtió que Brita estaba en la habitación. Ahora ya no había, problema. OK, se repetía a sí misma. Una palabra bien conocida en numerosos países.

Aquella noche, se sentaron en el sofá frente al televisor, su sonido yuxtapuesto al de la conversación. Hablaban y contemplaban la pantalla. Por fin, se percataron de la noticia y escucharon la voz que hablaba tras las imágenes.

Se trataba de la muerte de Jomeiny.

El cuerpo del ayatolá Ruholá Jomeiny tendido en una urna de cristal dispuesta sobre una plataforma entre una muchedumbre cuyo contorno se extendía a varios kilómetros de distancia. Ni siquiera la cámara lograba abarcar toda su anchura. Se movía de un lado a otro pero no conseguía alcanzar el borde de aquella masa angustiada, una masa que carecía de límite o frontera en la pantalla y que continuaba expandiéndose.

La voz decía, Multitud estimada, y la imagen mostraba la muchedumbre de rostros dolientes, y Karen se sentía retroceder hacia el interior de sus vidas, podía verles salir de sus hogares y de sus casuchas, torrentes de personas, cada vez más atrás, durmiendo en sus camas, escuchando la llamada matutina a la oración, saliendo de sus casas y reuniéndose en una plaza polvorienta para abandonar juntos sus tugurios en un desfile común.

La voz decía, Los asistentes lloran y entonan cánticos.

Estandartes enlutados colgaban por las calles. Grandes fotografías de Jomeiny

pendían de los muros de los edificios, y entre los integrantes de la multitud había numerosas personas que se azotaban en la cabeza y el pecho.

La voz decía, Ríos humanos, y Karen se dio cuenta de que se trataba del día después, del funeral, con multitudes estimadas de hasta tres millones de personas, todos vestidos de negro, todas las calles y autopistas llenas de figuras plañideras ataviadas de negro, con gente que recorría cuarenta kilómetros corriendo hasta el cementerio, gente que corría dominada por el desconsuelo y la amargura, cayéndose, en volandas, arrastrada por otros. El techo de un autobús desplomado bajo el peso de los que intentan ver el cadáver.

La voz decía, Histeria de dolor. Golpeándose la cabeza con las manos a causa de su desesperación.

El cadáver, envuelto en una blanca mortaja funeraria, viajaba en el interior de una furgoneta refrigerada que apenas lograba atravesar las calles. La policía disparaba al aire para dispersar a la multitud y abrir paso al cuerpo, y se veían imágenes de mangueras antiincendios desplegando estrechos arcos de agua.

La muchedumbre crecía a la vez que su propio clamor; la furgoneta retrocedía y el cadáver hubo de ser transportado hasta el cementerio en helicóptero.

Se vieron tomas aéreas del cementerio rodeado por la multitud. Karen pensó que parecían imágenes obtenidas un millar de años atrás, tras la clamorosa rendición de una capital a los asedios.

A continuación, el helicóptero aterrizó y las masas desbordaron las barreras. Los vivos intentaban recobrar la presencia del muerto.

Karen se cubrió la boca con las manos.

Los vivos se abrieron paso hasta la sepultura, mesándose los cabellos, ensangrentándose las cabezas, aspirando la espesa polvareda. El cuerpo de Jomeiny descansaba en una cajuela endeble, una especie de litera de delgados bordes, y Karen descubrió que podía viajar hasta los tugurios del sur de Teherán, que podía recorrer marcha atrás las vidas de las gentes, y que podía oírles decir, hemos perdido al padre. Todos los desposeídos acudiendo a la llamada matutina. Dolor, es el día del dolor.

Los vivos se precipitaron sobre el cuerpo y lo derribaron por tierra.

Los vivos no aceptan el hecho de que su padre ha muerto. Quieren verlo de regreso entre ellos. Tenía que haber sido el último en morir. Son ellos quienes debieran estar muertos, y no él.

La voz decía, Multitudes que lloran desconsoladas.

Los vivos se golpeaban y sangraban. Rasgaban el sudario e intentaban incorporar al muerto a su propia masa, a su oleada humana, tratando de invertir el paso del tiempo para hacerle vivir de nuevo.

Karen mantenía ambas manos oprimidas contra su rostro.

Los vivos tocaban el cuerpo, oprimían la piel del imán para mantener su calor. Sus camisas chorreaban sangre, y numerosos hombres envolvían sus cabezas con toallas igualmente ensangrentadas.

Karen se sentía como si se hallara entre ellos. Veía el cuerpo amortajado en la litera, rodeado por hombres barbados, por dolientes enlutados y guardias revolucionarios, todos pugnando por tocar al imán y arrebatarse un trozo de sudario.

Pudo ver sus delgadas piernas expuestas a la luz. Se peleaban por su cuerpo, golpeándose en el rostro.

Pensó en la cuidadosa manipulación de los muertos mientras observaba la histeria de la escena, y creyó desmayarse. Aquello constituía un insulto a la noción de que los muertos se hallan protegidos. Sus delicadas manos y piernas aparecían indecentemente expuestas. Los vivos hacían desfilar el cuerpo por todo el recinto, y había soldados disparando y hombres con la cabeza ensangrentada.

Pero tan sólo intentaban hacerle regresar entre ellos.

La voz decía, Ocho personas pisoteadas hasta la muerte y varios millares de heridos.

Pero ahora ya no era más que la historia de un cuerpo. Comenzaba a ser el relato de un cuerpo que los vivos se negaban a entregar a la tierra. Se desmayaban de calor y de amargura. La gente saltaba al interior de su tumba. Karen podía verlos saltar al interior de aquella abertura, cubiertos de harapos. Sus cuerpos, exánimes y curvados bajo el desconsuelo, ya no importaban. Intentaban llenar el sepulcro para liberar de él a su imán.

Karen retrocedió a lo largo de sus vidas, remontándose hasta sus cuchitriles y sus calles sin adoquinar mientras contemplaba las imágenes que aparecían en la pantalla.

Alguien puso en marcha las mangueras y los soldados dispararon y consiguieron por fin recuperar el cuerpo. Lo introdujeron en el helicóptero y Karen pudo ver la litera que colgaba de la portezuela abierta y el cadáver expuesto sobre ella mientras los rotores giraban y el aparato comenzaba a ascender.

Pero los vivos se abalanzaron sobre el helicóptero y lo forzaron a descender de nuevo.

Casi resultaba posible creer que era ella la única que veía todo aquello, y que todos los demás que habían sintonizado el mismo canal estuvieran contemplando solemnes análisis políticos pronunciados por tres hombres sentados en un estudio, cubiertos de maquillaje y de micrófonos disimulados. Mantenía sus manos oprimidas contra las sienes.

Contempló el cuerpo que sobresalía de la portezuela y el polvo que se arremolinaba en el aire y la masa de fieles enlutados colgando de los patines y arrastrando la nave hacia el suelo.

Lo que allí se olvidaba era la cuidadosa manipulación de los muertos.

Las tropas hicieron retroceder a la multitud y el helicóptero ascendió una vez más. Esta vez, logró apartar de sí a los vivos, que cayeron desplomados por el vendaval del rotor sin dejar de golpearse en el pecho y la cabeza.

La voz decía, Seis horas más tarde, y Karen pudo ver una nueva barrera levantada alrededor del emplazamiento de la sepultura. Contenedores de carga y autobuses de

dos pisos. Una banda sonora anunciaba advertencias amplificadas que se extendían a lo largo de la llanura, más allá del cementerio, y una multitud que abarcaba el horizonte, una multitud que rebasaba el alcance del gran angular de la cámara.

El helicóptero aterrizó con el cuerpo encerrado en un ataúd de metal que los guardias revolucionarios se encargaron de transportar el breve trecho que los separaba de la sepultura. Pero la muchedumbre avanzó de nuevo, hombres sollozantes tocados con vendas ensangrentadas que escalaron las defensas e invadieron la fosa sepulcral.

La voz decía, Multitudes que lloran desconsoladas. Decía, Se arrojan al interior de la tumba.

Karen no lograba imaginar quién más podría estar contemplando aquello. Si otros lo veían, no podía ser real. Si otras personas lo contemplaban, si millones de seres lo veían, si esos millones igualaban los reunidos en la llanura iraní, ¿acaso no significaba que compartimos algo con esos seres enlutados, que conocemos su angustia, que experimentamos cierta sensación que nos une, que escuchamos el suspiro de un dolor histórico? Se volvió y vio a Brita apoyada en el extremo más alejado del sofá, fumando tranquilamente. Ésta es la mujer que hablaba de necesitar personas que crean por ella; aquí está, viendo gente que se desangra por su fe mientras permanece serenamente sentada frente al frenesí de esta nación y esta raza. Si otros veían aquellas imágenes, ¿por qué nada cambiaba? ¿Dónde están nuestras propias muchedumbres? ¿Por qué aún conservamos nuestros nombres y direcciones, las llaves de nuestros automóviles?

Aquí llegan, ataviados de negro, abriéndose paso a empujones en dirección a la tumba. Los helicópteros vuelan a baja altura sobre la planicie. Descienden en peligroso ángulo sobre las cabezas de los vivos y los envuelven con una nube de polvo y ruido. Los asistentes se golpean hasta perder el sentido y sus cuerpos inconscientes son pasados de mano en mano por encima de las cabezas de la multitud hasta alcanzar las áreas de restablecimiento dispuestas en las cercanías.

Dolor, es el día del dolor.

Sólo faltaban diez metros hasta la fosa, pero los guardias tardaron al menos diez frenéticos minutos en alcanzar el lugar y depositar el ataúd en ella. Era la historia de un cuerpo que los vivos se negaban a entregar.

Una vez sepultado, colocaron bloques de cemento sobre él. Los helicópteros levantaron una nueva nube de polvo y numerosos asistentes sollozaron y cayeron. Al caer la tarde, los guardias transportaron un negro contenedor de carga sobre una plataforma arrastrada por un camión y lo colocaron sobre la sepultura. Los vivos escalaron las paredes del contenedor, esparcieron flores sobre él y pegaron fotografías del ayatolá Ruholá Jomeiny sobre su superficie de metal.

La voz decía, Su negro turbante, su barba blanca, sus familiares ojos hundidos.

Mujeres tocadas con negros velos, mujeres envueltas en su totalidad por velos, Karen trató de recordar la palabra, chadores, mujeres envueltas en chadores que

avanzaban y se aproximaban e innumerables manos extendiéndose hacia el contenedor, manos que tocaban las fotografías y se mantenían oprimidas contra el metal.

Karen retrocedió a lo largo de las vidas de las mujeres, las vio acercándose a la cámara a lo largo de estrechas callejuelas, remontándose aún más atrás, a la época en que habían crecido, en que habían vestido el velo y habían contemplado el mundo desde su negra envoltura; más atrás hasta la sensación de sentirse vestida de negro de los pies a la cabeza por primera vez, entonando un nombre bajo el cielo ardiente.

Los vivos transportaban carteles y salmodiaban. Jomeiny, el martillo de ídolos, se encuentra hoy junto a Dios. Durante horas, hasta bien entrada la noche, los vivos se golpean amargamente el pecho con las manos bajo la luz de los focos.

Cuando llegó temprano al parque, lo primero que hizo fue hablar con aquellos que ya estaban despiertos. Unas cuantas personas permanecían sentadas, acurrucadas sobre los bancos, bebiendo café en tazas de cartón. Una mujer extendió una manta sobre la verja de la piscina.

—Pronto, seremos una sola familia —dijo Karen—. Porque el día se aproxima. Porque comienza a distinguirse la visión total.

A continuación, se encaramó a la plataforma y anduvo entre los cuerpos envueltos en sacos de dormir, arpillera y plástico. Habló con todos, uno por uno, acuclillándose frente a ellos con los pies desnudos, sus dedos entrelazados a un centímetro del suelo.

—Preparaos para el día —dijo—. Preparaos en cuerpo y alma. El plan abarca a toda la humanidad.

Avanzaba por la plataforma, en busca de cuerpos con los ojos abiertos.

El Corazón de Dios es la única patria —dijo—. Palipali. Los hijos totales de este mundo.

El sonido de un sueño amargo, los gemidos que se elevan de sueños irrelatables. Y hablaba con aquellos que veía despiertos. Hablaba totalmente. Rodeada por ásperas toses, por sorbetones, por la medida de la respiración de aquellos cuerpos, un sonido muy similar al del trabajo. Aire rancio e inmóvil, el viejo olor inerte a sueño, a sudor, a orines y a ropa que se ha conservado puesta durante la noche. Habló envuelta por la intimidad de las primeras luces, rodeada de cuerpos durmientes.

Pues tan sólo existe ya una visión —dijo—. El Hombre que llegará a nosotros de un lugar lejano. Dios, cada minuto, todos los días. Apresuraos, falta poco.

El coche patrulla desfiló junto a las cabañas de cartones cubiertas por plástico azul, junto a dos hombres vestidos con jerséis de capucha que compartían un cigarrillo. Junto a la mujer de la tumbona rota, que dormía inclinada hacia un lado. Junto al hombre tendido en el suelo con varias palomas paseándose junto a su cabeza, picoteando sus cabellos y sus ropas en busca de comida. Junto a la población que conoce las leyes de los campamentos nómadas, con sus bultos bien atados, sus bolsas

repletas de bolsas, gente en decadencia que lee el espacio al que sus vidas han sido asignadas.

Karen descendió de la plataforma y miró a su alrededor en busca de alguien que quisiera escucharla. Conservaba la voz total del Maestro dispuesta en la mente.

XIII

Circulaban dos historias acerca del transbordador. Había sido alcanzado por los disparos de las cañoneras a unas treinta millas de la costa libanesa y había girado hacia Larnaca. Dos muertos, un desaparecido, quince heridos. O el transbordador se hallaba muy cerca del puerto libanés de Jūniyah cuando resultó tocado por los disparos de la artillería terrestre o por los lanzacohetes y había girado en dirección a Larnaca. Un muerto, un desaparecido, nueve heridos.

Bill estaba en el muelle, viendo atracar el transbordador. Podía contar dieciocho orificios en la blanca superficie del casco. El nombre del transbordador era *Zenón el Estoico*, y podía transportar un millar de pasajeros, pero se decía que tan sólo cincuenta y cinco habían hecho el viaje.

Otro de los rumores era el referente a las lanchas cañoneras que operaban en aguas libanesas. Podían haber sido sirias, israelíes o libanesas; en este último caso — y siempre según los rumores— podrían haber operado desde una base improvisada controlada por un general cristiano que pensó que el transbordador era un buque de carga iraquí que transportaba armas para alguna facción rival.

Pero, de haber sido alcanzado por baterías terrestres, se decía que habría sido responsabilidad de chiítas leales a Siria, o de chiítas leales a Irán, o acaso de cristianos leales a Israel. Según otras opiniones, se atribuía la responsabilidad a los propios sirios.

Bill contempló a los pasajeros que descendían por la abertura de la proa y caminaban lentamente a lo largo del muelle en dirección al grupo de gente que esperaba. Era mediodía y hacía calor, y pensó que si hubiera llegado un día o dos antes, él mismo estaría entre ellos, cabizbajo, caminando con dificultad, o acaso muerto quién sabe dónde o declarado como desaparecido. La historia que se contaba era que las víctimas habían sido recogidas en alta mar por helicópteros de la Royal Air Forcé y trasladadas a las bases inglesas que había en la isla. En aquellos días había varios miles de libaneses en Chipre, y ahora, si las cifras eran correctas, cincuenta y cinco de ellos que pensaban que estaban regresando a casa se veían inesperadamente de vuelta con excepción de aquellos que habían muerto o desaparecido.

Caminó a lo largo del paseo marítimo bordeado de palmeras, frente a los cafés y los comercios. La punzada de su costado era ahora más profunda y constante, y la sentía ascender en línea recta por la parte frontal y superior del abdomen. Estaba comenzando a conocerla bien. En ocasiones, un dolor puede resultarnos familiar incluso cuando lo sufrimos por primera vez. Existen ciertas condiciones que parecen tener su origen en quién sabe qué episodio de dolor colectivo. Conocemos la experiencia a partir de otros que la han sufrido. Bill se sentía unido al pasado, a cierta consanguinidad dolorosa a la vez íntima y renovable.

Se sentó a una mesa y pidió un brandy. Podía ver bombillas colgadas a lo largo

del paseo, y pensó que podría permanecer allí sentado todo el día esperando el atardecer, la fresca brisa marina y el momento en que se entendieran las luces, aquellas bombillas de colores conectadas a cables enlazados de palmera en palmera. Y luego, seguir sentado algo más de tiempo, esperar la madrugada frente a su Metaxa, un noble medicamento que se remontaba al siglo diecinueve, y regresar a casa en torno al mediodía, y permanecer sentado un rato más, esperando a que circulara el rumor de que el transbordador volvía a zarpar en su ruta habitual.

En realidad, no pensaba que pudiera haber terminado entre los muertos, heridos o desaparecidos. Se sentía ya herido y desaparecido de por sí. Y en cuanto a la muerte, había cesado de creer que habría de verla llegar transportada por el cañón de un arma ni por ningún otro instrumento destinado a ejercer una acción mortífera. Solía meditar acerca de aquello. Tiroteado por alguien. No por un ladrón, ni por un cazador, ni por un psicópata de autopista armado con un rifle, sino por un delicado lector. En ocasiones, experimentaba un vestigio de anticipación, como si deseara la llegada de tan triste suceso. Se había mantenido a sí mismo en una profunda reclusión, y existía cierta lógica inevitable que hacía posible que algún joven solitario hallara en ello su misión. Había gente con cámaras colgadas del hombro y gente que blandía fusiles, y Bill pudo divisar apenas el fulgor de una diferencia. Un chiquillo demasiado pequeño para su edad, de ojos rosados, hecho a sí mismo, hijo único (tal y como empezaba a verle Bill), que vivía en espejos de cuerpo entero y se topaba con una novela que le hablaba en tonos peligrosos y radiantes. Scott no era uno de ellos. Poseía un ingenio y un espíritu de iniciativa que dispersaba los espíritus de las tinieblas, pero también era cierto que había saltado de un envoltorio, boqueando por la falta de aire, mostrando la necesidad de consumir aquello que restara después de haber leído los libros y escuchado los rumores. Luego estaba también el dedo recibido por correo. Al principio, lo había conservado tras deducir que debía de tratarse de un dedo anular, parduzco y momificado, y solía contemplarlo y preguntarse su significado. Pero aquello había sucedido hacía ya tiempo, y ya había perdido la sensación de que habría de salir de la oficina de correos para ver a un muchacho menudo que se acercaba a él en sentido diagonal adoptando la picara sonrisa que llevaba semanas ensayando.

Sintió el impulso de telefonar a cómo-era-su-rostro, la fotógrafa, y de hablar con su máquina.

Se puso en marcha en dirección a su hotel. La pierna apenas le dolía, y el hombro izquierdo —sobre el que había aterrizado cuando el automóvil le golpeó— tampoco le molestaba. Pero ahora sentía dolor en el hombro opuesto. Se detuvo en el vestíbulo de uno de los hoteles principales para comprar un ejemplar del *Paris Herald* y vio un cartel en el que se daba la bienvenida a un grupo de veterinarios británicos. De nuevo entre doctores. El periódico decía que miles de personas huían de Beirut y de los enfrentamientos. Junto a las puertas de los cementerios se amontonaban los ataúdes porque ya no había lugar para los muertos. En los alrededores de la ciudad enterraban a la gente en grupos de dos o tres cuerpos por tumba. Se utilizaban aerosoles para

pintar calaveras en los muros de los edificios en ruinas, no había agua, las ratas eran cada vez más grandes y la red eléctrica se hallaba fuera de uso.

Bill no creía correr allí peligro alguno. Tan sólo el aislamiento, despiadado, pétreo, inconfundible, la raíz de lo que había ensayado durante todos aquellos años. Y si el transbordador no funcionaba, quizá lo hiciera el aerodeslizador, elevándose sobre los rizos de la superficie del mar y maniobrando a través del fuego de las baterías artilleras. Y quizá no. Pero existía la posibilidad de que abrieran de nuevo el aeropuerto. Se sentaría a bordo de un vuelo fantasmagórico en compañía de seis o siete beirutíes tensos, refugiados a la inversa, que regresarían a su hogar para verse inmersos en el terror a todos los niveles.

Una vez en la calle, intentó recordar el nombre de su hotel, lo que le permitiría preguntar a alguien cómo demonios se llegaba hasta él. Se trataba de un alojamiento pequeño y mezquino situado a respetable distancia de los mástiles oscilantes del paseo marítimo. Tal era la vida que podría haber llevado, un contestador automático y un cuaderno de diseño y un balandro de carreras y una mujer a la que amar y un puñado de salmonetes asándose en un espetón. Advirtió que experimentaba dolor cada vez que inhalaba profundamente.

Ya en su habitación, anotó los gastos en una libreta. A continuación, repasó las páginas ya escritas y no se sintió capaz de trabajar más. Resultaba demasiado duro. Resultaba más duro que una operación quirúrgica, y ni siquiera se podía vivir de ello. Contempló un cuadro colgado de la pared y vio todo lo que existía en el exterior de la habitación en la que permanecía sentado intentando escribir acerca de ella. La imagen representaba varias redes de pesca apiladas en cestas de lona, y contenía sexo, recuerdos, anhelos, nombres de viejos amigos y los nombres de los principales ríos del mundo. Bien mirado, escribir era nocivo para el espíritu. Alimentaba tus peores tendencias. Lo estrechaba todo a los límites del fracaso y de sus consecuencias devastadoras. Proporcionaba a tu astucia un matiz traicionero, y a tu corazón pusilánime la excusa necesaria para enmudecer aún más profundamente. Había olvidado por qué quería escribir acerca del rehén. Había terminado algunas páginas que medio le gustaban pero ¿qué sentido tenía todo en realidad?

Alzó la mirada y dijo en voz alta, Keltner no se apresura, y mira de reojo la pelota. ¡Oigan, qué lanzamiento! Amigos, ha salido recta como un cable.

Se quitó los zapatos y los calcetines y se arrellanó en la butaca, poniendo los pies sobre la cama y sosteniendo la libreta sobre el regazo. Necesitaba ver a un médico y tomarse una copa. Primero, la copa. Pero le dolería al incorporarse, le dolería al caminar hasta un café y al sentarse y al respirar, incluso cabía que le doliera al tragar, con lo que nos enfrentábamos al clásico dilema. Debía haber preguntado a Charlie cómo había conseguido dejar de beber. Amaba a su viejo amigo, había experimentado por él un amor incesante durante aquellas horas recientes que habían pasado juntos en Nueva York y Londres, había sentido una necesidad continua de partir, de continuar, de estrechar su mano y despedirse. Charlie solía hablar de envejecer en Park Avenue,

se veía a sí mismo como un frágil anciano sentado en una silla de ruedas y atendido por una silenciosa enfermera negra calzada con inaudibles zapatillas. Una enfermera que se empeñaría en ponerle al sol. Se había vuelto tan viejo y quebradizo que apenas podía exhalar el aliento, pero le vestían como a un chiquillo que acude a una fiesta, le proporcionaban un aspecto impotentemente esplendoroso, ataviado con una chaqueta que le venía grande y un cuello de camisa demasiado amplio. Se veía a sí mismo arrebujado en una manta en las horas más cálidas del día y en la parte más soleada de la calle. Porque cuando las sombras se alargaran sobre la acera la enfermera le empujaría de nuevo al sol, avanzarían eternamente hacia el sol, lentamente, hasta verse instalado completamente inmóvil en la esquina de un edificio de preguerra, tomando el sol, en el soleado lugar que habría de ocupar durante el próximo cuarto de hora; Charlie solía enrojecer de vergüenza y placer al conjurar la senilidad de sus días finales.

Tal era la muerte que podría aguardar a Bill, jabón de almendras y una cocina reformada y una viuda, equipado con un contestador automático. Amaba a sus viejos amigos, pero les envidiaba algo y deseaba que renunciaran a ello, fuera lo que fuese, para que todos pudieran volver a una situación de igualdad.

A los petardos los llamaban saludos.

Se trataba de una vida dominada fundamentalmente por el pelo: pelo que se deslizaba en el interior de la máquina de escribir, recogiendo polvo en toda su longitud y enredándose entre los tipos y los mecanismos, pelos que se adherían al tapete de fieltro del mismo modo que fibras onduladas se pegaban a la pastilla de jabón obligándole a servirse de la uña del pulgar para arrancarlas, todas sus células, escamas y gránulos, su pigmento desvaído, la interminable necesidad de aquellas bolas de pelo amontonadas y apelmazadas entre sus trabajos.

Debería hacer algo de turismo mientras espero el transbordador. ¿Había dicho aquello en voz alta? El Fuerte Turco, el Cementerio Británico... Cambió de postura lentamente, tentando sus movimientos y desplazando el peso en diversas direcciones, mostrando el esfuerzo en su rostro hasta que advirtió que podía ponerse en pie fácilmente. Fue hasta el cuarto de baño y orinó sin que se advirtieran vestigios de sangre. Se alzó la camisa y contempló la tumefacción de su abdomen: no había aumentado, ni había cambiado de color. La cerámica del período medio, el pueblo en el que se fabricaban los encajes. Al mirarse en el espejo comprobó que llevaba varios días sin afeitarse. La rozadura de su rostro no había mejorado ni tampoco empeorado. Si acaso, había mejorado y, desde luego, no había empeorado. Decidió que se pondría los zapatos y los calcetines y que daría un corto paseo, aunque sólo fuera para huir de la mirada atónita de aquella página.

Sentía una sorda palpitación en su hombro derecho.

Podía haberle dicho a George que estaba escribiendo sobre el rehén con objeto de recuperarle, de recuperar un significado perdido para el mundo desde el instante en que había sido encerrado en aquella habitación. Quizá se trataba de eso. Cuando

castigamos a alguien que no es culpable, cuando llenamos habitaciones de víctimas inocentes, comenzamos a agotar el mundo de los significados y a erigir un estado mental distinto en el que la mente consume aquello que la rodea, reemplazando la realidad por ficción y maquinaciones. Una ficción que asimila estrechamente el mundo, otra que se extiende en pos del orden social, intentando desdoblarse en él. Podía haberle contado a George que un escritor crea un personaje como medio para revelar una conciencia, para incrementar una corriente de significado. Así es como reaccionamos frente al poder y dominamos nuestro temor. Ampliando el alcance de la conciencia y de las posibilidades humanas. Este poeta que habéis capturado. Su detención despoja al mundo de una nueva brizna de significado. Debía haberle dicho todo aquello a aquel hijo de puta —aunque lo cierto era que George le agradaba— pero hasta entonces nunca había considerado la cuestión desde aquel punto de vista, y George hubiera dicho que los terroristas carecen de poder y, en cualquier caso, Bill sabía que olvidaría todo aquello antes de que transcurriera mucho tiempo.

Recordaba las cosas importantes, cómo su padre solía tocarse con un sombrero llamado Ritz —gris con banda negra, borde recortado y ala prendida— y cómo siempre había alguien que decía, «Mide tu cabeza antes de pedir», una frase que aparecía en el catálogo de Sears Roebuck, y cómo a los petardos los llamaban saludos.

Pensó que le gustaría sentarse al sol, huir de la mirada atónita de la página y tomar un taxi y bajar hasta la playa y buscar un banco situado cerca de un grupo de cestas de lona llenas de redes de pesca. Terminó de atarse los zapatos, pero cuando lo hubo hecho abrió la cama y se deslizó entre las sábanas, tan sólo un instante, para atajar aquel mareo, aquella sensación indefensa de hallarse desvaneciendo en la inconsistencia y la distancia.

Pelo apelmazado en los bordes de la alfombra, pelo arrollado sobre los radios del filtro de la bañera, enredado en la abertura de la cisterna, adherido al fondo de la pila, vello púbico ensortijado sobre el borde de la taza, cabellos de la nuca pegados al interior del cuello de la camisa, cabellos sobre su almohada, en su boca, en el plato, pero donde más los nota es en la máquina de escribir, cabellos que se acumulan, todos los mechones que había perdido dispersos entre los mecanismos, grises y viejos, formando un suave desorden, todo aquello que no es claro, reluciente y definido.

Hallar a alguien que le empuje constantemente hacia el sol.

Siempre hay algo que se supone que no debemos ver, pero también existe una condición de nuestro desarrollo que afirma que acabaremos por verlo.

Cuando el muchacho le despojó de la capucha, el prisionero paseó la vista por la pared, en busca de lagartijas. Eran pequeñas y pálidas, de un tono verde lechoso; muy pálidas y, aun así, tenía que concentrarse para distinguirlas.

La estancia le había arrebatado todos sus anhelos. Se encontraba a solas con sus imágenes.

El tiempo avanzaba penosamente, transportado por los insectos, omnisciente, si es que podemos decir que avanza, si es que podemos llamarlo tiempo. Contenía su propio desaliento, presente en los alimentos, en los efectos de los alimentos, rezumaba a través de su cuerpo en forma de fiebres e infecciones, de interminables excrementos acuosos.

Pero las imágenes eran pequeñas y cerradas, apagadas por el tiempo. Quería pensar en la ciudad ardiendo, en los cohetes saliendo despedidos de sus rampas. Pero las únicas imágenes que lograba conformar eran íntimas y compactas, pequeños momentos aislados en una casa en la que las cosas sucedían a medias, de un modo mortecino, en algún lugar situado al fondo del vestíbulo.

Al prisionero le angustiaba no disponer de un trozo de lápiz ni de un pedazo de papel. Los pensamientos se desplomaban de su mente y morían. Para que su flujo no disminuyera, se veía obligado a escrutarlos.

Imaginaba las lagartijas como astillas de luz, luz solar con afiladas formas de jade. Memorizaba sus posiciones sobre la pared e intentaba trasladarlas al mundo interior de su capucha.

El muchacho llevaba una camiseta oscura bajo la parte superior de un chándal y, casi siempre, pantalones de faena y unas raídas zapatillas de deporte a franjas.

La guerra carecía ya de planificación. Se desarrollaba en cualquier momento, o en todo momento, y los reactores israelíes machacaban la ciudad creando los antiguos y amplios estampidos de un cielo detonante.

El prisionero se imaginaba a sí mismo como propiedad del muchacho. Representaba un objeto siempre a mano que el muchacho podía alterar y modelar según su propio y caprichoso diseño. Constituía la infancia del muchacho, la idea resplandeciente de su infancia. Un joven halla una cosa y la traslada directamente al centro de su ser. Contiene el secreto de su existencia. El prisionero pensó en aquello. Constituía el afortunado hallazgo que permitía al muchacho distinguirse a sí mismo con claridad.

Pero entonces cesó de memorizar las lagartijas. Hacerlo violaba una regla de rencor que no lograba identificar del todo.

Su cuerpo comenzó a hincharse. Observó cómo sus piernas se transformaban en blancos flotadores inflamados y se negó a aceptarlas como suyas. Su cuerpo huía junto con sus voces.

Nadie acudía a interrogarle.

Resultaba difícil permanecer de pie con normalidad o incluso cambiar de postura sobre el colchón, y supo que se acercaba el momento en que se convertiría en recaudador de lesiones permanentes. Le hallarían y acudirían. Serio encharcamiento de los pulmones, espasmos en el pecho, todos los síndromes crónicos y duraderos.

Ansiaba una libreta y un lápiz. Había pensamientos que no lograba formular sin

escribirlos.

Pensó en el hombre descamisado, aún vivo, prendido en el alambre de espino.

Resultaba difícil adaptarse a la ausencia de cosas dotadas de sentido. No podía saber con seguridad si las reglas habían cambiado o si habían sido ligeramente modificadas o completa y eternamente abandonadas o siquiera si habían existido alguna vez, si las podemos llamar reglas o siquiera confiar en el diminuto recuerdo de algo llamado así.

Se identificaba con el muchacho. Se veía a sí mismo como alguien que podría llegar a transformarse en el muchacho a través de la sencilla medida de la mente al remontarse sus pensamientos. A veces, pensaba que recordaba al muchacho. Había un momento de un mortecino día de verano en el que el muchacho permanecía junto a la puerta inmerso en la intrascendental contracción del tiempo.

A veces, el prisionero percibía una segunda oscuridad bajo la capucha y sabía que el suministro de fluido eléctrico había vuelto a interrumpirse. No era sino otro beirutí más, sin electricidad, sin agua, escuchando el silbido de las bombas, ocurre continuamente.

La curva barra de acero con la que el muchacho se acordaba en ocasiones de azotar las plantas de los pies del prisionero aún conservaba restos de cemento adheridos a ella.

La guerra resultaba audible, pero ya desprovista de los ruidos del tráfico, de los rutinarios bocinazos que dominaban el sonido de las ametralladoras y los morteros. La ciudad se vaciaba. Intentó evocar una imagen de desnudas vistas de las largas avenidas en ruinas, un último y triste placer, pero ya no lo lograba.

Nada restaba tras él, salvo fragmentos compactos. Toda la energía, la materia y la gravedad yacían delante, el futuro se extendía por doquier, en todo lo que decía la gente, alargándose insoportablemente.

Las capuchas carecían de sentido. ¿Por qué ambos habían de llevarlas? Al muchacho le bastaba con la suya para evitar ser identificado en algún improbable momento del futuro. Y si, como castigo, quería mantener al prisionero cubierto con un capuchón sin ranuras, con tan sólo un agujero para respirar, no necesitaba llevar el suyo. Podía haber alimentado al prisionero abriendo una ranura a la altura de la boca en su andrajosa caperuza.

Dos imágenes en la oscuridad. La abuela que habían de atar a la silla. El padre, borracho, sentado en el retrete con los pantalones bajados y cubiertos de vómito.

Sólo la escritura podía empapar su soledad y su dolor. Las palabras escritas podrían revelarle quién era.

Sabía que había ocasiones en que el muchacho fingía abandonar la estancia pero se quedaba allí, contemplándole. Él representaba su descubrimiento, el único fulgor que había logrado arrebatarse a la tierra. Sentía su presencia concentrada y percibía exactamente el lugar en el que se encontraba; por su parte, permanecía inmóvil y estudiaba la quietud hasta que el muchacho se marchaba.

Pequeñas imágenes aisladas bajo la capucha.

El único modo de hallarse en el mundo era escribir su presencia en el mismo. Sus pensamientos y palabras agonizaban. Dejadle que escriba diez palabras y reanudará de nuevo su existencia.

Le habían llevado hasta allí en un automóvil al que le faltaba una puerta.

Un trozo de papel mojado y un lápiz mordisqueado por algún perro. Podía escribir el fin de su terror, trasladarlo al papel desde su cuerpo y su mente.

¿Queda tiempo para una reflexión final?

Sabía que el muchacho permanecía junto a la puerta, e intentó distinguir su rostro con palabras, imaginar cuál sería su aspecto, su piel, sus ojos, sus rasgos, cada característica de esa superficie que llamamos rostro, si es que podemos decir que tiene rostro, si es que creemos que efectivamente hay algo bajo la capucha.

Bill oyó las voces de la mesa contigua y supo que se hallaba en compañía de los veterinarios ingleses. Dos hombres y una mujer. Estudió la comida que contenía el plato de esta última y la señaló con el dedo. El camarero garabateó algo en su libreta y se marchó. Bill apuró su brandy.

Cogió su copa vacía y, poniéndose en pie, se inclinó hacia los veterinarios.

—Me pregunto —dijo—, si serían tan amables de responder a una o dos preguntas de un escritor. Verán, para escribir una de las partes del libro en el que estoy trabajando actualmente se precisan ciertos conocimientos médicos especializados. Necesitaría que me orientaran un poco, y he pensado si podría molestarles unos minutos.

Los tres tenían buen aspecto. Parecían amistosos, tranquilos, no irritados por la interrupción.

—Un escritor —dijo la mujer, dirigiéndose a los otros.

Uno de los hombres, un tipo robusto y con barba estudió detenidamente a Bill mientras los otros dos se miraban entre sí intentando determinar si aquello iba a resultar divertido o aburrido.

—¿Cree que habremos oído hablar de usted? —dijo el veterinario de la barba. Su voz mostraba un cierto vestigio de escepticismo.

—No, no. No soy esa clase de escritor.

Nadie pareció asombrarse por esta observación, aunque el propio Bill ignoraba qué había querido decir exactamente. Si acaso, pareció satisfacerles y sentar las bases necesarias para desarrollar una conversación tranquila y relajada entre viajeros anónimos.

Bill depositó la mirada en su copa vacía y miró a su alrededor en busca de un camarero. Su mirada se extendió hasta el resto de los restaurantes alineados a lo largo de la avenida.

—Aun así, ¿no cree que pudiéramos haber leído algo escrito por usted? —dijo la

mujer—. En un aeropuerto, quizá, donde uno no registra los nombres con firmeza.

Los otros dos volvieron la mirada hacia ella con aprobación.

—No, no creo. No es probable.

Era pequeña, y poseía un rostro amplio y agradable, pensó, adornado por un flequillo moreno y una boca que se curvaba hacia afuera cuando hablaba.

—¿Qué clase de cosas escribe? —preguntó el segundo veterinario.

—Ficción.

El de la barba asintió con cautela.

—Verán, estoy trabajando en un pasaje para el que medio minuto de charla con un experto puede resultarme más útil que cualquier investigación que pudiera realizar a través de los libros.

—¿Alguna vez han llevado una obra suya al cine? —inquirió la mujer.

—Eso. ¿Hay algún libro suyo en forma de película? —dijo el segundo veterinario.

—No, me temo que sólo libros.

El otro hombre sonrió débilmente sin dejar de contemplar a Bill desde las profundidades de su barba.

—Como autor, es de suponer que aparecerá usted alguna vez en público —dijo la mujer.

—¿Quieres decir en televisión? —dijo el segundo veterinario.

—¿Sabe? A menudo pienso... ahí viene otro.

Bill alzó la copa e hizo un gesto en dirección a un camarero que pasaba, pero no quedó claro si éste le había visto ni si sabía qué estaba bebiendo. Las luces de colores habían sido encendidas, y se distinguía la presencia de unas cuantas personas en la terraza superior de un edificio blanco situado junto a la hilera de palmeras del fondo.

Bill se acuclilló junto a la mesa y paseó la mirada por los presentes a medida que hablaba.

—Bien. Mi personaje resulta atropellado por un automóvil en plena calle. Puede regresar a casa caminando por su propio pie. Contusiones en todo el cuerpo. Dolores y punzadas. Pero, en general, bien.

—Espero que entienda —dijo la mujer—, que nosotros diagnosticamos y tratamos únicamente enfermedades y lesiones sufridas por animales.

—Lo sé.

—No por personas —dijo el segundo veterinario.

—Correré encantado el riesgo.

Bill se incorporó de un salto y siguió los pasos de un camarero apurando la ya vacía copa una vez más. Tan pronto le alcanzó, se la entregó y pronunció lentamente el nombre de una marca de brandy. A continuación, regresó a la mesa y se agachó una vez más junto a ella.

—Conque, a lo largo de un período de unos cuantos días, mi personaje comienza a experimentar síntomas más profundos y, en particular, un dolor intenso y continuo

en un costado del abdomen.

Acudió otro camarero con más vino para los veterinarios.

—Y empieza a preguntarse si no tendrá una lesión interna, y en qué órgano, y de qué gravedad, etcétera. Porque planea hacer un viaje.

—¿Orina sangre? —preguntó el de la barba.

—No orina sangre.

—Si le hace orinar sangre puede hallar recursos muy convenientes en los riñones. Podríamos ayudarle en ese sentido.

—No quiero que orine sangre.

—¿Tan remilgados son sus lectores? —dijo la mujer.

—No, pero el dolor que siente es frontal.

—¿Qué hay del bazo? —inquirió el segundo.

Bill pensó unos instantes y no pudo evitar preguntar:

—¿Tienen bazo los perros?

Aquello les pareció sumamente divertido.

—Si no lo tienen —dijo el de la barba—, resultará que he hecho una lucrativa carrera a base de realizar esplenectomías en enanos peludos.

Su risa, profunda y cavernosa, agradó a Bill. Su primera esposa despreciaba su afición a los médicos porque pensaba que todo obedecía a sus intentos por sobrevivirla.

—Permítanme añadir otra cosa —dijo Bill—. Mi personaje posee una fuerte tendencia a la bebida.

—En ese caso, podría ciertamente mostrar un bazo inflamado —dijo el segundo veterinario—. Un bazo dilatado es mucho más susceptible a lesiones y hemorragias continuas, y podría causar un dolor considerable.

—Pero el bazo se halla a la izquierda —dijo Bill—. Mi personaje siente dolor en el costado derecho.

—¿Nos lo había dicho acaso? —dijo la mujer.

—Quizá lo olvidé.

—¿Por qué no lo cambia al costado izquierdo y se conforma con el bazo? —dijo el veterinario de la barba—. De hecho, pienso que sangraría ininterrumpidamente. Ahí tendría una buena posibilidad.

El camarero retornó con el brandy y Bill alzó una mano en solicitud de una pausa formal mientras apuraba la copa.

—No, tiene que ser en el costado derecho. Resulta esencial para el tema en cuestión.

Percibió cómo se detenían a considerar aquello.

—¿Puede ser la parte superior del costado derecho? —preguntó el segundo hombre.

—Sí, creo que sí.

—¿Podemos hacer que sienta un ligero dolor cuando aspira profundamente?

—Dolor al respirar. No veo por qué no.

—¿Podemos hacer que le duela el hombro derecho?

—Sí, creo que sí.

—En ese caso, problema resuelto —dijo la mujer. El veterinario de la barba escanci6 el vino.

—Hígado desgarrado.

—Hematoma.

—Inflamación local inundada por hemorragia.

—Sin muestras exteriores.

Un camarero acudi6 con la cena de Bill y la deposit6 sobre la mesa contigua. Durante unos instantes, todos le contemplaron. A continuación, Bill regres6 a la mesa, cogi6 su plato y sus cubiertos y torn6 a acucillarse junto a la de los veterinarios. Comenz6 a cortar la carne.

—Así que es el hígado lo que le est6 molestando. Tal y como él mismo sospechaba. ¿Qué hago con él ahora? ¿Qué piensa? ¿Qué siente?

La mujer dirigi6 la mirada al segundo veterinario.

—¿Se siente débil?

—No me extrañaría.

—No le llega la sangre a la cabeza —dijo la mujer, dirigiéndose a Bill.

—¿Qué más?

—Su presión arterial comienza a fallar, y su cavidad abdominal puede encontrarse al borde de una infección aguda.

—Pero quiere marcharse de viaje —dijo Bill.

—Decididamente, ni hablar de ello —dijo el segundo veterinario.

—¿Qué clase de viaje? —pregunt6 la mujer.

—Un viaje por mar. Un crucero, o una travesía. No demasiado largo ni fatigoso.

—Absoluta y totalmente implausible —dijo el veterinario de la barba.

—No, no puede ser —dijo la mujer—. No puede dejar que lo haga. Rebasa todos los límites. Absolutamente, no.

Bill apur6 su vino. Se sentía integrado en la diversión general.

—Pero ¿y si tan sólo se encuentra débil? ¿Que no le llega sangre a la cabeza? Ése es el motivo por el que la gente se marcha de crucero.

—Lo siento, no —dijo la mujer.

El veterinario de la barba dijo:

—Si le otorga los síntomas que hemos acordado, la única medida razonable consiste en visitar a un médico.

—O se verá obligado a ponerle en coma.

Bill termin6 de cortar la carne antes de engullir el primer bocado. Se puso en pie y busc6 un camarero. Una atm6sfera fresca y alegre flotaba en el aire.

—No se ofendan, señores, pero no estamos hablando de un periquito. Se trata de un ser humano perfectamente sano por otra parte.

—Perfectamente sano por otra parte. Qué gracioso.

—El problema de las personas sanas, éstas y otras, es que no permiten a sus médicos desempeñar la labor que se hallan adiestrados para realizar.

—Primero, sobre todo y antes que nada, los animales —dijo la mujer, asiendo el borde de la mesa y aproximando su silla a ésta.

Bill consiguió captar la atención de un camarero y blandió su copa vacía, señalando su interior con la otra mano. El veterinario de la barba escanció más vino.

—De acuerdo —dijo Bill—. Estoy dispuesto a hacer que mi personaje recurra a la sabiduría de los consejos de un profesional. ¿Qué haría exactamente un médico si alguien acudiera a él en estas condiciones?

—Llamar a una maldita ambulancia, ¿no os parece? —dijo el veterinario de la barba.

Se lo estaban pasando en grande. El segundo veterinario cogió una silla de la mesa de Bill y la arrastró hasta la suya. Bill se sentó y atacó un nuevo trozo de carne. El camarero acudió con más brandy y ellos pidieron más vino.

Decidieron visitar un club nocturno de la costa, un lugar favorito de los libaneses para arrojar su exilio y su añoranza. Bill viajó sentado en un rincón del taxi, sintiéndose aturdido y mareado. Hacía muchos años que no había oído aquella palabra, ni había pensado en ella. Los veterinarios intentaban convencer al conductor de que improvisara un verso para Kataklysmos, una importante fiesta local celebrada en memoria de las inundaciones.

El club era enorme, y estaba atestado de gente. Una mujer de mediana edad que portaba un micrófono se movía entre las mesas entonando lamentos en árabe y en francés. Bill permanecía sentado, bebiendo, en el extremo de un banco ocupado por los tres veterinarios y otros dos tipos que habían descubierto vagando en el exterior. La mujer le permitió depositar una mano sobre su muslo arcilloso. Cada cuarenta segundos aproximadamente saltaba el corcho de una botella de champán. Bill creyó ver su libro al otro extremo de la estancia, obeso, salpicado de lejía, el rostro atacado por ácido, cerrado y descolorido, asomando sus dientes rotos entre la pulpa. Resultaba tan real y verídico que logró desvelar brevemente su atontamiento. Sobre la pista de baile podían verse parejas que se asían mutuamente; a uno de los presentes le fue descorchada una botella en pleno rostro, y el tipo se incorporó con un cremoso destello de sangre y espuma y bajó la mirada para comprobar los desperfectos sufridos por su atuendo. Por doquier podían verse cortesías reverenciales, mujeres adornadas de bisutería y numerosos chulitos disfrazados con gafas de sol y prendas militares. Las discusiones llenaban la estancia, el champán corría a raudales tras los estampidos y Bill pensó que la atmósfera revelaba un doble estado de ánimo, una sensación reflexiva que dominaba el centro del ruido y de la charla, una nostalgia del hogar que contuviera algún secreto, la conciencia compartida de que no deseaban huir de la guerra, de que la guerra les arrastraba a su interior y de que si estaban allí era para unir sus manos y danzar de buen grado con la muerte dejando atrás los hoteles

saqueados y los campos de muros derruidos. Contempló al extraño hombrecillo de rostro blanqueado subir al diminuto escenario para cantar *Mack the Knife* con la voz de Louis Armstrong, una imitación perfecta y escalofriante de su célebre gruñido, y Bill detestó escuchar aquel sonido procedente de un cuerpo plegado que habita en una maleta, era espantoso, era espeluznante, pero los veterinarios parecían fascinados, no se advertía en ellos ni un susurro ni un parpadeo; era la canción que llevaban esperando durante toda la noche, el verso cataclísmico.

Le dolía al respirar. Deslizó la mano a lo largo del muslo de la mujer. Había algo en el corte recto de sus cabellos sobre la frente que le sugería estar acariciando a una maestra en una habitación de almacenaje llena de la frescura de los artículos de material escolar. Oh, Dios, permite que me deje hacerlo. Más tarde, en el lavabo de caballeros, Bill y el veterinario de la barba se cruzaron sin intercambiar una palabra o un gesto, lo que no dejaba de resultar natural dentro del curso episódico de una larga noche pasada entre extraños en una ciudad distante. Bill experimentaba la sensación de que una nueva vida había nacido y se había extinguido desde aquel segmento transcurrido en el paseo bajo la brisa marina y las bombillas de colores.

Cuando despertó en la cama del hotel llevaba puestos los calzoncillos, los calcetines y un zapato. Tardó un rato en determinar dónde se encontraba. Una vez lo hubo decidido, trató de recordar cómo había vuelto. No conservaba recuerdo alguno de su partida del club nocturno. Aquello le asustaba, le hacía verse a sí mismo tropezando con las paredes, andando borracho y a trompicones en la oscuridad. El peligro del mundo es inmenso. Lo veía ahora, hasta qué punto había sido estúpido y afortunado al desafiar aquel peligro. Quedaba un cigarrillo en el paquete. Se quitó el zapato y fumó. Resultaba extraño pensar en sí mismo inmerso en un tiempo perdido, maniobrando cuidadosamente, arrastrando los pies, siguiendo el laberinto de toda una vida. Despertaba en él una sensación de temor y de humildad, pero también de oscuro placer.

Recordaba lo más importante, cómo el chiquillo que comía saltamontes abría la boca para mostrar parte de un ala y un ojo y los jugos del cuerpo masticado deslizándose entre sus dientes.

Fue al cuarto de baño a escupir. Carraspeó y escupió. Orinó. Sacudió de su miembro la última gota de orina. Aquélla era su vida. Depositó el cigarrillo sobre el estante de vidrio y se lavó la cara. Se secó y regresó para sentarse en el borde de la cama, fumando con gestos deliberados, estudiando el cigarrillo que sostenía en la mano, qué idea tan dulce, un pequeño cilindro de tabaco finamente cortado y sujeto por una delgada envoltura de papel, diseñado para despertar una sensación de placer en nuestra mente. Qué curioso no haberlo advertido hasta entonces.

Se había quitado —o alguien le había quitado— los pantalones sin desprender el zapato izquierdo. La noche aparecía salpicada de serenos vestigios de incongruencia. Quería hacer durar el cigarrillo otras cuatro chupadas, y al observar que apenas quedaban dos se sintió invadido por una amarga sensación de pérdida.

Durmió unas horas. Despertó en lo que parecían ser las primeras horas de la tarde. Llamó a recepción y le dieron el nombre y dirección de un médico. Se vistió, sintiéndose bien en general, dispuesto a olvidarse del médico, pensándolo mejor, decidido de nuevo a olvidar la cuestión y sintiéndose hambriento, siempre un signo inequívoco de recuperación.

Decidió que vería al médico. Obedeciendo a un impulso, llamó a la compañía naviera antes de salir por la puerta. Le dijeron que el transbordador volvía a funcionar.

Se palpó los bolsillos en busca del pasaporte, la cartera y los cheques de viaje. Guardó sus cosas en la bolsa y bajó a pedir la cuenta. En las oficinas de la compañía se situó en una cola de exactamente tres personas incluyéndole a él. Contempló los carteles de puestas de sol y playas doradas. Entró un hombre portando varias tazas de café y vasos de agua fría sobre una bandeja circular de metal suspendida de soportes de alambre. El empleado hizo un ademán. Ambos cogieron sendas tazas y conversaron.

—¿Qué distancia hay al puerto de Jūniyah?

—En kilómetros, unos doscientos cuarenta aproximadamente —dijo el empleado.

—¿Y para ir de Jūniyah a Beirut? —dijo Bill.

—Es poca distancia. Tome un taxi.

—¿Me cobrarán suplemento?

—Por supuesto.

—¿Qué hay de los boquetes del barco? ¿Todos reparados?

Junto a ellos se percibía cierto jolgorio; varias personas compartían un chiste sin dirigirles una palabra ni una mirada.

—No se preocupe por los boquetes.

—¿Todos reparados? —dijo Bill.

—Los orificios se encuentran muy por encima de la línea de flotación.

—Procuramos no mencionar los orificios —apuntó otro cliente.

—Los orificios no son sino simples detalles —dijo el empleado.

Bill olisqueó los posos que quedaban en el fondo de su taza, intentando despistar el dolor, escabullirse de su control.

—¿Y qué hay de la tregua? ¿Va en serio esta vez?

—Todas van en serio. No se puede considerar un alto el fuego y decir, éste va a durar, éste no tiene ninguna posibilidad. Todos van en serio, y ninguno dura demasiado.

—Pero la tregua, ¿afecta a la seguridad del transbordador? ¿Afectan sus términos a las cañoneras en alta mar?

—El mar no representa nada —dijo el empleado.

—Nunca hablamos del mar —dijo el otro cliente.

—El mar no es más que un detalle comparado con la tierra.

Pagó su billete con cheques de viaje y el empleado le preguntó si tenía visado. No

lo tenía. El empleado le preguntó si tenía un salvoconducto del Departamento de Estado y Bill respondió que nunca había oído hablar de semejante cosa.

—No importa. Siempre existen medios.

—¿Qué medios? —dijo Bill.

—Cuando llegue a Jūniyah, acuda al control de pasaportes. Habrá allí un hombre de las Fuerzas Libanesas. Siempre hay alguno. Visten de uniforme y están provistos de un sello de caucho y de un tampón de tinta. Dígale que es usted escritor.

—De acuerdo, soy escritor.

—Dígale que necesita credenciales de prensa. Quizá le sugiera que cierta cantidad de dinero cambie de mano. A continuación, sellará algo que habrá escrito en un trozo de papel y se encontrará usted bajo la protección del grueso de la milicia cristiana.

—Y no necesitaré visado para entrar en el país.

—Podrá entrar con completa libertad.

—¿Y cuánto dinero tendrá que cambiar de mano?

—Si está dispuesto a pagar para entrar en una ciudad como Beirut, dudo que le importe demasiado la cantidad.

Desde su punto de observación sobre cubierta, se sorprendió al verles abordar el barco, al menos cien personas, algunas con niños, con criaturas dormidas y arropadas sobre el pecho o los hombros. Las gaviotas se balanceaban en las alturas bajo la ardiente luz. Pensó que aquello resultaba valiente y conmovedor, y que toda aquella gente le resultaba entrañable, las familias, las cajas de cartón, las bolsas de la compra, los bebés, el tráfico melodioso de su cultura.

Pensó que debía formular un plan, acaso algo similar a lo siguiente.

Tomar un taxi de Jūniyah a Beirut. Regatear con el conductor. Fingir que se conoce la zona y la ruta más corta y el precio habitual del viaje. Buscar un hotel en Beirut y pedirle al director que alquile un automóvil con chófer. Regatear con el chófer. Hablar con aire de seguridad acerca de la geografía de la ciudad y dar la impresión de que uno ya está acostumbrado a aquello. Mostrarle el mapa. Tenía un mapa que había comprado después de recoger el billete de barco, pero no dejaba de ser extraño que hubiera tenido que visitar tres tiendas antes de conseguir por fin un mapa de Beirut, como si su existencia ya no se tuviera en cuenta, como si el lugar hubiera consumido ya todas sus representaciones. Mostrarle el mapa. Trasladarse hasta los suburbios de la parte sur, y ahí era donde el plan de Bill se volvía tenue e indeciso, aunque sabía que terminaría por localizar la base de Abu Rashid y decirles quién era.

Bill nunca ha entrado en un sitio y le ha dicho a los presentes quién es.

Continuaban embarcando. La luz reinante parecía partir el cielo en dos, como una elevada lanza de azufre que se desvaneciera en la noche. Se dispuso a localizar su camarote, que consistía de tres soportes de alambre y una litera. Volvió a marearse y se tumbó, cubriéndose la frente con el antebrazo para protegerse de la luz. Oyó el silbido del buque y pensó que era agradable —dentro de aquel dolor— que los barcos

aún tuvieran sirenas que parecieran entonar un canto. Pensó que estaba disfrutando de un buen descanso, descansando de verdad. Pensó que las páginas que había escrito mostraban un elemento de conflicto, un tipo erróneo de esfuerzo u oposición, una tensión orientada en dos direcciones, hasta que terminó por advertir que no pensaba en realidad en el cautivo. Quién es el muchacho, pensó.

Era la escritura lo que hacía desaparecer su vida.

No le llegaba sangre a la cabeza.

Pensó en la hora, qué hora era.

Puedes esperar un momento.

Se desasíó del dolor e intentó no regresar.

Pensó en la hora, qué hora era, sentado en un taxi camino de Idlewild —se llamaba entonces—, y el conductor decía, «Yo nací...», de acuerdo, y la cuestión es que íbamos a llegar unas dos horas y media antes del vuelo debido a una de esas típicas confusiones personales, y el conductor decía, «Yo nací bajo el antiguo régimen, cuanto antes mejor», y se dijo en aquel momento, asegúrate de recordar estas líneas para recitárselas a un amigo o para utilizarlas en un libro porque se trata de cosas importantes, nacidas bajo el antiguo régimen, y sintió que su corazón se agitaba al oír aquello en la calle o en el autobús o en la tienda de saldos, la poesía no inventable —dentro del dolor— de lo que la gente decía.

Anhelaba profundamente ser olvidado.

Se hundió de nuevo, esta vez con más rapidez, y cambió de opinión acerca de no regresar, pero había olvidado el verso, nunca lo había recitado, nunca lo había utilizado, hacía acaso treinta y cinco años, Kennedy era Idlewild, el tiempo era oro, el granjero trabajaba su valle, le atemorizaba la caída, obligándole a intentar regresar desesperadamente.

Su padre. Puedes esperar un momento.

Su padre. No hago más que decírtelo y decírtelo y decírtelo.

Su madre. Me gusta más con las mangas bajadas.

Podía oír cómo cambiaba su respiración, sentía una lasitud que le invadía y que le resultaba familiar aunque nunca la hubiera experimentado anteriormente, la antigua y lenta monotonía extraída de una historia de respiraciones dificultosas, profunda y totalmente conocidas.

Mide tu cabeza antes de pedir.

Su padre. Tenemos que hablar a solas, Júnior.

Lo conocía muy bien. El fulgor, el *solus*. Y se convirtió en el movimiento del mar, en el buque que navegaba hacia el alba, hacia el sol.

Las colinas hendidas de la ruta hacia Jūniyah aparecían repletas de edificios albarrados que mostraban su piel rojiza bajo las primeras luces. Más abajo, junto a la costa, unos cuantos camiones sin cubrir permanecían estacionados cerca del muelle

de amarre, cargados de alimentos y bebidas. Una vez que todos los pasajeros hubieron descendido a tierra, el equipo de limpieza subió a bordo. Un anciano, aquejado de cojera, se dispuso a ocuparse de los camarotes de la cubierta superior del costado de estribor. Cuando descubrió al hombre tendido sobre la litera contempló su rostro magullado y sin afeitar y sus sucias ropas y depositó suavemente la mano sobre su pálida garganta, atento a la presencia del más débil pulso. Rezó una oración y luego registró sus pertenencias, despreciando la insignificante cantidad de dinero en efectivo, los magníficos zapatos, los objetos de la bolsa y la propia bolsa, si bien pensando que no era un terrible crimen contra los muertos apropiarse de su pasaporte y el resto de sus documentos de identidad —cualquier cosa que incluyera un nombre y un número— para vendérselos a las milicias de Beirut.

XIV

Oyó cerrarse la portezuela de un coche sobre el camino de grava y, a continuación, el sonido del automóvil que se alejaba y meditó un instante antes de asomarse para mirar por la ventana situada tras la mesa de la cocina. Porque, ¿quién iba a venir a pie? El visitante ocasional viene en coche. Se hallaba frente a la pila de la cocina, fregando una sartén, y desde aquel ángulo no podía ver a nadie, pero no se molestó en cambiar de postura porque quienquiera que fuese no tardaría en aparecer en la ventana más tarde o más temprano, alguien vendiendo a Dios o la naturaleza o el fin de la vida sobre el planeta, o acaso nada de todo eso. El visitante ocasional llega dando tumbos en una furgoneta o una ranchera a lo largo del camino de tierra, y viene a reparar o a entregar algo y, por lo general, se trata de una cara conocida y calza zapatos desgastados.

Scott dio tres o cuatro pasadas más con el estropajo y alzó de nuevo la vista y era Karen, claro está, mostrando un aspecto no demasiado distinto al que ofreciera la primera vez que la vio, una soñadora en un día de verano, alguien destilado por la mente del propio Bill, arrastrando su bolsa de asas por el suelo.

No se apartó de la pila. Enjuagó la sartén, la fregó un poco más, volvió a abrir el grifo, fregó, abrió el grifo. La oyó ascender los escalones y abrir la puerta. Entró en el vestíbulo y Scott volvió a abrir el grifo, siempre de espaldas a la habitación.

—En lugar de llamar, tomé un taxi en la estación de autobuses. Tenía el dinero justo para el taxi y la propina y quería llegar completamente arruinada —dijo Karen.

—El viento abre la puerta y mira quién llega.

—De hecho, me quedan dos dólares.

No se volvió. Tendría que adaptarse a aquello. Hacía ya algunos años que se había hecho de un modo natural al papel de amigo abandonado o amante despedido. Todos sabemos que aquello que secretamente tememos no constituye en absoluto un secreto sino algo abierto y eterno que predice su propia recurrencia. Cerró el grifo, depositó la sartén en el escurrerplatos y esperó.

—Pregúntame si me alegro de volver. Te he echado de menos. ¿Estás bien?

—¿Has visto a Bill? —dijo él.

—Ha sido como si nunca dejara de verle, ¿comprendes? Pero no en la realidad. ¿Te has enterado tú de algo?

—Todo tranquilo.

—He vuelto porque temía que no estuvieras bien. Y porque te echaba de menos.

—Me he mantenido ocupado. He hecho algunas cosas, he estado ordenando.

—Para ti eso siempre ha sido importante.

—El viejo Scott de siempre —repuso él.

Su voz no resultaba familiar. Pensó que quizá se debía a que hacía algún tiempo que no hablaba con nadie en voz alta. Pero acaso era resultado de la situación. Resultaba difícil hablar, porque ignoraba la dirección que podrían seguir las frases,

bien hacia la cuestión en sí, bien hacia su punto opuesto más lógico. Podía apuntar en cualquiera de ambas: cualquier reacción resultaba tan sencilla como la otra. No se mostraba conectado por completo con lo que decía, lo que proporcionaba una extraña e incierta calma a sus observaciones.

—Claro está que quizá preferirías estar solo —dijo ella—. Lo sé. Sé que cuando me marché estabas atravesando probablemente un mal momento. Pero, sinceramente, pensé que...

—Lo sé.

—Que no dependíamos el uno del otro como antes.

—No pasa nada —dijo.

—No se me da demasiado bien esta clase de conversación.

—Lo sé. No pasa nada. Ambos nos sentimos violentos.

—No te llamé desde Nueva York y tampoco desde la estación de autobuses.

—No es una estación. Siempre lo llamas estación. No es más que un pequeño despacho de billetes en el interior de un supermercado.

—Es porque no me fío del teléfono —dijo ella.

Se volvió a mirarla y vio que su aspecto era terrible. Se aproximó y la rodeó con los brazos. Ella comenzó a agitarse con profundas sacudidas y Scott la abrazó con más fuerza y, por fin, se apartó de ella para observarla. Lloraba —realizaba los movimientos o adoptaba las formas—, pero sin lágrimas, estirando los labios, sus ojos carentes de aquel fulgor animado, y Scott depositó una mano sobre su nuca y la atrajo suavemente hacia sí.

Dieron un largo paseo por el bosque que se extendía al otro lado de la carretera, marchando en fila india a lo largo de una vereda y saliendo luego a un claro de helechos. Le dijo a Scott que había cogido las fotografías, las planchas de imágenes de Bill tomadas por Brita. Él no respondió, pero experimentó una sensación de alivio, de desagravio, de reparación parcial de los daños sufridos. Añadió ella que Brita no publicaría las fotografías sin el consentimiento previo de Bill o de Scott.

Durante gran parte de la noche permanecieron abrazados el uno al otro, o bien tendidos en un contacto húmedo, fortuito, uno boca abajo y el otro boca arriba, ambas piernas entrelazadas, hablando y sin hablar, entregándose a un sueño diáfano y periódico, o haciendo el amor de modo inconexo y laborioso, jadeando, convergiendo en empinadas interioridades, o Karen hablando y Scott riendo, deleitado por sus imitaciones del habla neoyorquina, sus dichos y expresiones, o Scott contándole que las líneas de su rostro habían quedado impresas en su mente hasta el punto de que a veces la veía mientras comía, flotando en sus propios cabellos como las imágenes en láser de algún boticelliano moderno.

Por la mañana, recorrieron treinta y cinco kilómetros de ida y otros tantos de vuelta para comprar una visionadora y una lupa.

Por la tarde limpiaron la mesa del ático y extendieron sobre ella las planchas de contacto. Había doce de ellas, cada una de las cuales se componía de treinta y seis

imágenes en blanco y negro, esto es, seis columnas con seis fotografías por columna. Las hojas tenían unas dimensiones de veintiuno y medio por veintiocho centímetros, y cada fotografía medía 3,8 centímetros largo por 2,5 de alto.

Scott y Karen se sentaron en extremos opuestos de la mesa. Se inclinaron sobre ella, cuidando de dónde ponían los dedos, y contemplaron las tiras de película revelada, si bien no de un modo meticuloso ni analítico. Era demasiado pronto para eso.

Karen mantenía las manos entrelazadas tras la espalda y, al cabo de un rato, Scott se metió las suyas en los bolsillos. Así, siguieron revisando, inclinándose cada vez más sobre la mesa, intercambiando posiciones.

A última hora de la tarde, tras una cena temprana, Scott trasladó la mesa del teléfono al ático. La colocó junto a un extremo de la mesa y dispuso la visionadora sobre ella.

Se turnaron para estudiar las hojas. Dado que las fotografías se sucedían en su orden original de toma, pudieron advertir cómo Brita había sabido establecer distintos ritmos y temas, captando una señal, concentrándose en pequeños detalles del rostro de Bill y trabajando sobre ellos para ampliarlos o explicarlos, para volverlos verídicos, para transformarlos en él. Las imágenes de Bill eran atisbos del pensamiento de Brita, una diminuta anatomía de su mente y su mirada. Scott pensó que había buscado algo no prediseñado, espontáneo, un Bill familiar y coloquial. Paseó la lupa por todas las imágenes sucesivamente y descubrió a una fotógrafa que intentaba representar su tema en relación con cada uno de los misterios que se cernían sobre la vida que había elegido. Quería hacer fotografías que anularan su aislamiento, como si nunca hubiera sucedido, recreándolo hasta proporcionarle un rostro que hubiéramos conocido toda nuestra vida.

Pero quizá no fuera así. Scott no quería apresurarse en desarrollar una teoría acerca del alcance de significado que puede contener una fotografía.

Primero estaba la importante labor de catalogar las imágenes, de redactar listas basadas en el ángulo de la cámara, la expresión del sujeto, la parte de la habitación representada, el ángulo de las sombras, los primeros planos, los planos medios, la inclusión o exclusión de las manos, la visibilidad del entorno, y así sucesivamente. Aquello que tenemos frente a nosotros representa una cosa. El modo en que lo analizamos, describimos y codificamos constituye algo completamente distinto.

No obstante, en cierto modo, las diferencias entre fotograma y fotograma parecían a primera vista tan extraordinariamente leves que las doce hojas podrían no haber sido sino la repetición de una misma fotografía, como una única masa de desechos visuales captados en un parpadeo.

Razón de más para analizarlas porque, claro está, existían diferencias: la posición de las manos, la ubicación del cigarrillo... se tardaría algún tiempo en realizar una revisión completa.

Durante el desayuno, Scott dijo:

—Hay algo de ti en lo que no he querido pensar.

—Sé lo que vas a decir.

—Tenemos que estar preparados para la posibilidad de que Bill no regrese, de que nunca volvamos a oír hablar de él. Si ocurre, no me mostraré extrañado ni resentido.

—Tampoco yo.

—No podemos permitir que nuestros sentimientos definan su comportamiento.

—No podemos basarnos en los patrones habituales.

—Sea lo que sea lo que haya hecho, debemos comprender que se trata de algo para lo que había estado preparándose, algo que ha llevado consigo durante todos estos años.

—Necesitaba hacerlo.

—Y, desde luego, somos los últimos a quienes podría deber una explicación.

—¿Podemos seguir viviendo aquí? —dijo Karen.

—La casa está pagada. Y él habría querido que viviéramos aquí. Yo tengo algo ahorrado del sueldo que me pagaba. Es un dinero que se transfiere automáticamente de su cuenta a la mía todos los meses. Si no quisiera que siguiera recibéndolo habría dado aviso al banco cuando se marchó.

—Yo puedo trabajar de camarera.

—Creo que no tendremos problemas. Estamos en casa de Bill. Nos hallamos rodeados por sus libros y papeles. Depende de su familia. Cuando descubran la situación, es posible que intenten vender la casa. Es posible que intenten vender sus papeles, publicar el nuevo libro. Todos los desastres que tantas veces he imaginado. Y está la cuestión de los derechos de autor procedentes de los otros dos libros.

—No nos preocupemos de eso ahora —dijo ella.

—Está la complicada cuestión de los derechos de cada uno.

—Él vivía con nosotros, no con ellos.

—Pero no dejó instrucciones.

—Somos nosotros los que hicimos posible que Bill dedicara todo su tiempo a escribir.

—Despejamos todos los obstáculos. Eso es cierto.

—Así pues, ¿no deberían dejarnos vivir aquí si prometemos conservar las cosas tal y como estaban y continuar con el trabajo de Bill?

Scott se echó a reír.

—Se aproxima la larga noche de los trámites legales. Los cuchillos largos están siendo afilados. Hay sangre y eslóganes por todas las paredes.

—La casa puede pasar a ser de su propiedad —dijo Karen—. Pero deberían permitir que viviéramos aquí. Y nos quedaremos con el manuscrito y con las fotografías.

Scott se inclinó hacia ella y canturreó un trozo de una vieja canción de los Beatles, unos versos que hablaban de alguien que portaba fotografías del presidente Mao.

Después, permaneció durante el resto de aquella mañana lluviosa sentado en el ático, encorvado sobre la visionadora, tomando notas.

Había descubierto el secreto del verdadero nombre de Bill.

Tenía las fotografías, la importante labor de describirlas y catalogarlas.

Tenía el manuscrito de la nueva novela de Bill, toda la casa llena de páginas, páginas que inundaban el cobertizo que se alzaba en la parte trasera de la casa, un sótano entero lleno de páginas.

El manuscrito habría de esperar. Quizá hablara con Charles Everson, tan sólo dos palabras referentes al hecho de que estaba terminado. El manuscrito habría de esperar; se correría la voz, pero el manuscrito no iría a ningún sitio. Al cabo de algún tiempo, quizá regresara a Nueva York con las fotografías; se sentaría con Brita y elegiría aquellas que habían de aparecer. Pero el manuscrito esperaría, y se correría la voz, y aparecerían las fotografías, una hábil y limitada selección de las mismas, una por una, y aumentaría el número de rumores en circulación, y la novela esperaría, adquiriendo un aura de fuerza cada vez más potente, haciendo la leyenda de Bill más profunda e inmortal.

Lo bueno de la vida es que está llena de segundas oportunidades. Palabras de Bill.

EN BEIRUT

El chófer le cuenta tres historias.

Primero, la gente se dedica a quemar neumáticos. En medio de los coches-bomba y las escaramuzas callejeras y la devastación de los cañones de largo alcance y los edificios que se desploman dejando zonas enteras desvanecidas en humo, la gente se dedica a quemar neumáticos para ahuyentar a las moscas y a los mosquitos.

Segundo, un par de milicias locales disparan sin cesar a los retratos de los líderes enemigos. Se trata de enormes fotografías pegadas a la pared o colgadas de los postes de los toldos en los zocos de frutas y verduras. Disparan contra ellos hasta destrozarlos, y algunas de las imágenes son lo bastante grandes como para poder colgarse de un alambre tendido sobre la calle. Disparan, las reemplazan por imágenes nuevas y vuelven a destrozarlas. Esas calles muestran una exuberancia nueva basada en esta última forma de lucha.

Por último, se están fabricando bombas que contienen clavos del estilo de los que se usan para las tarimas y los tejados. La policía halla continuamente grandes cantidades de clavos comunes, clavos diseminados y regados y alojados en los cuerpos de las víctimas de los bombardeos indiscriminados.

Brita aguarda, esperando la conclusión de la tercera historia. ¿Acaso no se supone que debe existir cierta ironía, cierto humor amargo, cierto sentido de la peculiar insistencia humana por transformar una locura masiva en pequeñas formas tergiversadas de pragmatismo, en instantes mortecinos que nos ayudan a alimentar una leve esperanza? Toda esa historia acerca de los clavos no le dice nada. Y tampoco las otras le entusiasman particularmente. Ha llegado cansada ya de antemano de todas esas historias, incluyendo algunas que nunca había escuchado. Son todas iguales, y todas verídicas, y resulta lamentable que sean todas necesarias. Y, casi siempre, la exasperan, especialmente las que se refieren a grupos terroristas que emiten credenciales de prensa.

Pasan junto a los escombros del arco de la fachada del hipódromo. A continuación, se desvían por un camino equivocado, introduciéndose por una calle en dirección prohibida, pero no importa. Todas las calles son de dirección permitida y de dirección prohibida al mismo tiempo. Ve automóviles quemados de los que sólo queda el chasis, ve enormes chorros de agua que manan gloriosamente de las tuberías rotas. Y ve signos de vida callejera: vendedores, carros de madera, un hombre que vende radios y zapatos almacenados en el maletero de su automóvil. Algunos balcones penden verticalmente de los edificios bombardeados. Por fin, se internan en los suburbios próximos a los campos de refugiados. Automóviles cubiertos de carteles de Jomeiny, automóviles empapelados por entero a excepción de un pequeño espacio libre que se abre en el parabrisas del conductor. Montones de basura sin recoger y comercios protegidos por sacos terreros. Distingue la pequeña ciudad improvisada de un vendedor callejero, construida a base de cartones de Marlboro, las pulcras hileras de cigarrillos semejantes a un ingenioso entramado urbano de exhibición y orden.

Brita ha acudido como enviada de una revista alemana con el encargo de fotografiar a un líder local llamado Abu Rashid que permanece oculto en algún lugar de esas avenidas arrasadas en las que la maleza y el hibisco silvestre se amontonan frente a la entrada de las callejuelas y las mujeres hacen cola ocultando su cabeza con bufandas, largas colas por doquier para conseguir alimentos, agua potable, albergue y ropa.

El conductor es un hombre de unos sesenta años que acentúa la segunda *b* de la palabra *bomb*. Ha pronunciado la palabra unas once veces aproximadamente, y Brita la espera de nuevo y la repite suavemente después de él. *Bomb*. Bombardeos. Los habitantes del Líbano no hablan de otra cosa que el Líbano, y en Beirut, evidentemente, todo gira en torno a Beirut.

Un mendigo se aproxima al automóvil, entonando un canturreo. Lleva varias plumas de gallina grapadas a la camisa. El conductor hace sonar la bocina para apartar a un tipo que porta una bayoneta en una vaina de piel de cocodrilo. La bocina interpreta los primeros compases de *California Here I Come*.

Las calles rebosan de imágenes que cubren los muros y los atavíos: imágenes de mártires, de clérigos, de combatientes, de vacaciones en Tahití. Una calavera humana aparece clavada sobre un muro de estuco, y se distinguen imágenes de otras calaveras, siluetas de calaveras, muchachos que visten camisetas con calaveras estampadas, imágenes seriadas de calaveras azuladas. El conductor traduce las inscripciones de las paredes, que resultan referirse al Padre de las Calaveras, a las Calaveras Sangrientas de Hollywood USA, Arafat Go Home, el Creador de las Calaveras Estuvo Aquí. La escritura árabe resulta espléndida incluso trazada apresuradamente con pintura en aerosol. Habla de Sam Suicidio, el Hombre del Coche Bomba. Dice Alí 21. Dice Aquí Estoy de Nuevo Alí 21. El automóvil avanza lentamente a través de estrechas callejuelas, asciende por avenidas de tierra y Brita piensa que aquel lugar es como una fábrica de imágenes milenaria. Pueden verse carteles de películas por doquier, pero nada parecido a una sala de cine. Carteles de tipos con el pecho desnudo que portan armas desmesuradas, granadas atadas al cinturón y ciudades que arden en segundo plano. Brita se asoma por los cráteres abiertos en el muro de un edificio bombardeado y distingue otro edificio en ruinas. En una de sus habitaciones, abierta por los proyectiles, hay un sofá completamente nuevo con los cuerpos de tres hombres lapidados. Hay chiquillos tatuados con calaveras en los puestos de control. Visten prendas procedentes de uniformes sirios, norteamericanos, libaneses, franceses e israelíes, y portan pesados rifles automáticos de peine curvo.

El conductor exhibe la tarjeta de prensa de Brita y los muchachos se inclinan para observarla. Uno de ellos dice algo en alemán y Brita se ve obligada a resistir el estúpido impulso de ofrecerle dinero a cambio de su gorra. El muchacho luce una gorra de visera azul y aspecto magnífico que le hubiera encantado regalar a un amigo que vive en Nueva York.

El automóvil reanuda la marcha.

Ya ha dejado de fotografiar escritores. Dejó de tener sentido. Ahora, acepta encargos especiales, trabaja en cosas más interesantes, guerras apenas vislumbradas, niños corriendo por el polvo. Los escritores cesaron un buen día. Ignora cómo sucedió, pero cesaron discretamente. Dejaron de representar el proyecto que había de continuar eternamente.

Ahora se distinguen anuncios de un nuevo refresco, Coke II, carteles pegados sobre muros contruidos con bloques de cemento, y se le ocurre la absurda idea de que aquellos anuncios anuncian la presencia de un grupo maoísta. Quizá debido al intenso color rojo de sus letras. Los anuncios son mayores a medida que el automóvil se interna en espacios cada vez más estrechos, entre hedores ofensivos, alcantarillas abiertas, goma ardiendo, un perro en los huesos tendido con la lengua colgando entre una brillante nube de moscas verdes. Los anuncios se amontonan, cubren casi todo el espacio de la pared, adornados con pintadas difíciles de descifrar, giros superpuestos, rabia vertida en carbón y pintura, y Brita desarrolla una nueva idea igualmente absurda: que se parecen a los enormes carteles exhibidos durante la Revolución Cultural China. Avisos y amenazas, llamadas a la autoenmienda. Existe cierto parecido físico. En algunos lugares, los anuncios aparecen clavados en columnas de diez, superando la altura de un segundo piso, amontonados unos junto a otros, superponiéndose entre sí para proclamar millares de palabras árabes entrelazadas entre las letras y los números romanos del logotipo de Coke II.

Un hombre espera en una plaza devastada. El automóvil se detiene y Brita se cuelga del hombro la bolsa con el equipo fotográfico y desciende del vehículo. El chófer le entrega sus credenciales de prensa. Resulta evidente que tiene que seguir al otro hombre. Aparenta más edad que el chófer y Brita observa que le falta media oreja derecha. Calza zapatillas y lleva en la mano una botella de plástico con agua. En las ruinas polvorientas de yeso vive gente. Los pocos automóviles que se observan, bien pegados a los muros, o bien carecen de matrícula o bien han sido limpiamente desguazados y van adquiriendo un color parduzco bajo la luz del sol, como peladuras de fruta. Advierte una familia acomodada en uno de ellos, un vehículo mezcla de todoterreno y camioneta desprovisto de ruedas y hundido hasta los ejes en el polvo. Su guía transporta la botella de agua sujeta bajo el hueco de la axila y la conduce sin una palabra al interior de un edificio en ruinas. Baja la cabeza y le sigue a través de los escombros en penumbra. Cuelgan cables por todos lados, y el polvo posee un aroma agrio. Salen atravesando los restos de una carnicería y cruzan una calle en dirección al edificio contiguo, que en tiempos pudo haber sido una pequeña fábrica. Parece intacto a excepción de unas cuantas cicatrices de impactos y ventanas rotas, y penetran en su interior a través de una amplia puerta de acero que aún conserva sus trancas de refuerzo.

En las escaleras montan guardia dos muchachos con la cabeza cubierta por una capucha y sendas fotografías de un hombre de cabellos grises prendidas en las

camisas. Al llegar al segundo piso, el guía se detiene ante una puerta y se hace a un lado para dar paso a Brita. En el interior de la estancia, hay dos hombres que comen espagueti con pan libanés y refrescos de cola bajos en calorías. El guía desaparece y uno de los comensales se pone en pie y anuncia que es el intérprete. Brita mira al otro hombre, ya bien entrado en los sesenta y ataviado con un limpio uniforme caqui y una camisa pulcramente arremangada hasta los codos. Sus cabellos son canosos —el bigote algo más oscuro—, y su piel posee el rubicundo tono cobrizo del desierto. Tiene manos huesudas y podría encontrarse ligeramente débil. Lleva gafas con montura de oro y un par de dientes del mismo metal.

Brita comienza a instalar su equipo. No cree necesario iniciar la conversación con trivialidades. El intérprete cambia de sitio algunas piezas de mobiliario y se sienta de nuevo para acabar de almorzar. Ambos permanecen allí, comiendo en silencio.

Mira por la ventana y distingue el patio de un colegio. El edificio, situado algo más allá, se halla casi por completo en ruinas. En el patio hay treinta o cuarenta chiquillos sentados en el suelo con los brazos cruzados sobre las rodillas dobladas. Un hombre vestido de caqui se dirige a ellos.

Rashid dice algo al intérprete.

—Dice que es usted bienvenida a unirse a nosotros.

—Muy amable, pero no quiero causarles molestias ni retrasos. Estoy segura de que será un hombre muy ocupado.

Apunta al exterior con la cámara, enfocando a los muchachos sentados en el patio.

Rashid dice algo.

—No está permitido —dice el intérprete, incorporándose a medias—. Todas las fotografías tienen que hacerse dentro de esta habitación.

Brita se encoge de hombros y dice:

—Ignoraba que iban a imponer limitaciones. —Se sienta y rebusca en la bolsa intentando encontrar algo—. Tenía la impresión de que el periodista tenía que escribir su artículo y que yo haría mis fotos. Nadie me dijo nada acerca de evitar ciertas imágenes.

Rashid no alza la mirada del plato. Dice:

—No traiga sus problemas a Beirut.

—Dice que ya tenemos suficientes problemas, así que si tiene problemas de comunicación en Munich o con Frankfurt no queremos saberlo.

Brita enciende un cigarrillo.

Rashid dice algo, esta vez en árabe, pero el intérprete no lo traduce.

Brita fuma y aguarda.

El intérprete rebaña la salsa con su hogaza aplastada.

—Escuchen, sé que la gente viene al Líbano dispuesta a todo, y que todos terminan confundidos, desilusionados y mutilados, así que quisiera tomar unas cuantas fotografías y marcharme, si no les importa —dice Brita.

—Usted debe de ser estudiante de historia —dice Rashid.

Aún mantiene la cabeza baja, cerca del plato.

—Dice que esa afirmación abarca un milenio de derramamiento de sangre.

Brita, sentada a unos cuatro metros y medio de los dos hombres, alza la cámara.

—Quiero hacerle una pregunta. Luego, me callaré y haré mi trabajo.

Tiene a Rashid en el centro del objetivo.

—He visto a los muchachos de ahí afuera; los que llevan su fotografía prendida en la camisa. ¿A qué se debe? ¿Qué se consigue con eso?

Rashid bebe y se limpia los labios, pero es el intérprete quien habla.

—¿Que qué se consigue? Les proporciona una perspectiva que aceptarán y obedecerán. Estos muchachos necesitan una identidad externa al estrecho ámbito de quiénes son y de dónde vienen. Algo completamente independiente de las inútiles vidas olvidadas de sus padres y sus abuelos.

Brita fotografía a Rashid.

—Los chiquillos del patio de la escuela... —dice—. ¿Qué están aprendiendo?

—Les enseñamos a tener identidad, sentido del propósito. Son los hijos de Abu Rashid. Todos los hombres, un solo hombre. Todas las milicias de Beirut están plagadas de muchachos irrecuperables que toman drogas, beben y roban. Ladrones de automóviles. Tan pronto cesan los bombardeos, salen corriendo a robar repuestos de automóviles. Aquí, enseñamos que nuestros muchachos pertenecen a algo fuerte y autosuficiente. No son una invención de Europa. No están construyendo una raza destinada a acudir a Dios. No los adiestramos con vistas al paraíso. Aquí no hay mártires. La imagen de Rashid constituye su identidad.

Brita apaga el cigarrillo y desplaza la silla hacia delante, disparando con más velocidad.

Rashid está comiéndose un melocotón.

Mira en dirección a la cámara y dice:

—Dígame, ¿cree acaso que soy un loco por vivir en este agujero infecto y hablar a estas gentes de la revolución mundial?

—No sería el primero que empieza así.

—Exacto. Lo que dice es exacto.

Parece genuinamente satisfecho, reafirmado en su misión.

Entra un muchacho llevando el correo y los periódicos. Brita se sorprende al ver el correo. Había pensado que el correo cesaba en los límites de la ciudad. El muchacho lleva una larga capucha, un trozo de pálido tejido con agujeros para los ojos y las esquinas superiores dobladas sobre sí mismas. Permanece cerca de la puerta viendo trabajar a Brita. Había pensado que el concepto de correo sería allí un simple recuerdo.

—De acuerdo, una última pregunta —dice—. ¿Qué sentido tiene la capucha?

Da la vuelta a la silla y se sienta a horcajadas sobre ella frente a los hombres. Apoya los brazos sobre el respaldo y sigue tomando fotos.

—Los muchachos que trabajan cerca de Abu Rashid carecen de rostro y de voz —dice el intérprete—. Sus rasgos son idénticos. Ellos constituyen su rostro. No necesitan rasgos o voz propios, pues todo ello lo ceden a algo más grande y poderoso.

—Escuche, en lo que a mí respecta, pueden hacer lo que quieran. Pero estos muchachos reciben adiestramiento militar. Entiendo que constituyen una milicia activa. He oído que algunos asesinatos de diplomáticos extranjeros han podido ser relacionados con este grupo.

—Las mujeres llevan niños, los hombres llevan armas. Las armas constituyen la belleza del hombre —responde Rashid.

—Se les despoja de sus rostros y sus voces y se les equipa con fusiles y bombas. Dígame, ¿funciona? —dice.

Rashid agita una mano en el aire.

—No traiga sus problemas a Beirut.

Brita carga apresuradamente un nuevo carrete.

—Dice que la atrocidad ya ha descendido sobre nosotros. Las fuerzas de la naturaleza recorren Beirut sin obstáculos. La atrocidad resulta visible en todas las calles. Está ahí fuera, dice, y debemos permitir que se complete a sí misma. No es posible oponerse a ella, por lo que sólo cabe acelerarla.

Fotografía a Rashid mientras escucha al intérprete.

—No deje caer la barbilla —dice.

Rashid bebe y se enjuga la barbilla con una servilleta.

—Ese muchacho de ahí es mi hijo —dice—. Rashid. A mi edad, soy afortunado de tener un hijo joven y capaz de aprender. Me llamo a mí mismo padre de Rashid. Tenía otros dos hijos mayores, pero ambos han muerto. Los falangistas mataron a una esposa a la que amaba. Le miro y veo todo lo que no pudo ser. Pero ¿qué se le va a hacer? Aquí comienza la nación. Dígame si cree que estoy loco. Sea completamente franca.

Brita acerca la silla a la mesa, la inclina ligeramente y apoya los codos sobre la mesa sin dejar de disparar.

—¿Qué hay del rehén? —dice—. Hace cosa de un año. ¿No circulaba una historia acerca de un hombre al que tenían secuestrado?

Rashid alza la mirada hacia la cámara.

—Le diré por qué encerramos a los occidentales en habitaciones —dice—. Para no tener que verlos. Nos recuerdan el modo en que solíamos intentar imitar a Occidente. El modo en que fingíamos, las ridículas apariencias que, como puede ver ahora, terminaron por estallar a su alrededor.

—Dice que mientras exista presencia occidental nuestra dignidad e identidad se encontrarán amenazadas.

—Y ustedes responden con el terror.

—Dice que el terror es aquello de lo que nos servimos para proporcionar a nuestras gentes su lugar en el mundo. Lo que solía conseguirse mediante el trabajo,

nosotros lo obtenemos por medio del terror. El terror hace que sea posible la existencia de un futuro nuevo. Todos los hombres, un solo hombre. Los hombres viven la historia como nunca lo habían hecho antes. Dice que hacemos historia y cambiamos la historia minuto a minuto. La historia no está en los libros ni en la memoria humana. Hacemos historia por la mañana y la cambiamos después de comer.

Carga un nuevo carrete y dispara.

—¿Qué fue del rehén?

Aguarda, manteniendo el pulgar inmóvil sobre el disparador. Baja la cámara y vuelve la mirada hacia el intérprete.

—Aquí no tenemos patrocinadores extranjeros —dice—. A veces, hacemos las cosas al modo antiguo. Uno vende esto, otro intercambia aquello. Se alcanzan acuerdos constantemente, y lo mismo ocurre con los rehenes. Como con las drogas, las armas y las joyas. Como con un Rolex, o un BMW. Lo vendimos a los fundamentalistas.

Brita considera aquello.

—Y ellos aún lo retienen —dice.

—Hacen lo que tengan que hacer.

Rashid alza el vaso para beber. Brita advierte que le tiembla la mano derecha. Vuelve a situar la cámara y continúa disparando.

El hombre deja el vaso sobre la mesa y mira a la cámara.

—Mao creía en el proceso de reforma del pensamiento —dice—. Es posible hacer historia a base de transformar la naturaleza básica de las personas. ¿Cuándo se dio cuenta de esto? ¿Acaso en el momento culminante de su poder? ¿O cuando aún era un líder guerrillero, en los comienzos, cuando encabezaba un pequeño ejército de vagos y proscritos y se ocultaba en las montañas? No deje de decírmelo si piensa que estoy completamente loco.

Brita se inclina sobre la mesa y le fotografía.

—Mao consideraba la lucha armada como la acción definitiva y más grandiosa de la conciencia humana. El drama final, la prueba final. ¿Y qué ocurre si varios miles sucumben durante el proceso? Mao decía que la muerte puede ser ligera como una pluma o pesada como una montaña. Muramos por la gente y por la nación, y nuestra muerte será masiva e intensa. Muramos por los opresores, muramos trabajando para los explotadores y los manipuladores, muramos mezquinos y vanos y desapareceremos flotando como las plumas del pájaro más diminuto.

Brita se aproxima al final del carrete.

Rashid mira a la cámara y dice:

—Sea completamente sincera. Quiero oírsele decir para saberlo de una vez. Viviendo entre esta basura y este hedor. Hablando a estos muchachos todos los días, constantemente, una y otra vez. Pero ¿sabe?, creo hasta la última palabra. Esta estancia constituye el primer minuto de la nueva nación. Ahora, dígame qué piensa.

El intérprete bebe y se enjuga los labios con un pañuelo.

—Dice que es muy sencillo. Existe una nostalgia por Mao que habrá de barrer el mundo.

Elocuentes bobadas propias de la prepotencia masculina. Pero no dice nada porque, ¿qué puede decir? Continúa agotando el carrito hasta que sólo le queda un disparo. Movida por un impulso, se acerca al muchacho que permanece junto a la puerta y le despoja de la capucha. La alza sobre su cabeza y la deja caer al suelo. Y no la alza con mucha gentileza, pero sonrío todo el tiempo. Da dos pasos atrás y le fotografía.

Lo hace porque se le antoja algo importante.

El muchacho tarda un instante en reaccionar. Dirige a Brita una lenta e inteligente mirada de desprecio. Quiere que vea hasta el último músculo que vibra en su rostro. Es muy moreno. Lleva el retrato de su padre prendido a la camisa y sus ojos poseen una mirada ligeramente venenosa —ésta sería la única expresión—, si bien también profundamente tranquila y consciente. La conoce. Quiere forzarla a creer que es alguien en quien él ya ha pensado antes y a quien ha decidido odiar. Sus cabellos están apelmazados y sudorosos por efecto de la capucha, y si la odia no es porque le haya humillado, sino porque sabe quién es ella. Encuentra placer en saberlo, y su mirada revela una violencia que muestra hasta qué punto el odio y la ira restauran el alma.

Brita advierte la decisión en sus ojos, ese pequeño destello de descarga, y el muchacho la ataca. Ella gira un hombro hacia él para proteger la cámara, y piensa que el intérprete apenas tardará unos segundos en interponerse. El muchacho la golpea con fuerza en el antebrazo y alarga el brazo hacia la cámara, y Brita falla un golpe con el codo y, a continuación, le propina una bofetada en el rostro.

Se produce una pausa mientras todos reflexionan acerca de lo ocurrido. Pueden verlo de nuevo. Brita siente el episodio latiendo en su pecho, teniendo lugar una vez más.

Espera que el muchacho mire a su padre en demanda de una explicación, pero éste se limita a contemplarla con renovado desprecio, con renovada complacencia en su odio, e intuye que se dispone a atacarla de nuevo.

Abu Rashid dice algo y se produce una nueva pausa. El intérprete repite la observación y el muchacho recoge la capucha y abandona la habitación.

Brita devuelve parsimoniosamente el equipo a la bolsa. Oye a los chiquillos del patio recitando una lección. Sintiéndose ausente, casi incorpórea, se aproxima a Rashid y estrecha su mano, de hecho se presenta a sí misma, pronunciando lentamente su nombre.

Abajo, el guía al que le falta media oreja espera acunando la botella de agua contra su pecho.

Brita está viviendo en Beirut Este, en un piso que pertenece a un amigo de un amigo. Los hoteles se encuentran derruidos o saqueados u ocupados por gente sin vivienda, y el piso ha estado deshabitado durante más de un año. Brita sale a la terraza de nuevo. Es tarde. Ha comido y ha tomado un baño, y luego ha leído un artículo sobre Beirut porque, ¿qué otra cosa puede uno leer o de qué puede uno hablar en un lugar así? No siente especiales deseos de dormir, y tampoco resulta muy sencillo lograrlo. Durante toda la noche se escuchan descargas intermitentes de ametralladora y oscuras y próximas trepidaciones procedentes del Este que suenan como si las montañas se agitaran. Y, de vez en cuando, algún disparo solitario, alguien que se ha sentido descorazonado, algún negocio de drogas echado a perder. No le gusta permanecer en la cama durante los tiroteos. Incluso en los sucesivos períodos de tranquilidad, se sorprende a sí misma escrutando el silencio, esperando ansiosamente que se reanude el achaparrado tableteo. Así que sale a la terraza una vez más, medio vestida, dispuesta a permanecer en ella, a sentir la pólvora de la ciudad bañando su piel.

Divisa ráfagas de luz procedentes de la costa que describen arcos incorpóreos sobre un paisaje de tejados y oscuras nubes de humo que flotan a baja altura. Una furgoneta negra pasa bajo ella, y puede distinguir asomando por la ventanilla del techo a un tipo de cabellos rizados que viste un traje de campaña iridiscente y sostiene sobre el hombro un lanzagranadas de reacción de más de dos metros de longitud. Es el Maestro Fállico del Levante, al menos por el momento. Una radio emite llamadas entrantes. En los balcones hay numerosas radios a través de las cuales la gente habla de Beirut porque no hay otro tema del que hablar.

Siente el deseo de permanecer inmersa en todo aquello. Aquello que la rodea como un muro computadorizado de sensaciones realzadas.

Regresa al interior y descubre una botella de licor de melón marca Midori. Le cuesta trabajo creer que pueda existir semejante cosa. Lo ha visto anunciado en aeropuertos y en centros de congresos —los lugares de tránsito del mundo— pero nunca pensó que se tratara de otra cosa que gestos, vallas publicitarias encaramadas a la silueta del paisaje de los rascacielos bajo la luz a raudales. Y ahora encuentra una botella auténtica de aquello en el piso abandonado de vete a saber quién. ¿Dónde, si no? Nadie está en ningún lugar. Vierte un poco en un vaso y sale a la terraza con él. Se oyen sirenas en la distancia. Al otro lado de la calle puede verse un muro cubierto de capas de pintadas, de profundos sedimentos de nombres y fechas y eslóganes, y bajo la tenue luz alcanza a distinguir que Alí 21 ha logrado penetrar en el sector cristiano. Ahí está, en inglés y en francés, toscamente dibujado con aerosol.

Alí 21 Contra el Mundo.

Una bengala de plata vuela brevemente sobre las calles dejando una estela de residuos incandescentes. A su alrededor, llamadas por radio. Beirut, Beirut. Se agolpan en torno a ella, oprimiéndola con una fuerza lúgubre. Gente que llama desde

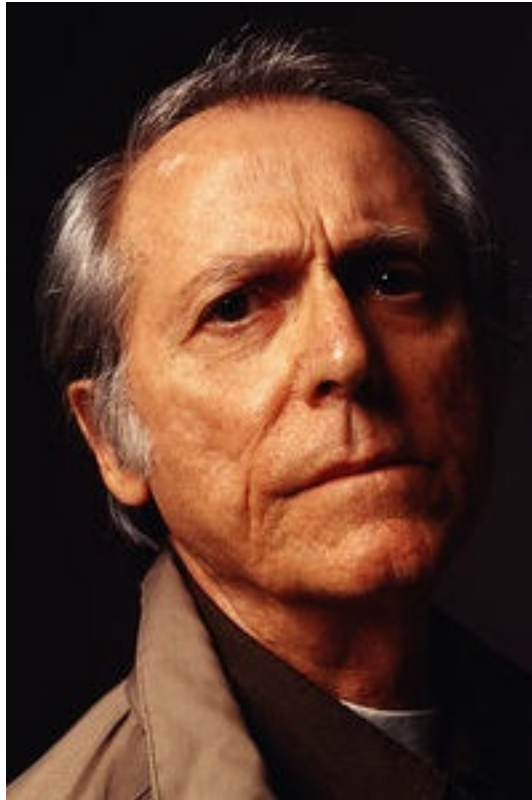
refugios instalados en los sótanos, rostros en la oscuridad, ropas oscurecidas por el exceso de sudor, niños que duermen acurrucados junto a sus juguetes de guerra. Todos los rehenes. Rezad por ellos, olvidados en sus armarios y sus retretes. Todos los niños. Rezad por ellos, tendidos en hamacas de trapo. Todos los refugiados. Rezad por sus muertos y esperad a que amaine el bombardeo. La guerra es algo tan jodidamente simple. Es nuestra parte lunar, que sueña con terrenos asolados. Puede oír sus voces que llaman a través de la ciudad devastada. Beirut es nuestro único lenguaje.

Bebe un trago de aquel licor verde y espumoso y retorna al interior, a intentar dormir un poco. Antes de las siete tiene que estar levantada y ya camino de regreso.

Aproximadamente una hora después, algo la despierta. Sale de nuevo a la terraza, diciéndose a sí misma que debe mantenerse alerta. Son casi las cuatro de la madrugada, y experimenta la sensación de hallarse en presencia de algo denso, de un proceso de trituración de la tierra. Se inclina sobre la barandilla y divisa un carro de combate que dobla la esquina y avanza resoplando con su cañón oscilante a lo largo de la calle salpicada de cráteres. Siente una descarga de adrenalina, pero permanece inmóvil y aguarda. Cree que se trata de un viejo T-34 soviético, una antigualla tosca y dentellada, vendida y robada un par de docenas de veces a medida que ha ido cambiando de bando, de sistema y de religión. Sus únicas marcas consisten en pintadas, en numerosos años de pintura vaporizada. El blindado avanza por la calle y puede oír voces y ver gente que camina tras él. Civiles bien vestidos que hablan y ríen, unos veinte adultos y diez niños, en su mayor parte muchachas ataviadas con lindos vestidos y medias blancas hasta la rodilla y zapatos de cuero. Tarda unos instantes en comprender aquel suceso desconcertante: se trata de una procesión matrimonial. El novio y la novia portan copas de champán, y algunas de las muchachas sostienen bengalas que esparcen chorros de alegre luz a su alrededor. Uno de los invitados, ataviado con un esmoquin de color claro, fuma un largo cigarro puro y bailotea alrededor de uno de los cráteres para delicia de los niños. La novia lleva una preciosa túnica decorada con encaje a la altura del corpiño, y su aspecto es sorprendentemente vivo. Todos se muestran felices y libres de limitaciones, y ninguno parece extrañado de hallarse allí. Hacen que resulte natural ver avanzar una resplandeciente procesión de boda con un tanque a modo de escolta. Fuegos de artificio. Otros niños que portan rosas decoradas con hojas de helecho. Brita ase con fuerza la barandilla. Siente deseos de bailar o de reír o de saltar por el balcón. Se le antoja completamente posible aterrizar suavemente entre ellos en bragas y chaqueta de pijama y acompañarles en su recorrido hasta el cielo. El carro de combate pasa justamente bajo ella con su torreta cubierta de toscos dibujos, y Brita se apresura al interior, se sirve una nueva copa de licor de melón y regresa a la terraza para brindar por los recién casados, gritando «Bonne chance» y «Bonheur» y «Good luck» y «Salám» y «Skål», y entonces la torreta del carro blindado comienza a girar, el cañón gira suavemente en redondo como una obscena broma de noche de bodas y todo el

mundo se echa a reír. El novio alza la copa en dirección a la forastera medio vestida de la terraza del último piso y todos desaparecen en la noche, seguidos por un *jeep* que lleva un rifle sin retroceso montado en la parte posterior.

Todo ha concluido con rapidez. Permanece en el exterior, escuchando el último murmullo de las voces que se apagan. Aún está oscuro, y puede sentir el frescor del aire humeante. Por primera vez desde que llegó, la ciudad aparece tranquila. Examina su silencio. Dirige la mirada más allá de los tejados, en dirección a poniente. En la lejanía, cerca de uno de los controles principales, divisa un destello. Luego, otro, en el mismo lugar, varios destellos más, blancos e intensos. Aguarda la llegada de un resplandor que porte la respuesta, del fuego del bando contrario, pero todas las explosiones se suceden en un mismo lugar y no se oye sonido alguno. ¿De qué podría tratarse, pues, de no ser las armas automáticas que inician la primera escaramuza del día? Tan sólo una cosa, claro está. Ahí fuera hay alguien provisto de una cámara y una unidad de flash. Brita permanece un minuto más en la terraza, contemplando aquel pulso de magnesio capaz de plasmar una imagen sobre un rollo de película. Cruza los brazos sobre su cuerpo para defenderse del frío y cuenta los destellos de luz incesante. La ciudad muerta, fotografiada una vez más.



DON DELILLO, (Nueva York, 20 de noviembre de 1936) es un escritor estadounidense conocido por sus novelas que retratan la vida de su país a finales del siglo XX y principios del XXI. Es considerado por la crítica especializada como una de las figuras centrales del posmodernismo literario.

DeLillo trabajó cinco años en la agencia literaria Ogilvy & Mather. Publicó su primer relato en 1960: “The River Jordan”, en Epoch, la revista literaria de la Universidad Cornell. Empezó a escribir *Americana*, su primera novela, en 1966 y la publicó en 1971. Cuatro años después contrajo matrimonio con Barbara Bennett. Durante la década de los 70 vivió algunos años en Grecia; allí escribió *Los nombres*.

El reconocimiento como escritor le llegó con la novela *White Noise* (que significa “ruido blanco” pero fue traducida al castellano como *Ruido de fondo*), publicada en 1985. A esa le siguieron, entre otras, la novela *Libra* (1988), *Mao II* (1991) y *Submundo* (1997), considerada su mejor obra.

Cosmópolis (2003) “fue considerada como una incisiva exploración de los daños morales pos-11-S” y “se ha convertido en un texto profético que aisló las corrientes subterráneas que nos han llevado al presente colapso del sistema”. David Cronenberg la adaptó al cine en 2012.

En 2010 apareció *Punto Omega*, en la que aborda el problema de la guerra en Irak y al año siguiente sale su primer libro de cuentos, *El ángel Esmeralda*, una selección de nueve relatos de entre la veintena que ha publicado a lo largo de su vida en diversas revistas.

NOTAS

[1] Los dos juegos a los que se refiere son: *soccer*, el equivalente a nuestro fútbol y *football*, tradicionalmente entendido en Estados Unidos como el *American Rugby Football*. (N. del T.) <<

[2] *Moon*: luna, al tiempo que apellido del fundador de la secta. *Moonies*: miembros de la misma. (N. del T.) <<